



9/3

REVISTA
DE
HISTORIA
MILITAR



Año III

1959

Núm. 4

ESTADO MAYOR CENTRAL DEL EJERCITO
SERVICIO HISTORICO MILITAR

REVISTA
DE
HISTORIA MILITAR

Año III

1959

Núm. 4

REVISTA DE HISTORIA MILITAR

PUBLICADA POR EL

SERVICIO HISTORICO MILITAR

DEL ESTADO MAYOR CENTRAL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

MARTIRES DE ALCALA, 9 — M A D R I D — TELEFONO 47-03-00

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

España y extranjero, 150 pesetas anuales.

Número suelto, 75 pesetas.

SUMARIO

	PÁGS.
La batalla de San Quintín, por NICOLÁS HORTA RODRÍGUEZ	7
La acción política y militar de España en la guerra con la Revolución francesa (1793-95). Sus especiales características, por EDUARDO ESCARTÍN LARTIGA	61
De la batalla del Caribe: El último ataque inglés a Puerto Rico, por JUAN MANUEL ZAPATERO	91
El general Fernández de Córdova, por LUIS AGUIRRE PRADO	135
La batalla del Jarama, por SANTOS CLEMENTE GARCÍA	161
El II Congreso Histórico Internacional de la guerra de la Independencia y su época, por JUAN PRIEGO LÓPEZ	193
Bibliografía	201

N. B.—Las ideas expuestas en los artículos publicados en esta revista reflejan únicamente la opinión personal de sus respectivos autores.

Esta revista invita a colaborar en ella a los escritores militares o civiles, españoles o extranjeros, que se interesen por los temas históricos relacionados con la profesión de las armas. En las páginas de la misma encontrarán amplia acogida los trabajos que versen sobre acontecimientos bélicos, destacadas personalidades del mundo militar, e instituciones, usos y costumbres del pasado del Ejército, particularmente si contienen enseñanzas o antecedentes provechosos para el militar profesional de nuestros días.

Los trabajos serán retribuidos con generosidad, según la extensión acostumbrada en revistas de este tipo y carácter.

Depósito Legal M. 7.667.-1958

C. BERMEJO, IMPRESOR. — J. GARCÍA MORATO, 122. — TELÉFONO 33-06-19. — MADRID

LA BATALLA DE SAN QUINTIN (*)

(ESTUDIO HISTORICO-MILITAR)

por NICOLAS HORTA RODRIGUEZ
Comandante de Artillería

I. ANTECEDENTES

Europa 1556.

A partir de 1447 aparecen sobre el escenario europeo dos combatientes, que llevan a su lucha un contenido de poder mundial: de un lado Habsburgo, Francia del otro. Habsburgo quiebra por oriente el empuje de Francia, y si ésta presenta más cohesión territorial, aquél la envuelve con su dilatada soberanía asentada sobre Austria, el alto Rin, Borgoña y posteriormente España. Los rivales luchan por Italia. Carlos V, que alcanza la hegemonía, en lugar de desviarse hacia la monarquía universal, aspiración de los romanistas, adopta la idea imperial católica que personalmente profesa y que los teólogos juristas españoles defienden. Claro que la idea no es nueva. A pesar del pretendido maquiavelismo, la había iniciado su abuelo el Rey Católico. Su hijo, Felipe II, continúa esta política imperial, como dirá pasados dos años de San Quintín ante las Cortes de Toledo, vanagloriándose de haber satisfecho «las esperanzas que Su Majestad Cesárea dió al mundo».

No fué culpa de Carlos ni de Felipe que quienes podían secundarles en la trascendental tarea que hoy resulta extremadamente moderna, les combatiesen. Francisco I, rey «cristianísimo» de Francia

(*) Trabajo premiado en el concurso convocado por el Estado Mayor Central del Ejército para galardonar el mejor estudio histórico militar sobre la victoria de San Quintín.

y perfecto hijo del Renacimiento, se alía con el Papa, con el Sultán, con los príncipes alemanes y, por temporadas, con Inglaterra; con todos, en fin, los que se consideran independientes, y asesta así por su propia mano un golpe decisivo a la realización de aquella idea que entonces, y tal vez nunca más, estuvo a punto de realizarse.

El día de Santiago de 1554, se celebra en la catedral de Winchester un matrimonio de conveniencia. Una mujer de treinta y ocho años, pequeña y delgada, de cutis blanco y sonrosado, cabello rojizo, rostro redondo y nariz corta y ancha, de aspecto patético y delicado, promete fidelidad de por vida a un joven viudo, príncipe de veintiséis años, que atrae con insistencia las miradas de las damas del cortejo. Empieza así, o mejor se reanuda, la tragedia de María Tudor, reina católica de Inglaterra, que se entrega a un amor sin esperanza. El novio, rey de Nápoles, duque de Milán y heredero de Su Cesárea Majestad, circunspecto, grave y resignado, se sacrifica como obediente hijo a la gran idea política de Carlos. Inglaterra, enemigo por temporadas, queda incluido en la órbita de los Habsburgos.

Carlos, cansado y prematuramente envejecido, no logra la ansiada tranquilidad a que con insistencia le empuja su heredada melancolía, y si en 1555 renuncia al dominio de los Países Bajos y abdica en 1556 el trono de España en favor de Felipe, traspasa también a su hermano Fernando el Imperio Alemán y las posesiones patrimoniales de los Habsburgo en Austria.

Felipe II, al iniciar su reinado en 28 de marzo de 1556, es el sucesor de su padre en la porción marítima del Imperio. Aun disgregado el germánico, la herencia territorial de este rey tan discutido, constituye el más vasto de los dominios de la Europa Occidental. En extensión pueden competir con él, el Imperio otomano y el moscovita, pero sólo el primero interviene prácticamente en la vida internacional. Importa insistir en esta idea de que Felipe II, muy español y «muy» rey de España, es en primer término el jefe de un Imperio Oceánico con necesidades políticas propias, superiores a las exigidas por el estricto suelo español. De este modo nos situamos en un punto, cuya altura permite abarcar la totalidad del problema planteado, sin deformarlo con criterios estrechos. Desde él podemos también observar que la lucha en Francia y en Italia, incluida en la herencia imperial, guerra entre príncipes católicos, especialmente anatematizada por la moral pública de aquel siglo, es extraña al

pensamiento político de Felipe, y por ello la rehusa y limita hasta donde le es posible. Hasta donde le es posible... Por una trágica ironía, los primeros sucesos importantes de su reinado son una guerra contra el Papa y una gran victoria sobre Francia.

Carlos V, que buscando el total sosiego de su conciencia quiere legar a su hijo el beneficio de una tranquila situación internacional, consigue en febrero de 1556 la firma con Francia, en Vaucelles, de un armisticio y tregua por cinco años, que suspende la guerra iniciada en 1552. Pero estos anhelos pacifistas no se cumplen, porque Paulo IV, siempre enconado contra el Emperador y dejándose llevar de estímulos mundanos, trabaja para que el débil Enrique II, sucesor del brillante Francisco I, se olvide de lo pactado. Lo consigue fácilmente. El rey francés, además de la incitación del partido de los Guisa, que secunda su otoñal amiga Diana de Poitiers, cuenta para decidirse con el deseo de parar el golpe de la alianza inglesa, producida por el matrimonio del príncipe español, que lleva consigo reservar Flandes e Inglaterra al hijo que nazca de María Tudor. En consecuencia, Francia rompe en noviembre de 1556 la tregua de Vaucelles.

El duque de Alba, general del siglo, que al decir del Emperador «todo lo que hacía era cosa bendita», sale en septiembre de aquel año de su virreinato de Nápoles para atacar los Estados del Papa, se apodera después de Ostia y llega ante Roma. No es que Felipe desee esta guerra. Ni por su situación económica, porque había empezado a gobernar bajo el aluvión de las deudas de su padre, ni por la desviación que supone en su trayectoria política, ni, sobre todo, porque repugna a sus más firmes e íntimas creencias hacerla al Soberano Pontífice. Pero las evidentes y graves muestras de hostilidad de Paulo IV, que culminan en la sentencia de confiscación dictada por el Consistorio contra la Corona de España, y la seguridad de que las tropas gasconas del Papa se disponen a invadir Nápoles, le deciden a tomar la iniciativa, no sin antes haber recibido el dictamen favorable de los teólogos sobre la licitud de una guerra contra el Pontífice, en cuanto soberano temporal de sus dominios terrenales.

Mientras Alba avanza hacia Roma, los amigos del Papa, o más exactamente los enemigos de Felipe, no están ociosos en Francia. Enrique II levanta un ejército que pone a los órdenes de Francisco de Guisa para invadir los Estados españoles de Italia, y otro a fin de

mantener la defensa del Artois y la Picardía hasta que aquél pueda unirse a las tropas papales y enfrentarse con Alba, disponiendo de fuerzas abrumadoramente superiores. Felipe, el «rey prudente», se encuentra en el trance de decidir con rapidez.

Decisión estratégica.

Planteada la lucha en dos teatros diferentes localizados a gran distancia, el primer problema que se presenta a la consideración de Felipe II es la elección del objetivo que hoy llamaríamos estratégico. El Rey no tiene, por el momento, ninguna experiencia guerrera. De tal no puede calificarse aquel socorro a Perpignan en el caluroso julio de 1542, cuando armado de pies a cabeza cabalgó al lado del duque de Alba al frente de la flor del ejército español, para obligar al Delfín de Francia a levantar el sitio y retirarse.

Sí tiene experiencia política. A sus trece años empezó a regir España, cuando su padre hubo de acudir a restablecer el orden en Gante. Y como si esta primera dedicación fuese símbolo anticipado de su personalidad, en Felipe II predominará siempre el político sobre el militar. Al brillante monarca del Renacimiento que Carlos V fué, sucede el primero de los reyes españoles más o menos sedentarios.

La decisión, sin embargo, le corresponde. No sólo porque la representa, sino porque verdaderamente la concibe. Ni en los primeros veinte años de su reinado, poco abundantes en asuntos bélicos, ni en el resto de su vida en que las guerras se producen con frecuencia, Felipe II permite que tal o cual tendencia de sus Consejos predomine sobre su voluntad. Cuando el Rey ordena al duque de Alba, virrey de Nápoles, que al mando de sus propias fuerzas y algunos efectivos adicionales, ataque los Estados pontificios, trata de apoderarse de la iniciativa en Italia. La empresa es verdaderamente la clásica «papeleta» de nuestro argot, pero Alba la resuelve, y, ya a las puertas de Roma, pacta una tregua de cuarenta días con el Pontífice, durante la cual termina el año 1556. Guisa, al frente del verdadero nervio del ejército francés, traspasa los Alpes a principios de 1557 y se lanza a una nueva aventura italiana. Francia, tras sus fronteras, permanece a la defensiva en espera del resultado de esta campaña. Felipe II, que viene preparando su ejército con toda la celeridad posible en la época, decide llevar la guerra a Francia por las fronteras de Flandes y el Artois, donde puede aprovechar la inactividad del enemigo. Comprende certeramente que el poderoso

ejército de Italia sólo podrá ser vencido, sin combatirle, en Francia. Mientras tanto el duque de Alba desarrollará brillantemente la segunda parte de su difícil misión: entretener a Guisa sin empeñar a fondo sus propios efectivos.

II. PREPARATIVOS

Dinero, hombres, armas.

Al terminar el verano de 1556, Felipe II se encuentra en Flandes en un estado de desesperada penuria. En todo el norte de Europa se han perdido las cosechas de cereales. María Tudor, enferma y agobiada también por la falta de dinero, tiene que pedir a sus nobles que contribuyan con cuarenta libras a su sostenimiento. Felipe, cuyo regreso espera en vano, puede enviar solamente promesas. Las Cortes de España y el Consejo Real piden también la vuelta inmediata del Rey para reorganizar el gobierno. Tomando pie de estas demandas, solicita sin resultado positivo que le envíen 300.000 ducados para el viaje. Pero antes que el viaje a España o a Inglaterra, hay dos tareas urgentes: combatir el hambre y organizar el ejército. Ha de alimentar a la población de Flandes y a sus crecientes fuerzas. Trae trigo de España y de otros lugares de Europa, en cuya distribución interviene personalmente. Ruy Gómez, el «Rey Gómez» de los maledicentes, comisionado en España para la ardua tarea de financiación de la empresa guerrera, lo hace con tan buen éxito que llega a extraer los sueldos a personas del clero y la nobleza. En fin, por el momento se soluciona el problema económico, aunque en verdad lo que se consigue es un aplazamiento. Las deudas de Carlos V, noblemente reconocidas por su hijo, seguirán pesando sobre la política del sucesor.

La recluta de hombres se hace venciendo numerosas dificultades, pues los reyes no gozan entonces, ni siquiera lo pretenden, del poder de los futuros gobiernos liberales para levantar en armas a todos sus súbditos. Han de alquilar hombres dónde y como pueden. Fiel reflejo de la ingente tarea realizada es la composición del ejército que llega a formarse (ver apéndice núm. 1). Felipe II, asesorado por su Gobernador en los Países Bajos, el duque Manuel Filiberto de Saboya, se da perfecta cuenta de que esta ocasión que se le presenta de aparecer sobre el escenario bélico de Europa debe afron-

tarse con energía. Saboya, que con sus veintinueve años es ya un notable guerrero aleccionado en la escuela de las campañas de Carlos V, escribe a su Rey y le aconseja mostrarse «presto, poderoso, tremendo», con lo cual «tomará reputación para adelante» (1).

Ruy Gómez y el duque de Saboya son, pues, los principales colaboradores de Felipe II en esta fase preparatoria. El primero, amigo desde la infancia del Rey y que más tarde sería príncipe de Eboli, es el funcionario de carácter agradable y maneras insinuantes que sirven a la eficacia de su gestión. Saboya, según el conocido retrato del gongorino Cabrera (2), es «de mediana estatura, complexión colérica y adusta, todo nervio, poca carne, en los movimientos gracia, en sus acciones gravedad y grandeza, nacido para mandar. Hablaba italiano, francés, español, razonablemente tudesco y flamenco... Era su ánimo lleno de religión, justicia, liberalidad, amigo de leer historias, libros políticos y de fortificaciones y de máquinas de guerra, ayudado de las matemáticas».

La elección de ambos es un acierto de Felipe II. Aún hay otro colaborador que no se busca, que está presente desde su retiro de Yuste: el Emperador. Ya muy enfermo actúa eficazmente todavía, y no en balde regresan a la patria las armadas de Perú y de Nueva España cargadas con el oro de las tierras americanas.

Pero todo ello no basta, y el Rey en marzo de 1557 va a Inglaterra. La misión que se ha impuesto es difícil, aun contando con el auxilio de su enamorada esposa. Trata de obtener ayuda material para sus guerras, guerras contra Francia y el Papa. Un antiguo tratado con la Casa de Borgoña, en el que se concertaba la posible colaboración inglesa para la defensa de los Países Bajos, es el argumento invocado a fin de contrarrestar la estipulación del tratado matrimonial por la que el rey español se había comprometido a no envolver a Inglaterra en ninguna guerra de España ni del Imperio.

(1) En Bibliografía núm. 7, pág. 166, se transcribe carta de Saboya a Felipe II, de la cual son los siguientes fragmentos: «Tocaba a su grandeza la satisfacción de la infidelidad del Rey Enrique, porque del principio de su entrada a reinar copiarían sus Estados y émulos el modo con que procedería en toda la vida, y convenía mostrárseles presto, poderoso, tremendo. Considérase que para comenzar guerra por necesidad o elección son menester hombres, pan, dinero, nervios della... Si bien la guerra no es de las cosas que se habían de desear... no les desplaciese la ocasión presente para tomar reputación para adelante».

(2) Bibl. núm. 7, pág. 166.

Los ingleses, desde luego, no tienen interés directo en la lucha. Los hombres, el dinero y los navíos que pide Felipe para hacer la guerra al Sumo Pontífice, dejan consternada a María y, con ella, a todos los católicos ingleses. Pero el amor juega también en esta partida y arranca del Consejo inglés la promesa de 5.000 infantes y 1.000 caballos por cuatro meses, así como la de enviar una escuadra, si resulta necesaria, cuyo gasto pagarán a medias. A esta determinación contribuye eficazmente la indignación del país contra Enrique II, al descubrir su complicidad en una conjura de protestantes ingleses y franceses para entregar a éstos las fortalezas inglesas de Hammes y Guisnes, hasta el punto de que si la guerra en un principio resulta impopular, ya en mayo de 1557 se cuenta con que pasarán a Flandes más fuerzas de las prometidas.

El 3 de julio, en Dover, cumplido por Felipe el principal objeto del viaje, dice adiós a su esposa, avejentada y frágil, llorosa por la separación y por el convencimiento de su imposible maternidad. Nunca más la volvería a ver.

Cuando el Rey regresa a Flandes, los preparativos están muy adelantados, pues en junio han comenzado a llegar diversos contingentes. Españoles reclutados por los capitanes que acompañaron a Ruy Gómez en su viaje: alemanes alistados por Don Juan Manrique de Lara; italianos traídos por Don Alvaro de Mendoza; wálones y flamencos que el Gobernador de los Países Bajos integra en el ejército en formación; voluntarios húngaros...

Plan de campaña y operaciones anteriores a San Quintín.

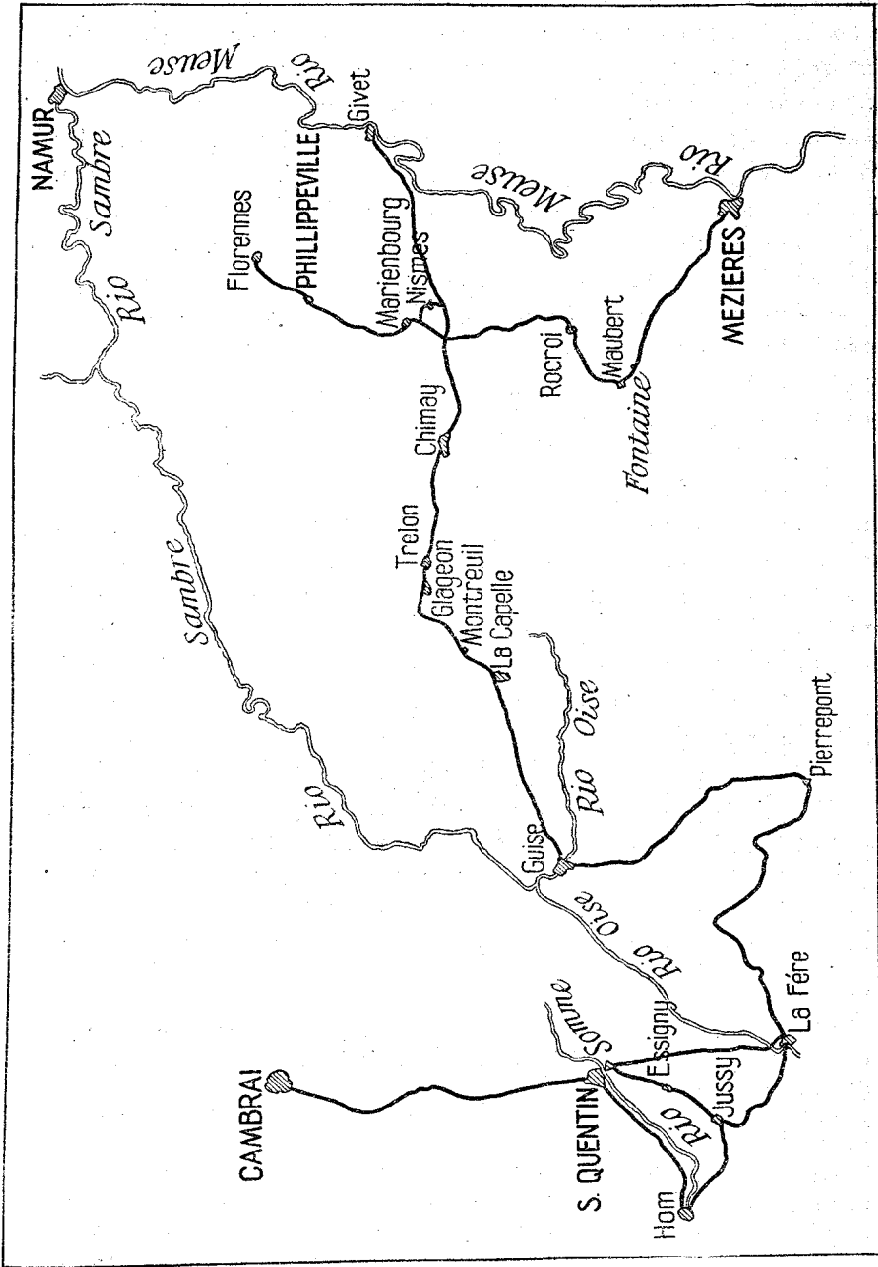
La ruptura por Francia a la tregua de Vaucelles, consumada, según indicamos, en noviembre de 1556 al secundar Enrique II los deseos bélicos de Paulo IV, no se concreta solamente en esta alianza agresiva. El almirante Coligni, al final de aquel año, mientras el duque de Guisa se dispone a cruzar los Alpes, abandona la Picardía, de la que es gobernador, y trata de apoderarse en el Artois o en Flandes de alguna plaza fuerte. Sólo consigue, después de varias tentativas, hacerse dueño de Lens, población sin importancia militar situada entre Lille y Arras. Intenta luego sorprender a Douai y se venga del fracaso talando el Artois. Posteriormente Rocroi, en 4 de abril de 1557, está a punto de caer en manos españolas cuando nuestras tropas llegan cerca de sus puertas acosando a la caballería francesa.

Estos ligeros encuentros están aislados de la campaña posterior. Francia trata de alcanzar la victoria en Italia con el poderoso ejército de Guisa y se mantiene, por ello, en actitud expectante dentro de sus fronteras. Las fuerzas de Felipe II, aún incompletas, esperan el plan de campaña.

Ya en los días 22 y 25 de junio D. Bernardino de Mendoza (3), desde Bruselas, apremia al Rey para que se mire «donde se juntará la masa del campo», porque «el tiempo está muy adelantado» y «en cada hora se pierde mucho». Felipe II parece mostrar aquí cierta vacilación, y el acuerdo del Consejo reunido en Bruselas se produce por falta de una decisión del monarca, si bien es verdad que aquél es posteriormente aprobado por la autoridad real. En síntesis, el plan adoptado con fecha 4 de julio consiste en dirigirse hacia la región de la Champagne por el sur del Hainaut, para apoderarse de alguna de las plazas de Mézieres, Rocroi o Maubert-Fontaine. Pero como se trata de puntos fuertes de una frontera que tradicionalmente utilizan los españoles de Flandes para sus incursiones, el plan establece, caso de no alcanzarse un éxito fácil y completo, dirigirse a Picardía, objetivo que supone un movimiento en prolongación del flanco derecho que garantiza su seguridad.

Nevers, al mando de la Champagne, concentra sus fuerzas en Rocroi, plaza recientemente fortificada, que conjuga su defensa con la de Marienbourg, al norte, y Maubert-Fontaine, al sur. Pero realmente los franceses desconocen los propósitos españoles. Saben que un ejército, a las órdenes del duque de Saboya, se concentra en el ángulo que forma la desembocadura del Sambre en el Mosa y que por este río se transportan materiales de asedio y asalto. Precaria información es ésta cuando Filiberto de Saboya, que ya de su cuartel general de Florennes (en la zona de concentración) se ha trasladado a Givet, marcha el 25 de julio a Rocroi, al día siguiente de efectuar sobre la ruta un reconocimiento con su caballería ligera. Mientras el grueso del ejército avanza, aquélla intenta atraer la atención del enemigo y obligarle a salir de la plaza. La reacción francesa, por el contrario, se manifiesta en un combate defensivo encomendado principalmente a la artillería de Rocroi, que rompe el fuego cuando nuestras fuerzas sitian la plaza. La información que posee Saboya da en

(3) Documento núm. 2. Para lo que sigue, ver «Croquis general».



Croquis número 1. El teatro de operaciones.

Rocroi artillería considerable y cinco banderas (4). Su contacto con el enemigo la confirma de tal modo, que las numerosas bajas sufridas por los nuestros preconizan una lucha enconada y larga. Filiberto queda convencido que los ocho días que se fijó como plazo máximo para la conquista, no serán suficientes.

Ha de entrar, pues, en acción la variante del plan de Bruselas. Pero en él no se había concretado más que, de producirse los acontecimientos en el sentido expuesto, se trasladase la acción ofensiva a las fronteras de la Picardía. La elección del concreto objetivo táctico en el marco del teatro francés, que Felipe II escogiera como decisivo en la lucha planteada, es posterior a aquel plan y corresponde también al monarca español.

Cuando Saboya ataca a Rocroi, Felipe II está en Cambrai, a donde desde Bruselas se ha trasladado una vez formado el ejército, para, como dice su historiador Cabrera, «asistille». Lo hace principalmente en el difícil aspecto económico, pero, ya en campaña, no le desampara en el puro aspecto bélico. Es el monarca español quien ordena (5) el ataque a la plaza de San Quintín. Desde luego, con el imprescindible asesoramiento de sus capitanes, especialmente del joven caudillo que Felipe había designado (6) y de Fernando de Gonzaga, el veterano de las luchas italianas, que con la victoria de San Quintín dice adiós a las armas y a este mundo, que abandonaría a poco de la batalla.

En consecuencia, Saboya levanta el sitio de Rocroi, marcha hacia el Norte, se dirige luego al Oeste, entre Nimes y Haut-Roche, para pasar por Chimay, Trelon, Glageon, Montreuil y La Capelle, acampar delante de Guise, y mostrar la supuesta intención de sitiarla. Así consigue mantener en secreto sus propósitos y que la nueva plaza amenazada absorba unas fuerzas que se restan de la masa de

(4) «Bandera» es cada una de las compañías de los antiguos Tercios españoles. Se emplea también para designar cada una de las compañías de las fuerzas mercenarias extranjeras.

(5) Para el plan de campaña, ver documento núm. 1. La orden de ataque a San Quintín, en documento núm. 3.

(6) Debe destacarse la lealtad a España del duque de Saboya. Ni la muerte de su padre, ocurrida en 1558, ni la abdicación, después, del Emperador, le hicieron abandonar las banderas imperiales. Felipe II le mantuvo en su cargo, y Saboya obró con suma fidelidad, desechando las proposiciones de Enrique II que le ofrecía, a trueque de sus servicios, la devolución de los Estados patrimoniales que Francia le había arrebatado.

maniobra francesa. Esta, desde Attigni, ha seguido paralelamente el movimiento español, a una distancia de unos treinta kilómetros, y llega a Pierrepont al mismo tiempo que Manuel Filiberto a Guise. Pero a los cuatro días el joven caudillo continúa su marcha y «de noche por caminos desusados», al decir de Cabrera, traslada su ejército y se detiene ante San Quintín. El 3 de agosto inicia su despliegue para sitiar la plaza.

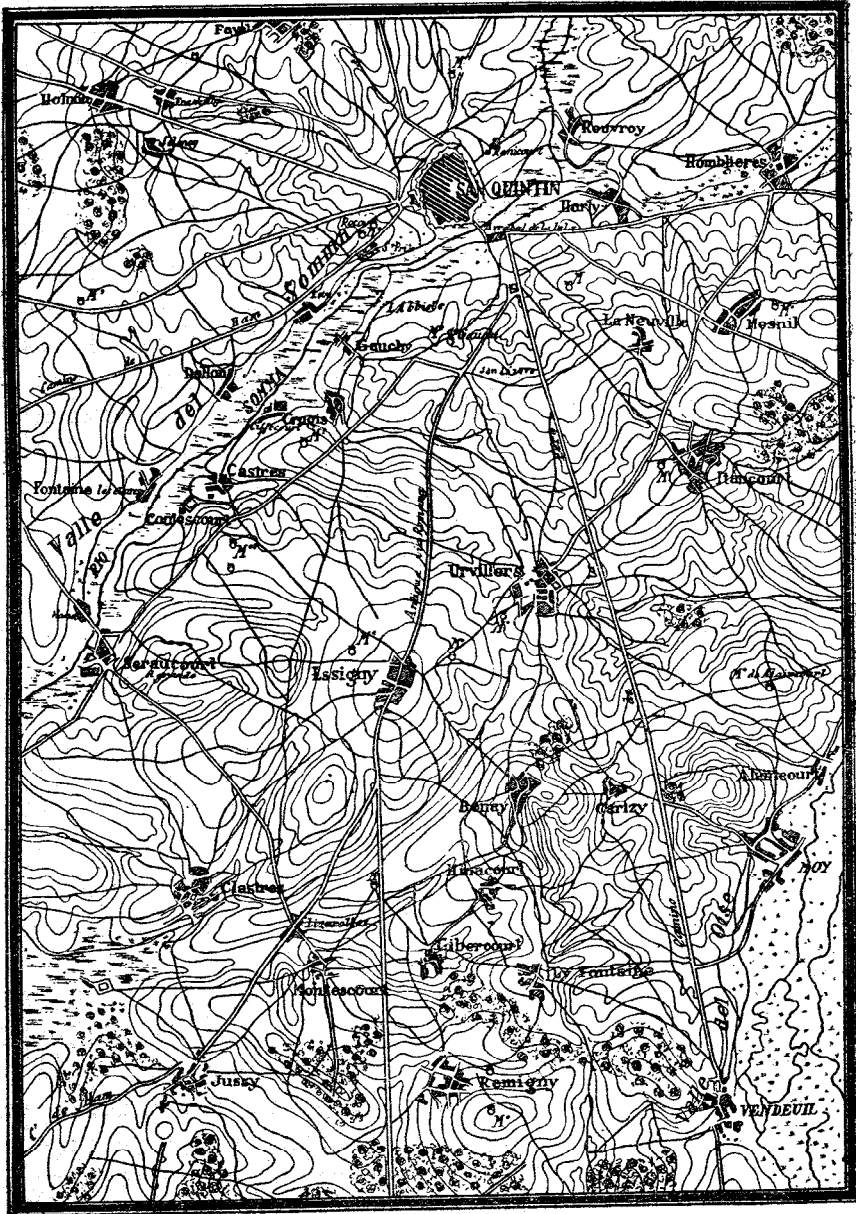
Desde el 25 de julio que se inicia la marcha a Rocroi, el ejército de Saboya ha cubierto una distancia aproximada de doscientos kilómetros. Si tenemos en cuenta que de los nueve días hay que descontar cuatro que permanece ante Guise y uno al menos ante Rocroi, nos quedan cuatro días para el movimiento, hecho en parte de noche y por malos caminos. Podemos, pues, calificar de muy rápida la marcha, considerando los medios de la época y, especialmente, el dificultoso traslado de la artillería.

III. LA BATALLA

El terreno y su organización.

Cuando Manuel Filiberto de Saboya abandona, según la orden real, Guise en el valle del Oise, es para atacar San Quintín, plaza fuerte considerada inexpugnable, situada en la margen derecha del Somme, que flanquea por el Oeste aquella vía natural de penetración hacia el corazón de Francia. La ciudad asienta en una pequeña eminencia de esta tierra siempre tan combatida de Arras a los Países Bajos, fértil, llana y sin árboles, con suaves ondulaciones que facilitan el movimiento y permiten una observación tan profunda como puedan exigir los medios de la época.

Considerada como la clave central de la mejor línea defensiva del Norte de Francia y, además, importante depósito de mercancías del comercio flamenco-francés, los reyes la atendieron siempre con preferencia, pero en la ocasión presente, engañados por el amago de nuestras fuerzas a la Champagne, San Quintín confía principalmente su defensa a las murallas, la tierra y el río. El Somme pasa por el pie del otero, próximo por el Sur, más alejado por el Este, con poco caudal a causa de su inmediato nacimiento, aún disminuído en el verano caluroso. No obstante, el río es obstáculo considerable que, unido a las excelentes fortificaciones del Sur y Suroeste, pro-



Croquis número 2.

San Quintín y la zona de la batalla.

porciona una defensa eficaz. El agua de sus diversos brazos y la de varios manantiales, forma lagunas y pantanos en torno de los muros. Por Oriente, una cortina de gruesos torreones tras un ancho foso, pretende hacer más fuerte un flanco que, además de oponerse a la vía natural de penetración, no cuenta con la proximidad del río, separado de aquél alrededor de un kilómetro. Anotemos como error de los ingenieros franceses la forma regular y continua de esta muralla, inútil para servir a unos eficaces fuegos cruzados, pero muy apta para ser constante blanco de los proyectiles de nuestros artilleros.

Punto interesante es el Arrabal de la Isla, avanzada fortificada en la orilla izquierda del Somme, al Sureste de la plaza, a la que se une por una lengua de tierra cortada a trechos por el río y los pantanos. Parece que en la fecha de la acción hay algún puente de tablas (7) que facilita el paso, pero la única comunicación practicable para ir del campo sitiador al Arrabal y la margen Sur del río, es el estrecho puente que conduce a Rouvray. El pequeño arroyo que de Harly se dirige al Somme, no tiene valor como obstáculo.

Al Sur de San Quintín, el terreno conserva las características apuntadas, y sólo cuando se alcanza la zona de Montescourt y Gibescourt, un denso monte alto (que el croquis moderno no refleja fielmente) permite a doce kilómetros de la plaza la fácil ocultación de efectivos numerosos. Una antigua vía romana enlaza, a través de la meseta de Essigny, las inmediaciones del Arrabal de la Isla con la zona de bosque, y el camino, descubierto, no ofrece obstáculos naturales en los que apoyar el dispositivo de seguridad en marcha.

El arrastre del material de artillería, de características tales que le proporcionan escasa aptitud para la maniobra, está dificultado por la naturaleza del terreno (blando), que se hace casi prohibitivo en la zona pantanosa.

Fuerzas en presencia.

Filiberto de Saboya, al disponerse el 3 de agosto a establecer el cerco de San Quintín, cuenta, según el cálculo que tratamos de justificar en el apéndice núm. 1, con unas fuerzas que pueden estimarse,

(7) Documentos varios núm. 6. Ver plano de la ciudad de San Quintín, y el de San Quintín y la zona de la batalla.

salvando naturales reservas, en algo más de 43.000 hombres, correspondiendo unos 29.000 a infantería y aproximadamente 14.000 a caballería.

La artillería, según las razones aducidas en el referido apéndice, la constituyen unas treinta y tres piezas de batir (grueso calibre) y dieciséis de campaña (calibres medio y pequeño).

Las fuerzas francesas, ordenadas bajo el mando del condestable Anne de Montmorency, y que por su movimiento paralelo a las de Saboya en su marcha a Guise se han concentrado en Pierrepont, podemos cifrarlas de acuerdo con Cabrera (8) en 20.000 infantes, 6.000 caballos y 18 piezas de artillería, números en los que concuerdan aproximadamente la mayoría de los historiadores modernos, pues aunque en los documentos de la época (9) existen contradicciones de importancia, hay que estimar (10) que cifras muy pequeñas hacen referencia sólo a las fuerzas que intentaron penetrar en San Quintín y no a la suma de éstas y las que protegieron la acción. No significan variación de importancia los cien hombres de la compañía del Delfín, que mandados por el teniente Taligni y en unión de los hombres útiles de la ciudad, se disponen a impedir su conquista a las órdenes del gobernador, capitán Breuil.

Tanto las fuerzas francesas como las de Felipe II (11), constituyen conjuntos heterogéneos, cuya diversidad no presenta problemas desconocidos para los jefes de la época, acostumbrados al mando de tropas en su mayor parte mercenarias, constituídas por asalariados de todas las naciones del occidente europeo.

En cuanto al momento histórico-táctico en que nos encontramos, parece conveniente sintetizar algunas ideas fundamentales. Estas corresponden, sin duda, por lo que a nuestras fuerzas se refiere, al tiempo del Emperador. Felipe II hace su primera campaña, en cuan-

(8) Bibl. núm. 7, pág. 181.

(9) Documentos varios núm. 6.

(10) Especialmente la consignada en la variante D de documentos varios número 6, que anota «treinta banderas de alemanes altos y dieciocho de franceses viejos y nuevos».

(11) Felipe II no comienza a variar la recluta, organización y administración del ejército hasta 1560 y 1566. En 1557, según el veneciano Baodaro, son unos 20.000 solamente los soldados españoles que sirven fuera de España, y considera que, a lo más, podría juntarse el doble en caso necesario. Piénsese en el enorme esfuerzo que habría de realizarse para el reclutamiento de los combatientes de San Quintín y de los que se encontraban en Italia a las órdenes del duque de Alba.

te a armas, doctrina y capitanes, con los de su padre. Sólo en un sentido se produce un cambio fundamental. Felipe II es el primer monarca moderno que no hace la guerra al frente de sus ejércitos; en San Quintín, la única excepción de la regla, el Rey acude al campo después de la batalla principal. Al Renacimiento va a sustituir la Contrarreforma, y muchas cosas están cambiando sobre Europa. El hijo del brillante guerrero emplea sus soldados pero no les ama con el ardimiento del padre. No obstante, las razones de aquella ausencia están en el alto concepto que Felipe tiene de su oficio y responsabilidad de rey, y en la entrega absoluta a su elevada misión. La guerra es para el gran político algo muy grave, que no siempre se puede evitar.

La Infantería, al modo de los tiempos clásicos (12), se hace en la Edad Moderna centro y base de la batalla. Gonzalo de Córdoba (1453-1515) la aligera y da soltura, crea una doctrina que da base a la Escuela Militar Española, e inicia una evolución que se acompaña a los progresos del fuego. Precisamente en la segunda mitad del siglo XVI se realizan en este sentido grandes transformaciones. El año 1543 señala en España la creación de sus luego famosos Tercios. En ellos hay compañías de piqueros y compañías de arcabuceros que se agrupan, cada cuatro, en coronelías. Tres coronelías constituyen el Tercio. La pica, que no habría de desaparecer hasta el año 1703, se conjuga en el combate con el arcabuz, muy eficaz a corta distancia (unos veinte metros). Traslada así el punto de choque con el enemigo y complementa la pica, de veintiocho a treinta palmos, cuyo empleo consiste en esperar al contrario mientras se apoya el extremo inferior en tierra y se presenta la punta dirigida al pecho del caballo para desjarretarlo o derribar al jinete (13). Del entonces combatido arcabuz, algo nos dirá la acción de San Quintín, pues aunque se perfecciona lentamente, no cesa en su evolución. La ballesta, que puede llegar a lanzar doce flechas por minuto con un efecto útil de penetración en madera de cuatro centímetros a doscientos cincuenta metros, alcanza en el siglo XVI su mayor perfección, especialmente en manos de los ingleses. Tanto, que aun en 1627 la usan. Españoles y flamencos, a pesar de poseer, sobre todo los primeros, una «terrible» arcabucería que da a este arma su definitivo

(12) Bibl. núm. 25, pág. 115.

(13) Bibl. núm. 31, pág. 17.

imperio, lanzan también certeras flechas en San Quintín. Cabrera nos dice que el duque de Saboya, en los preparativos de la campaña, «también juntaba archeros» (14).

En cuanto a la Caballería, es a mediados del siglo xvi (15) cuando, como contrapartida a la progresiva decadencia de los hombres de armas (lanzas), adquieren gran importancia los jinetes ligeros. «Un escuadrón de hombres de armas en orden cerrado presenta un blanco mucho más fácil de batir que caballos ágiles y rápidos y en orden más disperso». Esta caballería ligera predomina en San Quintín. Son (apéndice núm. 1, 2.^a parte) los propiamente «ligeros», los «reitres» alemanes, los arcabuceros a caballo y los «herrueruelos» (provistos de arcabuces pequeños) que constituyen, con algunos efectivos de caballería húngara, la gran masa que maniobra en la batalla.

La Artillería de San Quintín es todavía la famosa del Emperador, una artillería que el combate del siglo xvi (16), «más lento y estable que el medieval, aun a pesar de haberse aligerado las formaciones, admite y favorece su empleo creciente». Claro que ello siempre que se disponga de piezas «para la campaña» o «de campaña». Y en esto se va muy despacio. En San Quintín podemos asegurar que no hay todavía verdadera artillería de campaña. Hay sí, un número de piezas, pequeño en relación con el total, que se trasladan con el ejército en sus movimientos tácticos y que muchas veces, forzoso es confesarlo, resultan «más estorbo que ventaja». Las piezas de «batir» predominan y, con ellas, las fijas asignadas a las plazas fuertes. Sólo cuando, ya a fines del xvii, se estudia la manera de llevar unidos tubo y montaje de modo permanente, se puede pretender que la pieza rompa el fuego a poco de alcanzar el asentamiento conveniente.

Las tres Armas, prescindiendo de los elementos que coadyuvan a la táctica del asedio, entonces no considerados como Arma combatiente y que, por otra parte, no se emplean en la estricta acción de la batalla de San Quintín, integran su empleo según una doctrina que va alcanzando ya una verdadera sistematización.

Hemos apuntado cómo la Infantería cobra preponderancia a costa de la Caballería, por la influencia, entre otras causas, del fuego artillero. Nada dice en contra la excepción de San Quintín, batalla

(14) Bibl. núm. 7, pág. 172. Ver también nota 21.

(15) Bibl. núm. 31, pág. 11.

(16) Bibl. núm. 25, pág. 116.

que se produce como consecuencia de la retirada impedida a las fuerzas francesas. El fuego artillero contribuye también a que se aumente el número de arcabuces que, solos o intercalados entre los piqueros, o bien actuando en orden disperso, son el más peligroso enemigo de los artilleros contrarios. En el orden de batalla (17), la Infantería despliega en una línea de masas con grandes intervalos. A los flancos de los cuerpos de a pie (generalmente tres), la caballería ligera y una parte de la pesada (hombres de armas) se coloca «en batalla». Con una finalidad parecida a la de nuestras reservas, se sitúan a retaguardia los hombres de armas que restan. Toda la artillería se establece en primera línea delante del frente y al flanco de las tropas. El frente de batalla es, por lo general, poco extenso, y como los ataques son comúnmente frontales, rara vez tienen las piezas que cambiar de posición. La defensiva, que se apoya en puntos fortificados y en el estudio del terreno como factor de la decisión táctica, tiene notoria ventaja sobre la ofensiva de aquellas grandes masas que esperan, formadas, el momento del ataque, y ello explica que para evitar los fuertes riesgos de la última, solo se emprenda contando con una abrumadora superioridad de fuerzas en el lugar elegido.

Perfilados los rasgos más significativos de la acción táctica, interesa señalar que la doctrina anterior, contemplada del lado español, no varía fundamentalmente en el campo enemigo. Acaso la mayor ventaja en el aspecto de las Armas, está en la artillería española, que mantiene la ventaja alcanzada por la del Emperador. La infantería y caballería no se diferencian, a primera vista, en uno y otro campo, pues no en balde se reclutan muchos de sus hombres en los mismos países.

Hay, sin embargo, algo que es preciso señalar: una pequeña parte de la infantería de Saboya es española. Quede aquí constancia del hecho. El relato de su destacada y brillante actuación, justificará el legítimo orgullo con que evocamos a nuestros infantes de San Quintín.

Acciones previas.

Bueno será, para adoptar claridad y rigor a la narración de la batalla, prender sus diversos actos en las fechas que transcurren del 3 de agosto al día de San Lorenzo.

(17) Bibl. núm. 35, pág. 352 y siguientes.

Llegada la vanguardia de Saboya el día 2 por la noche ante los muros de San Quintín, el despliegue de las fuerzas sitiadoras da comienzo el día 3. La caballería ligera recorre todo el perímetro, y el resto del ejército se distribuye circunvalando los muros: por el Norte y Nordeste, el maestro de campo Alonso de Cáceres con los españoles de su Tercio y el regimiento de alemanes que manda Lázaro Swendi; por el Este el maestro de campo Navarrete con su tercio de españoles y los walones del conde de Mega, y por este mismo costado de Levante, pero más próximos al río, donde apoyan su flanco izquierdo, la compañía de Julián Romero (del primer tercio citado), las tres de Carondelet y un número indeterminado de gastadores borgoñones. Don Bernardino de Mendoza inicia su tarea de «labrar trincheras» y «una vez hechas explanadas y gaviones (cestones)» para asentar las piezas «de batir» (18), comienza la conquista del Arrabal de la Isla. Esta acción, que aparece en varios relatos modernos como felizmente realizada nada más tomar contacto el ejército con los muros de San Quintín, gracias a la evidente desproporción entre las fuerzas que atacan y las de la defensa, tiene realmente características bien distintas. El Arrabal de la Isla, vigía y punto avanzado de importancia capital para asegurar el éxito del ataque pero, sobre todo, para neutralizar una prevista acción de socorro a los sitiados, cae desde el primer momento bajo la vigilante atención del duque de Saboya. Comprende, al mismo tiempo que percibe la debilidad de la cortina fortificada de Levante, hacia la que dirigirá el esfuerzo principal del ataque, que la posesión del Arrabal es condición previa a cualquier pretensión de cerco efectivo. Pero no inicia la conquista de este punto fortificado sin lo que hoy denominaríamos «preparación artillera».

Mientras los artilleros de Mr. Glageon baten el burgo de la Isla, continúan las operaciones de despliegue en torno a San Quintín, aunque no con tanta rapidez que puedan impedir el único éxito francés de la campaña, un éxito que no juzgamos fracaso español, sino acierto indudable del almirante Coligni, que pone en la empresa tanto de audacia como de ciencia militar. El ejército francés, que hemos visto moverse paralelamente al nuestro y detener su marcha en Pierrepont cuando Saboya muestra sitiar a Guise, la reemprende alertado por el nuevo movimiento español. Coligni, al frente de su

(18) Bibl. núm. 7, pág. 180.

compañía de hombres de armas y las de los señores de Arrau, Jornat y Fayet, los caballos ligeros de Miramont y Terelles, y una compañía de escoceses, en su marcha de Pierrepont a La Fère, encuentra a un emisario del gobernador de San Quintín que le da la noticia del asedio. Inmediatamente decide continuar a Ham para intentar en aquella dirección el socorro de la plaza. Conocedor del terreno, elige la única vía de posible éxito, y actuando con una rapidez extraordinaria, efectúa una marcha nocturna que le permite alcanzar la plaza, si bien a costa de numerosas bajas. A las dos de la mañana del día 4, el bravo almirante, con unos quinientos hombres, penetra en San Quintín, mientras el resto de sus efectivos resultan prisioneros de nuestras fuerzas de caballería ligera o se pierden en la noche. Este pequeño refuerzo y, especialmente, la acción personal de Coligni que reorganiza la defensa, contribuyen a prolongar la resistencia francesa en unos términos insospechados. No se trata, como decimos, de un error español. El duque de Saboya, en la ejecución de su despliegue que va perfeccionando con toda la rapidez posible, ha concedido preferencia al Norte y al Este, tanto por la mayor facilidad del ataque, como por confiar de momento la detención de las posibles fuerzas de socorro al obstáculo natural que suponen, al Oeste de San Quintín, las tierras pantanosas y las corrientes de agua que afluyen al Somme.

Nuestro ejército continúa en su tarea de conquistar el Arrabal de la Isla (19). Esta acción trascendental no se ve coronada por el éxito hasta el día 4 (20), pues también los defensores han percibido la importancia de un fuerte que cierra el camino de La Fère y se presenta a su consideración como la vía natural de socorro para el ejército estacionado en este último punto. Claro que en esta concepción simplista hay un error de bulto, que radica en estimar el Arrabal aislado o muy difícilmente comunicado con el grueso de

(19) Véase el plano de la ciudad de San Quintín, y el de San Quintín y la zona de la batalla.

(20) La fecha la deducimos del conjunto de los diversos relatos conocidos. Aunque en el oficial (muy incompleto e impreciso) que se incluye en el documento núm. 5, se dice: «después que se ganó el burgo de San Quintín, que fué a los seis de este mes de agosto, ha sucedido, etc.»; entendemos que el «seis» se refiere al «después» de tomar el Arrabal y no al momento de su conquista. Por otra parte, resulta evidente de las narraciones, que cuando se produjo el intento de socorro el día 5, ya estaba el Arrabal en poder de los españoles.

nuestras fuerzas. Pero de él hablaremos luego. Ahora veamos cómo el maestro de campo Navarrete, con una compañía de su tercio, el capitán Julián Romero con la suya, la de Diego de Hoyos y la de Juan Pérez, secundadas por las de Carondelet y algunos gastadores borgoñones, con el apoyo de dos piezas de artillería, se disponen a tomar el Arrabal y su fuerte. La empresa no es fácil, ni siquiera para esta infantería española, ya en la fecha señalada con el enorme prestigio de su arte y su valor. Las compañías, mandadas por Navarrete, se disponen al ataque. Para aproximarse han de caminar al descubierto, atravesar primero un puente sobre el Somme (el de Rouvray), dirigiéndose luego hacia el Sureste y Sur de las fortificaciones del Arrabal. Unos trescientos pasos delante del bastión terraplenado que se antepone a la muralla, se acogen al amparo del terreno que allí asciende hacia el objetivo. Han alcanzado una buena posición de espera, desenfilada de las vistas y fuegos del Arrabal y de la plaza. Así llega la noche del 3, y mientras Coligni introduce en San Quintín su exiguo socorro, las compañías españolas se adelantan de noche hasta unas casas de labradores, con cubierta de paja, próximas al bastión y que, rodeadas de huertas y espesa arboleda, permiten una adecuada ocultación. La guarnición francesa, sin embargo, descubre a los asaltantes, y rompen el fuego los arcabuces y dos piezas de artillería que ocasionan algunas bajas a los nuestros. El mayor daño se produce para los españoles cuando los franceses, haciendo uso de artificios incendiarios lanzados por sus ballesteros (21), queman las casas y dejan con escasa protección a los ofensores. Eliminada así la posibilidad de la sorpresa, la artillería que lleva Navarrete inicia el día 4 su fuego, preludio del asalto. Seis impactos ciertos siembran el pánico entre los defensores y, tras incendiar las casas del Arrabal, se retiran a San Quintín por la puerta de la Isla. Es entonces cuando el capitán Julián Romero, que no es fanfarrón aunque pueda parecerlo, se ofrece al duque de Saboya para «con su compañía guardar aquel arrabal de todo el ejército del Rey de Francia» (22). Y allí queda con sus españoles «viejos», las

(21) Puede verse en documentos varios núm. 6 el curioso relato del empleo de estos artificios.

(22) Documentos varios núm. 6. De Julián Romero hay una sugestiva biografía, *Julián Romero*, por Antonio Marichalar, marqués de Montesa, Madrid, 1952. Y, del mismo autor, un artículo, «Nueva salida de Julián Romero», en el número 1 de REVISTA DE HISTORIA MILITAR.

tres compañías de Carondelet (que la prudencia del general le agrega), las dos piezas francesas y seis más que se destacan del conjunto artillero. El Arrabal, vigía hacia La Fère, es ya también bataría adelantada contra San Quintín.

Los defensores de la plaza, alentados por la presencia del prestigioso Coligni y por sus acertadas disposiciones, hacen suya la idea del almirante y comprenden que si son capaces de evitar que la ciudad caiga en poder del enemigo por un golpe de mano, las existencias de víveres, calculadas para tres meses, les van a permitir una resistencia prolongada que hará posible el socorro por el grueso del ejército francés. Pero Coligni sabe que no hay defensiva eficaz sino se la infunde, hasta donde sea posible, espíritu ofensivo. Por ello, y tal vez excediéndose en la realización del propósito, intenta varias salidas nocturnas, cuyo efecto material se limita a reducir el escaso número de los defensores. En una de ellas, Telligni, al frente de cien caballos ligeros, pretende incendiar algunas edificaciones próximas al Arrabal de la Isla y talar unas huertas cercanas a la ciudad, y sólo consigue perecer en el empeño con varios de los suyos. Para agravar la situación, un accidente en un almacén de pólvora provoca el hundimiento de la muralla en una longitud de más de veinte metros y ha de acudir en persona el almirante para que la brecha se cierre con increíble presteza.

Los de Saboya progresan rápidamente en sus trabajos de asedio, sobre todo la gente española del Arrabal de la Isla, que bate muy certeramente con sus piezas, asentadas en una plataforma preparada al efecto, las defensas de San Quintín.

Montmorency, con su ejército en la zona de La Fère, a unos quince kilómetros de la ciudad sitiada, recibe la urgente petición de su sobrino Coligni por intermedio de un oficial, Vaulpergues, conocedor del terreno, que ha conseguido salir de la plaza en demanda de ayuda. Bajo el mando del mariscal Saint-André organiza el condestable una expedición de socorro integrada por cuatro mil infantes a las órdenes del coronel Andelot, quinientos caballos ligeros que manda el duque de Enghien y los hombres de armas del mariscal en número de cuatrocientos. Tratan de llevar el auxilio a la plaza, siguiendo el mismo camino que utilizó Coligni, es decir, partiendo de Ham, única manera de apoyar su flaco derecho en la orilla norte del Somme, que anulan así como obstáculo. El plan de los capitanes franceses, acordado para la madrugada del día 5, consiste

en efectuar una diversión con caballería por un punto apartado de la circunvalación, mientras que Andelot con la infantería deberá avanzar por el camino de Savy, cruzar los pantanos y entrar en la ciudad por el barrio de Pontoilles.

Al plan, acertado, le falta la condición de sorpresa deseable en todo empeño táctico e imprescindible en los golpes de mano. Coligni, con su socorro audaz efectuado de análoga manera, había llamado la atención de Saboya sobre este camino de Ham, presente ya, por otra parte, en el cuidado del competente caudillo como adecuada vía de socorro. Para excluir totalmente aquella condición, unos prisioneros escoceses tomados a las fuerzas francesas, informan a los nuestros del plan. Lo demás es sencillo. El maestro de campo Navarrete, «de gran consejo y presteza en ejecutar», al frente de ochocientos españoles de su tercio y quinientos infantes alemanes, con una «corneta» (23) de «reitres» (24) del conde Mansfield que personalmente la manda, toma posiciones en los más difíciles pasos de los caminos de Ham y Savy. Sorprendido Andelot, cuando a las dos de la madrugada se acerca a San Quintín, sufre una aplastante derrota a manos, principalmente, de los españoles (25), que le ocasionan unos cuatrocientos muertos, le hacen numerosos prisioneros y le obligan a huir perseguido por los jinetes de Mansfield, lentos según Cabrera (26) en la persecución que, de haberse realizado con más ímpetu, «no quedara francés vivo».

La derrota francesa.

En La Fère recibe Montmorency la noticia de la derrota de Andelot y los suyos, y se dispone, según el plan que le ha comunicado Coligni, a montar un ataque en fuerza para conseguir lo que no ha podido lograr con astucia. El plan, por tanto, ha de ser muy distinto del que ha guiado los anteriores intentos de socorro. Se trata ahora

(23) «Corneta» era la compañía de soldados a caballo.

(24) «Reitre» es, en la época, soldado de la caballería ligera alemana.

(25) Cabrera (Bibl. núm. 7, pág. 183) cita así a los distinguidos: «Pelearon animosamente los capitanes españoles Diego de Valenzuela, caballeroso, valeroso y gran soldado, natural de Córdoba (veterano); Julián Romero, verdadero hijo de su fortuna, valor y prudencia; Diego Arnalte... de Ocaña y Antonio Quiñones y Nofre Sandín».

(26) Bibl. núm. 7, pág. 183.

de marchar a San Quintín por el camino de La Fère, forzar el paso del Somme, bajo la observación y el fuego enemigos, por los pantanos de Abiette primero, afirmado el paso con faginas y tablones, cruzar después el río en barcas con dirección a Saint Prix y penetrar, por fin, en la plaza por la poterna de Santa Catalina. El proyecto admite que será preciso sacrificar un buen número de soldados, pero se estima que bien vale este precio el designio de introducir en la ciudad la mayor fuerza posible y abastecerla de víveres y municiones con vistas a una prolongada defensa. No olvidemos que Francia intenta dar tiempo a Guisa en Italia para que, con su poderoso ejército, aplaste las fuerzas del duque de Alba. Claro que ni Coligni ni su tío saben cómo a la sazón el duelo entre duque y duque trae de cabeza al de Guisa, y es lógico que piensen en la vuelta oportuna de unos contingentes que vengan de Italia, aunque sólo sea por una vez, con la moral y la fuerza del vencedor.

La empresa es difícil y se trata de jugar una carta decisiva. Tanto que Montmorency, conocido el plan, dispone un reconocimiento de las inmediaciones de la plaza, que se efectúa el día 8 con una fuerza aproximada de seis mil hombres (cuatro mil infantes y dos mil caballos) a las órdenes de Fumet, «de discurso y ejercicio en la guerra» (27). Anotemos que, si bien Montmorency, viejo y experimentado guerrero, ordena el reconocimiento, no lo efectúa personalmente. El fuerte destacamento alcanza las alturas que dominan por la orilla sur del río, el pantano de Abiette y Saint Prix y observa, sin ser molestado por las fuerzas de Saboya, la anchura del río en esa zona y la distancia de la orilla norte a la ciudad. Todo hace suponer en el jefe de las fuerzas españolas un decidido propósito de obligar al grueso del ejército francés a presentar batalla, pues según Cabrera (28) pudo atacar a las fuerzas de Fumet con «dos compañías de españoles que guardaban un molino» (el de Gouchy). No lo hace y, además (no sabemos si deliberadamente o por casualidad), la optimista impresión del reconocimiento hecho por el enemigo, se ve reforzada por la noticia de que una gran parte de la caballería de Manuel Filiberto abandonará al día siguiente el campo español para dar escolta a los ingleses de Pembroke que, con el Rey (29), van a incorporarse al ejército que asedia San Quintín.

(27) Id., id.

(28) Id., pág. 184.

(29) Id., id.

Montmorency, con datos para él suficientes, se dispone a ejecutar lo previsto. Al frente de sus tropas abandona La Fère el 9 de agosto y se dirige a Jussy, donde se le reúne el mariscal Saint-André que, desde Ham, marcha con las mermadas fuerzas que el día 5 fueron derrotadas en su intento de socorro. De Jussy a Essigny, siguiendo el curso de una antigua calzada romana, va este ejército, integrado (30) por 20.000 infantes, 6.000 caballos y 18 piezas de artillería. La nobleza francesa, representada por muchos de sus nombres más ilustres (Condé, Enghien, Nevers, etc.) forma en sus filas.

Prosiguen entre tanto los trabajos de asedio. Minas y trincheras avanzan bajo la sabia dirección de Don Bernardino de Mendoza, y Saboya vigila sin descuido el Sur y Suroeste de la plaza, costados más fuertes por las obras, más aptos también, por el terreno pantanoso circundante, para la defensa de los sitiados; portillo, en fin, que canalice el socorro, cuya posible realización se presenta a la consideración del caudillo como inminente después del reconocimiento del día 8.

Entre nueve y diez de la mañana del día de San Lorenzo de 1557, la artillería francesa rompe el fuego sobre el campamento español, desde el camino situado al Noroeste de San Lázaro (31). Sus primeros disparos producen el único efecto de alertar a las fuerzas de Saboya. Nuevamente Andelot, deseoso de tomar desquite del fracasado intento del día 5, así como de rehabilitar su nombre, en entredicho por una antigua campaña desgraciada, manda directamente las fuerzas que intentan penetrar en San Quintín. Ha de pasar el Somme en unas barcas (32) que hasta la orilla se han transportado con dificultad. La ejecución de este movimiento no puede llevarse a cabo sin tomar previamente el molino de Gouchy, que defienden dos compañías de españoles, la de Diego de Hoyos y la de Juan Pérez, sacadas del Arrabal de la Isla después de su conquista. El príncipe de Condé consigue el objetivo inicial en poco tiempo, y Montmorency cree así asegurado su flanco derecho por neutralización del referido Arrabal. Esta seguridad, sin embargo, es precaria. El firme apoyo del ejército de socorro no está en el Arrabal, sino en el puente de Rouvray, pues en comunicación este punto con el campo español,

(30) Ver antes, «Fuerzas en presencia».

(31) Ver planos de San Quintín y de la zona de la batalla.

(32) No es posible concretar su número, pero debieron de ser alrededor de doce.

supone una evidente amenaza de envolvimiento que el condestable de Francia, tan lleno de experiencia como de vanidad, no valora debidamente. Piensa que las dimensiones del puente, apto según sus cálculos para el paso de dos hombres de frente, no permitirán al enemigo otra cosa que llegar cuando las fuerzas francesas, una vez introducidos los efectivos de socorro, se encuentren, por lo menos, al abrigo de los montes de Montescourt y Gibercourt. La realidad es bien distinta: el puente de Rouvray permite el paso simultáneo de unos quince hombres (dato que Saboya ha comprobado personalmente) y, además, no resulta difícil, dado el terreno y la anchura del río, construir otro provisional, tendido ya gracias a los trabajos de Navarrete (conquistador del Arrabal de la Isla), Schwendi y Owerfsen. Por otra parte, cruzar un río como el Somme, que en San Quintín está muy cerca del nacimiento, con su caudal disminuído por un verano sin lluvias, muy caluroso, es empresa fácil para la caballería de Egmont, el noble flamenco de los tristes destinos, «ardiente en la ejecución y temible en su arrojo».

El príncipe de Condé protege directamente con sus fuerzas el difícil paso de Andelot y a los suyos, hostigados por la arcabucería española que guarnecía el molino de Gouchy y por la destacada del Arrabal y en lucha denodada con las barcas que amenazan hundirse en el río y con el terreno pantanoso de sus márgenes. Una visión clara de la peligrosa situación del grueso francés, desplegado paralelamente al Somme, hace que el príncipe advierta a Montmorency del riesgo, pero éste, que fía más en su apreciación simplista, le contesta: «Serví en banderas antes que el príncipe de Condé hubiese venido al mundo, y espero que durante algunos años podré darle lecciones de guerra».

El duque de Saboya, comprendiendo que ha llegado el momento de combatir ventajosamente al ejército francés, ordena a Egmont que con su caballería ligera pase inmediatamente el río para prohibir que las fuerzas francesas se extiendan en la prolongación de su flanco derecho y puedan amenazar la comunicación de Rouvray, clave de la maniobra que proyecta. Que Andelot consiga mientras tanto, a costa de cruento sacrificio, introducir en la plaza unos cuatrocientos hombres, no distrae a los nuestros del objetivo principal, la destrucción del ejército enemigo.

Egmont y sus caballos ligeros chocan ya con la ágil caballería de Nevers que, desde la zona de La Neuville, se dispone a combatir

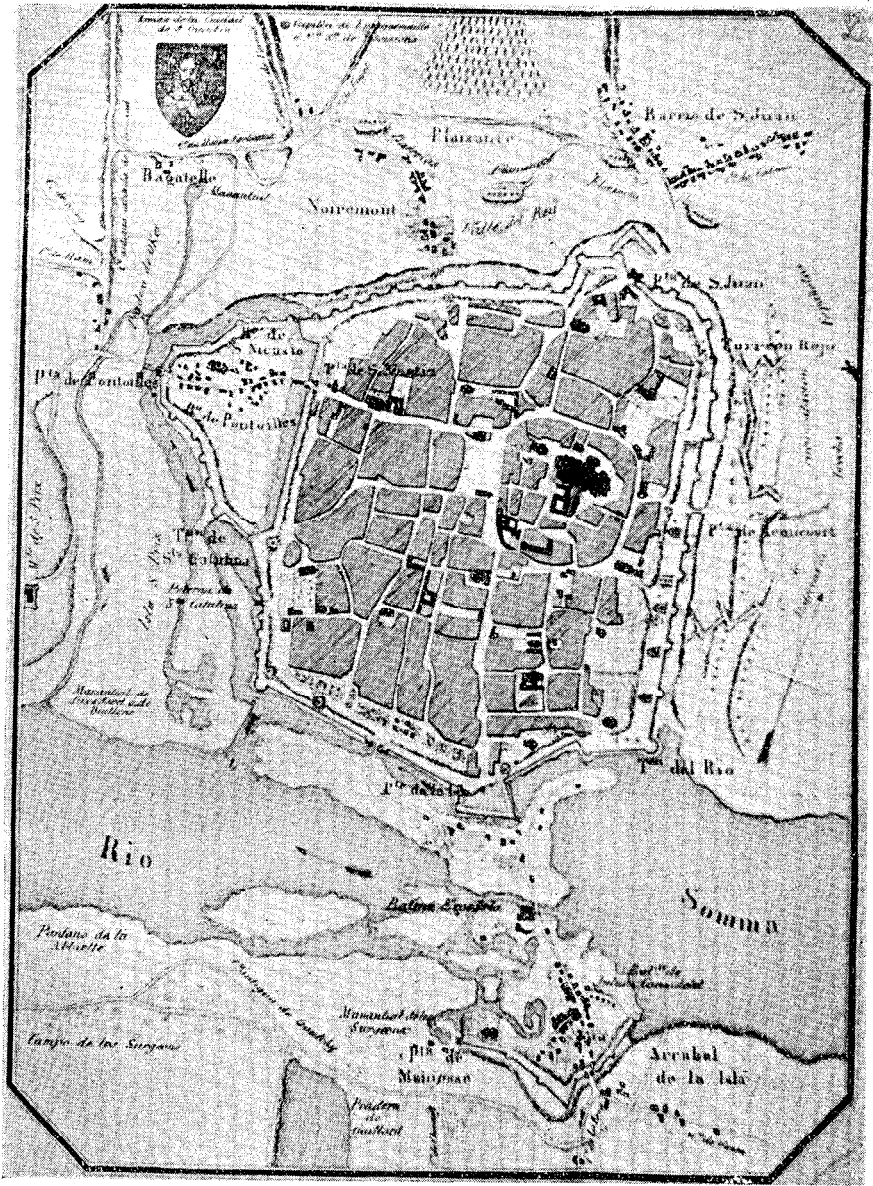
contra unos efectivos que estima de poca cuantía y destinados a una simple diversión. Al poco tiempo se da cuenta de su error, y cuando es reforzado por la caballería de Condé, el constante aumento de nuestras unidades ligeras obliga a ambos a retirarse sobre la retaguardia de Montmorency, desorganizándola. Este, persistiendo en la idea de contar con tiempo suficiente para sus rígidos planes y, a pesar de tener ya noticias del paso del río por fuerzas enemigas considerables, no ha hecho otra cosa que ordenar lentamente las tropas para la retirada.

Nuestras columnas de infantería continúan desembocando en la margen sur del Somme, y Egmont con el grueso de la caballería española se desliza por el ya flanco izquierdo del ejército francés, que trata de escapar sin combatir. Los valles de Harly, La Neuville, Urvillers y Benay son testigos de la rápida marcha de sus jinetes para alcanzar la zona definida por el Oeste del último punto (a media ladera de la altura de Essigny) y el Norte de Gibercourt y Lizeroles, en las inmediaciones de ambos.

Montmorency, en un principio, al ver desorganizada su retaguardia en el arranque del movimiento retrógrado, ha tratado de hacer frente a la caballería enemiga, pero desiste de sus propósitos porque no logra restablecer la situación. La artillería, colocada en cabeza de la marcha, dificulta el movimiento. Tras ella, la infantería, y luego la ingente masa de carros, vivanderos y paisanaje. El conjunto, protegido por la caballería, cuyo mando se adjudica el condestable, pretende llegar a los bosques de Montescourt y Gibescourt, más aptos para la defensa, siguiendo la antigua vía romana a través de la meseta de Essigny. Condé y Nevers, sin conseguirlo, intentan alejar a las unidades que pican su retaguardia. La marcha, desorganizada casi desde su iniciación, se hace, aunque parezca incomprensible, sin vigilar los flancos.

El ejército español sigue ordenándose «en batalla» con el designio de obligar al enemigo a aceptar el combate. Tiene ya Saboya sobre el campo (33) una masa de siete mil caballos y alrededor de quince mil infantes. A las tres horas de marcha las fuerzas francesas que descienden de la meseta de Essigny ven casi convertida en realidad la anhelada esperanza de acogerse a la zona de bosque. Pero entre la esperanza y la realidad se interpone Egmont, que con su caballería

(33) Apéndice núm. 1, 2.ª parte.



La plaza de San Quintín en 1557.



Facsimil español realizado en 1862 de un grabado francés que reproduce la derrota francesa y la toma de San Quintín.

cierra el paso. El combate se hace insoslayable, y Montmorency, ya nada vanidoso y al parecer mucho menos seguro, pregunta a Doignon, anciano oficial de su séquito, qué se puede hacer. Aunque la contestación sea irónica y nada alentadora («no lo sé; pero hace dos horas os lo hubiera podido decir») (34), el viejo guerrero no duda al tomar su sencilla decisión: se trata de morir manteniendo una desesperada resistencia. Apresuradamente ordena sus fuerzas entre el cruce de caminos al Sur de Essigny y las lomas que por el Norte dominan Lizerolles. Confía la vanguardia y el flanco derecho al Reingrawe y su infantería alemana, apoyados por unas pocas piezas de artillería, y personalmente manda la retaguardia que ve avanzar impiacablemente a las fuerzas enemigas.

Egmont, haciendo honor a su fama, se precipita sobre las tropas francesas, que resisten la primera carga. La llegada del grueso del ejército español, reunido por Saboya al Sur del río para el combate, inicia el epílogo de la lucha. Filiberto en el centro con sus arqueros, algunas piezas de campaña y tres regimientos alemanes de infantería; a su izquierda el conde Aremberg con los herreruelos y Brunswick al frente de sus hombres de armas; en la derecha, Horn con sus lanzas y Mansfield con sus caballeros aventureros. Esta enorme masa de caballería que, animada de inusitado ímpetu, se lanza desde las alas contra las fuerzas de Montmorency, arrolla a los brillantes jinetes de Nevers y Condé y, combinada su acción con la caballería española de Egmont, obliga a rendirse a discreción a la infantería del Reingrawe en número de unos cinco mil hombres. Los capitanes franceses luchan con extraordinario valor, pero no pueden contener el pánico, que transforma la resistencia en desbandada. Unas pocas compañías de veteranos franceses, símbolo heroico de una nación militar que sólo ante España cede la primacía, forman el cuadro y resisten una y otra vez las violentas y sucesivas cargas. Justo el tiempo para que el duque de Saboya, asentadas y dirigidas sus piezas artilleras, destroce materialmente los restos de tan gloriosas formaciones. La infantería completa, por fin, el vencimiento.

Lo que resta es sólo horrible carnicería. El condestable pretende morir con los suyos, pero la suerte no tiene piedad del vencido y, herido en un muslo, es hecho prisionero por un soldado español, Sedano (35), para ser llevado en seguida ante el duque de Saboya

(34) Bibl. núm. 11, pág. 38.

(35) Documento núm. 4.

que le recibe y atiende con la proverbial hidalguía de los nuestros, en consideración a su rango, su conducta y su desgracia.

Agotados vencedores y vencidos por un combate que dura cuatro horas, y próxima ya la noche, los ubérrimos campos de San Quintín ofrendan al ejército de Felipe II la trágica cosecha del desastre. Seis mil infantes, tres mil caballos, trescientos gentiles-hombres y diez caballeros del servicio de Su Majestad (de los cuarenta que no acompañaron a Guisa en la campaña italiana) son los muertos. Unos seis mil prisioneros (de ellos diez coroneles y treinta capitanes), dieciséis piezas de artillería (todas, menos dos) (36), ciento diez entre banderas y estandartes, y un rico botín de alhajas y dinero, son las elocuentes cifras que ponderan la derrota. Ante ellas, los mil muertos de nuestras fuerzas hacen resaltar la extraordinaria magnitud del desastre francés. Juan de Borbón, duque de Enghien, malherido, cae también prisionero y muere al poco tiempo en la tienda del duque de Saboya. Los nombres de Montpensier, Longueville, mariscal Saint-André, príncipe de Mantua, etc., que se cuentan entre los prisioneros, subrayan la contribución de la nobleza francesa a la lucha. La batalla de San Quintín ha terminado. Como dirá el rey francés, al conocer el desastre, sólo queda a nuestros enemigos, «buen ánimo y no asombrarse por nada».

Consideraciones tácticas.

A lo largo del relato anterior hemos tratado de que destaquen por sí mismos, tanto los aciertos del duque de Saboya y sus capitanes, como los errores del bando francés. No parece tarea ociosa, sin embargo, anotar ahora algunas consideraciones nacidas del estudio de la famosa batalla.

En primer término, hemos de insistir en que la desproporción de fuerzas entre los contendientes no es la que usualmente se ha venido admitiendo. Nos remitimos a lo dicho antes (37) para recordar que si las fuerzas españolas suman, en la estricta acción de la batalla, unos 22.000 hombres (7.000 caballos y 15.000 infantes), los franceses cuentan en total con 26.000 (6.000 caballos y 20.000 infantes. Las

(36) Según Bibl. núm. 35, pág. 419, nota 55, «una relación puntual de las piezas tomadas en esta ocasión al enemigo encuéntrase en un documento del Archivo de Simancas, *Guerras de Mar y Tierra*, legajo núm. 65».

(37) «Fuerzas en presencia» y apéndice núm. 1, 2.^a parte.

pérdidas sufridas en el intento de socorro que los franceses efectúan el día 5, no suponen merma de importancia. Admitimos, a pesar de ello, que se trata de fuerzas equivalentes en cuanto al número. No olvidamos que el ejército de Saboya cuenta con otros efectivos, parte de los cuales pueden representar, a los fines de la batalla en sí, el papel asignado a las reservas. Las fuerzas que durante la batalla continúan manteniendo el cerco de San Quintín ascienden a unos 33.000 hombres, muchos de los cuales pudieron emplearse, si hubiese sido necesario, en la acción descrita. Pero la realidad es que no se emplearon y que incluso (el lector lo habrá deducido del relato) la batalla fué principalmente llevada a buen término por nuestra caballería. Sólo en un principio, y sobre todo contra las fuerzas que tratan de penetrar en San Quintín, actúa la infantería. Luego, la caballería persigue, envuelve y carga, por fin con violencia. La infantería llega al fin de la acción para completar la brillante victoria.

Se perfila aquí un rasgo distintivo de la batalla que merece destacarse. Esa masa de caballería ligera que, bajo un solo mando, realiza la misión de cortar la retirada enemiga, dice a nuestro juicio algo importante en la evolución del Arma. No es que tratemos de demostrar que, respecto a la Caballería es, San Quintín eso que suele llamarse «un hito» en Historia. (En historia no hay hitos. Los ponemos para podernos entender.) Pero es indudable que el combate del Arma, en el propicio terreno de la acción descrita, se manifiesta con características «modernas» que señalan cómo la decadencia de la caballería pesada, de los hombres de armas, que sucumben ante el poderío del fuego, es correlativamente auge de la caballería ligera, maniobrera, sutil e impetuosa.

El terreno, factor que ya en la época viene demostrando su destacada importancia, acusa en San Quintín una influencia decisiva. Ese puente de Rouvray y, en general, el acceso de Saboya a la ribera Sur del Somme, sobre el que Montmorency fundamenta su errónea previsión, abonan el talento realista de Filiberto, quien personalmente estudia antes de la acción el camino que sus tropas pueden necesitar. La estimación del terreno se manifiesta también en la ocupación del Arrabal de la Isla como verdadera posición avanzada, complementada por la ocupación del molino de Gouchy, en el que sin llegar a oponer una tenaz resistencia, se lucha al comienzo de la batalla para dar tiempo a que las fuerzas del Arrabal puedan ponerse

en condiciones de hacer sentir el efecto de sus armas, activando así el obstáculo que suponen el río y los pantanos.

La artillería, causa muy considerable de la lentitud francesa al retirarse, es empleada por Saboya con acierto. Nadie posee en la época una artillería apta verdaderamente para «campana», pero el duque saca de la suya el mayor partido posible, haciéndola intervenir en la explotación táctica del éxito. Es verdad que llega al último acto, pero entonces no era posible pedirla más, y no creemos dejarnos cegar por la ilusión de nuestro oficio, si afirmamos que en lo escaso del número de bajas propias, algún tanto deben apuntarse los artilleros de M. Glageon.

Hablaremos ahora de la infantería. Da miedo meterse de lleno en el tópico cuando nos acercamos a nuestros infantes del xvi. Infantería, la española. Sin duda. Será suficiente exponer hechos. Del numeroso ejército reunido para la campaña, no llegan a 6.000 los infantes españoles, pero infantes españoles se apoderan del Arrabal de la Isla; infantes españoles, principalmente, derrotan a Andelot en su primer intento de socorro, e infantes españoles (arcabuceros que tiran muy de cerca y, por esto, bien) ocasionan el mayor número de bajas a las fuerzas que el día 10 tratan de penetrar en San Quintín. Todo ello no parece suficiente, y en el asalto a la plaza (27 de agosto) se les adjudicará un papel preponderante (38). Y en el triunfo, Coligni pone la rúbrica francesa a nuestro elogio cuando desde la muralla, temiendo el ciego furor del asaltante, pretende averiguar por qué brecha entrarán los infantes españoles, para entregarse a su hidalguía.

En un orden de ideas superior, ya nos hemos referido a la acertada decisión estratégica de Felipe II, al asignar al teatro francés el papel más importante en la lucha planteada por la ruptura francesa de la tregua de Vaucelles. Hemos reseñado también el movimiento de Saboya sobre la Champagne y la posterior elección de San Quintín (39) como objetivo «ordenado» por el monarca, lo que permite al mando español conservar la iniciativa y poner en juego la sorpresa.

(38) Fueron los primeros en entrar en San Quintín, según documento núm. 8; y al final de la parte transcrita del documento núm. 3, son dignas de notarse las palabras del Rey: «... y no se perdería hora ni punto en asentar las baterías que ya se van haciendo las trincheras y se hará todo lo último por rendirla, que lo quería mucho más que por asalto por conservar la infantería española...».

(39) Ver nota 5.

En cuanto a seguridad, la retirada por la calzada romana sin vigilar los flancos, es otro error de Montmorency que en él, tan experimentado, parece increíble. El enemigo se le echa encima cuando ya no dispone de tiempo ni espacio para organizar adecuadamente el combate.

Del duque de Saboya, jefe del ejército (40), hagamos resaltar la brillante y acertada actuación. Su triunfo es el más elocuente elogio. A él llega por su experiencia anterior, por un adecuado empleo de las Armas y por un estudio concienzudo del terreno. Pero creemos que su acierto principal, a más de la contribución, por su consejo, a la elección de San Quintín, es la decisión de obligar al enemigo a entablar combate con todos sus efectivos, llevado de la idea de que el verdadero objetivo de la campaña debe ser la destrucción del ejército francés. Acierto principal —decimos— al pensar que en la época se hacen, sobre todo, campañas cuyos objetivos son el ataque y defensa de las plazas fuertes. Si tal destrucción no fué absoluta, aunque resultó casi completa, se debe a que Saboya, con el rey en Cambrai, no está facultado para salirse del estrecho marco de la toma de la plaza.

IV. DESPUÉS DE LA BATALLA

Consecuencias inmediatas.

Aparte de la grave pérdida material del ejército francés, cuyos mermados efectivos llegan sobrecogidos en la noche del 10 a La Fère para comprobar allí la magnitud de un desastre que abre al

(40) El triunfo de Saboya demostró lo acertado de la elección de Felipe II. Tanto el duque como Ruy Gómez (éste tan sobresaliente en la preparación económica de la empresa), eran amigos del Rey, que les distinguía con un afecto fuera de lo corriente, hasta el extremo de que cuando, antes de la campaña, estaban en Bruselas, el monarca se hacía acompañar de ambos en las numerosas fiestas y bailes a que gustaba asistir. En Bibl. núm. 36, págs. 197-198, se refleja sugestivamente esta faceta tan humana del «Dominio Negro del Sur», apelativo dedicado a Felipe II con entrañable odio por los protestantes ingleses.

Cabrera (Bibl. núm. 7, pág. 166) califica de buena la elección, además de por las cualidades de Saboya, «por tener conocimiento en la paz y en la guerra de la naturaleza del Rey, vasallos y sitios de los pueblos con quien había de guerrear...».

enemigo el camino de París, la más inmediata consecuencia de la batalla es el asalto y toma de San Quintín el día 27 del mismo mes de agosto. Como acción independiente de la batalla, no entra su estudio dentro del tema que nos ocupa, pero sí resulta pertinente examinar por qué precisamente fué ésta la más próxima consecuencia y por qué los acontecimientos no tomaron rumbo distinto.

El Rey, que recibe la misma noche del 10 en Cambrai la noticia de la victoria, llega el 13 al campo español. Viene armado «como un San Jorge» (41), acompañado de algunas fuerzas que del mismo campamento se han destacado, del escuadrón real (42), del contingente inglés (43), de 21 piezas de artillería «de batir», con 600 gastadores (44), y de un gran repuesto de municiones y víveres. Filiberto de Saboya se acerca a besarle la mano, pero el rey hace pública expresión de su agradecimiento diciendo mientras le abraza: «Más bien me toca a mí besar las vuestras, que han ganado una victoria tan gloriosa y que tan poca sangre nos cuesta».

Una vez informado Felipe II con todo detalle de la victoria alcanzada, suscita el duque de Saboya la cuestión de la continuación de las operaciones. En su ánimo persiste aquella acertada idea de que el verdadero objetivo debe ser la destrucción del ejército contrario. Y como cuenta con fuerzas suficientes para destinar parte de sus efectivos a la tarea de una subsiguiente explotación del éxito, dejando el resto para neutralizar, por lo menos, la plaza de San Quintín, defiende el propósito de continuar enseguida la persecución del enemigo, ya retrasada por la espera del monarca. Felipe II, sin embargo, mantiene la opinión de tomar previamente la plaza con objeto de asegurar su línea de comunicaciones.

Se ha planteado por los historiadores la cuestión de si Felipe II obró o no acertadamente al no lanzarse sobre París después de la victoria. Creemos que no son estos los términos de la cuestión. Planteada tan simplemente, nosotros votaríamos por aplaudir la decisión del «Rey Prudente», por varias razones que estimamos incon-

(41) Documentos varios núm. 6.

(42) Documento núm. 7.

(43) Documento núm. 3 y documentos varios núm. 6. El contingente inglés, salvo un número de gastadores, llegó después de la batalla (ver apéndice núm. 1). En documento núm. 8 se consigna el papel poco brillante que representaron las fuerzas inglesas en el asalto de la plaza.

(44) Documentos varios núm. 6.

trovertibles. Primero, por aquello que dice Almirante (45): «en la guerra... algunas veces la dificultad no está en entrar sino en salir», o, como dice Cabrera (46), se entra «comiendo pavos para salir comiendo raíces». Además, porque París no tenía entonces (como ocurría en la época a todas las del mundo) la importancia estratégica de una capital en el sentido moderno del concepto; y, sobre todo, tratando de penetrar en el pensamiento de Felipe II, porque su padre e indiscutible maestro, el brillante guerrero que había echado los cimientos de la supremacía bélica española frente a la nación más militar de Europa, no en una sino en tres ocasiones similares, optó por la solución prudente. En la primera (1525) teniendo al frente de sus tropas a dos generales impetuosos, Borbón y Pescara. En la segunda (1536), cuando llevaba consigo a Alba y Leiva, circunspectos y fríos. Y en la tercera (1544), cuando el Emperador en persona detuvo la marcha de sus tropas que amenazaban la capital francesa desde Château-Thierry, lugar mucho más próximo a París que San Quintín.

Pero es que los verdaderos términos del problema no son, a nuestro juicio, los propuestos. No hay que olvidar tampoco que Francia tiene en Italia un poderoso ejército a las órdenes de Guisa, que necesariamente ha de ser trasladado al teatro francés para contrarrestar un desastre nacional. Creemos, por tanto, que el tema que verdaderamente debaten Saboya y sus capitanes con Felipe II ante los muros de San Quintín, es la conveniencia o no de continuar la persecución de los restos del ejército enemigo para aniquilarle antes de que Guisa pueda llegar de Italia. Cabrera, aunque habla de París, confirma nuestra idea (47). Luego de relatar el ímprobo trabajo de Nevers para juntar, después de la batalla, «trescientos hombres de armas, mil caballos ligeros y de arcabuceros a caballo, seiscientos herreruelos, cuatro mil infantes, todas las fuerzas de Francia», y de añadir que se trata de «gente vencida sin poder tener otra en muchos días», llega a la conclusión de que fué «mal consejo el no haber seguido... para de una vez acabar la guerra».

Prevalece la decisión de Felipe II y, en consecuencia, un ejército abrumadoramente superior a las fuerzas sitiadas, queda detenido ante San Quintín para hacerse dueño de la plaza.

(45) Bibl. núm. 2, pág. 165.

(46) Bibl. núm. 7, pág. 186.

(47) Id., págs. 187-188.

Pasado el momento propicio y, aunque afirmada la superioridad de nuestro ejército, la campaña continúa. Felipe II llevará luego sus cuarteles de invierno a Bruselas, antes de que las lluvias de octubre hagan peligroso el movimiento de sus tropas.

Cateau-Cambresis.

En el campo estratégico, la victoria de San Quintín, verdadera amenaza para Francia de una completa catástrofe, obliga a Enrique II a llamar al ejército de Guisa, que infructuosamente combate en Italia contra los españoles. Reducido el Papa Paulo a sus solas y escasas fuerzas, solicita la paz de Alba, que entra en la Ciudad Santa, según las órdenes escritas de Felipe II, en triunfador tranquilo y respetuoso. La guerra de Italia —inmensa batalla simulada, según el claro designio del Gran Duque— ha terminado.

El duque de Guisa, buen soldado, mientras a marchas forzadas regresa a Francia, piensa que es preciso hacer algo espectacular para levantar la moral del pueblo francés. Y lo hace. Felipe II se lo había advertido a su enamorada Tudor, que no tomó en cuenta el consejo. El 8 de enero de 1558 Guisa se apodera de Calais.

Para Inglaterra el resultado de San Quintín es, pues, un golpe abrumador. Francia, al fin y al cabo, consigue ver concluida la obra de Juana de Arco, librar el suelo patrio de ingleses.

La supremacía militar española que en San Quintín se manifiesta en toda su pujanza, proporciona luego en Gravelinas (julio de 1558) al mismo impetuoso Egmont de aquella gesta, otra gran victoria sobre Francia. Carlos V, desde Yuste, asiste complacido al triunfo definitivo de la armas hispanas sobre las francesas, broche de oro que cierra las guerras de Italia y piedra básica de la hegemonía española durante más de medio siglo. No logra, sin embargo, ver concluida la paz, pues muere el 21 de septiembre de 1558, con un «¡Ay, Jesús!», que tiene tanto de súplica como de acción de gracias.

El tratado de Cateau-Cambresis, firmado el 3 de abril de 1559, «una de las charnelas de la diplomacia moderna» (48), es el resultado de aquella supremacía española que se asienta en gran parte sobre el poderío militar. Bien puede llamarse «paz hispana» la que el tratado estipula. España es la vencedora y obtiene el objeto disputado, Ita-

(48) Bibl. núm. 34, pág. 45.

lia y las fronteras de los Países Bajos. Con éstos y Milán y el Franco-Condado, envuelve a Francia, y la muerte de Enrique II en el torneo celebrado con motivo de la boda de su hermana Margarita y el duque de Saboya (concertada en el tratado), robustece aún más el poder español. María Tudor había muerto el 17 de noviembre de 1558 con «la palabra Calais grabada en su corazón», y Felipe II, también como consecuencia del tratado, contrae matrimonio en 1560 con una princesa francesa, bella y joven, Isabel de Valois, hija de Enrique II.

Se cierra así lo que hemos dado en llamar un ciclo histórico, y viene a primer plano de la actualidad europea un propósito expreso en las convenciones de Cateau-Cambresis. Enrique y Felipe II convinieron allí una acción independiente pero concéntrica en contra de la herejía que avanzaba sin descanso. Luego resultará que el nuevo movimiento es solamente español, y española en esencia la nueva actitud de la Catolicidad, reformada y dispuesta a la defensa de sus supremos designios espirituales. El curso de los acontecimientos es el deseado por Felipe II, en paz con Francia, sin guerras en Italia, con el pensamiento puesto en la lucha religiosa y en el peligro que representa, por mar y tierra, el Sultán.

Digamos, por fin, algunas palabras sobre una interpretación de este tratado de Cateau-Cambresis, en la que su autor intenta «hacer de necesidad virtud». André Maurois (49) escribe que Enrique II supo comprender el verdadero problema francés, que no era italiano sino germánico, y que, en consecuencia, renunció al sueño de la conquista italiana y trató de llevar todo su esfuerzo al Nordeste, fortificando allí las fronteras del país. La «renuncia» al sueño italiano sería algo curioso de referir a los duques de Saboya y Alba, que tantos laureles conquistaron precisamente en una lucha cuya causa principal fué la ambición francesa sobre Italia. Y en cuanto a ese pretendida visión del problema germánico, ¿qué remedio, si lo único que Enrique II pudo conseguir en Cateau-Cambresis fué la conservación de los tres obispados de Metz, Toul y Verdun, cuya posesión le había metido en casa las ideas reformistas!

Pretender que Cateau-Cambresis es uno de los tratados que han hecho la Francia moderna, acaso pueda admitirse... si se agrega que todo ocurrió porque así lo quiso España. El único tanto a favor de nuestros vecinos fué la recuperación de Calais. Añadamos que, en

(49) Bibl. núm. 26, págs. 147 a 149.

la época, la mayoría del pueblo francés consideró injusta, depresiva y humillante una paz por la que se cedían más de ciento cincuenta ciudades y muchos importantes territorios.

APENDICES

NÚM. 1.—RECUENTO DE FUERZAS

Consideración previa.

Importa consignar que el recuento de fuerzas en San Quintín es empresa laboriosa. Los documentos de la época resultan a veces imprecisos y contradictorios, y los historiadores que los utilizan introducen un nuevo elemento de confusión al sumar como fuerzas que intervienen en la estricta batalla, todas las que formaron el ejército del duque de Saboya. Pero esto no se ajusta a la realidad. En primer término, porque después del 2 de agosto siguen llegando unidades, unas antes de la batalla, otras después; y, además, porque no deben unirse al cómputo del encuentro las que, manteniendo mientras el sitio de la plaza, no hacen sentir los efectos de su acción sobre los enemigos que combaten.

Tratamos por tales razones, de precisar, hasta donde sea posible: primero, la composición del ejército que el día 10 de agosto de 1557 mantiene el cerco de San Quintín, y su despliegue. Este nos permitirá luego, ya en la descripción de la batalla, anotar, también con las reservas necesarias, los efectivos que en ella toman parte y los que permanecen fuera de la acción.

Primera Parte.—Composición del ejército del duque de Saboya en 10 de agosto.

Las fuentes imprescindibles para el tema, son los documentos de la época que se conservan en el Archivo de Simancas y en El Escorial, así como la relación del cronista Cabrera (Bibl. núm. 7, páginas 166 y ss.). Las reseñas y preferencias correspondientes se incluyen en el apéndice núm. 2.

Analizando las diferentes relaciones de fuerzas que se admiten por los que han tratado del asunto, llegamos a la conclusión de tomar como punto de partida la que se incluye a continuación. San Román (Bibl. núm. 13) y los que le siguen, adoptan una parecida. Pero San Román no utilizó en su trabajo los documentos de El Escorial, y tanto éste como otros historiadores, incurren en errores de consideración al tomar —insistimos— como fuerzas de la bata-

lla, las reunidas en el momento del asalto, que no se produjo hasta el 27 de agosto. En esta última fecha, las fuerzas son las siguientes:

General en jefe: Manuel Filiberto, duque de Saboya.

General de la Guardia Noble del Rey: Príncipe de Orange.

Comisario general: Mr. de Berlaymont.

Infantería (a las órdenes directas de Saboya).

ESPAÑOLA

Mandos:

Hombres

Navarrete	3.000
Alonso de Cáceres	3.000
Carondelet (Agregado a la infantería española)	600

ALEMANA

Conde Doverstein	} 20.000
Conrado de Pamelberch	
Jorge Van-Hol... ..	

WALONA

Conde de Mega	4.500
----------------------	-------

INGLESA

Conde Pembroke... ..	} 8.000
Lord Grey	
Lord Clinton... ..	

Total infantería 39.100

Caballería

General de la Caballería: Conde de Egmont.

Su teniente: Enrique de Guzmán.

Comisario general de la Caballería ligera: Octavio Curciano.

Su teniente: Lope de Acuña.

ESPAÑOLA

<i>Mandos:</i>	<u>Caballos</u>	
Conde Mansfield... ..	500	Ligeros, agregados a las fuerzas propias de Mansfield.

ALEMANA

Idem	1.200	Ligeros, «reitres».
Conde AreMBERG... ..	6.200	Parecen ser ligeros.
Duque de Brunwisck y su hermano... ..	2.100	De línea o pesados.

FLAMENCA

Conde Horn	1.000	De línea o pesados.
Barlaymont	3.000	Ligeros.

BORGOÑESA

— ? —	1.000	Ligeros.
--------------	-------	----------

INGLESA

Noirquerme	2.000	De línea o pesados.
-------------------	-------	---------------------

PROPIA DE SABOYA

— ? —	100	Arqueros.
--------------	-----	-----------

Total caballería 17.100

Artillería y gastadores

General de la artillería: Mr. de Glageon.
Su teniente: Mr. de la Cresionere.
Número de piezas: 80 (de calibres varios).

Gastadores alemanes... ..	4.500
Idem ingleses... ..	2.000
Idem flamencos y borgoñeses... ..	5.000

Total artillería y gastadores... .. 11.500

Estimamos incluídos en el número de gastadores: el servicio de la artillería (unos 2.000) y el de los carros de municiones y bagajes (otros tantos). El resto, serán los propiamente gastadores y minadores.

RESUMEN

Infantería	39.100
Caballería	17.100
Artillería y gastadores	11.500
<i>Total general</i>	67.700

Para deducir, con una razonable aproximación, los efectivos que el 10 de agosto están en la zona de San Quintín, hay que efectuar en el estado anterior las siguientes correcciones:

1.^a La infantería española no tiene sus efectivos al completo. Los Tercios de Navarrete y Cáceres suman 5.142 hombres (documentos núm. 6). Hay que descontar, pues, 858.

2.^a Uno de los regimientos de la infantería alemana, integrado por 3.816 hombres, llegó a las inmediaciones de San Quintín el día 13 de agosto con el cortejo guerrero de Felipe II (documentos número 6). Coincide este número, aproximadamente, con las «diez banderas de alemanes» —unos 3.000 hombres— que menciona el documento núm. 3.

3.^a La infantería walona del Conde de Mega, en lugar de 4.500 hombres, parece tener los efectivos aproximados de un Tercio (3.000), pues esta es la cifra que dan Cabrera (pág 174 Bibl. núm 7) y el documento núm. 6.

4.^a Los documentos núms. 3 y 6 son explícitos en cuanto a que 4.000 infantes y 2.000 caballos (ambos ingleses), llegaron también después del día 10 a San Quintín, acompañando al Rey. Solamente 2.000 gastadores de la misma nacionalidad estaban presentes en el asedio cuando se dió la batalla.

5.^a La caballería borgoñona que en un principio se esperaba, estaba integrada (documentos núm. 6) por diez «cornetas» (unos 1.000 hombres), pero realmente llegaron 340.

En consecuencia, del efectivo total de 67.700 hombres, hay que descontar 12.834, lo que da unos efectivos, el día 10, de 54.866, incluídos artilleros y gastadores, y de 43.366 si prescindimos de estos apartados.

El material de artillería, que se cifra en 80 piezas de variados e indeterminados calibres, no está todo él reunido en San Quintín antes de la batalla. Por lo menos 21 piezas llegan al campo español el 13 de agosto con el Rey (documento núm. 3), por lo cual el día 10 serían, como máximo, 59. Esto viene a confirmarse en los documentos núm. 6, donde se dice que Saboya llegó a San Quintín con

26 piezas de batir y 10 de campaña, en total 36, cuyo número hasta 59 se iría completando en los días anteriores a la batalla. Suponiendo que en el número admitido se conserve una proporción análoga, las piezas de campaña disponibles para el día 10 de agosto serían unas 16. Las demás, «de batir», se dedicaban exclusivamente al asedio.

Segunda Parte.—Fuerzas que intervienen en la batalla de San Quintín.

El estudio de los documentos y la obvia consideración de que, durante la batalla en sí, no se abandonó el sitio de la plaza, nos induce a tomar como cifra aproximada de nuestras fuerzas en la misma, una superior a la que admite Antolín en Bibl. núm. 3 y que es, por pequeña, exagerada: 7.000 hombres. De la descripción de la batalla se deduce una cifra análoga a la que admitimos, por las siguientes consideraciones:

El documento A (de documentos núm. 6) dice terminantemente: «... o sea, todos 7.000» (se refiere sólo a la caballería). Y agrega: «y tras ellos pasaron por dos pasos... el tercio de Navarrete y tres regimientos de alemanes». Es decir, que si a los 7.000 de caballería sumamos 3.000 hombres de Navarrete (aunque ya hemos dicho que sus efectivos no estaban al completo) y los tres regimientos alemanes que no llegaban a sumar 12.000 (documentos núm. 6), el total será como mucho de 22.000.

La misma cifra de 7.000 da Cabrera (Bibl. núm. 7, pág. 184) para la caballería, aunque no señala los efectivos de infantería. Pero sí que anota (íd.): «Dejó... Saboya en su contra (sitiando San Quintín) a Mega, Xuacenburg, a Conrado Beneburg... y a los ingleses». Por las relaciones de testigos oculares (documentos núm. 6) se demuestra que la enumeración de los que quedaron en el cerco no es exacta, pero ratifica la idea de que numerosas fuerzas de Saboya no tomaron parte en la batalla

NÚM. 2.—DOCUMENTOS

Documento núm. 1.

Plan de campaña acordado en Bruselas por el Consejo de Su Majestad Católica

(De Bibl. núm. 17, tomo V, pág. 115)

El Obispo de Arras escribe al rey don Felipe II desde Bruselas, con fecha 4 de julio de 1557: «S. C. R. Magestad: No ha podido el duque hacer fastagora la empresa de Rocroy como lo esperaba, quando ultimamente se embió al conde Horne, por haber crecido los enemigos de fuerzas, tardado la flota del trigo mas de lo que

se dezía, y no haverse podido hallar forma para recoger de un golpe tanto dinero quanto era menester para juntar y hazer salir en campaña la gente que se tenia; entretanto han labrado los enemigos en la fortificacion, de manera que la empresa se ha hecho mas dificil, segund la relación que dan de la obra los espías, ni seria buen consejo emprenderla de proposito en los terminos que agora está, sinque primeramente se reconozca mejor; para lo cual se ha ofrecido el Coronel Svendi con dos mil hombres escogidos de su coronelia, y aun de intentarse a sobresalto, y tomándola descuidada, hallasse aparejo para poderla hurtar; si lo acometerá o no, depende de los avisos que tuviere y de lo que viere. Mas considerando que ya la gente para formar el campo viene de todas partes, y que, siendo la sazón tan adelante, no es bien perder el tiempo y el dinero, subiendo a tanta suma lo que cada dia se gasta, sin procurar de aprovecharse del exercito, se ha juntado hoy el Consejo sobre esto; y despues de haberse debatido todo, y considerando por una parte quanto importa a V. M. en esta jornada no ponerse facilmente en cosa que no salga, y por otra parte lo que le conviene procurar de ganar todo lo que se pudiese de reputacion, y la importancia de que seria poder acabar de tomar algunas de las tierras que en la opinion de los franceses son fuertes, señaladamente sobre la Soma, ó Montreul, pues tomándole, como a V. M. con el dicho Conde se avisó, se gana Boloña y Ardres y todo el Boloñes, y se descarga de grandes gastos, de muchas guarniciones que por reparo por aquella parte es menester sostener; que por lo de Mesieres es forzoso, para salir con la empresa, tomar Rocroy y quizá Maubert-Fontaine, y que en cualquier destes lugares quizá será menester tiempo y mucha munición de polvora; no se hallando fastaquí tanta quanta sería menester para tantas baterias, y no se pudiendo en lo que de todo esto querrá hazer V. M. resolver sino en presencia, para que entre tanto se haga algo, y que se encaminen las cosas á propósito de lo que V. M. quisiere resolver; y porque el ayuntamiento del campo se haga de manera que sea menos daño de la provincia y que sea todavía de tal suerte que de principio no venga a padecer señaladamente la cavallería que deshecha dificilmente se torna a rehazer; y para reconocer tambien mejor si todavía se podria acometer Rocroy, pues importaria tanto haverle así para la empresa de Mesieres, si azia allá se huviesse de encaminar V. M., y que con tomarle quedaria nuestra Mariébourg, sin mas trabajo y sin haverla de acometer, como por el respecto que se tiene que si una vez acaban de fortificar al dicho Rocroy, lo cual podrán facilmente hazer este año, si agora no se toma teniendola los enemigos juntamente con Mariébourg, Maubert, y Mesieres ternan muy gran oportunidad para dende allí, sin que se les pueda estorvar, y sin embargo de los fuertes de Phelippe-Ville y Charlemont, correr y dañar las tierras de Lieja, de Brabante y de Henault, y será insupportable el gasto que para reparo contra este mal será forzoso sos-

tener de ordinario ; sobre estas consideraciones y ser incierto, como dicho es, á qué empresa V. M. se resolverá, há parecido, y tal es la resolución que se há tomado, que para los doce de este mes vengan á juntarse, en Florines por diversas partes y en un mesmo dia sin ruido las coronelías de Clas van Hatstat y Lázaro Svendo, y los españoles que están en Lucemburg, demas de la gente de M. de Mega, los mil cavallos de M. de Horne que estan en Lovayna, y las compañías de cavallos-ligeros que estan ázia esta parte, dexando las otras que estan ázia Artois sin que por agora se muevan por descuidar los franceses y amparar aquella parte ; y que con los arriba dichos vengan tambien a Florines las compañías de cavallos ordinarios de las bandas que cerca de allí estan, y que para recibir la dicha gente y hazerles vivir en llegando con regla, se encaminen desde luego ázia allá M. d'Egmont y M. de Bigincourt que haze el oficio de maestro de campo general, que allí llaman mareschal de l'host, y que vienes que viene salga de aqui el Duque por hallarse en la dicha compañía, con la cual iria a reconocer Rocroy, que lo podrá hazer assí acompañado con mucha seguridad, y tanto mas que por tener las espaldas mas seguras, lo demas de la gente, assí de cavallería como de infantería alemana, de quien se van tomando las muestras se irán encaminando ázia el dicho Florines, que es lugar por donde qualquier camino que huviesen de hazer, entrando en esta provincia para ir ázia los enemigos han de pasar o muy cerca dél ; y si reconociendo que habrá el Duque el dicho Rocroy hallare facilidad para poder esperar que se pueda ganar brevemente y comodidad para servirse ázia aquella parte de todas las fuerzas en que es menester mirar, y oportunidad para sostener la cavallería sin que á falta de comodidad dende el principio se venga a deshazer, cerrar desde luego con la dicha gente el dicho Rocroy para que non les pueda entrar mas gente ni otro recaudo y hazer sentir todo lo demás del campo, para que allí se haga la massa y ayuntamiento de todo, sirviéndose del rio de la Mosa, para lo de las vituallas, y de las tierras de los enemigos, si hay aparejo, ora sea ázia Maubert, ó otra parte ; y remediando que el dicho Maubert ni Mariébourg cerca de la qual se podrian poner algunas guarniciones no nos den estorvo a las dichas vituallas ; y quando se hallasse el dicho Duque que no fuesse cosa que se pudiesse emprender sin aventurar de perder mucho tiempo, podria con la gente que arriba se dice, con que ira a reconocer, encaminarse seguramente, no obstante las fuerzas que al presente franceses tienen, por la via de Simay y del trou de ferro ázia Cambressi ; y l'artilleria con la demás infantería que despues se huviesse juntado a Florines tomaria el camino de Beaumont ázia Avaines ó Landresi, para seguir al Duque y cavalleria alemana desde Florines iria por esta parte de la Sambra ; de manera que en el dicho Cambressi lo mas cerca que se pudiese de las tierras de los enemigos, por acomodarse dellas y escusar el daño de los amigos se hiziesse la massa del campo para dende allí caminar sobre el enemigo

adonde á V. M. pareciesse; y yendo repartida la gente, como arriba se dize, hará menos daños que si marchase todo el exercito junto con una massa por estos estados; entretanto que el dicho Duque estará con la gente arriba dicha cerca de Rocroy, y que lo demás del cuerpo del exercito se encamina ázia Florines, como es verisimil que los enemigos encaminarán lo mejor de sus fuerzas ázia aquella parte, se terná oportunidad para cercar cualquier otro lugar que S. M. quiera acometer, y cerrarle de manera que non pueda entrar en él mas gente ni provision de la que ya entonces estuviere; y si fuese Montreul, los ingleses juntamente con alguna parte de los españoles de Hesdin, y la gente de pié que está en Artois con los cavallos que allí hay, lo podrían hazer, como tambien se hallará forma para cercar assimesmo ó el Chatelet, ó otro lugar que bien pareciere; y este es el fin a que se pretende por la determinacion tomada oy, y por hazer algo que todavia no pueda estorvar lo que V. M. quiere hazer, como pienso que el Duque lo servirá a V. M.— Con esta irá copia de lo que me scrive Polweiler...— De Bruxellas, á 4 de julio de 1557».

Documento núm. 2.

Párrafos de dos cartas de D. Bernardino de Mendoza al Rey, fechas 22 y 25 de junio de 1557

(Del Archivo de Simancas, Secretaría de Estado, legajo 514, según la transcripción que se hace en Bibl. núm. 13, pág. 55)

En la de 22 de junio: «A mi pareceme que era ya tiempo de mirar donde se juntará la masa del campo, y proveer las vituallas para poder proceder adelante, aunque sea caminando por la frontera de Francia por tierras de los enemigos».

En la de 25 de junio: «El tiempo está muy adelantado, y para entender V. M. estos negocios convendría estar presente, y aquí no veo tanta diligencia ni habilidad que no hayan menester ayuda. V. M. lo mire, porque en cada hora se pierde mucho».

Documento núm. 3.

Fragmento de una carta de Felipe II, fecha 10 de agosto de 1557, en la que consta que el ejército fué sobre San Quintín por orden del Rey y que el contingente inglés no se encontró en la batalla

(Del Archivo General de Simancas, Secretaría de Estado, legajo 514, según la transcripción inserta en Bibl. núm. 12)

«... entendí en dar prisa a que se tomase la muestra a la infantería y caballería alemana y a los españoles y a las bandas de este país y toda la otra gente, y en que caminase y que el duque de

Saboya se adelantase como lo hizo y fuese a reconocer a Rocroy que es un nuevo fuerte que han hecho los franceses cerca de Marimbourg y la disposición del sitio de la tierra y a la dificultad de la provisión de vituallas fué causa que aquellos no se pudiese tentar como se pensaba hacer siendo cosa de llenar en pocos días no embarazando lo más substancial, y así se pasó adelante y entró nuestro campo en Francia por tal parte que los enemigos nunca pudieron entender a donde declinaríamos y estuvieron suspensos con la gente, que tenían junta, y haciendo nuestro campo después algunas demostraciones hacia Guisa la proveyeron de gente y por nuestra orden que se dió muy a tiempo, el Duque volvió sobre San Quintín, y la sitió como mejor pudo y la halló de manera que se sabe que no hay dentro más de hasta trescientos o cuatrocientos infantes y doscientos caballos con el Almirante, y después ha sucedido lo que veréis por la relación que será con ésta y con haberse tomado el burgo y deshecho la mayor parte de las once banderas con que tentaron a socorrerla, se tiene por cierto que assentándole la artillería y dándole baterías que se le darán, se tomará brevemente que siendo esta plaza tan grande y de tal reputación y tan a propósito para los de estos Estados y ofender al rey de Francia, sería de la mayor importancia que se podría encarecer, yo he deseado en gran manera estar en el campo para dar mayor favor y calor a todas las cosas, pero no se ha podido hacer más porque los ingleses no han llegado y sin ellos ha parecido que no debía pasar, y entretanto he enviado algo caballería e infantería que quedaba atrás que ha sido muy conveniente para acabar de sitiarse y asegurar la tierra y me parto mañana miércoles onze de este y llegaré el jueves siguiente temprano con los dichos ingleses y diez banderas de alemanes y con el resto de la artillería y municiones y mucha provisión de vitualla, y no se perdería hora ni punto de tiempo en asentar las baterías que ya se van haciendo las trincheras y se hará todo lo último para rendirla, que lo quería mucho más que por asalto por conservar la infantería española...».

Documento núm. 4

Formalidades observadas al hacer prisionero al condestable de Francia

(De MS Biblioteca del Escorial-ij-v-3, según la transcripción inserta en Bibl. núm. 12)

«Llegó a hablar a S. M. un caballo ligero de la compañía de don Enrique Manrique, que se llamaba Sedano, natural de Abia, tierra del marqués de Aguilar, y dió a su S. M. un estoque y le dijo: «Yo soy el que prendí al condestable de Francia; su estoque es éste. Suplico a V. M. me dé de comer en mi casa». S. M. le dijo:

«Yo os lo prometo». Besole la mano y levantose. Es cosa muy antigua entre gente de guerra que el general es del general y el rey del rey; pero a quien le prende le dan diez mil ducados. Entre este soldado y el capitán Valenzuela hay diferencia, porque dice el Valenzuela que a él le dió la fe el condestable y la manópla, pero sábese de cierto que el soldado lo prendió. Dice el soldado que el capitán Valenzuela la ayudó a pasar a cuestras al condestable un paso estrecho: ha sido menester que lo declare el condestable: «Señor, V. S. es cristiano en su conciencia, y por la fe de caballero que diga quien le prendió, si soy yo: que aunque sea soldado no se maraville V. S., que con los soldados hace el Rey la guerra». Dijo el condestable: «Por cierto que es verdad que vos me prendísteis, y os di mi estoque y me tomaste mi caballo; pero la fe la dí al capitán Valenzuela». Y porque entre españoles no se usa esto de dar la fe, se han concertado el soldado y Valenzuela, que de la merced que S. M. hiciese al soldado, sea obligado a darle dos mil ducados. Este Valenzuela fué capitán de infantería y agora no lo era».

Documento núm. 5.

Fragmentos de la carta que Felipe II dirigió con fecha 11 de agosto de 1557 a Suárez de Figueroa, su embajador en Génova, incluyéndole la relación oficial de la batalla de San Quintín, y fragmentos de esta relación

(Del Archivo General de Simancas, Secretaría de Guerra, Mar y Tierra, legajo 66, según la transcripción inserta en Bibl. núm. 12)

«El rey: = Comendador Suárez de Figueroa de nuestro Consejo y nuestro Embajador: Ya debeis saber como habiéndose juntado la gente de mi ejército que aquí tenga, ordené que se pudiese sobre San Quintín, que es una plaza de las más importantes que el Rey de Francia tiene por estas fronteras y como tal ha hecho y hace todo el esfuerzo posible por socorrerla, mas hasta agora no le ha sucedido como pensaba porque demás de haber tomado mi gente el burgo de dicho lugar... ayer día de San Lorenzo hubo tal victoria... = ... siempre que mañana me juntare con mi ejército en San Quintín = ... De Chateau-Berna, a once de Agosto, 1557, de mano de Su Majestad. La relación que va con ésta enviareis luego a España con correo propio, y ésta también para que Su Majestad... y enviadle derecho a Yuste». «Relación del suceso de San Quintín hasta los once de agosto de 1557: Después que se ganó el burgo de San Quintín, que fué a los seis de este mes de agosto, ha sucedido que no quedando ninguna gente que cerrase el lugar por aquella parte, sino la que quedó dentro de dicho burgo, y no habiendo sino una puerta y siendo pantano a dos partes de él, no era necesario guardar por allí la campaña. Ayer día de San Lorenzo a las ocho:

horas de la mañana, llegó el condestable de Francia en persona con treinta banderas de alemanes altos y dieciocho de franceses viejos y nuevos con veinte piezas de artillería gruesa y de campo, y como tenía nueva de que la mayor parte de nuestra caballería había salido a hacer escolta al rey nuestro señor, que había de partir de Cambray para juntarse con su ejército, aunque no partió S. M. aquel día por causas importantes, teniendo designio el condestable de meter gente por la ribera y pantanos con unos barquillos que los del lugar tenían, como lo hicieron, que pusieron en ellos obra de ciento cincuenta hombres, y metieran más si no lo estorbara el tercio del maestre de campo Navarrete y parte de la arcabucería del maestre de campo Cáceres, y haber visto salir nuestra caballería, y llegados que fueron los enemigos asentaron su artillería en parte donde sin recibir daño del burgo tiraban al cuartel de nuestra caballería; mas viendo que no podían hacer efecto se retiraron, y el duque de Saboya mandó salir la mayor parte de ella caballería y fué con ella en persona al opósito de los enemigos, dejando ordenado lo del ejército como convenía, llevando consigo un regimiento de tudescos y parte de la infantería española, los cuales, no pudiendo caminar tanto como la caballería ligera, picándoles y entreteniéndoles, llegaron los herreruelos y lanzas y dieron dentro de los caballos franceses y en parte de su infantería, y aunque pelearon algunos de ellos, los más volvieron las espaldas y fueron rotos y muertos muchos tudescos y franceses de pié, y presos hombres principales...; nuestros caballos ligeros y herreruelos siguen la victoria y van en el alcance de la caballería francesa, y como tienen tres leguas de retirada, se cree que pocos dellos escaparán como ha sucedido de los infantes que no escapó ninguno que no fuese preso o muerto por ser en campaña rasa... Perdieron además de esto la artillería...».

Documentos varios núm. 6.

Se trata de documentos de El Escorial, que transcribimos literalmente en parte, y en parte refundimos, para recoger lo principal. Están tomados de Bibl. núm. 3. La parcial transcripción se hace tomando como base la relación a que el texto se refiere (que se estima escrita por un testigo ocular), pero consignando las diferencias fundamentales con los otros documentos que el mismo artículo recoge. Estos son:

A. «Copia de una letra que se embiaron de San Quintin... fechada... XII Agosto 1557». No lleva nombre de autor ni expresa a quien va dirigida, 2 hojas de letra del siglo XVI.

B. «Relación de la battalla del 10 de agosto de 1557. Anónima... 1 hoja... letra siglo XVI.»

C. «Relación del successo de la empressa de Sant Quintin. Anónima... Parece copia: 2 hojas de letra del siglo XVI.»

D. «Aviso de lo q. ha sucedido sobre S. Quintín desde los. 6. hasta los. XII. de agosto. Anónimo...: 1 hoja de letra del siglo XVI.»

E. «El successo de Chatelete. Anónimo... 2 hojas letra siglo XVI.»

Señalaremos también las discrepancias de la relación con los documentos recogidos en Bibl. núm. 10.

Llega a Bruselas Su Majestad procedente de Inglaterra el día 8 de julio (Bibl. núm. 10 dice «fin de junio») y el 12 de julio (el 15 según Bibl. núm. 10) parte Saboya sobre Marienbourg, plaza de Flandes en posesión de Francia, para «esperar allí a la caballería e infantería alemana que estábamos tomando la muestra en los contornos de Maestricht y Bois-le Duc en que había 7.200 caballos herruerlos y 2.000 infantes alemanes sin nueve (sic) compañías de valones y anamureses de que era coronel de seis el conde de Mega y de tres Carandole, y 7.000 españoles del tercio de Navarrete... y cuando llegaron algunos alemanes hicieron demostración de ir sobre Marienbourg y dió la vuelta a Rocroi» produciéndose algunas escaramuzas. «Y creyendo los franceses que pusiera sitio a Rocroi o volviera sobre Marienbourg... y visto por Saboya que había sacado los de San Quintín... proveyó bastimento para cuatro días, guardó el secreto. Llegó a San Quintín el dos de agosto con la dicha gente y veintiséis piezas de batir y diez de campaña (Cabrera dice: «el tres ciñó a San Quintín»)). = ... «el arrabal de la tierra que está a la parte del lago, el cual está en medio de él y la tierra. El arrabal es fuerte y para pasar desde él a la tierra, hay puentes de madera... tiene... cien casas, y a la entrada de él hay un bastión grueso de terraplano más adentro la muralla, y una puente levadiza con un foso seco debajo; hondo, y en este bastión detrás de un reparo hacia la campaña, tenían dos piezas de artillería gruesas y había en él hartos franceses...» Intervienen en la conquista del arrabal, Navarrete con una compañía («y el capitán Julián con la suya... Fueron también tres compañías de borgoñones...») Pasan todos por un puente, descubiertos «porque todo es campaña rasa. Antes de llegar al arrabal trescientos pasos, hay una costezuela que lo bajo della está cubierto, que no les pueden tirar desde el arrabal ni de la tierra: aquí se quedaron los borgoñones, y los españoles fueron de noche a reconocer el arrabal y hallaron junto a él unas casas de labradores, cubiertas de paja, hasta doce... y unas huertas espesas de árboles... y desde ella y de las huertas tiraban a los del arrabal y mataron algunos franceses, y ellos también mataron seis españoles con arcabuces que tiraban y con las dos piezas de artillería que tenían. Los franceses procuraron de quemar estas casas por descubrir los españoles para tiralles, y fué de esta manera que tiraban saetadas a las casas cubiertas de paja, y en los casquillos de las saetas iban unos bolsoncillos de papel llenos de azufre molido y pólvora, y allí junto dos cabos chicos de cuerda de arcabuz encendidos, de manera que dando el golpe se podía encender el azufre...

Como los españoles se vieron descubiertos por haberles quemado las casas, luego por la mañana el tercero día que allí llegaron, tiraron con sus dos piezas a los del burgo o arrabal, de manera que seis tiros se retrujeron adentro y perdieron el bastión de tierra, y se pusieron detrás de la muralla; y como también allí les tiraban, desampararon el burgo y se fueron a la villa y de camino pusieron fuego y quemaron todas las casas... Hecho esto el capitán Julián dijo al duque de Saboya que él se ofrecía con su compañía a guardar aquel arrabal de todo el ejército del rey de Francia, y así sacaron del burgo la compañía de Diego de Hoyos, y la de Juan Pérez, que ya se habían puesto allí de guardia, y también salió, la de Navarrete, y quedó solo Julián con su compañía, al cual dió Saboya seis piezas de artillería y dos que hallaron. = La relación vuelve ahora a fechas anteriores y dice cómo Felipe II partió de Bruselas el 28 de julio, fué a Cambrai en cuatro días. Relata luego la muerte del rey de Portugal, la marcha de Felipe II a Valencienes y los funerales que manda decir por su suegro. «Entretanto llegan dos mil españoles del Tercio del Maestre de Campo Alonso de Cáceres que estaban en Hesdin y dos compañías de nuevos que traía de España don Antonio de Velasco y don Diego de Rojas (Bibl. núm. 10 añade, «y D. Rodrigo de Bazán con cuatrocientos españoles, de España»). Llega a Cambrai también una compañía de ingleses con dos mil gastadores y visto por Felipe que la caballería e infantería inglesas no llegaban, acordó quedarse en Cambrai para esperar. «Manda que los españoles caminen a San Quintín y así lo hacen» con tres compañías de caballos ligeros españoles y cuatrocientos herrueros y ocho piezas de artillería. Llegamos a San Quintín sábado en la noche, y por haber el duque esperado a S. M. y q. le enviase más artillería no había hecho otra cosa de ver y entender por que parte se batiría la tierra y lo que era lo más flaco de ella y ganar el burgo y fuerte que estaba de la otra parte de la ribera que no fué poco lo que en ganarlo se hizo porque puso gran temor a los enemigos por tener el fuerte a caballero la villa y en defender que no entrase socorro en la tierra». El domingo, 8 de agosto, aparecen a las ocho de la mañana más de mil quinientos caballos franceses (dos mil según documento A), mandados por Mr. Fumet y otros dos caballeros al frente para efectuar un reconocimiento y dar ánimos a los sitiados, pero no se combate, con lo cual los enemigos cobraron ánimo y osadía. Este mismo día se reconoce también por nuestra parte y se encuentra San Quintín más fuerte de lo que se pensaba en un principio, «porque aunque tenía pocas defensas el foso era hondo y los terraplenes muy grandes». El lunes 9 los nuestros se dan prisa a hacer trincheras y explanadas y a ver «a que parte sería bien que saliesen las bocas de las minas por causa de unas casamatas que estaban en el foso». El martes 10, «a las ocho de la mañana vino el condestable de Francia con toda la caballería de Francia en que traían más de cuatro mil quinientos caballos y catorce mil infantes, dieciséis piezas de arti-

llevaría las siete cañones y medios cañones a vista de San Quintín (Cabrera da las nueve de la mañana. Bibl. núm. 10, las diez. En cuanto a fuerzas enemigas, esta última fuente dieciocho mil hombres y diez piezas. El documento D, consigna las ocho horas y treinta banderas de alemanes altos y dieciocho de franceses viejos y nuevos con veinte piezas. El documento A, cuatro mil caballos y once mil infantes, pero añade que «otros decían algo más»). Con muy gentil orden llegó hasta la ribera que pasa por junto a la muralla escaramuzando y tirando las piezas de campaña y contra la voluntad de los que estaban de guardia en la ribera echó en ellas dieciocho barcas (Documento A dice nueve barcas. En el documento D se dice «unos barquillos que los del lugar tenían... y pusieron en ellos ciento cincuenta hombres») y metió en ellas por dos veces más de doscientos cincuenta soldados (Bibl. núm. 10 dice que «entraron en las barcas más de cuatrocientos») y sorrió la tierra y luego volvió las espaldas y comenzó a caminar por su orden y visto lo que había hecho cabalgó el duque con hasta seis mil caballos alemanes y la caballería ligera y fuegos siguiendo y tras ellos partió la infantería española del tercio de Navarrete con la coronelia de clausistas y por la otra parte la de Lázaro Xuendi y porque la infantería nuestra había salido tarde y no podía caminar tanto como fuera menester, y visto que los enemigos se alargaban nuestra caballería española fué picando más de legua y media en la retaguardia y escaramuzando con los enemigos y visto por el duque que nuestra infantería quedaba muy atrás y que no podía caminar» por efecto del calor y del cansancio, «y que los enemigos llevaban ojo a un bosque grande que estaba medio cuarto de legua mandó que cerrasen con los enemigos» para impedir que alcanzasen dicha zona «y así el conde de Egmont capitán general de la caballería ligera española y arcabuceros a caballo especialmente don Enriquez de Guzmán su teniente» cargaron sobre un escuadrón de hombres de armas con éxito «y luego cargaron cinco cornetas de caballos borgoñones y el duque Ernesto de Branzuique y otro de Xanbur que con sus herreruelos se comenzaron a desbaratar» (el documento A cuenta en esta carga: Egmont con ligeros españoles y borgoñones, los hermanos Branzuique con sus regimientos —dos mil quinientos hombres—, el conde Mansfield con ochocientos herreruelos. Horne con mil lanzas gruesas, el regimiento del conde Lalín que llevaba a cargo el conde Ostrata, y el de Noucarme —otras mil lanzas—, o sea, dice «todos siete mil... y tras ellos pasaron por dos pasos, el uno que he dicho y el otro que estaba junto a la villa en gran perjuicio de la artillería el tercio de Navarrete y tres regimientos alemanes»). La infantería francesa comenzó a huir «y así les fué forzado volver las espaldas e se pusieron en huída de tal manera que mucha de la caballería francesa desbarató parte de su infantería y el alcance duró más de dos leguas matando y hiriendo y haciendo prisioneros», resultando cuatro mil infantes muertos y más de seis mil prisioneros (el documento D da cinco mil muertos),

tomándose cincuenta y seis banderas y estandartes y trece piezas. «Este día llegó Mos. de Mega al campo con dos mil valones y dieciséis piezas». Los alemanes prisioneros juraron no tomar las armas contra los españoles, pero como muchos no lo cumplieron, fueron castigados más tarde con la muerte. «En esta noche siguiente se plantaron quince piezas... bien cerca de la muralla por la primera trinchera y no se disparó ninguna porque se esperaba al Rey... el cual durmió a cuatro leguas de San Quintín y media de Chatelete». Al fin de la relación de la batalla se anota la siguiente de las fuerzas, en total, que intervinieron en la del día 10 y en el cerco y asalto (día 27) de la plaza:

<i>«Caballería alemana:</i>	<u>Caballos</u>
Duque Ernesto de Branzuique... ..	1.155
Conde de Xuacembourg... ..	1.061
Príncipe Ernesto de Han Halt... ..	15
Conde de Ybisistan	300
Duque Enrique de Branzuique	1.245
Conde AreMBERG	1.002
Conde Mansfeld	800
Conde Otto de Xanburque	606
Conde Horne	848
Anz ballar (éstos fueron a iLucembourg)	225
	<hr/>
	7.347
Caballería inglesa	2.000
Caballos ligeros españoles	423
Dos compañías de arcabuceros a caballo	200
Diez cornetas de caballos borgoñones	840 (debían ser 1.000)
Una de arcabuceros a caballo	100
De la compañía del duque	100 (archeros)
	<hr/>
	11.010
Cortesianos y aventureros	800

Infantería alemana:

	<u>Hombres</u>
Regimiento Conrado Comperberg	3.862
Idem Jorge Van-Hol... ..	3.640
Idem Conde Ibristan... ..	3.584
Idem Claus Vonjustaf	3.722
Idem Minicaus	3.816
Idem Lázaro Xuendi... ..	3.864
	<hr/>
	22.388

	<u>Hombres</u>
Ingleses	4.000
Españoles de los dos tercios	5.142
Valones (coronel Mos. de Mega)... ..	2.000
Tres banderas de Crandole... ..	—
	<hr/> 34.130

Infantes gastadores:

Ingleses	2.000
Flamencos y borgoñones	5.000

Artillería:

62 piezas.»

Posteriormente se relatan algunos hechos de fechas que siguen a la batalla. «A las doce llegó el Rey a una legua del campo con los cuatro mil ingleses dos mil caballos y la coronelia de minicaus y veintiuna piezas de artillería y seiscientos gastadores traía S. M. entre cortesanos y otros aventureros... ochocientos caballos la cual coronelia de yudescos volvió sobre Xatelete y el conde Aremberg con los mil caballos de su regimiento y algunas piezas de artillería para poner el sitio y batirlo como se hizo y también para asegurar los bastimentos que venían del campo». El viernes 13 llegó S. M. al campo con las fuerzas dichas y la artillería, «armado como un San Jorge y se les hizo una salva de arcabucería y en la noche se acabaron de plantar treinta y tres piezas» para batir las fortificaciones y las piezas enemigas.

Documento núm. 7.

Relación de los señores caballeros, principalmente españoles, que sirvieron al rey Felipe II en San Quintín

(Del MS ij-v-3 del Escorial, según la transcripción que se hace en Bibl. núm. 21, págs. 4 y 5, nota 3.)

«El conde Feria, del Consejo. El duque de Siesa (Sessa). El marqués de Aguilar. Don Bernaldino de Mendoza (este murió allí el nueve de septiembre). Don Antonio de Toledo, del Consejo. Don Antonio de Aguilar, hermano del conde de Feria, de la Cámara. Don Fernando de Gonzaga, del Consejo. Don César de Gonzaga, su hijo mayor. Don Iñigo de Mendoza, hijo del duque del Infantado, de la Boca. El conde Olivares, mayordomo. El conde de Fuenzalida. El conde de Ribagorza. El marqués de Montemayor. El prin-

cipe de Asculi. El conde Chinchón. El marqués del Valle. El marqués de Cortés, de la Cámara. El príncipe de Salmona, italiano. Don Fadrique Enríquez, hermano del almirante de Castilla, de la Boca. Don Juan Manrique de Lara, hermano del duque de Nájera, del Consejo. El obispo de Arras, del Consejo. Don Juan, Don Pedro y Don Alfonso de Ulloa. Don Pedro Manuel, de la Boca. Don Alonso de Córdoba. Don Diego de Córdoba, teniente de caballero mayor. Don Juan de Mendoza, capitán general de las galeras de España. Don Luis Enríquez, hermano del marqués de Alcañices, de la Boca. Don Francisco Manrique, hermano del conde de Paredes, de la Boca. Don Juan de Quiñones, hermano del conde de Luna. Don Bernaldino de Granada. Don Juan Pimentel, hermano del conde de Benavente, de la Cámara. Don Luis Méndez de Haro, de la Boca, hermano del Señor del Carpio. Don Alvaro de Mendoza, castellano de Castilnuovo de Nápoles. Don Juan de Abalos, hermano del marqués de Pescara, de la Boca. Don Felipe Manrique, tío del duque de Nájera. El barón de la Laguna. Don Luis de Ayala, hermano del conde de Fuensalida, de la Boca. El conde de Castellar. Don Gonzalo Chacón, de la Boca. El vizconde de Ebola. Don Manuel de Córdoba, hermano del conde de Bailén, de la Boca. Don Juan Pacheco, hermano del marqués de Villena. Don Francisco de Tovar, que fué general de la Goleta. Don Luis Vique. Don Jerónimo de Cabanillas. Don Francisco de Mendoza, hijo del marqués de Mondéjar, de la Boca. Don Pedro de Córdoba, mayordomo. Don Juan Mansiño. Don Francisco de Alava. Don Alonso Osorio. Don Diego de Guzmán. El marqués de Irache, italiano. Don Juan y Don Diego de Cecario. De todos estos caballeros y otros muchos, alemanes, flamencos, borgoñones e italianos, que acompañaban al rey muy costosamente vestidos, se formó un lucido escuadrón que se llamaba el escuadrón de S. M.»

Documento núm. 8.

Fragmento de una carta del conde Feria a S. M., fechada en Londres, a 10 de marzo de 1558, en la que se habla de la participación inglesa en la toma de San Quintín

(Del Archivo General de Simancas, Secretaría de Estado, legajo 811, fol. 34, según la transcripción inserta en Bibl. núm. 10, tomo LXXXVII, pag. 34.)

«... y S. M. (María Tudor) no estaba bien informada del ruin servicio que hicieron los ingleses que V. M. tuvo en su campo el año pasado, ni estaba desengañada de que no fueron ellos los primeros que entraron en San Quintín, hasta ayer que se lo dijimos a vueltas de otras cosas; afligiose...»

BIBLIOGRAFÍA

1. Almirante: *Diccionario Militar*. Madrid, 1869.
2. — — *Bosquejo de la Historia Militar de España*, tomo II, Madrid, 1923.
3. Antolín (G.): *Una relación inédita de la batalla de San Quintín (1557)*. Revista *La Ciudad de Dios*, tomo LII, págs. 175, 247 y 334, 1900.
4. Ballesteros y Beretta (Antonio): *Historia de España y su influencia en la Historia Universal*. Tomo IV (1.ª y 2.ª partes), Barcelona, 1927.
5. Barado (Francisco): *Historia del Ejército español*. Tomo II, Barcelona, 1884.
6. Bratli: *Philippe II roi d'Espagne*. Traducción del danés, París, 1912.
7. Cabrera de Córdoba (Luis): *Felipe II, rey de España*. Tomo I, Madrid, 1876.
8. Cambridge (Universidad de): *Historia del Mundo en la Edad Moderna*. Tomo IV, Barcelona, 1914.
9. Codón (José M.ª): *La idea de universalidad cristiana y la comunidad internacional*. Burgos, 1949.
10. *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*. Tomo IX, págs. 486 y siguientes; y tomo LXXXVII.
11. Ducros (J. P.): *Histoire d'Emmanuel Philibert, duc de Savoie*. París, 1838.
12. Espina (M. A.): *La batalla de San Quintín y el Monasterio del Escorial (10 de agosto de 1557)*. Rev. *España*, tomo XXXIX, página 322, 1874.
13. Fernández San Román (Federico): *Batalla de San Quintín*. Madrid, 1863.
14. Gallach (Instituto): *Historia de España*. Tomo IV, *La Casa de Austria (siglos XVI y XVII)*, Barcelona, 1936.
15. Goetz (Walter): *Historia Universal, dirigida por —*. Versión española de Manuel García Morente, tomo V, Madrid, Barcelona, 1932.
16. Gomart (Ch.): *Siège de Saint-Quentin et bataille de Saint-Laurent en 1557*. San Quintín, 1859.
17. Granvelle: *Memoires de —*. Bruxelles, 1877-1896, 12 vols. Interesa el V.
18. Grassi (G.): *Narrazione della battaglia di S. Quintino*. Torino, 1819.
19. Hume (David): *Histoire D'Angleterre*. Versión francesa de Campenon, tomo III, París, 1839.
20. Ibarra Rodríguez (Eduardo): *España bajo los Austrias*. 2.ª edición, Barcelona, 1935.

21. Lafuente (Modesto): *Historia General de España*. Tomo III, Barcelona, 1879.
22. Lecocq (Madame G.): *La bataille de Saint-Quentin en 1557*. Traducido de un relato alemán. San Quintín, 1875.
23. Marañón (G.): *Antonio Pérez*. Volumen I, 2.ª edición, Madrid, 1948.
24. Mariana (P. Juan de): *Historia General de España*. Tomo IV, Madrid, 1867.
25. Martínez Bande (José Manuel): *Historia de la Artillería*. Madrid, Buenos Aires, Cádiz, s. a.
26. Maurois (André): *Historia de Francia*. Versión española de M.ª Luz Morales. Tomo I, Barcelona, 1947.
27. Menéndez Pelayo (Marcelino): *Historia de España*. Seleccionada en la obra del maestro por Jorge Vigón, 4.ª edición, Madrid, 1941.
28. Monografías Históricas: *Las Guerras de Religión*. Tomo I, Barcelona, s. a.
29. *Reivindicación histórica del siglo XVI*. Curso de conferencias dadas en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, marzo-mayo, 1927, Madrid, 1928.
30. Ruble (Alfonso de): *Le traité de Cateau-Cambresis (2 et 3 avril 1559)*. Paris, 1889.
31. Servicio Histórico Militar: *Armamento de los Ejércitos de Carlos V en la Guerra de Alemania*. Madrid, 1947.
32. — — *Nomenclator histórico-militar*. Madrid, 1954.
33. Vicens Vives (Jaime): *Historia General Moderna*. Barcelona, 1942.
34. — — *Mil lecciones de la Historia*. Tomo II, Barcelona, 1951.
35. Vigón (Jorge): *Historia de la Artillería Española*. Tomo I, Madrid, 1947.
36. Walsh (William Thomas): *Felipe II*. Traducción del inglés por Belén Marañón Moya, 2.ª edición, Madrid, 1946.
37. Wyndham Lewis (D. B.): *Carlos de Europa, Emperador de Occidente*. 5.ª edición, Madrid, 1945.
38. Zeller (B.): *Henri II et Philippe II. Bataille de Saint-Quentin. Reprise de Calais (1556-1558)*. Paris, 1890.

LA ACCION POLITICA Y MILITAR DE ESPAÑA EN LA GUERRA CON LA REVOLUCION FRAN- CESA (1793-95). SUS ESPECIALES CARACTE- RISTICAS

por EDUARDO ESCARTIN LARTIGA
Teniente Coronel de Estado Mayor, del Servicio Histórico Militar

ESPAÑA ANTE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

En la guerra de España con la Revolución francesa, corresponde a aquélla un papel destacado y particular entre las naciones europeas que hubieron de coaligarse contra ella, tratando de salvar, no ya el régimen monárquico, sino la propia vida del infortunado rey Luis XVI, reconociendo los mismos historiadores y escritores franceses, que fué España la única nación que al declarar la guerra a Francia lo hizo movida tan sólo por ineludibles compromisos de honor, siendo sus ejércitos los que hubieron de manifestar la fortaleza necesaria para mantener la lucha contra los de la Revolución.

Luis de Marcillac, el refugiado francés que acogido en nuestra Patria hubo de asistir a la guerra en cuestión y escribir su historia como testigo de ella, después de declarar que «una ceguedad extraordinaria, y podría decirse que culpable, si ella fué calculada en efecto, se apoderó de algunos soberanos y les condujo a armarse contra Francia, no por destruir en su nacimiento la hidra que les amenazaba de una próxima destrucción, sino para repartirse los despojos de un reino cuyo esplendor y riquezas envidiaban», afirma que «en lugar de hacer la guerra a la anarquía, unos monarcas insensatos combatieron a los franceses y de este modo encontraron enemigos en aquellos mismos hombres que les hubiesen tendido los brazos, si en lugar de conquistadores ávidos, hubieran visto llegar libertadores nobles, generosos y desinteresados».

«Tan sólo España, persuadida de que la felicidad de Europa reclamaba la restauración de la realeza en Francia; convencida de cómo los soberanos debían ser solidarios entre sí para conseguir sus propósitos; fiel a su pacto de unión, esforzóse desde un principio en salvar la vida de un monarca pariente suyo. Mas, a pesar de todo cuanto pudo hacer a este propósito, no habiendo podido impedir el horrible atentado del 21 de enero de 1793, Carlos IV unióse a los soberanos que él creía dominados de intentos tan puros como los suyos, y al efecto dispuso que su nación tomara las armas, y lanzándose a la lucha, la guerra que España hizo a la Revolución fué una guerra franca, motivada por razones de equidad y de justicia.»

El historiador militar francés, Napoleón Fernel, en su notable historia *Campañas de la Revolución francesa en los Pirineos orientales*, editada en París el año 1861, siendo Jefe de Batallón de Ingenieros, después de dar cuenta de todas las tentativas realizadas por el monarca español y su gobierno para evitar la guerra y del fracaso de las mismas ante la actitud francamente inquebrantable de la Convención de París, declara: «España, no obstante, puso una noble y admirable persistencia de este propósito, pero éste fué tan sólo un soplo en una tempestad, y estos últimos esfuerzos de la diplomacia que habían más bien agravado que favorecido a la causa del desdichado monarca, si alguna circunstancia pudiera, en efecto, agravarla, tales esfuerzos no sirvieron más que para dulcificar las últimas horas de su agonía. Asegúrase, en efecto, que a las noticias de estas tentativas, un rayo de esperanza penetró en la torre del Temple, y de esta suerte el infortunado prisionero pareció por un momento abandonarse a los dulces sueños de una tierra de exilio y de reposo en cualquier sitio aislado de la Sierra Morena, *«en la que, al menos, él decía, no le podrían disputar sus derechos de padre de familia y de labrador.»*»

FRANCIA DECLARA LA GUERRA A ESPAÑA

Pero todo fué en vano; la Revolución francesa, como todas las revoluciones, es insensible a la generosidad e incapaz de toda fórmula de concierto razonable. «En la terrible noche del 16 al 17 de enero —expone Fernel—, cuando se verificaba el escrutinio de la votación que había de decidir la vida o muerte del rey, en medio del tumulto, el presidente anuncia un mensaje, una nota urgente.

Sorpresa. La Asamblea se apacigua por un momento. Escucha. Era una última diligencia de España, una postrera súplica para la vida del condenado; pero, a las primeras palabras, la tempestad suspendida se renueva y no se escucha más que la voz resonante de Danton, que quiere que inmediatamente, para castigar a España de su insolencia, se la declare la guerra, y que se incluya al *Tirano de Castilla* en la exterminación de todos los reyes del continente».

No obstante, el fracaso de todas las negociaciones para salvar la vida de Luis XVI y de las tentativas del Conde de Aranda para evitar un conflicto con la República victoriosa, la declaración de la guerra no se hizo esperar, y fué aquella la que hubo de hacerlo primeramente el 7 de marzo de 1793, fundada en razones faltas de toda realidad y con el propósito final de que los Borbones desaparecieran del trono español, *llevando la libertad al clima más benigno y al pueblo más magnánimo de Europa*.

Después de esta declaración de la Convención, «no era, pues, de esperar en Carlos IV otra resolución que la de guerra —según lo expone el General Gómez de Arteche— (1), ansioso de vengar la muerte de su pariente y dar satisfacción a sus vasallos, entre quienes eran raros los que, como Aranda, pusieran de manifiesto su oposición a una lucha, así provocada y cuyo guante hubiera parecido vergonzoso y cobarde no recoger inmediatamente» (2). Y esta determinación se justifica mucho más al tener en cuenta que, «aún antes de reconocerse la resolución del rey llovían en la Corte representaciones y ofrecimientos cuantiosísimos para mantener la guerra y hasta para llevarla al país vecino, revelándose la opinión por modo tan elocuente, que era de temer cualquier acuerdo que no llegara a satisfacerla».

En modo alguno podía Carlos IV desentenderse de esta obligación de declarar por su parte la guerra a Francia, y al efecto, el 23 del mismo mes de marzo expedía un decreto disponiéndolo así, no dejando de expresar las razones que motivaban esta resolución,

(1) *Reinado de Carlos IV en la Historia general de España*, dirigida por Cánovas del Castillo.

(2) Según lo indica en nota aparte este historiador: «El general Foy, en su *Historia de la guerra de la Península por Napoleón*, dice a este propósito: «Era necesario (a Carlos IV) tomar las armas; porque si no lo hubiese querido, su nación habría hecho sin él la guerra. La condenación de un rey por los que antes eran súbditos suyos había llenado de horror a un pueblo religioso y sensible».

como eran la infecundidad de las gestiones hechas en favor de la paz, el cruel e inaudito asesinato del soberano de Francia y, finalmente, la declaración de guerra publicada por la Convención, todo esto sin contar con los muchos atropellos cometidos con nuestras naves de guerra y comercio, según las patentes de corso expedidas por aquel gobierno, que obligaban, como era lógico, al español a expedir órdenes para detener, rechazar o acometer al enemigo por mar o por tierra, según las ocasiones que se presentaran.

MEDIDAS MILITARES ADOPTADAS POR AMBOS PAÍSES

No entra dentro de los límites de este trabajo dar cuenta de las medidas tomadas por la Corte de Madrid para emprender la guerra, y el entusiasmo y la generosidad con que la Nación entera hubo de ofrecerse al gobierno presidido por el Duque de Alcudia para llevarla a cabo. «La guerra declarada y proclamada—expone Marcillac—, todo en España tomó una actitud guerrera, todos los cuerpos, todas las clases sociales, apresuráronse a rendir al soberano pruebas de su celo y de su adhesión; y por el entusiasmo que manifestaron los españoles, demostraron que los furores de la anarquía y de la revolución encontrarían sus límites en la cima de los Pirineos... Los españoles que no pudieron ofrecer su sangre por la defensa del país, contribuyeron con oficios pecuniarios. De todas las posesiones españolas de Ultramar llegaron también contribuciones que se impusieron voluntariamente los súbditos de S. M. C. por todo el tiempo que durara la guerra contra Francia; y puede asegurarse que todas las clases, todos los estados, todos los españoles, finalmente, contribuyeron los unos con su sangre, los otros con su fortuna, a impedir la propagación de principios antisociales en su dichosa Patria.»

De cuanto acabamos de exponer podemos declarar con toda razón que, en la guerra de las naciones europeas contra la Revolución, España desempeña un papel noble y generoso sobre todas ellas, según es reconocido por el propio testimonio francés. Pues bien, hemos de hacer presente asimismo, que, en el orden militar, el mando y el ejército español da pruebas de poseer cualidades que le hacen capaz de hacer frente al entusiasmo y fortaleza del francés y de saber adaptarse a las nuevas características que se ofrecen en el desarrollo de

la acción militar, adoptando aquellos procedimientos tácticos capaces de responder a los modernos métodos de guerra y formación de las tropas tomados por el enemigo.

Interesa, por consiguiente, para fundamentar nuestros posteriores razonamientos, describir la constitución y modo de ser de ambos ejércitos contendientes. Y dejemos una vez más que sea el testimonio francés el que nos dé cuenta de lo que era el suyo en la ocasión de que se trata: «En su ardor por fundar una república que no podía ser más que el resultado de una crisis violenta —expone Rocquancourt, en su *Curso completo de arte y de historia militares*— la Asamblea legislativa había pedido la guerra, sin que la inquietasen mucho los medios de hacerla. El ejército, para el cual a cada golpe sufrido por la monarquía habían seguido nuevas pérdidas en oficiales y soldados, sólo presentaba cuadros incompletos en el momento de la invasión de los prusianos. Un decreto de julio de 1791, por el que se debía levantar un ejército de ciento setenta batallones de seiscientas plazas cada uno, se había ejecutado muy imperfectamente. Por numerosa que fuese la guardia nacional de 1789, no podía contarse con ella; porque aunque era muy a propósito para influir en la marcha del gobierno, esta milicia de las poblaciones, sin instrucción, sin disciplina y apegada a sus hogares por mil intereses diversos, no podía defender las fronteras, ni muchos menos servir para expediciones exteriores».

Cualquiera que fuese el pensamiento de la Asamblea acerca de su conducta respecto del peligro que pudiera correr por parte de las potencias europeas centrales, no pensó en los medios de poner al ejército bajo un pie respetable hasta después de la declaración de guerra y de haber tomado algunas medidas insignificantes, como la creación de cuerpos francos de compañías departamentales o de legiones. «Una ley tardía del 20 de julio de 1792 —sigue informando el historiador militar francés— hizo subir el efectivo del ejército a cuatrocientos cincuenta mil hombres, comprendiendo en este número los guardias nacionales voluntarios y la gendarmería. Esta ley declarando la Patria en peligro, llamaba a todos los ciudadanos a las armas. «Tiempo es —decía el relator en el lenguaje algún tanto declamatorio de la época— tiempo es de destruir la liga siempre amenazadora de los enemigos conjurados contra la nación, y de oponerles una fuerza militar de tal manera imponente por solo su masa, que les haga perder toda esperanza de invasión, y temer por el contrario, que

muy pronto llevemos a sus naciones el estandarte de la guerra, y el germen precioso de la libertad que quieren aniquilar en Francia para perpetuar la esclavitud de las naciones».

CAUSAS DE LOS PRIMEROS ÉXITOS DE LA REPÚBLICA

No hemos de negar la importancia que las amenazas revisten en el desarrollo de la vida, no ya de los pueblos y de los Estados, sino en el de los propios individuos. «Sin embargo, no podía ocultarse a la Asamblea que las amenazas no detendrían a los prusianos, y decretó como medida de urgencia el 27 de agosto, cuando ya esperaba la llegada de los voluntarios de los departamentos, una leva de treinta mil hombres en París y sus cercanías. Tales fueron, con los cuerpos francos y los restos de las antiguas tropas de línea, los elementos del ejército que venció en Valmy y en Jemmapes».

Era muy lógico que Rocquancourt tratase de darse cuenta de las causas que hubieron de determinar el vencimiento de austriacos y de prusianos en tales batallas. En la primera de ellas un furioso cañoneo por ambas partes que duró casi todo el día, fué suficiente para que a las siete de la tarde el combate cesara, al retirarse los prusianos del campo de batalla. El ejército francés no contaba más que con unos cincuenta mil combatientes; los jóvenes voluntarios franceses, que se encontraron por primera vez bajo el fuego de la artillería, se mantuvieron con admirable serenidad y en diversas ocasiones, al grito mil veces repetido de ¡Viva la Nación!, cargaron al enemigo con la sangre fría y la intrepidez de los viejos soldados.

Comentando esta batalla Ernesto Hamel, en su *Historia de Francia, desde la Revolución a la caída del segundo Imperio*, reconoce que fué la primera batalla formal en la que la Revolución hubo de encontrarse con el enemigo exterior y que «sin haber revestido muy grandes proporciones, tuvo una importancia capital, siendo la que dió al enemigo la idea de lo que eran los soldados franceses, infundidos del ardor patriótico de los batallones que desde todos los puntos del país se les veía encaminarse a la frontera. Muchos de los ciudadanos que desconfiaban, sintieron reanimar su espíritu; su patriotismo aumentó al eco del cañón de Valmy; y la Convención, que abrió sus sesiones en la mañana siguiente de esta gloriosa jornada, pudo, desde luego, estar cierta de que los reyes no vendrían fácil-

mente a derrocar la República que acababa de proclamar su advenimiento».

Por su influencia moral también, no por el desarrollo que la batalla pudiera tener, del mismo modo que la anterior de Valmy, la de Jemmapes afianzó la existencia de la República, exaltando el valor y la importancia del ejército francés. La superioridad en número de las tropas de Doumouriez sobre las del general austriaco Duque de Sajonia Teschen, que había reducido mucho su contingente por el empeño de defender la línea de Namur, Charleroi y Mons, fué causa de que, no obstante la falta de consistencia y firmeza de las fuerzas francesas, el 6 de noviembre de 1792 la Revolución pudiera contar con una segunda victoria, que hubo de tener en toda Europa una gran resonancia, causando una fuerte depresión en el orgulloso ánimo de los Estados centrales.

El convencimiento universal de que por sus características militares los ejércitos de la Revolución no debieron resultar victoriosos en sus empresas, ha llevado a todos los tratadistas y a todos los historiadores a tratar de investigar la razón de un hecho tan poco justificado, y en resumen de cuentas todos ellos vienen a confirmar las autorizadas declaraciones de Rocquancourt, que transcribimos literalmente: «Estas victorias de un ejército de algunos días, contra adversarios disciplinados y aguerridos, sólo pueden atribuirse a causas morales y a la sagacidad de los jefes. Habían reconocido los generales que sujetando a una simetría alemana y a combates a pie firme y en línea a soldados que solicitaban correr a las baterías enemigas, paralizarían su valor y entibiarian ese entusiasmo, único que puede suplir a la falta de instrucción; habían conocido perfectamente que lejos de encadenar a los campeones de la libertad, convenía por el contrario favorecer sus arranques, abandonándolos a sus repentinas inspiraciones. A ejemplo de los franceses del siglo xvi, los hijos de la patria se esparcían a la desbandada bajo la protección de las baterías y del corto número de batallones y escuadrones que sabían maniobrar y combatir con arreglo a la ordenanza. Siendo este género de guerra el más a propósito para promover y mantener la emulación, pronto aprendieron a unirse y a agruparse contra la caballería, y a aprovechar los obstáculos del terreno para aproximarse al enemigo y acosarlo con un fuego tanto mejor dirigido, cuanto que el entusiasmo apartaba todo sentimiento de inquietud y de temor. La cadena montuosa del Argona y el país de Sambre y Mosa se prestaban

al desarrollo de esta guerra de escaramuceadores. En esta táctica apropiada al carácter general y principal a las pasiones de la época, se encuentra el secreto de las primeras victorias de la República. Aún cuando los extranjeros los hubiesen adivinado, jamás hubieran podido oponer con ventaja esta táctica a los franceses, porque el estado moral de sus tropas se negaba a esto absolutamente, y porque entre ellos, aquellas mismas pasiones estaban muertas. Estas causas eran las consecuencias de un primer sentimiento que a todos dominaba, el amor a la patria, de este amor que entonces como hoy haría olvidar las privaciones y hasta los sufrimientos más horribles, por la salvación de los hogares y de las instituciones».

ESTADO DEL EJÉRCITO ESPAÑOL AL COMENZAR LA GUERRA

De todos modos, cualesquiera que pudieran ser las excelencias del espíritu que animase a los combatientes de que estamos tratando, era lo cierto que el ejército de 1792 estaba formado por «una reunión de cuerpos provinciales, de elementos heterogéneos, y ofrecía una irregularidad de organización y de administración que convenía hacer desaparecer cuanto antes si se querían conjurar las tempestades que por todas partes amenazaban desencadenarse contra la República». Frente a este ejército había de combatir el español. Resulta, por tanto, necesario saber cuáles eran sus características.

Ante todo, es preciso reconocer que, por muy admirable que fuese el espíritu revolucionario con su amor a la Patria y su fe en los principios que informaban su ideal político y social, hallábanse firmemente enraizados en el alma española otros ideales no menos generosos y operantes. «El duque de Alcudía —declara Marcillac— conocía el partido que podía sacar del espíritu nacional y del imperio de la religión, dos móviles que actúan fuertemente sobre el pueblo español... El patriotismo y la religión son dos resortes que actúan más poderosamente que pudiera imaginarse sobre los españoles entusiastas y fieles. Por esta razón, a causa de estos dos motivos, son susceptibles de las empresas más audaces. Y el gobierno que sepa utilizar estos resortes, con un pueblo valeroso y que lleva al extremo su idea de lo maravilloso, conseguirá de él un resultado que será proporcionado a la capacidad de su genio, por muy vasta que ésta sea». No podemos, por tanto, admitir que desde el punto de vista de



El General Ricardos, por Goya (Museo del Prado).

la moral militar, el ejército español fuese inferior al francés en la iniciación de esta guerra de España con la Revolución francesa que estamos considerando. Veamos que ocurría respecto de la organización y la instrucción.

No había podido la administración imprevisora y desordenada del favorito de Carlos IV realizar su labor arruinadora. El ejército mantenía aún viva aquella contextura que había logrado imponerle el buen Rey Carlos III. «Al principio de la guerra —según lo declara Fervel— el ejército español se componía de cuarenta y cuatro regimientos de línea, diez batallones ligeros, y cuarenta y dos regimientos de milicias provinciales. Los regimientos de línea, de los cuales nueve eran extranjeros, flamencos, italianos o suizos, tenían cada uno dos batallones activos y uno en depósito. Los dos batallones activos no fueron jamás llevados simultáneamente al completo. Aquellos que eran enviados a la frontera tenían cinco compañías, cuatro de fusileros de ciento sesenta hombres y una de granaderos de ciento veinte; total setecientos sesenta».

Pasa el historiador militar a dar cuenta de la organización de los citados regimientos provinciales, y asegura que esta organización notable dió los resultados más satisfactorios, indicando que al comienzo de las hostilidades las compañías elegidas fueron llevadas a la frontera, adquiriendo en ella una buena reputación. Fervel da cuenta, asimismo, de la existencia de los miqueletes, de los cuerpos de montañeses de Aragón y de los somatenes de Cataluña como fuerzas que había que considerar anexas al ejército en tiempo de guerra.

Al hablar de la caballería y declarar que contaba con doce regimientos de cinco escuadrones a ciento ochenta caballos, dando un total de mil ochocientos, que considera muy pocos para un país que había proporcionado ochenta mil a Felipe IV, siendo la causa del hecho la multiplicación del ganado mular, asegura que por otra parte los caballos y el equipo eran perfectos. Asimismo afirma este historiador que la reserva del ejército estaba formada por las llamadas tropas de la casa real, compuestas de doce batallones escogidos, la mitad suizos y guardias walonas, y ocho escuadrones de carabineros reales, y después de esto pasa a tratar de la artillería.

«En las potencias militares, cuando se inicia su decadencia —dice— es la superioridad de las armas especiales la última en manifestar tal declinación. La artillería española nos da la prueba de ello. Mantiene hasta el último extremo el honor del ejército. Su personal,

que gozaba de una protección especialísima, era instruido y estaba ejercitado; había conservado la antigua organización francesa, formando un solo regimiento mandado por un jefe con el título de General coronel de toda el Arma. En cuanto al material, éste era abundante. Méjico y el Perú eran los que facilitaban los metales, y la fundición, recientemente introducida en la Península, estaba dirigida por un francés llamado Maritz, que había caracterizado su celo importador por la profusión de sus obras. En esto, como siempre, poco cuidadosos del progreso del arte (3), los españoles habían quedado retrasados, descuidando, sobre todo, el aligerar sus piezas. Así iban como en la guerra de los Treinta Años, arrastrando en campaña un cañón de 24 y morteros de todos los calibres. No obstante, bien pronto hubieron de conocer la artillería volante de los republicanos, adoptándola asimismo. Tan sólo sus obuses habían adquirido ya una superioridad que conservaron hasta los últimos años del imperio. El cuerpo de Ingenieros se componía de un regimiento de zapadores y minadores, y de ciento cincuenta oficiales de Estado Mayor, que se empleaban distintamente en los trabajos de fortificación y arquitectura civil.

Pasa Fervel a tratar del reclutamiento de nuestras tropas, y en este punto, sí es brillante el comportamiento de los franceses, acudiendo voluntarios a los llamamientos del gobierno de París para cubrir las filas del ejército, no es menos patriótica y entusiasta la espontaneidad con que los españoles de todas clases y condición social, se aprestan a tomar las armas al ser llamados por su Rey. Y una vez más ha de ser el testimonio francés el que ha de dar consistencia a nuestra aseveración. El reclutamiento de nuestro ejército se llevaba a cabo por el procedimiento de las quintas, «especie de conscripción que consistía, como su nombre indica, en elegir por la suerte un hombre entre cinco de los llamados». Pero, como lo expone Fervel, para la guerra emprendida no hubo necesidad de recurrir a este reclutamiento, porque los voluntarios «venían a ofrecerse de todas partes en número suficiente; incluso se abusó de esta afluencia», admitiéndose en el ejército elementos irregulares como los bandidos de Sierra Morena, previo el correspondiente indulto por sus criminales fechorías (4).

(3) Como buen francés, Fervel no deja de agraciarnos con esta favorable calificación.

(4) Estos contrabandistas que por servir a la Patria dejaron de serlo, merecen

También formaron parte de las tropas del ejército español los franceses emigrados que se habían refugiado en nuestra Patria; con ellos formóse un cuerpo militar bajo la denominación de Legión Real de los Pirineos, cuyo mando se dió al Marqués de San Simón, Grande de España de primera clase, gallardo y romántico prócer, cubierto su cuerpo con las heridas que había recibido en el sitio de Yorktown, en Virginia, y lleno de la reputación militar que había adquirido en la guerra de América. El primer plan fué el de que todos los franceses se incorporaran a la citada Legión, pero queriendo utilizar el General del ejército de Cataluña, los que pasaron por aquella parte, formáronse tres cuerpos con ellos, dos en el ejército de Cataluña, y uno en el de Guipúzcoa. Su conducta llegó a alcanzar el laurel del heroísmo, pudiendo afirmarse que la inmensa mayoría de ellos murieron en el campo de batalla.

REFUTACIÓN DE JUICIOS FRANCESES

Afirma el historiador francés que hemos citado, que las armas especiales estaban llenas de oficiales instruidos, y asegura que los servicios accesorios participaban todavía de los *bellos días de la Monarquía*, sobre todo los sanitarios, que ella había mantenido con un lujo verdaderamente real. Y reconociendo asimismo que este ejército español estaba tan completo en sus detalles, y cuyo cuerpo afectaba formas que apenas dejaban nada que desear, declara, en cambio, que le faltaba la *animación* interior, es decir, la ciencia de las maniobras, la unidad (5) y esa fe recíproca en los jefes y en los soldados que duplica la fuerza de los batallones. «El espíritu del ejército era incierto. La fe católica que había estallado el 21 de enero *n'avait point d'aliments au fond des choses* (6). Era una explosión efímera, determinada por los excesos de la Revolución y,

el más cumplido elogio por parte de Marcillac. Trescientos de ellos con sus capataces o cabos al frente y a las órdenes de su jefe Ubeda, marcharon a derramar su sangre en Guipúzcoa, pero si ciertamente hubieron de dar muestras de su arrojo en varias ocasiones, en general su conducta, fuera de los combates, dejó mucho que desear.

(5) «L'ensemble»: es decir, la coordinación, la consistencia, la trabazón íntima entre todos sus elementos.

(6) Transcribimos la frase en su propio idioma para conservarla en toda su fuerza; para Fervel la fe católica española carecía de una base sólida.

sobre todo, por las odiosas calumnias que contra ella se alzaban por toda Europa y que España había acogido con la vivacidad y ceguera propias de las imaginaciones *ardientes y sombrías*».

Pero la refutación de todas estas últimas afirmaciones del escritor francés es, principalmente, la que motiva la redacción de este trabajo, que tiende a demostrar con toda evidencia, cómo, por el contrario, el espíritu que animaba a nuestras tropas, su sólida cohesión, su disciplina a toda prueba, su capacidad para el desarrollo de la acción combativa, cualquiera que ella fuese, fueron las únicas fuerzas capaces de contener el empuje de las masas revolucionarias, y sus métodos de combate los apropiados a los nuevos procedimientos puestos en acción por la iniciativa de unos generales más o menos jóvenes e improvisados, y por unas masas combatientes sin ninguna instrucción ni educación militar.

Ciertamente no desconocemos que puede muy bien objetárenos que no correspondió al final de la contienda el laurel de la victoria a nuestro ejército. Fuimos, efectivamente, vencidos, pero lo fuimos cuando todas las demás potencias europeas se habían declarado de esta suerte. Sería vano el tratar de negar cómo en determinados períodos del desarrollo de la guerra de España con la Revolución francesa, nuestras tropas hubieron de ofrecer el triste cuadro de un ejército desmoralizado y casi deshecho. Pero, en todo momento, cuando de repente el mando superior puede mostrarse enérgico y con capacidad de dirección, cesa el desorden, la disciplina vuelve a mostrarse imperiosa y el enemigo tiene que reconocer que su triunfo es incierto y que la probabilidad de una funesta derrota ha de colocarle en el trance más apurado, y por precaución se renuncia a un avance que pudiera estimarse fácilmente realizable.

No es ésta una gratuita afirmación por nuestra parte. Un escritor, tan amante de la Revolución como el ciudadano Beaulac, después de dar cuenta, en sus *Memorias sobre la última guerra entre la Francia y España en los Pirineos occidentales*, del paso del Deva por los franceses, de la marcha de las dos columnas francesas por las provincias de Vizcaya y de Alava, de las ocupaciones de Vitoria y de Bilbao, así como de la llegada de los soldados de la Revolución a Miranda, en la margen izquierda del Ebro, y del combate de Ollarreguy, al tratar de la paz de Basilea, declarando que este tratado, a la vez honroso y útil, había proporcionado a su Patria un fiel aliado e influido ventajosamente en la pacificación de la Vendée

y en el éxito de sus tropas en Italia, no vacila en reconocer sinceramente que, «desde luego nuestra posición en los Pirineos orientales comenzaba a ser muy crítica, y si el brillo de la última campaña arrojaba para nosotros en el occidente un peso favorable en la balanza militar, no es muy aventurado suponer que en pocos instantes podía desaparecer esta ventaja. Es cierto que marchas audaces habían desconcertado al enemigo; pero una vez rehecho, éste podía aprovechar las probabilidades de éxito que le ofrecían la continuación de movimientos peligrosos por su propio atrevimiento y cortar la retirada a un ejército que apenas le igualaba en número, y cuyos diversos cuerpos, separados por grandes distancias, no podían prestarse un mutuo apoyo».

Y no se limita a esto el ciudadano Beaulac, que a continuación formula las siguientes preguntas: «¿Con un ejército de veinticinco mil hombres, sin caballos, sin subsistencias, podríamos haber pensado seriamente en hacernos dueños de Pamplona? Ciertamente es probable que el valor de nuestras tropas y la habilidad de nuestros generales hubieran logrado consolidar por esta brillante empresa nuestra posición en España. Mas, ¿cómo no estimar de pródigos estos esfuerzos, y cómo no admitir que la más ciega confianza es imposible que no pueda verse libre de algunos presentimientos desfavorables al éxito de la empresa, cuando se hacen patentes los obstáculos que a ella pudieran oponerse? Aún suponiendo que hubiéramos podido por nosotros mismos procurarnos las subsistencias y los transportes de que tanto estábamos desprovistos en las poco fértiles comarcas que rodean a Pamplona, y en Vizcaya o Alava, que nos era preciso evacuar, ¿no era presumible que cualquiera que pudiera ser la inercia atribuída a los españoles, contando éstos con un ejército poco inferior al nuestro y que podía engrosar a cada momento, no hubiesen tratado de impedir desde Bayona la arribada de los convoyes de artillería y de municiones que nos eran precisos en sitio tan importante? ¿O bien, que la protección que había que prestar a estos convoyes no hubieran impuesto por nuestra parte dislocaciones frecuentes capaces de hacerlo perder todo? Añadamos a esto que el espíritu de relajamiento y de pusilanimidad que a continuación del 9 thermidor se había manifestado en todas las esferas del gobierno, no nos prometía en mucho tiempo otros recursos militares que aquellos que habíamos podido conservar por cuenta propia».

Y por si todo lo anterior no fuera suficiente a confirmar la exac-

titud de nuestros juicios, el ciudadano francés declara terminantemente, refiriéndose a los avances realizados por las tropas de Moncey a través de las comarcas del territorio vasco: «Los éxitos de la última campaña no hubieran, pues, sido probablemente otra cosa que una incursión brillante y sin fruto y bien pronto retornados a nuestras primeras posiciones hubiéramos visto a los conquistadores de Italia y a los pacificadores de la Vendée consumir su valor en la defensa de los puestos ignorados de Iciar o de Donamaría» (7).

No somos, por lo tanto, nosotros, sino los propios historiadores franceses, tanto coetáneos como el ciudadano Beaulac y el monárquico francés Luis de Marcillac, o no muy distantes de aquellos días como Fervel, que publicó su trabajo el año 1861, los que atestiguan que la victoriosa situación de los ejércitos franceses no era en España exactamente la misma que en las fronteras de la Europa central. La táctica francesa no puede desenvolverse ante las líneas españolas con aquella libertad de movimiento, con aquella intensidad como puede realizarlo ante las de los imperios centrales. Y, sin la rigidez de los métodos prusianos, que no obstante informaban los principios referentes a la instrucción, dirección y empleo de las tropas en el campo de batalla, pero con unos métodos de guerra en los que el orden, la disciplina y el valor tenían su adecuado empleo, los ejércitos españoles supieron unas veces batir a los franceses y otras contenerlos en el campo de batalla; y las de Masdeu, de Trullas y del Fluvíá, son prueba evidente de cuanto venimos exponiendo.

LA BATALLA DE MASDEU

Efectivos que se enfrentan.

Nos referimos a la primera como muestra de que el ejército español conservaba su propio espíritu combatiente ante el nuevo y vigoroso empuje del de la Revolución. El plan de guerra adoptado por la Corte de España encomendaba al ejército de Cataluña, que había de operar en la zona de los Pirineos orientales, un papel eminentemente ofensivo, cual era el de la invasión del territorio rosellonés, tan ligado a Cataluña por toda clase de lazos espirituales, étnicos y políticos. Para la realización de esta empresa, el ejército

(7) Puestos situados en los montes de Guipúzcoa y Navarra, respectivamente.

español, al mando del General Ricardos, no contaba en un principio más que con un contingente que Fervel fija, el 5 de agosto de 1793, en 30.000 infantes, 6.000 jinetes y 150 cañones de 2 a 24, y 21 obuses; pero que probablemente no pasaba de los 20.000 infantes.

Este ejército español, ciertamente pequeño para la empresa que se le encomendaba, había de luchar —según la información francesa— con otro de 8.000 hombres, de los cuales 6.000 guarnecían las doce plazas o fuertes de la frontera, no quedando para guardarla desde Montluis al Mediterráneo más que unos 1.800 infantes, 200 genarmes mal montados por toda caballería, 40 artilleros, tres oficiales de artillería e ingenieros y, por fin, cuatro carros y 60 mulas para el tren de equipajes. Pero a tal declaración, el General Gómez de Arteche opone las siguientes consideraciones: «Compagine el lector esta rotunda aseveración con los discursos pronunciados en la Convención francesa y el informe, sobre todo, de Barrère, en que, al declararse la guerra el 7 de marzo, se ordenaba al Consejo ejecutivo el envío de un grande ejército con que pudiera verificarse la invasión de España; diciendo que ya se organizaba bajo un pie formidable. Y si es cierto que ese ejército no sumaría los 100.000 hombres con que lo dotaba la Convención en la extensa línea del Mediterráneo al Océano, el mismo señor Fervel no puede desmentir el que, para una operación tan insignificante como la de ocupar el valle de Arán, de donde no sabemos adonde podrían dirigirse, se destinaron más de 4.000 hombres, fuerza que representa cifras muy considerables para la ocupación de los extremos de la frontera, únicos, en todo caso, amenazados por nuestras tropas».

Tanto esta invasión del valle de Arán, como la de haber sido la frontera violada por varios de sus puntos más vulnerables, como la amenaza al valle de Baztán por los franceses el día 6 de abril, vienen a demostrar que no era tan corto el número de las fuerzas francesas que guarnecían la línea pirenaica.

Plan de operaciones de Ricardos.

No contando Ricardos al recibir la orden de empezar las hostilidades contra Francia más que con 3.500 hombres, por estar todos los demás distribuidos entre las diversas guarniciones del norte de Cataluña, creyó deber reunir todas sus fuerzas mientras le llegaban

auxilios, y una vez conseguido esto, forzar la frontera en un solo punto y ocupar de revés las zonas importantes de la misma o en crítica situación de ser tomadas tan pronto se iniciase su conquista. Al efecto, tratando de asegurar y tener cubiertos sus flancos, hizo ocupar los desfiladeros al Oriente de Bellegarde por los Somatenes de Cataluña, mientras otras fuerzas del mismo cuerpo, unidas a algunos destacamentos de tropas de línea, cubrirían la izquierda, teniendo a raya a las tropas que estaban en la Cerdaña francesa.

Queriendo asegurar la conquista del fuerte francés de Bellegarde, para tener así abierto el paso por el coll de Pertús, estableció su cuartel general en La Junquera, y solicitado por una comisión de vecinos del pueblo francés de San Lorenzo de Cerdá, en el alto valle del Tech, para que dispusiera la inmediata ocupación del mismo, a fin de librarles del odio y de la crueldad de los revolucionarios; el 17 de abril del año en cuestión, el general Escofet, a las diez de la mañana, después de atravesar con sus tropas las cumbres del Pirineo, penetró en las calles del pueblo, con el consiguiente pánico de los que pudieran oponerse al avance español. El efecto de sorpresa así causado, dió lugar a que en breves jornadas fuesen ocupadas, igualmente, Arlés y Ceret, este último el día 20 de abril. El ejército español era dueño de casi toda la línea defensiva francesa del Tech, cuando llegaron a su campo los refuerzos que él esperaba, en tanto que por el camino del coll de Portell se verificaban trabajos para ponerle en condiciones de poder transportar la artillería de sitio que había de batir la fortaleza de Bellegarde, que había de serlo de frente por una batería de morteros colocada delante de La Junquera.

Mas antes de descender a los llanos del Rosellón e intentar la conquista de Perpiñán, cuidó muy bien el General Ricardos de asegurar su flanco izquierdo y las fuerzas dedicadas a esta empresa, al mando del General Lancaster, hubieron de forzar el coll de Rigard y apoderarse de parte de la Cerdaña francesa, ante Puigcerdá. El mal tiempo que sobrevino en los primeros días del mes de mayo, forzó al ilustre General español a tener que contenerse en su decidido propósito de iniciar la ofensiva y llevar a cabo su plan de desarticular toda la primera línea defensiva francesa, atacando los diferentes apoyos o puestos principales de vanguardia que los revolucionarios tenían establecidos ante los muros de la capital del Rosellón.



Soldados de Infantería ligera en el reinado de Carlos IV. El Grupo de la izquierda corresponde al Regimiento de 1789 (voluntarios de Aragón, Cataluña y Tarragona y cazadores de la Corona); los otros son propios de reglamentaciones posteriores.

(Del libro de Luis Herreros de Tejada. *El Teniente General don José Manuel de Goyeneche, primer conde de Guaquí*, Madrid, 1923, en el que se reproduce esta lámina, inserta en la obra *El Ejército y la Armada*, por Manuel Giménez González, manuscrito de 1862, inédito, existente en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.)

No desaprovecharon los franceses esta obligada inacción de nuestro ejército para reforzar la posición de Thuir, que guardaba las avenidas de la misma y facilitaba las medidas de socorro para asegurar la defensa de los fuertes de la Guardia y de los Baños, y la posesión de los dos pueblos de Elne y Argelés, desde los cuales se mantenía la apropiada comunicación con las plazas de Colioure (Colibre), Port-Vendres y Bellegarde. A mediados de mes el tiempo pareció mejorar, y, en vista de ello, el día 11 pensó el General en sorprender a un mismo tiempo a cuatro lugares inmediatos a Perpiñán, que eran aquellos en los que se apoyaba el campo francés de Masdeu, establecido por los franceses para asegurar la defensa de Thuir y la de Perpiñán, y el paso por la vía internacional de España al interior de Francia. A causa de una lluvia torrencial, el intento hubo de fracasar, más, como quisiera que el tiempo apremiara, a pesar del contratiempo sufrido, el 19 de mayo resolvió el General repetir la expedición, y cuarenta y ocho horas después de haberse establecido los franceses en el campamento referido, situado en la llamada península del Rear, entre el río de este nombre y su afluente el Cantarrana, se dispuso a levantar el campamento de Ceret y trasladarlo al lugar del Boulou (Bulú), distante dos horas en dirección a Perpiñán, para estar más próximo al castillo de Bellegarde y en mejor disposición para bloquearle, auxiliar al cuerpo de tropas que había ocupado en el coll de Portell y poner a cubierto los lugares ya rendidos de las dejaciones que cada día les hacían los «patriotas» (8).

Estas disposiciones obedecían por otra parte a los informes que acerca de la situación en el campo contrario poseía el General Ricardos, pues por ellos se había venido en conocimiento de cómo los enemigos iban aumentando en estos últimos días la tropa del lugar de Thuir, hasta el número de 2.500 hombres de infantería, con caballería y artillería de campaña, y reforzado en igual proporción los demás puestos; noticias tales no podían por menos de determinarle a presentarse a vista de Perpiñán con parte de su ejército, a fin de cortar la retirada a los que saliesen de los lugares invadidos y oponerse a los socorros que de dicha plaza podían presentarles. Un cuerpo de 12.000 hombres de infantería, 3.000 caballos, cuatro obu-

(8) Así llamaban los revolucionarios a todos cuantos militaban bajo sus banderas.

ses y veintiocho cañones de a 12 y 4, había de llevar a cabo la empresa.

Plan de operaciones francés.

Al avance de este ejército español los franceses contaban con otro, que Marcillac eleva a 16.000 hombres, pero que según la información de Fervel (9) no podía disponer más que de 5.000 hombres de infantería, 300 gendarmes a caballo y 15 cañones, pequeño cuerpo que, según él, fué llamado de vanguardia, aunque en realidad constituía la casi totalidad de las fuerzas. Mandaba éstas el general Dagobert, que había sido destinado recientemente al ejército de los Pirineos orientales, siendo el general jefe del mismo el infortunado De Flers, digna personalidad víctima de la guillotina. Las dotes militares de valor y consiguiente prestigio de aquél, habían determinado a este último a confiarle tal misión.

Para lograrse ésta y oponerse al avance del ejército español, era necesario establecer la línea defensiva a lo largo del borde meridional de la citada península de Rear, a la que servía como de foso el lecho del río de este nombre. Al efecto, Dagobert estableció sus posiciones entre Mas-Deu y Mas Comte, siendo el primero un antiguo convento de Templarios asentado en una meseta, no lejos de la carretera internacional de Figueras a Perpiñán, y el segundo otro puesto situado sobre una eminencia del terreno, 1.500 metros al Oeste de aquél. Mas, para asegurar los flancos de esta línea de defensa, el general francés hizo ocupar además en su extremo izquierdo las colinas que bordean por el Este la vía de referencia y que son conocidas vulgarmente con el nombre de alturas del Rear, fijando su eje de resistencia en el castillo de este nombre, que se hallaba en ruinas.

Avance del ejército español.

Había llegado el 20 de mayo de 1793. Al despuntar el día, el ejército español emprendió su marcha desde Boulou hacia el Norte, formado en cuatro columnas. La vanguardia, a las órdenes del mariscal de campo duque de Montellano y D. José Crespo, la compo-

(9) Seguramente no muy autorizada.

nian los regimientos de tropas ligeras de Cataluña y Tarragona, el de Dragones de Pavía con cuatro cañones de a 12 y cuatro obuses, a mas de los batallones de Soria, Granada, Mallorca y Valencia, con sus dos compañías de granaderos. Era, por tanto, ésta una columna propiamente de infantería, pues el número de combatientes de esta arma era muy superior a los de caballería, compuesta tan sólo por el citado Regimiento de Dragones de Pavía. La columna de la derecha, al mando del teniente general duque de Osuna y demás oficiales generales de la Casa Real, estaba formada por la brigada de Carabineros Reales, con los cuatro batallones de Guardias españolas y del Regimiento de caballería del Infante, más seis cañones de a 4. La de la izquierda, a cargo del teniente general D. Juan Curten y mariscal de campo D. José Eslava, quedaba integrada por tres batallones de Guardias Walonas, uno del Regimiento de Burgos, y una división de caballería constituida por los cuatro Regimientos de Dragones de Lusitania, de Villaviciosa y los de Príncipe y Calatrava. La columna, en la que predominaba de modo tan acentuado la masa de jinetes, contaba además con seis cañones de a 4. Una cuarta columna, al mando del teniente general D. Garcerán de Villaiba y del mariscal de campo D. Rafael Adorno, quedaría compuesta por treinta compañías de granaderos y cazadores provinciales y un batallón del Regimiento de Ibernia con cuatro cañones de a 8 y dos de a 4. Esta columna había de marchar por el centro del dispositivo de avance y a retaguardia del mismo, juntándose con la de vanguardia, que debía detenerse ante la posición enemiga, observando una actitud en cierto modo pasiva al constituir el centro de nuestra línea de ataque. Parte de ella, en el último extremo, podría actuar como fuerza de reserva.

Reconocido el terreno por nuestro General, mandó que la columna del duque de Osuna entrase por la derecha y formase una línea de batalla con la artillería y brigada de carabineros, situándose frente al lugar de Comte; la columna de la izquierda amenazara el flanco derecho del enemigo, la vanguardia quedara como cuerpo de reserva, y la artillería se aproximara y rompiera el fuego en posición conveniente.

Al primer aviso de nuestro avance, el general Dagobert formó su tropa en tres columnas, de las cuales era la más fuerte la que guarnecía la derecha del frente de batalla. La reducida fuerza de caballería fué distribuída del modo más conveniente al caso. La ar-

tillería, constituida por un material excelente y servida por muy diestros artilleros, hallábase asentada al borde de la meseta, dominando todas las avenidas que pudieran conducir a ella. Según Marcillac, que declara también cómo los franceses se dispusieron en tres columnas, éstas maniobraron cual si trataran de atacar y envolver el flanco izquierdo de los españoles. Realmente el terreno favorecía grandemente el propósito de los franceses, pues si el centro de su línea de defensa estaba defendido por las entalladuras del lecho del Rear, la izquierda estaba cubierta por un bosque considerable, dominado por el convento de Mas-Deu, y la derecha ofrecía una formidable resistencia, por cuanto que los profundos barrancos, que se extendían hasta cerca de Mas Comte, quedaban perfectamente batidos por la artillería francesa. Por otra parte, las tropas que componían el ejército de la Revolución estaban formadas, en su mayoría, de voluntarios, además de los regimientos de línea Medoc, Champagne y Vermandois y poco de caballería. Tanto en Thuir como en Eine, hallábanse establecidos fuertes destacamentos para asegurar las comunicaciones de Villafranca y Mont Libre y las de Collioure a Perpiñán, respectivamente. Ateniéndonos a las declaraciones francesas, era en esta posición, puramente defensiva, en la que los suyos esperaban nuevos refuerzos de tropas y socorros de todas clases, cuando nuestros valientes soldados se presentaron en forma apropiada para poder atacar el 19 de mayo por la mañana.

Desarrollo de la maniobra de ataque español.

Creemos oportuno advertir también, cómo entre Mas Deu y el Castillo de Rear se extendía el bosque de Caseneuve, y no debe olvidarse tampoco que al Este de la vía de comunicación internacional se alzaban las pequeñas elevaciones denominadas alturas del Rear, debiendo tenerse en cuenta que, frente a la posición francesa, y a no mucha distancia de ella, se encontraban los lugares de Villemolaque y Tréserrés. Como lo hacen observar los informes franceses, la anterior línea de defensa suya venía a formar, con la de nuestro frente de ataque, a modo de un ángulo obtuso, cuyo vértice correspondía a la posición de Mas Comte, es decir, hacia la derecha del frente francés, y su abertura venía a quedar establecida, como es lógico, hacia su costado izquierdo. Todas estas circunstancias habían de

forzar a Ricardos a la disposición de un plan de batalla, tal cual hubo, en efecto, de poner en ejecución, y nosotros hemos ya indicado. Resultando, con arreglo a cuanto se acaba de decir, más próxima y fácilmente expuesta a ser desbordada la derecha enemiga y siendo, por el contrario, mayor el trayecto que habían de recorrer nuestras tropas, caso de intentar el envolvimiento del ala izquierda francesa, el ataque sobre el primer punto debía de revestir el carácter de una intensa acción ofensiva para favorecer, con el envolvimiento de este flanco izquierdo, el avance de nuestra derecha sobre la izquierda enemiga, cortando la retirada del ejército francés al intentar acogerse a la defensa de las murallas de Perpiñán.

Viene a completar la información que acabamos de dar sobre el dispositivo francés de defensa, la declaración de Fervel en su notable trabajo histórico que conocemos, pues, según ella, Dagobert, probablemente, hubo de apoyar su izquierda al borde del talud pendiente y algo cubierto de bosque que relaciona la península del Rear con la carretera de España a Perpiñán; pero su derecha quedaba en el aire. Inquieto por la suerte de este ala, que amenazaba la marcha oblicua de Curten y renunciando, lo que constituía una falta, a disputar el paso del torrente, apresuróse a trasladar su derecha a retaguardia de Mas Comte, adosándola a un pequeño valle que corta transversalmente la Península citada a la altura de Truillas.

Eran las cinco de la mañana cuando ya se hallaban todas las tropas españolas apostadas en los sitios previamente designados, y al momento rompieron nuestras baterías un fuego intenso, que fué correspondido por las del enemigo con «mucho orden y energía»; al instante se vió tomar a aquél diferentes posiciones. En el castillo de Mas-Deu había formada gran parte de la caballería. En el lugar de Villemolaque se veían también tropas formadas. Delante del campamento central podían distinguirse varios batallones en orden de batalla y entre sus dos últimas baterías de la izquierda un grupo grande de tropas. Asegura Fervel que los nuestros habían podido asentar catorce piezas frente al barranco que se extendía a lo largo de los pies de la meseta, donde estaban establecidos los franceses. Esta artillería obligó a Dagobert a concentrar por esta parte la casi totalidad de la suya, y, como lo confirma la declaración de nuestra información oficial, la calidad y acierto de su tiro logró conseguir bien pronto la ventaja, imponiendo varias veces silencio al cañón español.

Tres horas llevaba de duración este combate de artillería y en vano la nuestra trataba de contrarrestar la manifiesta superioridad del tiro de la contraria. El esfuerzo español parecía amenazado de un total fracaso, al considerar de qué manera, hasta aquel momento, era el francés el que llevaba la mejor parte. Reconociéndolo así el general Ricardos, viendo que las baterías de los enemigos molestaban a algunos cuerpos de nuestro ejército y que aquellos no abandonarían nunca la posición tan ventajosa que tenían, cifrando su defensa tanto en ella como en sus cañones, determinó atacarlos en su propio campo y mandó que el teniente general duque de Osuna, con los cuatro batallones de Guardias españolas, formados en columna con la Brigada de Carabineros Reales, atacara por la derecha y desalojase del lugar de Villemolaque, haciéndolo en forma tal que, dando un pequeño rodeo, fué a tomar el flanco derecho de dicho lugar; lo que puso en ejecución inmediatamente, uniéndosele los voluntarios del regimiento de Cataluña, el batallón de Valencia, y poco después los regimientos de Calatrava y el Príncipe. Al mismo tiempo mandó que, para sostener este ataque, se formasen dos columnas; la una compuesta por el batallón de Ibernia y los regimientos de Mallorca y Burgos, y la otra de los Granaderos Provinciales, y que ambas, por distintas direcciones, se dirigiesen al referido lugar de Villemolaque.

La previsión de nuestro general en jefe no se limitó a dirigir personalmente la organización de las columnas citadas, sino que, con el fin de divertir el fuego de las baterías enemigas y auxiliar este ataque, dispuso inmediatamente otro contra la derecha francesa, con la caballería, para cortarles la retirada. Mandó que los regimientos del Infante, Villaviciosa y Lusitania, formando una línea de batalla, le siguiesen, y poniéndose el general delante de ellos los lanzó valientemente contra el frente de las dos últimas baterías de su izquierda, las cuales, al darse cuenta de ello, avivaron de tal modo el fuego, que se cruzaban las granadas de una y otra parte, ocasionando algunas bajas de importancia, como la de un soldado del Infante que estaba a pocos pasos detrás del general. Continuó, sin embargo, el avance hasta ponerse a medio tiro de cañón, y encontrándose con un terreno quebrado en el que la caballería no podía maniobrar, vióse obligado a hacer alto y a suspender, por entonces, el ataque, buscando otro camino por donde poderle ejecutar.

Sin duda alguna esta acción de la caballería española, dirigida

valerosamente por Ricardos, era temeraria desde el momento que no estaba bien preparada por el fuego de nuestra artillería, que seguía sin poder apagar o por lo menos debilitar el de la francesa, siempre vivo y certero. Y así fué que tan pronto como nuestra caballería descendió al barranco, quedó expuesta a ser acribillada por la metralla, no teniendo otro recurso que el de retirarse. Mas este propósito fallido, que podía haber determinado la derrota de nuestro ejército, por esos azares de la guerra, fué causa, por el contrario, de su más cumplido éxito.

Y hubo de suceder así por cuanto bien fué que Dagobert creyera, en vista de la acción desarrollada por la columna española de la izquierda, que era de este lado por donde había de venir el empuje mayor de nuestras tropas, o acaso que, como trata de darlo a entender Fervel, «demasiado afanoso por aprovecharse de la superioridad de ventaja que le proporcionaba el fracaso del ataque español, y no dispusiera de fuerzas de reserva, es lo cierto que se apresuró a reforzar el ala derecha, sacando fuerzas de las que figuraban en la izquierda, quedando ésta, por lo tanto, debilitada».

Derrota francesa.

No tardó mucho en advertirlo el teniente general duque de Osuna, que mandaba, como sabemos, la columna de la derecha, y con certero punto de vista militar, dispuso el avance de sus tropas sobre Ville-molaque, lo que desde el primer momento dió lugar a que su guarnición abandonase sus puestos y se retirase al campo de Mas Deu, causando en él la consiguiente depresión de ánimo. El duque de Osuna prosiguió su victorioso avance a pesar del fuego de la batería asentada junto al castillo. Los fusileros de Cataluña, que iban a la vanguardia de esta columna, subieron por la colina a tomar el flanco de la batería. El desenlace no se hizo esperar. Ante el fuego de nuestras avanzadas, los franceses abandonaron su formación, precipitándose en franca huida, pudiendo ver los españoles cómo se dejaban abandonados sus cañones, haciendo prisionero al oficial que con ellos quedaba, y encontrándose, al ocupar las posiciones enemigas, a varios sirvientes muertos por los disparos de nuestra fusilería.

La derrota del ejército francés estaba ya iniciada, pero no era el viejo general Dagobert hombre dispuesto a ceder o entregarse al

primer golpe. Y aunque viera cómo su ala izquierda estaba perdida, dispúsose a mantener firme el ala derecha hasta el último extremo, teniendo que fracasar en este intento frente a la falta de municiones, que obligó a suspender el fuego de infantes y artilleros. Ante el hecho, la orden general de avance de las tropas españolas no se hizo esperar, y bien pronto, escalando éstas las pendientes opuestas del barranco, coronaron el plano superior de la meseta. Los franceses se lanzaron a una franca y desordenada retirada, y al verlo nuestra caballería cargó sobre ellos. En vano Dagobert se colocó a la cabeza de trescientos gendarmes, ordenando a los trompetas dar el toque de carga con ánimo de caer sobre aquella. Lejos de ser obedecido fué cobardemente abandonado por estos jinetes, que al ver el caballo de su general herido y a sus ayudantes prisioneros, volvieron bridas sin haber siquiera cruzado sus fuegos con los del enemigo, huyendo cobardemente a los gritos de «sálvese quien pueda», y no sin arrollar a su infantería, parte de la cual fué arrastrada en su desordenada carrera. Perdidas ambas alas, el centro francés hubo de abandonar su posición, mas no sin que su general francés soportase valientemente este último golpe. Cargado por nuestra caballería, con lo que le quedaba de su tropa, en la huída de toda ella, formó el cuadro y se retiró lentamente de la Península, acogiéndose a Mas Forcade. Nuestro comunicado oficial informó que este cuadro venía a estar compuesto de unos 2.000 hombres, quienes hicieron fuego a los que subían a atacarlos. La huída de los franceses fué tan apresurada que, para mayor facilidad en su ejecución, iban arrojando por el camino varias prendas de ropa que les estorbaban para correr.

Nos queda por indicar lo sucedido a aquellas tropas de la izquierda que se hallaban formadas en batalla detrás de los catorce cañones asentados al borde de la meseta. Al darse cuenta de la entrada de los españoles en Mas-Deu y sentir el empuje de los nuestros sobre su propio frente, abandonaron su puesto e iniciaron la retirada, siendo perseguidos por los regimientos de Dragones de Pavía y de Villaviciosa, cuya marcha protegió una batería de obuses que, con la mayor prontitud, se adelantó sobre una columna e hizo un fuego vivísimo, que desordenó a los enemigos, causándoles algunas pérdidas. Estos se refugiaron al abrigo de un cañón del castillo que a su espalda tenían y cuyo fuego impidió que los Dragones lograran cortarles la retirada.



Soldados de Caballería de línea y Dragones en el reinado de Carlos IV. El de la casaca roja corresponde al Regimiento de Farnesio, según la reglamentación de 1793. (Del mismo libro y manuscrito que se menciona en la página anterior).

Repliegue español.

Como era de rigor, después de tan señalada victoria, las tropas españolas se apoderaron de los campamentos franceses, cayendo en nuestras manos la correspondencia que el general Dagobert mantenía con el ministro de la Guerra, dándole cuenta de que se había encargado del mando el 10 de mayo y de las ideas que abrigaba para atacarnos por las montañas de Olot, cayendo sobre las fábricas de municiones de La Muga y al mismo tiempo sobre nuestro campo de Ceret. También informaba que nuestro ejército constaba sólo de 15.000 hombres, de los cuales tan sólo cuatro batallones eran de línea; y que la caballería estaba formada de muchos caballos de labradores, por cuya mala calidad jamás podría oponerse a la suya. «Y así será su primer cuidado no presentarse en terreno donde nosotros podamos hacer uso de ella».

No estimó oportuno el general Ricardos mantenerse en el campo de Mas-Deu, tan brillantemente conquistado, y habiendo entrado en él a las once de la mañana, siendo recibido por la tropa con las repetidas voces de ¡Viva el rey! y ¡Viva el general!, después de haber descansado un gran rato, dispuso se pudiesen todos en marcha, saliendo nuestro ejército a la una de la tarde para el lugar del Boulou, donde estaban ya montadas las tiendas y los ranchos diarios. La *Gaceta de Madrid* del 28 de mayo, informaba que la lucha había durado cinco horas, y que en este corto tiempo supo el valor de nuestras tropas arrollar un ejército de 12.000 hombres, cuya fuerza aumentaba considerablemente con la posición del terreno y la buena colocación de las baterías, que servían los franceses con extraordinaria actividad y buena dirección.

Consideraciones.

No podía por menos de ser objeto de juicios más o menos exactos la batalla de Mas-Deu, por parte de los historiadores tanto españoles como franceses, y en la obra publicada por este Servicio Histórico Militar (10), trátase con todo detalle de tan interesante

(10) *Campañas en los Pirineos a finales del siglo XVIII (1793-1795)*. Tomo II. Campaña del Rosellón, págs. 237 a 242.

materia de estudio. Los planes ofensivo y defensivo de los jefes español y francés no cabe negar que fueron acertados, y tan sólo las vicisitudes de la lucha y los errores del mando pudieron hacerlos fracasar. Dagobert, sin duda alguna, cometió un fatal desacierto al debilitar su ala izquierda, creyendo había de ser atacado por la derecha. Ricardos aventuró su caballería, y al tener que desistir de su empresa para no ser acribillada, dejó expuesta a la tropa a un fatal desenlace. Hizo en ello honor a su valor, más no a su reconocida prudencia y previsión. En cambio, la conducta del duque de Osuna, al aprovecharse del anterior error cometido por Dagobert, es digna del mayor aplauso; de él dice Marcillac: «Le Duc d'Osuna s'en aperçut, et en général habile, il se jeta sur eux avec intrépidité, les fit plier, et pénétra dans leur camp».

Algunos historiadores, especialmente franceses, conceptúan como un desacierto del Alto Mando español no haberse aprovechado de la derrota francesa de Mas-Deu para apoderarse de Perpiñán. Y así lo declara Jomini. Pero Marcillac justifica tal resolución exponiendo que los soldados españoles estaban agotados de fatiga, llevaban seis horas con las armas en la mano, habían realizado cinco leguas de marcha antes del ataque y les faltaban todavía dos y media para ganar el campo de Boulou, establecido antes de la batalla y en el que habían de ser racionados a su regreso. Para Gómez de Arteche el ejército español no podía proseguir la victoria alcanzada, obligado por la escasez de recursos y más aún por la de sus transportes, a volver al campo de Boulou, de donde había partido. Las fatigas del día, todo él empleado en batirse; la falta de raciones y la seguridad de no poderlas obtener inmediatamente en país que ocupaba el enemigo, protegido por la inmediación de la plaza de Perpiñán y por los socorros que le llevaba el general De Flers, puesto a retaguardia del ejército vencido, obligaban imperiosamente a retroceder al Boulou, a cuyo campamento volvieron los españoles aquella misma noche, no habiendo dejado abandonadas las piezas de artillería francesa que había en Mas-Deu, según declara Marcillac, sino arrastrándolas a brazo hasta nuestro campamento.

Sin duda alguna, se impone el reconocerlo así. «El general Ricardos había conseguido el objeto principal que le llevó al campo enemigo de Mas-Deu. ¿Debería continuar su marcha invasora hasta los muros de Perpiñán? Aún suponiendo que no hallara obstáculo alguno hasta avistarlos y formalizar su sitio, para lo cual no llevaba medios sufi-

cientes ni los tenía en su posición del Boulou, ¿iría a realizar pensamiento tan grato, por otra parte, para su orgullo militar y sus ínfulas de vencedor, dejando a la espalda intactas y sólo en parte bloqueadas las fortalezas francesas, que cubrían la frontera? Digan lo que quieran los detractores, no hay que olvidar el principio axiomático de no avanzar nunca un ejército sin la absoluta seguridad de su comunicación con la base de operaciones, y es preciso calcular cuál hubiera sido la suerte de las tropas españolas, si rechazadas en los fosos de Perpiñán, como era probable, visto el número de sus defensores, que por lo menos serían los combatientes de Mas-Deu, el entusiasmo, siquiera revolucionario de sus habitantes, y la fortaleza de sus murallas, tuvieran que retirarse por un país todo él enemigo y cruzar una línea erizada de fortificaciones, intactas, como hemos dicho, hasta entonces. La iniciativa enérgica de Ricardos, si había de mostrarse eficaz, tenía que traducirse en prudencia consumada para dar resultados positivos, verdaderamente prácticos en una campaña que por sus motivos tenía tanto de política como de militar».

En la *Gaceta de Madrid*, del viernes 31 de mayo de 1793, en la relación circunstanciada de la batalla ocurrida en Mas-Deu, el día 19 del mismo y de la que se había dado noticia en la *Gaceta* del 28, el general Ricardos informaba, después de dar cuenta de la retirada del ala izquierda del ejército francés, de la «fuga de toda la derecha enemiga arrastrando lo demás de su línea», que los enemigos «abandonaron parte de su artillería y municiones y los campamentos con varios repuestos, pero no fué posible seguir el alcance con viveza, así por lo quebrado del terreno y un bosque que les favoreció, como por lo rendido de la tropa, que hacía dieciséis horas estaba sobre las armas, habiendo hecho cinco leguas y teniendo que deshacer dos y media para retroceder al campo del Boulou, que dexé marcado antes de la batalla, donde dispuse que les tuviesen hechos los ranchos. La entera carencia de mulas de tiro y carga no permitió quedarme en el campo de batalla ganado, más tiempo que el preciso para algún descanso y solicitar inútilmente tiros para el transporte de la artillería, municiones y víveres enemigos, porque ni hubiera tenido quien acarrease la subsistencia a fuerza de ofertas y del entusiasmo gozoso de la tropa, que manifestó con alegres vivas al rey y vítores a su general...»

«Aunque las carencias y motivos expresados me impidieron sacar todo el partido que presentaba la victoria para acabarla con una

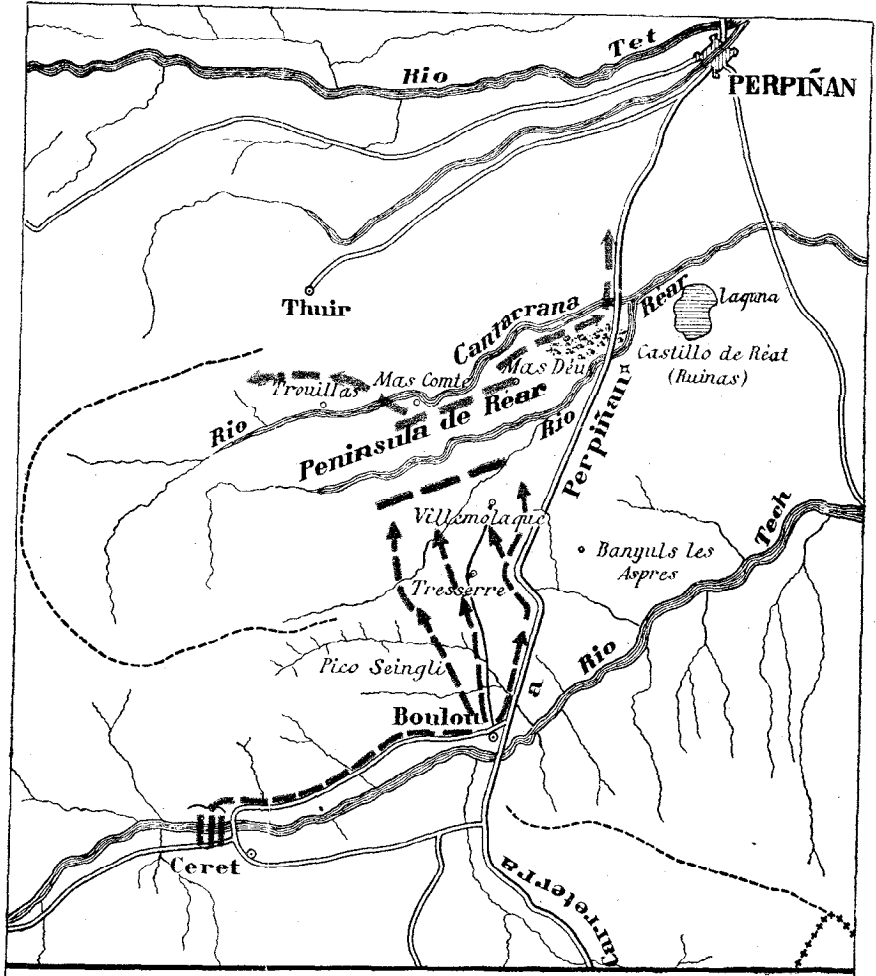
derrota general, ha sido un golpe decisivo para aterrar a los enemigos, viendo batidas las tropas de refuerzo de que tenían la mayor opinión, y desbaratar el proyecto atrevido del general Dagobert, que mandaba a los enemigos y me consta por las minutas de sus cartas al Ministro hasta la víspera de la fecha de la batalla, cuyo libro ha venido a mi poder, así como el de órdenes hasta el día 17, y finalmente me da facultades para sostener y cubrir el ataque de Bellegarde que empezará mañana, y el Coullioure que subseguirá a la rendición de Bellegarde: y ha aumentado la confianza de las tropas, mayormente a vista que nuestras pérdidas en tan reñido combate se reducen a 15 muertos y 19 heridos y D. Tadeo Tormos, capitán de Artillería, que lo está gravísimamente, y es muy acreedor a las gracias de S. M.: y de que los enemigos han tenido más de 150 muertos y 287 heridos.»

Desde luego, el general Ricardos había conseguido el objeto principal que le llevó al campo enemigo de Mas-Deu. Pero lo que nos interesa hacer presente en este trabajo es que, después de la victoria española del campo de Mas-Deu, si los españoles se habían retirado a descansar al campo de Boulou, los franceses derrotados se habían acogido a los muros de Perpiñán. Los ejércitos de la Revolución no habían podido, en el presente caso, lanzar sus masas al grito de ¡Viva la Nación!, ni a las vibrantes notas de La Marsellesa. Los soldados del rey de España habían podido contener todos sus impulsos y vencer su resistencia, obligándolos a retirarse precipitadamente. El ejército español había dado muestra de cómo era posible vencer al francés. Frente a un ideal en plena expansión, otro firmemente mantenido. Ante un impulso violento, una tenaz resistencia.

«Los oficiales generales, jefes de los cuerpos, oficialidad y tropa, manifestaron generalmente su acierto, serenidad y acostumbrado valor y constancia —daba cuenta el general Ricardos—. Cuatro horas cumplidas de un vivo fuego de la artillería mejor servida, no hicieron retroceder a ningún cuerpo, y tuve la satisfacción de ver que unas tropas sin ninguna práctica en las grandes maniobras, pude hacerlas variar la formación según conviene, sin que el fuego enemigo las perturbase; la caballería posó de la derecha a la izquierda, algunos cuerpos dos veces. La artillería se sirvió con destreza, acierto y valor brillante, particularmente por los mencionados D. Joachin Mendoza, teniente coronel graduado y capitán de dicho Cuerpo, y D. Luis Power, teniente.»

¡Los generales y los soldados españoles sabían muy bien cómo podía vencerse a los de la Revolución!

NOTA FINAL.—De conformidad con la información proporcionada por la *Gaceta de Madrid* del 28 de mayo y del 31 del mismo, hemos fijado como fecha de la batalla de Mas-Deu la del 19 del mismo mes que señala el general Ricardos. Pero hemos de hacer observar que Luis de Marcillac, Fervel y el general Gómez de Arteche dan la del día siguiente, sin que hayamos podido darnos cuenta de la razón de esta discrepancia.



GUERRA DE ESPAÑA CON LA REVOLUCION FRANCESA
BATALLA DE MAS-DEU

Ejército Español → Escala ← Ejército Francés



DE LA BATALLA DEL CARIBE: EL ULTIMO ATAQUE INGLES A PUERTO RICO

(17 DE ABRIL A 1 DE MAYO DE 1797)

por JUAN MANUEL ZAPATERO
Capitán y Doctor en Historia, del Servicio Histórico Militar

*A Ernesto La Orden, Cónsul General
de España en Puerto Rico, con gratitud.*

CONSIDERACIONES HISTÓRICAS

Con el dominio de las tierras de Ultramar, España se convirtió desde los albores del siglo xvi y hasta principios del xix, en la nación más rica de Europa. Su consideración era tanto mayor cuanto las demás naciones: Inglaterra, Francia y Holanda, carentes al principio de recursos coloniales, iniciaron la más prolongada disputa que registra la historia de los pueblos. Durante tres largos siglos la corona española tuvo que ponerse al frente de sus dominios; la preponderancia de España en Europa, complicada con otras razones políticas como fueron el protestantismo y los intereses de la dinastía austriaca, tenía en las tierras americanas los medios para robustecer su predominio (1), pero esta consideración es más virtual que objetiva, dado que el esfuerzo colonial de España en el Nuevo Mundo, le restó a fuerza de una desbordante entrega, sus energías vitales. En condiciones de inferioridad en la lucha, la nación española se vió envuelta en una guerra de trescientos años para respaldar su orgullo como dueña y señora de unas tierras que providencialmente le habían correspondido, y en las que ejercía la gigan-

(1) VELÁZQUEZ, M. C.: *El Estado de Guerra en Nueva España, 1760-1808*. Méjico, año 1950; cit., pág. 13.

tesca empresa de hacer razas, extender el Evangelio, y levantar ciudades con los mejores títulos de civilización.

Empero, las naciones rivales no pudieron arrebatarle jamás por la fuerza de las armas, lo que ella consideraba razón de sus derechos. Y le presentaron la contienda armada, nacida ya en la misma era de los descubrimientos, bajo consignas de ardientes fanatismos religiosos (2), y posteriormente con los temibles ataques de la piratería, filibustería y corsaterismo.

España tuvo que defender sus dominios—dando así origen a la colosal y sobrehumana labor de levantar fortificaciones militares—y proteger sus comunicaciones en un mar abierto e inmenso, pero de derrotas conocidas, en cuyas latitudes esperaban los navíos enemigos a sus presas en desigual lucha. Pronto quedaron de manifiesto los lugares estratégicos:

- La isla de Puerto Rico, «llave», defensa y abrigo de las comunicaciones del Mar Caribe con los dominios centro-americanos.
- El puerto y ciudad de Cartagena de Indias, «llave» del virreinato del Perú.
- El puerto de Veracruz, «llave» del virreinato de Nueva España y de las capitanías generales del Istmo continental, con sus refuerzos en Campeche y eslabones de Omoa, Chagres, etc. Y allá al Norte, para la «pasa» de las Bahamas, el Castillo de San Marcos y Presidio de San Agustín de Florida, centinela del Atlántico, del que se despedían las flotas a su retorno a la Metrópoli.

De las tres épocas esenciales que presenta la guerra de Ultramar (3), sólo podemos detenernos, en este sencillo esbozo, en la que corresponde al siglo XVIII, que consideramos como tercera y última. Desde principios de este siglo, Inglaterra ensayó los ataques (4), en

(2) FISHER: *A History of Europa*. Boston and New York, Cambridge, año 1935; cit., pág. 444 del tomo 2.

(3) La primera, corresponde al reinado de Felipe II, resultado de su política con Inglaterra y Francia. La segunda, al de Felipe IV, por la decadencia de la Casa de Austria, debilitada con las sublevaciones de Cataluña, Andalucía, Aragón y Nápoles y la pérdida de Portugal, que en definitiva favorecería el ataque de la piratería en América.

(4) En 1702, los ingleses atacaron a Puerto Rico por la costa del Norte; una reducida guarnición al mando del capitán Correa, defendió el pueblo de San Felipe de Arcibo, obligándoles a reembarcar. En 1703, volvieron a ser rechazados en la costa del Sur, en Ponce.

una contienda que duraría hasta 1797, fecha del definitivo golpe de fuerza en la batalla del Caribe, terminada con la firme conservación de los dominios. Uno de los más fuertes ataques ingleses, fué precisamente el realizado sobre Puerto Rico, que por su excepcional importancia—ya que pone broche final a la batalla—, hemos considerado motivo de estudio, fundamentado en la valiosa documentación original que radica en los archivos militares de Madrid y Segovia.

El fortísimo ataque de Abercromby y Harvey sobre la «llave» central de las Antillas, tiene con el antecedente político de la pertinaz fustigación de Inglaterra, el irritante aspecto—por ella considerado—de la paz de Basilea, firmada el 22 de junio de 1795, que ponía fin a la guerra francoespañola, y que se ratificaría con una fuerte alianza, Tratado de San Ildefonso de 18 de agosto de 1796. En consecuencia, sobrevino la guerra el 6 de octubre de aquel mismo año. Los resultados de la contienda fueron funestos para las naciones beligerantes: la escuadra española —que pasaba por la primera del mundo—, conducida por D. José de Córdoba, era derrotada en el cabo San Vicente el 14 de febrero de 1797, por el almirante Jerwis y Nelson; los ingleses, después de arrebatarnos la isla Trinidad, perdían su prestigio frente a Puerto Rico y Santa Cruz de Tenerife.

En las Antillas, efectivamente, la poderosa flota de sir Harvey nos desalojaba de Puerto Príncipe (Trinidad), el 18 de febrero de 1797; su guarnición y la armada que la protegieran, conducida por D. Sebastián Ruiz de Apodaca, tuvo que capitular en evidentes condiciones de inferioridad. Sir Harvey se dirigió a Barbada, donde se le agregaron las fuerzas de desembarco del general sir Ralph Abercromby, para poner en ejecución el ambicioso objetivo: Puerto Rico.

La escuadra inglesa enderezó rumbo a la isla «llave del Caribe», con las más favorables condiciones de lucha, ya que en San Juan de Puerto Rico no había ningún navío de guerra español. El obstáculo más considerable era sin duda el de las fortificaciones, recién terminadas, y artilladas con «415 bocas de fuego y 10.000 quintales de pólvora» (5), y la resistencia que pudieran ofrecerles los hombres de su guarnición, bisoños recién incorporados.

Los primeros rumores de la aproximación de los efectivos británicos a San Juan de Puerto Rico, plaza defendida por el brigadier D. Ramón de Castro, gobernador y capitán general de la isla, llega-

(5) BRAU, S.: *Historia de Puerto Rico*. Nueva York, 1917; cit., pág. 206.

ron procedentes de San Tomás (Santomas) a mediados de febrero, dos meses antes de su efectiva aparición ante Cangrejos. He aquí, a la vista de interesantísima documentación, la verdadera situación militar de San Juan; y seguidamente la de los ingleses, con detalle de sus fuerzas navales y de desembarco.

DISPOSICIÓN DE LAS FUERZAS ESPAÑOLAS Y EFECTIVOS BRITÁNICOS

Las fuerzas que iban a defender a San Juan —con expresión de sus jefes, y resumen de sus efectivos— eran las siguientes, según los datos que figuran en el documento original: «Estado de los Oficial.^s, Tropa y Gente de Armas», firmado por el brigadier Castro, facsímil 1, (6):

Fuerzas de Infantería:

- Regimiento de Infantería Fijo.
Coronel: brigadier D. Joaquín del Sasso (7).
Sargento Mayor: teniente coronel D. Francisco de Torres.
Ayudante: capitán 2.^o D. Miguel Palatino.
Fuerza total: 973 hombres.
- Milicia Disciplinada de Infantería.
Comandante: coronel D. Luis Labusiere.
Ayudantes: teniente coronel D. Francisco Conde; teniente coronel D. Teodomiro del Toro; capitán D. Lorenzo Zárate.
Fuerza total: 1.600 hombres.
- Compañías Urbanas de la Ciudad de San Juan.
Comandante D. Félix de la Cruz.
Fuerza total: 350 hombres.
- Compañías de Infantería de Negros.
Comandante: con grado de capitán de Milicia, el alcalde regidor D. Antonio de Córdoba.

(6) El «Estado de los Oficial.^s Tropa y Gente de Armas q.^o respectivam.^{te} las Tomaron en la Plaza de Puerto Rico en 17 de Abril de 1797 en que fué invadida por una Esquadra Ynglesa», forma parte de la documentación que acompañara al escrito del brigadier Castro a Azanza, Puerto Rico, 8 de mayo de 1797. (Arch. Gen. Mil. Segovia; Legajo 36, Sec. Ultramar).

(7) El brigadier Sasso según dice el «Estado», «... empleado desde antes del Sitio de Comd. G.¹ de las Partid.^s de la Costa del Norte de esta Ysla para resistir las hostilidad.^s de los Corsarios Yngleses».

Real Cuerpo de Artillería:

- Comandante: Teniente coronel, graduado de coronel, don Eleuterio de Murga.
- Fuerza total: 70 artilleros veteranos.
- Milicias agregadas al Real Cuerpo de Artillería.
- Fuerza total: 200 hombres.

Marina Real:

- Comandante: capitán de fragata, D. Francisco de Paula Castro.
- Comandante 2.º, capitán de Puerto, Ministro de Marina, el teniente de Fragata, D. Juan Hurtado.
- Comandante 2.º: auditor de Marina, D. Manuel García.
- Fuerza total: 686 hombres.

El número total de estas fuerzas ascendía a 4.029 hombres, a los que había que añadir los «dependientes, aunque en corto Numº de las dos Maestranzas», y 180 presidiarios que voluntariamente se prestaron a combatir. Pero de este número, dice el brigadier Castro «que entre la Gente de Armas sólo podrían escogerse de 200 á 300 hombres quando más de Soldados Veteranos, siendo los demás reclutas visoños, e hijos del País como toda la Milicia» (8). Y en el escrito a Azanza, declara que el día 17 «sólo contaba esta Plaza 973 hombres de aquél —del Fijo— y 1.600 —las Milicias Disciplinadas— con dos Compañ.ª Urbanas de 200 hombres Vecinos del País y Catalanes y otras de Blancos, Pardos y Negros libres y Esclavos presentados por sus Amos vecinos de toda la Ysla, que todos componían entonces 300 hombres a lo sumo» (9). Brau, S. precisa un número total de 2.400 hombres: 71 artilleros, 21 zapadores veteranos y 325 soldados del Fijo, a los que había que añadir los dos batallones de Milicias Disciplinadas (10). Desde el día 5 de abril, se contaba con la prestación de los ciudadanos franceses residentes en

(8) Nota del «Estado de Fuerzas», firmado por el brigadier Castro en Puerto Rico, 8 de mayo de 1797 (Arch. Gen. Mil. Segovia; legajo 36).

(9) Escrito «N.º 139. El Gob.ª y Capit.ª Gen.ª de Puerto Rico, da cuenta a S. M. Carlos IV por conducto de D. Mig.ª Jph. de Azanza, del ataque de los Yngleses. 8 de Mayo de 1797». (Arch. Gen. Mil. Segovia; legajo 36, Ultramar.) V. facsímiles núms. 4 y 5.

(10) BRAU, S.: Obr. cit., ref. (5); cit., págs. 205-206.

San Juan, por ofrecimiento del cónsul francés en Puerto Rico, Mr. Agustín París:

— «En el 5 del propio mes se presentó el Ciudadano Agustín París en nombre de todos los Yndividuos de la República francesa existentes en esta Plaza ofreciéndose á emplearse en servicios de las Armas Españolas según el S.^r Govern.^{or} tuviere por conveniente.» (11).

Blanco, Enrique T., dice que los efectivos de los ciudadanos franceses sumaron de 270 a 300 hombres (12). Componían la Plana Mayor; el Tribunal Militar; el Cuerpo de Ingenieros; eran oficiales agregados al Estado Mayor y ayudante del Castillo de San Felipe del Morro, y estaban en la Plaza como transeúntes o con licencia, las siguientes personas, —facsimil 2—:

Plana Mayor:

- Gobernador, Intendente y Capitán General: brigadier don Ramón de Castro.
- Teniente de Rey: brigadier D. Benito Pérez.
- Sargento Mayor: coronel D. Esteban Desnaux.
- Ayudante 1.^o: capitán D. Manuel Bacener.
- Ayudante 2.^o: subteniente D. Emigdio Andino.
- Interino: teniente graduado con sueldo de subteniente de infantería, agregado a las Milicias, D. Gabriel Rodrigo.

Tribunal Militar:

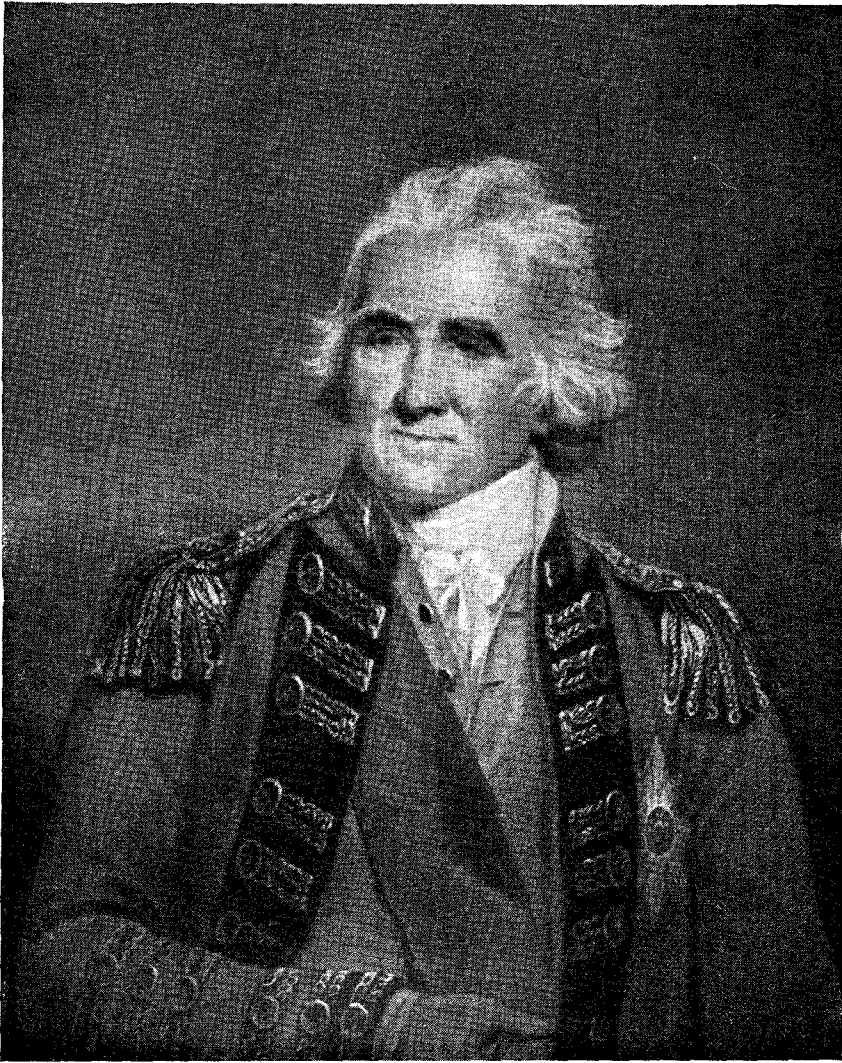
- Auditor de Guerra, Oidor Honorario: D. Francisco Díaz Ynguanzo.

Agregados al Estado Mayor:

- Capitán: D. Adalberto Boguslouski.
- Capitán graduado, retirado de Caballería: D. José Cevallos.
- Teniente retirado: D. Juan Elisa.

(11) «Relación de las disposiciones dadas en la Plaza de Puerto Rico desde que hubo noticia de los rumores de la presente Guerra, por su Govern.^{or} y Cap.ⁿ Gral. Brigadier D.ⁿ Ramón de Castro. (Arch. Gen. Mil. de Segovia; legajo 36. Ultramar; cit., folio 16).

(12) BLANCO, E. T.: *Los Tres Ataques Británicos a la Ciudad de San Juan Bautista de Puerto Rico, 1947*; cit., pág. 111.



Géneral, Sir Ralph Abercromby (1734-1801).

Mandaba el ejército de desembarco que atacó a San Juan de Puerto Rico, en abril de 1797. Se unió en Barbada a la escuadra de Sir Harvey — que acababa de conquistar la isla Trinidad— para llevar a cabo la gran operación que diera a Inglaterra, con la conquista de Puerto Rico, el dominio en las Antillas y Centroamérica. Su fracaso significó para la nación británica la pérdida de la prolongada batalla del Caribe.

Había nacido en Moustry (Escocia), en octubre de 1734. Se había distinguido en las campañas de Flandes, toma del fuerte de San Andrés, sobre el Mosa, y en la retirada de Nimega. Después de su aventura en Puerto Rico, participó en las campañas de Holanda con el ejército del duque de York. Mandaba la expedición que venció a los franceses en Alejandría, resultando herido en Abukir, el 21 de marzo de 1801, muriendo días después a bordo del «Foudroyant»; sus restos reposan en la Catedral de San Pablo, en Londres, en el panteón que le erigió la Cámara de los Comunes.

(«The National Portrait Gallery, London»).



Almirante, Sir Henry Harvey.

Conducía la poderosa escuadra de «sesenta y ocho Belas» que traía el ejército de desembarco del general Abercromby sobre Puerto Rico.

Jefe de los efectivos navales ingleses en el Caribe, su presencia en las Antillas iba precedida de justificado temor. Conquistador de la isla Trinidad, el 18 de febrero de 1797, arremetió dos meses más tarde contra la «llave de las Antillas», pero sus navíos no pudieron vencer la heroica resistencia que se le ofrecía en San Juan. Su flota intacta, se alejó vencida del horizonte antillano, perdida la moral de una gran batalla liquidada con el siglo XVIII.

(«The National Maritime Museum, Greenwich, S. E. 10»),

Ingenieros:

- Ingeniero en Jefe de las Reales Obras: D. Felipe Ramírez.
- Ingeniero Ordinario: D. Juan Pardiña.
- Ingeniero Ordinario: D. Ignacio Mascaró y Homar.

Oficiales Sueltos:

- Teniente Coronel, capitán del Regimiento de Valencia: don José Vizcarrondo (con licencia temporal).
- Subteniente del Batallón Veterano de Campeche: D. Baltasar González (transeúnte a su destino).

Ayudante del Morro:

- Teniente: D. Manuel de Arroyo.

* * *

Componiase la escuadra inglesa —según los informes facilitados por los oficiales prisioneros, y por los partes de los vigías apostados en la Torrecilla, y playas de Loysá— de los efectivos señalados por el brigadier Castro en su «Diario de las disposic.^ª y Ordenes» (13), —facsimil 3—:

- «1 navío de tres puentes, *The Prince Of Wales*, de setenta cañones.
- 2 navíos de setenta cañones.
- 2 navíos de sesenta cañones.
- 2 fragatas, de cuarenta cañones.
- 1 fragata, de treinta y seis cañones.
- 2 bergantines, de dieciséis y dieciocho cañones.
- 4 corbetas, de dieciséis cañones.
- 18 goletas corsarias de porte, artilladas con doce cañones.
- 1 urca grande.
- Impreciso número de buques menores de transporte.» (14).

(13) «Diario de las disposic.^ª y órdenes dadas por el Brigadier d.^º Ramón de Castro, Gobernador Yntendente y Capitán General de la Plaza é Ysla de S.^ª Juan de Puerto Rico desde el día 17 de Abril de 1797 en que se presentaron Buques enemigos á su vista y de las operaciones y movimientos más principales de los dos Exercitos y Esquadra hasta el dia de la fecha.» (Arch. Gen. Mil Segovia; legajo 36. Ultramar; cit., folios 19 a 57, dobles.)

(14) «Diario...»; ref. (13); cit., folio 21, doble.

El total de las embarcaciones mandadas por el almirante sir Henry Harvey, son precisadas en el «Diario»: «Contándose el número de Belas de toda la Esquadra hasta sesenta y ocho», confirmando este número el escrito número 139, que fija asimismo el ejército de desembarco conducido por el general sir Ralph Abercromby:

- «... se dirigieron á ésta provistos de un lucidísimo Tren de Artillería con todos los útiles y demás necesario para bloquear y sitiar su Plaza en una numerosa Esquadra procedente de Martinica compuesta de sesenta y ocho Buques, entre ellos un Navío de tres puentes, quatro más de setenta á cincuenta en que se contenían de siete á ocho mil hombres de desembarco, según los informes de los Prisioneros de Guerra y Desertores del Campo Enemigo, extendiéndose algunos hasta doze y trece mil.» (15).

Esta autorizada información, la oficial que recibió la Corona, confirma la que cuatro fechas antes diera el ingeniero en jefe, D. Felipe Ramírez, a D. Francisco Sabatini (16), aunque respecto al número de embarcaciones resulte algo menor: «... se dexó ver una Esquadra de sesenta buques con once mil hombres de desembarco». Pero la diferencia no debe tenerse en consideración, dada la imprecisión de los buques de transporte. En cuanto al ejército, las cifras de 7.000 a 8.000 hombres admitidos por Castro, susceptibles de aumento, puede coincidir con los 11.000, declarados por el ingeniero Ramírez.

EL DÍA 17 DE ABRIL, APARECE LA ESCUADRA DE SIR HENRY HARVEY

La poderosa escuadra británica conducida por el ya famoso almirante, sir Henry Harvey, con los considerables efectivos de desembarco del general sir Ralph Abercromby, se presentaba ante San Juan de Puerto Rico a las primeras horas del amanecer del día 17 de abril. He aquí, con las propias palabras de su glorioso defensor, el brigadier Castro, la noticia de su aproximación:

(15) «Escrito núm. 139»; ref. (9); cit., folios 1 y 1 doble.

(16) «1797. *Parte histórica*. Extracto de lo ocurrido desde que desembarcó el Ejército Yngles delante de la Plaza de Puerto Rico 4 de mayo.» Pliegos traídos por el heroico defensor del Fuerte y Puente de San Antonio, ingeniero ordinario —capitán— D. Ignacio Mascaró y Homar. (Arch. de docum. Serv. Hist. Mil. Madrid; signatura: 41-7-9.)

- «Orgullosos los Comandantes Generales de las fuerzas terrestres y marítimas de S. M. B. en estos Dominios Ralph Abercromby y Henry Harvey con la conquista de la Ysla de Trinidad, se dirigieron á esta provistos de un lucidísimo Tren de Artillería con todos sus Utiles y demás necesario para bloquear y sitiar su Plaza...» (17).

A las seis de la mañana, con las primeras luces de un amanecer cargado de oscuros horizontes políticos, los vigías de la playa de Loyza, a pocas leguas al este de San Juan, anunciaban que un poderoso convoy de buques de guerra y transporte, cuyo número y nación al que perteneciera no podía precisarse, se dirigían en movimientos que hacía presumir un gran ataque, en dirección Este a Oeste, no muy alejados del litoral en franca marcha hacia la ciudad de San Juan. Pero aunque se desconocía su nacionalidad, la declaración de guerra con Inglaterra daba por sentado que aquella flota que ocultaba su bandera, era nada menos que la flota de sir Harvey, el «terror del Caribe» en los últimos años del siglo XVIII:

- «*Día 17*: A las seis de la mañana de este día poco más o menos se avistó un Comboy compuesto de Buques de Guerra y velas al parecer de Transporte, cuyas circunstancias de número, calidad y nación no podían distinguirse, pero con motivo de la presente Gr̄a. y de las noticias anterior.^s de un ataque contra esta Plaza é Ysla, se receló ser Escuadra enemiga. Así se comprendió á poco tiempo despues por las maniobras y movimientos de la Escuadra, aunque todos sus Buques se mantenian sin enarbolar Bandera...» (18).

Cuatro horas más tarde quedaba confirmada la grave noticia; aquella escuadra enemiga era efectivamente la del almirante sir Harvey, reciente conquistador de Trinidad (19). Ante la crítica situación el gobernador y capitán general Castro, convocó a los primeros jefes de la guarnición en el palacio de la Real Fortaleza, en cuyo Salón del Trono les dió conocimiento de la novedad. Tratóse de poner en ejecución el «Plan de Defensa» para la isleta de San Juan, aprobado por la Corona, y cuyos pormenores conocemos con detalle, merced

(17) «Escrito núm. 139»; ref. (9); cit., folio 1.

(18) «Diario...»; ref. (13); cit., folio 19.

(19) El 13 de marzo de 1797, el brigadier Castro, despachó aviso «á la Plaza de Sto. Domingo, y á la de la Habana, comunicando las noticias adquiridas de la toma de la Ysla de Trinidad de Barlovento por los Yngleses, y la voz general q.^o estos se disponían á atacar á Puerto Rico, pidiendo con e te motivo Socorros...». (De la «Relación de las disposiciones dadas en la Plaza de P. Rico». Arch. Gen. Mil. Segovia, Legajo 36 Ultramar; ref. folio 14, doble.)

a la valiosa documentación conservada en los archivos del Servicio Histórico Militar. Las fortificaciones de San Juan en todo su gran sistema defensivo, estaban recién terminadas; el enorme esfuerzo que en 1765 iniciara el mariscal de campo D. Alejandro O'Reilly, con su histórico Plan de 20 de mayo, aprobado por Carlos III en 25 de septiembre del mismo año y llevado a la práctica por el célebre ingeniero O'Daly, sería en definitiva rebasado por otro no menos formidable ingeniero militar, Juan Francisco Mestre —desconocido injustamente—, a quien se deben los planes de defensa que el ministro Sabatini, en consulta con la Junta Suprema de Fortificación y Defensa de Indias, expusieron al monarca para su aprobación. Estos planes, remitidos por Sabatini al gobernador de San Juan, fueron leídos en aquella intranquila sesión de la madrugada del día 17 en la Real Fortaleza.

Pronto se tomaron las primeras providencias. El gobernador, brigadier Castro, acompañado de los jefes y oficiales de la Plana Mayor (20), pasaron al castillo de San Felipe del Morro, desde cuyo baluarte de Ochoa, reconocieron la impresionante perspectiva de la presencia efectiva de la poderosa escuadra de sir Harvey. Desde el mismo castillo del Morro, mandó el brigadier Castro tocar «generala», todos los mandos obedeciendo puntualmente las disposiciones de urgencia, marcharon a sus respectivos castillos y fuertes para colocar a las compañías en los lugares previamente dispuestos:

— «Ynmediatamente se convocó a todos los Gefes de la Plaza y con presencia del Plan de defensa, que anticipadamente tenía formado su Gobernador, despues de haber conferenciado lo conveniente al asunto de este caso, y de haber pasado el Gobernador acompañado de los mismos Gefes al Castillo del Morro á reconocer por sí, la Esquadra, se dió á cada uno de estos y demas oficiales nombrados el destino señalado en aquel. Se tocó la Generala y se distribuyó oportuna y proporcionalmente toda la tropa existente en la Guarnición...» (21).

Se facilitaron al comandante, Félix de la Cruz, jefe de las Compañías Urbanas, armas y municiones para dotar al paisanaje (22).

(20) El brigadier Pérez; el sargento mayor, coronel Desnaux; los ayudantes: capitán Bacener y subteniente Andino; capitán de fragata, Castro; el jefe del Fijo, coronel Del Sanz; los de Milicias, coronel Labusiere; y los jefes de la Real Artillería e Ingenieros, teniente coronel graduado Murga, y Ramírez.

(21) «Diario...»; ref. (13); cit. folio 19, doble.

(22) La instrucción militar de las Compañías Urbanas había sido ya motivo

Se mandó que un «cuerpo volante» a las órdenes del teniente coronel graduado y capitán del Fijo, Isidoro Linares, con elegidos soldados veteranos, dotados con cuatro cañones de campaña, pasasen a las playas de Cangrejos, Punta del Condado y Monte del Rodeo, con el fin de presentar la primera resistencia a los intentos de desembarco por el sector del Este avanzado de la isleta y plaza de San Juan. Igualmente se dispuso que la Marina Real, bajo la dirección de su comandante, el capitán de fragata Francisco de Paula Castro, colocara en los lugares previamente asignados en el Caño de San Antonio, los cuatro ganguiles, dos pontones y doce lanchas cañoneras de que disponía (23). Otras embarcaciones se apostarían al abrigo de la reducida cala de San Agustín, para obstaculizar cualquier intento de penetración por la boca del Morro.

De esta manera se aprestaba a la defensa el gobernador Castro. Era la puesta en marcha de las instrucciones defensivas del Plan, asegurando las dos bocas de entrada a la bahía: la del Oeste, bien defendida por el castillo del Morro y sus colaterales —el castillo de San Juan de la Cruz o del Cañuelo, emplazado entre los islotes Cabra, Cabrita y desembocadura del río Bayamón—; y la del Este o boca de Cangrejos, reforzada por los fuertes de San Jerónimo (24), San An-

de estudio y dedicación, desde el 24 de noviembre de 1796 los paisanos realizaban ejercicios con las armas. El brigadier Castro, reforzó al comandante Lacruz, con un oficial «se dispuso a solicitud del Comandante de la Compañía Urbana, la agregación de un oficial retirado que ayudase a la Ynstrucción...». (De la «Relación de las disposiciones...»; ref. 19; cit. folio 12).

(23) Por instrucción del brigadier Castro, de 15 de marzo de 1797, se encargó el capitán de Fragata, D. Francisco de Paula Castro «de la dirección, habilitación y armamento de los Ganguiles, Pontones, y Lanchas Cañoneras, tripulando y municionando estos buques según corresponda.» (De la «Relación de las disposiciones»; ref. 19; cit. folio 15).

(24) El fuerte de San Jerónimo era un viejo castillo avanzado, de gran valor estratégico por su posición en el reducido acantilado que con la Punta del Condado forma la boca o paso del Boquerón, entrada a la bahía por el Este—Caño de San Antonio—. Acababa de ser restaurado en virtud del informe del ingeniero Juan F. Mestre —«Representaciones de 6 de julio, y 30 de agosto de 1790 y 30 de mayo de 1791; del Gobernador D. Miguel Antonio de Ustariz a S. M. el Rey. Decían así: «Propone se construya en lugar del fuerte arruinado de S.^a Gerónimo, otro de mayor extensión con Batería Alta, Plaza baja, aloxamiento p.^a Oficiales, y Tropa, repuesto de polvora, y un Puente de Comunicación q.^o lo asegure de las Mareas, y Marejadas del Norte». «Docum. Serv. Hist. Mil., signatura: 4-1-7-4.— El día 30 de septiembre de 1796, los ingenieros militares hicieron entrega del fuerte terminado («Relación de las disposiciones...»; Arch. Gen. Mil. de Segovia, legajo 36, cit. folio 11).

tonio (25) y la Línea de los 12 apostaderos que cubrían la Punta del Escambrón y las ensenadas de las Salemas y San Antonio, es decir, un cinturón defensivo, cuya idea táctica consistía en obligar al enemigo a un primer y serio desgaste, antes de poner pie en la isleta de San Juan.

También se dieron instrucciones para que acudiesen a la Capital las Milicias Disciplinadas de los Partidos inmediatos (26) y la Compañía de Caballería, destacada en Goaynabo y Bayamón. Los vecinos del interior, libres del servicio de las armas, acudieron a San Juan «con provisión de las Frutas del País p.^a subsistencia de la Guarnición» (27). Se publicaron bandos ordenando la evacuación de las mujeres, ancianos e impedidos (28). Todo el recinto de fortificación urbana con sus baluartes y baterías colaterales, se reforzaron con nuevas piezas de artillería, su correspondiente munición, y varias compañías de fusiles.

En la mañana de aquel 17 de abril, al toque de generala, la guarnición de San Juan estaba dispuesta a entrar en la lucha. La escuadra inglesa inició movimientos de aproximación hacia la playa de Cangrejos con intención de realizar los primeros desembarcos:

- «Como á las diez de la mañana del mismo día por las maniobras de la Esquadra se confirmó sin duda ser de la Nación Ynglesa y que su direccion era á un desembarco en las Playas de Cangrejos, empezando los Buques de Transporte á dar fondo en la ultima de ella o ensenada inmediata del Sitio nombrado la Torrecilla...» (29).

(25) El fuerte de San Antonio, sobre el mismo puente, constituía una pieza fundamental para la defensa del sector Este. El ingeniero Juan F. Mestre, en 1783 ya prevenía el cierre del puente «con estacas y escolleras, y la conveniencia de apostar lanchas cañoneras en el Caño de S.^a Antonio. (Docum. Serv. Hist. Mil. signatura 4-1-7-1).

(26) Por orden de 5 de abril de 1797, Castro disponía que entrasen en la Plaza «las ocho Compañías de Ynfantería de Milicia Disciplinada existentes en los Partidos de la Ysla, con prevención de que desde el día 15 debían empezar á hazer su servicio» («Relación de las disposiciones...»; ref. (19); cit. folio 16).

(27) Se tenía dispuesto el Hospital General con todo el equipo de facultativos, salas de curas, medicamentos. El Obispo Fr. Juan Bautista de Zengotita «hizo prestamos á las R.¹ Caxas de los Caudales de Obras Pias y alguna cantidad de su peculio: franqueó el Convento de Monjas, y las Casas de su dependencia para alojamiento de las Tropas...». (Escrito 140, del brigadier Castro a D. Miguel J. de Azanza, Puerto Rico, 9 de mayo de 1797, Arch. Gen. Mil. de Segovia; legajo 36, Ultramar).

(28) «Relación de las disposiciones...», ref. (19), cit. folio 20.

(29) Idem, ídem.



El Brigadier D. Ramón de Castro y Gutiérrez.

Gobernador y Capitán General de Puerto Rico, había tomado posesión de su alto cargo el día 21 de marzo de 1795. Militar de preciadas dotes; a su valor, capacidad y *entereza*, corresponde gran parte de la victoria sobre Abercromby y Harvey en los ataques de 17 de abril a 1 de mayo de 1797. Premiado por la Corona con el ascenso a Mariscal de Campo, cesó en su mandato en 1804, regresando en 1809 a España.

Era hijo del marqués de Lorca y gentilhombre de Cámara de S. M. En su brillante Hoja de Servicios figura la gloriosa defensa del Fuerte Willage (Penzacola) en 1781, frente a los ingleses; mandó la Comandancia General de las Provincias Internas de Oriente (Virreinato de Nueva España), antes de su glorioso desempeño en Puerto Rico.

(Oleo, Colec. particular de D. Acisclo Marxuach, San Juan de Puerto Rico.
Fotografía cedida por el Sr. T. Vila, Ayudante del Gobernador de P. R.).

Estado de las Oficiales, Tropa, y Gente de Armas q.^e respectivamente las tomaron en la Plaza de Puerto Rico en 17 de Abril de 1797, en que fue invadida por una Escuadra Inglesa.

Plana e Mayor

General en Jefe	Don Ramon de Castro	
General de Brigada	Don Pedro de Arce	
Coronel de Infanteria	Don Juan de Torres	
Coronel de Caballeria	Don Manuel de Caceres	
Comandante de Batallon	Don Domingo de Caceres	
Comandante de Compañia	Don Gabriel Rodriguez	

Tribunal Militar

Presidente	Don Juan Diaz Viquez	
------------	----------------------	--

Comandantes al Estado Mayor

Comandante de Caballeria	Don Esteban de Guzman	
Comandante de Infanteria	Don Jose de Guzman	
Comandante de Artilleria	Don Juan de Guzman	Comandante de S. ^{ta} Domingo de Guzman por el Sr. Arce

Ingenieros

Comandante de Ingenieros	Don Felipe Ramirez	
Comandante de Ingenieros	Don Juan Pardo	
Comandante de Ingenieros	Don Juan de Guzman y Novas	

Marina Real

Comandante de Marina	Don Francisco de Paula	Comandante de la Marina
Comandante de Marina	Don Juan de Guzman	
Comandante de Marina	Don Manuel Garcia	

Oficiales Sueltas

Comandante de Ingenieros	Don Jose de Guzman	Comandante temporal
Comandante de Ingenieros	Don Esteban de Guzman	Comandante de su Marina
Comandante de Ingenieros	Don Manuel de Guzman	

Facsimil núm. 1. «Estado de los Oficiales, Tropa, y Gente de Armas q.^e respectivamente las tomaron en la Plaza de Puerto Rico en 17 de abril de 1797, en que fué invadida por una Escuadra Inglesa.»

Documento auténtico, firmado por el brigadier D. Ramón de Castro en Puerto Rico, el día 8 de mayo, siete días después de haberse alejado, vencidos, los poderosos efectivos británicos de Harvey y Abercromby. Con el facsimil núm. 2, constituyen la valiosa aportación gráfica por vez primera reproducida en la narración de tan brillante página de la historia militar española en Ultramar.

(Arch. Gen. Mil. de Segovia; legajo 36, Ultramar,)

Dos fragatas se destacaron del grueso y se acercaron a la boca del Morro con idea de bloquear su entrada; iban acompañadas de una pequeña «mosca» o escampavía (30), manteniéndose durante el resto del día a la vista del puerto, pero a respetable distancia de los fuegos del castillo de San Felipe. Uno de los navíos de Harvey, se alejó hacia alta mar para desempeñar la misión de vigía y descubierta.

Aquella tarde intranquila y convulsa para San Juan, fué de gran actividad defensiva. Todos los efectivos fueron dispuestos conforme al plan de defensa, detenida y admirablemente estudiado.

Hemos dicho ya que el «cuerpo volante», conducido por el capitán del Fijo, teniente coronel graduado Linares, se apostó en las playas de Cangrejos, del Condado y en el Monte del Rodeo, para esperar la primera acometida inglesa. En el mismo terreno de Cangrejos —bordeando al Sur y el Este por el Caño de Martín Peña, que comunica la bahía de San Juan con la laguna de Martín Peña o de los Corozos, y por una estrecha boca con gran dificultad al mar del Norte—, se había ordenado al ingeniero ordinario, capitán Ignacio Mascaró, quien poco después realizaría la brillante gesta de la heroica defensa del Puente-fuerte de San Antonio, para que obstruyese el citado Caño de Martín Peña, cortando todo posible intento de infiltración por el Sur:

— «Se dió providencia para que el Yngeniero Ordinario d.^o Ygnacio Mascaró y Homar con los trabajadores necesarios pasase á formar Bateria en el Seboruco de Barriga para defenza del paso de la Laguna al Caño del Puente de Martín Peña, debiendo formar en aquel sitio escollera para estorbarla, llevando al mismo tiempo las instrucciones convenientes para su retirada en caso de no poder verificar el intento...» (31).

Se reforzaría al capitán Mascaró con la presencia en la bahía de dos ganguiles para la protección del paso por el Puente de Martín Peña (32). El propio brigadier Castro, acompañado del Teniente de

(30) «Mosca» o escampavía, embarcación pequeña y velera que solían llevar en su conserva las embarcaciones, especialmente las corsarias para reconocer las calas de poco fondo y practicar descubiertas. (Cit. del «Diccionario Español», Lorenzo Murga y Martín Ferreiro, Madrid, 1869).

(31) «Relación de las disposiciones...», ref. (19); cit. 20 doble.

(32) El Puente de Martín Peña facilitaba el único paso del Camino Real de San Juan a Hato del Rey y Río Pedras. En 1783 había sido reconocido por el ingeniero militar Juan F. Mestre, del que dijo: «es un Puente mal formado

Rey, brigadier Benito Pérez; ingeniero director Felipe Ramírez, y sus ayudantes, pasó a Cangrejos para reconocer personalmente las posiciones de aquel «cuerpo volante», y los destacamentos del teniente coronel graduado Teodomiro del Toro —otro futuro héroe en la defensa del castillo de San Jerónimo—, que con bastantes hombres de la Milicia Disciplinada se encontraba en la «Torrecilla».

PRIMER DESEMBARCO DE 3.000 HOMBRES EN LA «TORRECILLA»; RETIRADA DE LAS AVANZADILLAS

Se hizo la noche, angustiosa y temible; desde los baluartes del Norte se adivinaban en un horizonte amenazador las siluetas de los navíos ingleses que lentamente se aproximaban, ocupando una dilatada extensión. El gobernador Castro, pasó al castillo de San Jerónimo, desde cuyas trincheras siguió paso a paso las eventualidades del irremediable desembarco; en plena noche comenzaron los intentos «precedidos de un vivo fuego de sus embarcaciones» (33); los defensores hicieron oportuna réplica, esforzándose con gran valor para detener la poderosa avalancha que les venía encima —en un amplio sector comprendido entre las playas de Cangrejos y la «Torrecilla» y la Punta del Condado—. Para el historiador puertorriqueño Hostos (34), esta disposición inicial obligó al general Abercromby a prolongar innecesariamente su línea hasta el puente de Martín Peña, a 2 ³/₄ kilómetros más o menos, del sitio en que había desembarcado, en dirección diametralmente opuesta al camino más corto que conducía a su objetivo, la ciudad de San Juan. Ciertamente que esta consideración tiene serio fundamento, pero hay también que tener en cuenta el complejo plan de ataque resuelto entre Harvey y Abercromby, cuyas premisas de indiscutible ventaja consistían en

que arriesgava el paso por el sobre Maderas, siendo el único por Tierra» (Cit. del escrito a Sabatini, Puerto Rico, 17 noviembre 1792, Arch. docum. del Serv. Hist. Mil.; signatura: 4-1-7-3. Al propio Mestre se debió íntegramente su reconstrucción en 1784; los planos y expedientes se conservan en el citado Serv. Hist. signatura: K-b-8-36. Sólo tres años duró el Puente, ya que sería volado por los ingleses en el sitio que estamos historiando.

(33) «Escrito núm. 139»; ref. (9); cit. folio 2.

(34) Hostos, Adolfo: «Ciudad Murada. Ensayo acerca del proceso de la civilización de la ciudad española de San Juan Bautista de Puerto Rico, 1521-1898», La Habana, 1948; cit. en pág. 69.

- a) Bloqueo de las dos únicas entradas al puerto y bahía de San Juan.
- b) Vigilancia en alta mar, evitando sorpresas en las críticas horas del desembarco.
- c) Desembarco a gran escala en las playas de Cangrejos «a corta distancia de la capital y sin fortificaciones».
- d) Ventaja de la estación, que permitía el tránsito y evoluciones en los mangles.

El desembarco en Cangrejos tenía muchas favorables condiciones, que Abercromby no podía desperdiciar. Mientras tanto, el «cuerpo volante» del teniente coronel Linares tomaba las siguientes posiciones extremas:

- El propio Linares, con 100 hombres, se situó en el lugar denominado «La Pasa», inmediato a la playa de Cangrejos.
- El teniente coronel graduado, y capitán del regimiento de infantería Valencia, José Vizcarrondo —que como ya hemos indicado se encontraba con licencia temporal en San Juan—, al mando de otros 100 hombres se apostó en la playa de San Mateo.
- El teniente coronel, Teodomiro del Toro, también con 100 hombres, tomó posición en la «Torrecilla».

Las tres importantes posiciones de la Pasa, la playa de San Mateo y la Torrecilla, estaban ventajosamente situadas con buenos resguardos para detener o retrasar al menos, con grave quebranto del enemigo, sus intentos de desembarco:

- «Cada uno de estos Comandantes se atrincheró según le permitieron la situación y el tiempo, colocando oportunamente los dos Cañon.^s de Campaña que llevaban Linares y Vizcarrondo...» (35).

Los ingleses prefirieron vérselas en la Torrecilla, donde estaba Del Toro; cuatro lanchas grandes repletas de soldados, protegidas por los fuegos de las fragatas, llegaban hasta las mismas arenas de las playas. Una de las chalupas mostraba erguido el pabellón británico; contra ellos atacó Del Toro con tal denuedo, que destruyó sus efectivos: «en la Lancha que enarbolaba el Pabellón sólo quedó un hombre vivo, y en las otras muy pocos, viéndose obligados á retroceder».

Pero inmediatamente replicaron los ingleses; en crecido número

(35) «Diario...»; ref. (13), cit. folio 24.

volvieron a realizar un nuevo intento, una vez conocidas las posibilidades defensivas, calculados sus efectivos y localizadas sus posiciones. El desembarco lo realizan ahora con singular acierto; las lanchas protegidas entre sí con el fuego de los fusiles, en tanto que los navíos arrojan infernal fuego contra los apostaderos de las playas. Más de 3.000 hombres consiguieron de esta manera poner pie en tierra; contra ellos sólo podían oponer los del «cuerpo volante la muestra de su valor y la disciplina a la consigna recibida (y aunq.^o Toro les correspondió con mucha vizarría, no pudo sostenerse contra un Cuerpo de tres mil hombres armados) (36). Teodomiro del Toro, reagrupó sus efectivos con los de Vizcarrondo, y uniéndose a los del jefe, Linares, obedecieron las órdenes del gobernador «determinaron la retirada, haciéndola Linares y Toro al Puente de Martín Peña, y Vizcarrondo al Sitio Abanzado del de San Antonio, según las Ynstrucciones que se les había dado» (37).

El teniente coronel Vizcarrondo se atrincheró en su nueva posición, instaló dos cañones para asegurar la retirada de las partidas de Linares y Del Toro desde el Puente de Martín Peña. Pero el objetivo inglés estaba perfectamente dispuesto: atacar decididamente el fuerte y puente de San Antonio, con el que conseguirían abrir el Caño de San Antonio y forzar la entrada a la bahía, cogiendo de flanco las grandes fortificaciones del Frente de Tierra de la Plaza. Tan rápidos fueron estos movimientos y considerable la superioridad en hombres, que nuestro «cuerpo volante» se retiró por el puente de San Antonio, «y no teniendo la de Vizcarrondo tiempo para arrastrar sus cañones, los dexó inutilizados y enterrados en tierra y refugio al mismo Puente» (38). Los hombres de Vizcarrondo pasaron a reforzar esta primera línea avanzada, constituida por los fuertes de San Jerónimo y el ya citado de San Antonio, artillados según Hoyt con cañones del 12 y del 8 (39). Asegurada la primera línea de defensa, regularmente establecida en los Planes (40), con los refuer-

(36) «Diario...»; ref. (13); cit. folio 24 doble.

(37) Idem, ídem.

(38) Idem, ídem, cit. folio 25.

(39) Hoyt, Edward A. «A History of the Harbor Defenses of San Juan P. R. Under Spain. 1509-1898. Prepared at the Puerto Rico Coast Artillery Command, 1943»; cit., pág. 87.

(40) Los planes de Defensa de San Juan de Puerto Rico, redactados por los ingenieros militares: Tomás O'Daly, que puso en ejecución el proyecto del mariscal de campo O'Reilly, de 20 de mayo de 1765; Juan Francisco Mestre, su gran continuador y ejecutor de las líneas avanzadas del Este de la isleta, y

zos del «cuerpo volante» estimó el brigadier Castro —que había presenciado todos los movimientos desde el San Jerónimo— que era de absoluta precisión dificultar todos los intentos enemigos con objeto de obligarles a un serio desgaste, antes de que acometiesen la primera línea de defensa, sector: Escambrón, fuerte de San Jerónimo y puente de San Antonio. Por eso, tan pronto como los primeros soldados ingleses iban apareciendo entre los manglares que daban a la laguna y Punta del Condado, salió el teniente coronel Vizcarrondo con 50 soldados voluntarios del Fijo y de las Milicias Disciplinadas; 100 ciudadanos de la república francesa y 30 de la Compañía de Caballería de Bayamón, atravesando rápidamente el puente y cargando con gran ardor sobre las avanzadillas enemigas; esta reacción, y la visión de los fuertes, detuvo al ejército inglés.

— «Los Enemigos sin duda al reconocer aquellos dos fuertes se detubieron y dexando puestos abanzados retrocedió el resto de su gente á replegarse con los demás...» (41).

Una vez Vizcarrondo en Cangrejos, organizó sus fuerzas en «tres division.⁸ dirigidas por distintos Caminos con las órdenes correspondientes para obrar y concurrir en caso necesario á un punto» determinado donde quedó el capitán de la unidad de Caballería con 25 soldados del Fijo. Avanzó Vizcarrondo por los mangles, dió vista a las playas de San Mateo apreciando el grueso del ejército desembarcado, y pudo recuperar unos de los cañones que horas antes había enterrado y al ser descubierto, se retiró sin pérdida de ningún hombre por el puente de San Antonio, seguido de cerca por pelotones de fusileros enemigos:

— «... a cuyo tiempo se hallaba en San Geronimo el mismo General y dispuso hacer fuego á los Enemigos que venian en seguimiento de las Partidas, conq.⁶ se detubieron y retrocedieron...» (42).

El gobernador mandó cortar el puente y que toda la primera línea se aprestase a repeler un gran ataque que no se haría esperar.

Felipe Ramírez, el compilador de todos los estudios anteriores, y participe en la defensa; todos sus trabajos y mapas están archivados en el Serv. Hist. Mil.

(41) «Diario...», ref. (13); cit. folio 25.

(42) Idem, cit. folio 25 doble.

EL ALMIRANTE HARVEY Y EL GENERAL ABERCROMBY, PIDEN LA CAPITULACIÓN Y ENTREGA DE PUERTO RICO: RÉPLICA DEL BRIGADIER CASTRO

A las once de la mañana se presentó en la boca del Morro, un bote con bandera parlamentaria que fué detenido por los soldados del castillo. Dióse parte al gobernador e inmediatamente salió un edecán, el capitán 2.º, ayudante del Fijo, Miguel Palatino:

— «Y el Oficial Yngles entregó para el General de la Plaza un Pliego dirigido por los Comandantes Generales de Mar y Tierra de la expedicion destinada al Sitio y al bloqueo...» (43).

El pliego, firmado por los dos altos jefes británicos —Abercromby y Harvey—, fechado a bordo del «Prince of Wales» en aquella misma mañana del día 18, contenía en términos conminatorios la rendición y entrega de Puerto Rico. He aquí el facsímil e núm. 6 inédito del histórico documento (44):

— «On board his Britannick Majesty's ship the Prince of Wales: the 18th of April 1797.

Sir

We the Commanders in Chief of the British Forces by Land & Sea in this Quarter of the world feel it to be our duty privius to the commencement of Hostillities to summons you to Surrender the Colonys of Porto Rico with its dependencies to his Britannick Majesty.

We are at this Moment disposed to Grant to yourself, to the Garrison & to the inhabitants the most favourable Conditions; extending to the Protection & Continuation of the injoyment of their Religion Property & Laws — But if you should unfortunately Refuse to avail yourself of our Present offer; you will be he'd Resposible alteration that will be made in the Terms upon which we Shall afterwards treat

We have the honour to be

Sir

Your most Obedient hum^{ble} Serv.^{ts}

Ra Abercomby

y

(43) Idem, ref. ant.

(44) Carta original del general Abercromby, y del almirante Harvey al gobernador y capitán general de Puerto Rico, brigadier Castro, que forma el documento núm. 1 que acompañaba el informe a Azanza. V. ref. (9); cit. folio 48.

Recurso de obreros	Capitanes		Alfanes	Soldados	Armas	Caval.	Soldad.	TOTAL	
	por	por							
Comd. en jefe de Puerto Rico	1	2	3	2	8	57	70		
D. Clemente de Esquivel	2	3	2	6	2	24	168	200	
Recurso de Ingenieros									
Comandante D. Diego del Sano emplazado de dentro de S. Juan de los batallones de S. Juan de S. Juan de la Villa para hacerme presente de los trabajos de Ingenieros	6	3	2	3	21	16	60	376	
S. Juan de los Rios de S. Juan de los Rios Cajal Cap. de S. Juan de los Rios									
Compañias de Infanteria									
Comd. en jefe D. Juan Rodriguez de S. Juan de los Rios de S. Juan de S. Juan de los Rios de S. Juan	15	15	13	15	16	392	1324	1600	
Compañias Urbanas de la Ciudad									
Comd. D. Felix de la Cruz Compañias de Chinos Compañias de Capitanes de S. Juan de S. Juan de los Rios de S. Juan de S. Juan de los Rios de S. Juan	4	3	3	3	12	30	308	390	
Compañias de Caballos									
Compañias de Caballos de S. Juan de S. Juan de los Rios de S. Juan de S. Juan de los Rios de S. Juan	1	1	1	3	3	12	134	150	
Compañias de Artilleria									
Compañias de Artilleria de S. Juan de S. Juan de los Rios de S. Juan de S. Juan de los Rios de S. Juan	25	4	20	27	93	37	326	2887	
Compañias de Caballos									
Compañias de Caballos de S. Juan de S. Juan de los Rios de S. Juan de S. Juan de los Rios de S. Juan	56	40	20	31	33	546	688		
								Total	4028

Nota
Que a demas de eso total havia 130 intendidos que se emplearon indistintamente en el Servicio

Nota
Que havia tambien las dos Compañias de Artilleria y Fortificacion con sus

Facsimil núm. 2. Personalidades que componian la Plana Mayor, el Tribunal Militar, el Cuerpo de Ingenieros y oficiales agregados a la guarnición de San Juan de Puerto Rico, cuando fué atacada por los ingleses en abril de 1797. Forma parte del «Estado de los Oficial. s, Tropa y Gente de Armas» y documentaba al escrito 139 del gobernador y capitán general, brigadier Castro, en su notificación a la Corona del violento suceso y gran victoria de las fuerzas españolas en el Caribe.

(Arch. Gen. Mil. de Segovia; legajo 36, Ultramar).

que de las disposiciones y ordenes dadas por el Brigadier J. Ramon
de Castro, Gobernador Intendente y Capitan General de la Plaza e Isla
de S. Juan de Puerto Rico desde el día 17 de Abril de 1797 en que se pre-
sentaron Buques enemigos á su vista y de las operaciones y movimien-
tos mas principales de los Exércitos y Esquadra hasta el día de
la fecha

Diario

Alas seis de la mañana de este día se presentaron á mi vista
se avistó un Comboy compuesto de Siqueros de Guerra y de
los de guerra de transporte, cuyos circunstancias de nu-
mero, calidad y nación no pude distinguir, pero con motivo de la presencia de los y de las noticias americanas
de un ataque contra esta Plaza e Isla, se receló ser Es-
quadras enemigas. Así se comprendió á poco tiempo des-
pués por las maniobras y movimientos de la Esquadra
aunque á las seis Buques se mantuvieron sin ensablarse
Barriles

Inmediatamente se convocó á todos los Jefes de la
Plaza y con providencia del Sr. de Infancia, que ántes pro-
visamente tenia formado un Gobernador, después de haber
conferenciado lo conveniente al asunto en este caso, y de
haber pasado el Gobernador acompañado de los mismos
Jefes al Castillo del distrito á reconocer por la Es-
quadra

Facsímil núm. 3. «Diario de las disposiciones y ordenes dadas por el Brigadier d.º Ramón de Castro, Gobernador Intendente y Capitan General de la Plaza e Isla de S.º Juan de Puerto Rico desde el día 17 de abril de 1797 en que se presentaron Buques enemigos á su vista y de las operaciones y movimientos mas principales de los Exércitos y Esquadra hasta el día de la fecha».

Valioso documento que contiene el diario de las operaciones del Sitio a San Juan de Puerto Rico, por las fuerzas británicas conducidas por el almirante sir Harvey, y ejército de sir Abercromby.

El facsímil refleja el comienzo de los ataques, con las primeras providencias adoptadas por el brigadier Castro.

(Arch. Gen. Mil de Segovia, legajo 36, Ultramar).

Hen. J Harvey

To his Excellency the Governor or officer Commanding in chief his Catholick Majestic's Forces at S.^t Juan de P. Rico» (45).

El brigadier Castro contestó con la brevedad que le fué posible —ya que se hallaba reconociendo «varios Puestos de la Plaza de mi cargo»— (46) en los siguientes términos facsímile núm. 7:

— «E.E. S.S.

Hé recibido el Pliego de V.V. E.E. de este día intimidandome la rendición de la Plaza de Puerto Rico que tengo el honor de mandar; y defenderé como debo á mi Rey Católico hasta perdér la ultima gota de mi sangre. Esta circunstancia me priva de admitir las generosas Ofertas que V.V. E.E. se sirven hacerme en él, particularmente á mi, á la Guarnición, y Habitantes, los quales como su Xefe, están dispuestos á vendér caras sus vidas; y espero que en su defensa, obtendrá la Gloria que hé conseguido de la Nacion Británica en el Puesto del Willage cercano á Panzocola en él año pasado de 1.781.

Nuestro Señor güe. á V.V. E.E. muchos años como deseo. Puerto Rico 18 de Abril de 1.797.

Ramon de Castro

E.E. S.S. D.^{na} Ralph Abercromby, y D.^{na} Henry Harvey» (47).

Todavía redactó Castro una segunda carta, dando explicación al retraso que le originó el no despachar antes de las tres de la tarde

(45) Traducción: «A bordo del navio de su Majestad, Principe de Gales, el 18 de abril de 1797. Señor Nosotros los Comandantes en Jefe de las Fuerzas Británicas de Tierra y Mar en esta parte del mundo sentimos ser nuestro deber antes de dar comienzo a las hostilidades emplazaros para la rendición de las Colonias de Puerto Rico con sus dependencias a su Majestad Británica. Estamos dispuestos al presente a conceder a V. E. a la guarnición y a los habitantes las condiciones más favorables; extendiéndolas a la protección y continuación del disfrute de religión, bienes y leyes. Pero si desgraciadamente os negaseis a beneficiaros de nuestra presente oferta, sereis reputado responsable de las consecuencias inmediatas, como asi mismo de la alteración que se hará en las condiciones sobre las que trataremos posteriormente. Tenemos el honor de ser Señor sus más obedientes y humildes servidores Ra Abercomby y Hen. Harvey. A su Excelencia el Gobernador u Oficial al mando en Jefe de las Fuerzas de su Católica Majestad en San Juan de Puerto Rico».

(46) De la segunda carta del brigadier Castro, ref. (48).

(47) Es la copia del original que quedó en la Secretaría del Gobernador, según certifica Alonso de Cangas Llanos—secretario interino—el 8 de mayo de 1797. (Arch. Gen. Mil. Segovia; legajo 36, papel núm. 2, y folio 49).

—hora convenida por los parlamentarios—la contestación al escrito de Abercromby y Harvey, concebida así:

— «E.E. S.S.

Quando llego el Cap.^a D.^a Miguel Palatino con el Pliego que recibio del Parlamentario que V.V. E.E. se sirvieron dirigirme me hallaba yo reconociendo varios Puestos de la Plaza de mi mando, y con motivo de haber retardado mi regreso se demoró el que yo recibiera el Pliego; por esto, y por la dilacion en encontrar Ynterprete para su traduccion, se há retardado salir á dar á V.V. E.E. la respuesta. Yncluyola pues á V.V. E.E. en los mismos terminos en que la habia dirigido á las tres de la tarde de hoy quando su Parlamentario se habia ya retirado.

Nuestro Señor güe. á V.V. E.E. muchos años como deseo.
Puerto Rico 18 de Abril de 1797.

Ramon de Castro

E.E. S.S. D.^a Ralph Abercromy, y D.^a Henry Harvey» (48).

Ambas cartas quedaron sin posible medio de envío en aquella fecha (49), pues cuando llegó al Morro el capitán Palatino, ya no estaban los parlamentarios ingleses. Intentó el edecán ponerse en comunicación con uno de los buques que bloqueaban la entrada al puerto, pero éste «ó por ser ya obscurecido y no conocer la Bandera Parlamentaria de la Falua, ó por algun otro motivo, hizo fuego, lo que obligó a ntño. Parlamentario á retirarse» (50).

EL INGENIERO MASCARÓ, EN EL CAÑO DE MARTÍN PEÑA

El gran islón de Cangrejos estaba prácticamente en poder de Abercromby; les quedaba intentar la salida desde la laguna de Martín Peña a la bahía de San Juan a través del cenagoso paso del Caño. En él se encontraba desde la mañana del día anterior el ingeniero ordinario —capitán— Mascaró que, como recordaremos, había recibido la orden de «formar Bateria en el Seboruco de Barriga para defensa del Paso de la Laguna al Caño del Puente de Martín Peña». Pronto le descubrieron los ingleses, atacándole dos columnas de

(48) Idem, idem; papel núm. 3, y folio 50.

(49) «Escrito núm. 139»; ref. (9); cit. folio 3 doble.

(50) «Diario...» ref. (13), cit. folio 25 doble y 26.

más de doscientos fusileros. El brigadier Castro ya había tomado providencia para ayudar al capitán Mascaró y proteger su retirada.

— «A las tres de la tarde salieron tres Lanchas Cañoneras y se pusieron abanzadas a los dos Canguiles que estaban á la defensa del Puente de Martin Peña con el fin de contener por aquella parte á los Enemigos y de defender la retirada del Yngéniero D.ⁿ Ygnacio Mascaró y Homar y sus trabajadores destinados al Seboruco de la Barriga, que pudo conseguir con bastante riesgo de ser cortado...» (51).

En efecto, las dos columnas fusileras inglesas se acercaron hasta la misma posición del Seboruco, matando e hiriendo a varios soldados del Fijo. Al llegar las lanchas de refuerzo, los enemigos escondidos en los mangles hicieron sendas descargas: con dificultad pudo Mascaró replegar a sus hombres, refugiándose en los ganguiles y ayudado por las lanchas cañoneras —«baterías flotantes»— se retiró del puente y caño. Con este grave contratiempo, San Juan quedaba abandonado a su suerte, ya que el Camino Real a Hato del Rey y Río Piedras hacia el interior de la isla de Puerto Rico, había pasado a poder de los invasores, quienes dueños de Cangrejos, se dedicaron durante la tarde y noche del 18, a limpiar de defensores toda la importante y gran extensión del islote, desde el que iban a intentar los movimientos de un ataque general a la isleta y ciudad de San Juan. Ya podían asomarse a la bahía, aunque nuestras baterías, informadas por prácticos del país y por soldados destacados en avanzadillas, no cesaban de molestar a las posiciones enemigas. Los hombres de los fuertes de San Jerónimo y San Antonio, y en general toda la guarnición, velaban las armas. En la penosa anochecida se esperaba el poderoso ataque sobre la ciudad que se iniciaría en Cangrejos, base principalísima para la gran operación.

EL DÍA 19, EL INGENIERO MASCARÓ SE HACE CARGO DEL FUERTE Y PUENTE DE SAN ANTONIO; EL TENIENTE CORONEL DEL TORO, DEL FUERTE DE SAN JERÓNIMO: ENÉRGICAS DEFENSAS

El valiente ingeniero, capitán Mascaró, llegaba a San Juan con sus hombres, del «Seboruco de Barriga», cuando ya la noche había cerrado en tupida oscuridad a la ciudad y al mar del Caribe. Mascaró dió al brigadier Castro noticia detallada de la actividad enemiga,

(51) Idem, ídem.

y le pidió un puesto avanzado de gran responsabilidad para defender con la suerte de San Juan, el honor de la Monarquía. Y sin entregarse al descanso vuelve a la primera línea, porque el gobernador le ha confiado el mando y defensa del fuerte y Puente de San Antonio, lugar crítico frente al cual, los ingleses estaban abriendo trincheras y formando baterías (52). Su ejemplo, había tenido en aquella misma noche un similar precedente, el teniente coronel Del Toro, el que con sus cien hombres del «cuerpo volante» había sabido repeler y obstaculizar la primera acción de desembarco de los ingleses, pidió y obtuvo del gobernador el honor de defender el decisivo bastión del fuerte o castillo de San Jerónimo.

Aquella misma noche, en la amanecida del día 19, estos héroes admirables —que sabrían con su actuación a lo largo de todo el tiempo de duración de la batalla por Puerto Rico, excitar el patriotismo de una guarnición tenaz e incansable—, lucharon en sus fuertes tan próximos el uno del otro, deteniendo los sangrientos e ininterrumpidos asaltos de los fusileros de Abercromby. En uno de los ataques, uno de los más audaces soldados enemigos cayó mortalmente herido ante los mismos muros del fuerte de San Antonio; recogido por Mascaró para conducirlo a la plaza y curarle, confesó ser granero alemán y «que la tropa desembarcada hta. aquel día sería á su parecer unos tres mil hombres o poco mas, y que la que trahia la Esquadra para el mismo fin podria ser como de seis mil...» (53).

LOS INGLESES RECONOCEN LA PUNTA DE SALINAS, ISLA DE CABRAS Y EL CAÑUELO. NUEVO «CUERPO VOLANTE» DE LINARES

La salida que aprovechando la oscuridad de la noche hizo la goleta correo, rompiendo el bloqueo y burlando la vigilancia de las

(52) El historiador militar Hoyt, dice de San Antonio, en su obra cit. ref. (39), pág. 89, lo siguiente: «The engineer, Mascaró, was placed in charge of the fort at the San Antonio bridge and made improvement in its defenses. Seering the enemy installations and his own inadequate defenses, he ordered that two cannon firing eight poun balls be placed at the lower part of the fort «so as to repel any sudden attack of the enemy». Traduc.: «El ingeniero Mascaró estaba a cargo del fuerte en el puente de San Antonio y mejoró sus defensas. Viendo los grandes preparativos enemigos y lo inadecuado de sus propias defensas, ordenó que se colocasen dos cañones de ocho libras en la parte más baja del fuerte «en condiciones de rechazar cualquier ataque repentino del enemigo».

(53) «Diario...», ref. (13); cit. folio 26 doble.

dos fragatas apostadas a prudencial distancia de la boca del Morro, para ir a La Habana y comunicar el ataque de los ingleses, movió a los navíos de sir Harvey a realizar sendas evoluciones. De uno de ellos, se echó al mar una lancha ligera que se aproximó a la Punta de Salinas e intentó reconocer las islas de Cabras y el fuerte del Cañuelo; pronto los cañones del castillo del Morro comenzaron a disparar para alejarla:

— «Desde el Castillo del Morro aunque se reconocía la larga distancia para ofenderla, se le tiraron algunos Cañonazos con el fin de auyentarla ó escarmentarla y de que no intentase otro reconocim.⁶⁰; en efecto se consiguió verla retirar á su Fragata precipitadamente...» (54).

Los cañonazos del Morro fueron secundados por las baterías de los baluartes del Norte, y a su fuego gran parte de la escuadra enemiga se movió hacia la entrada al puerto sin atreverse a romper la barrera. El brigadier Castro, receloso de que aquellas tentativas fuesen efectivamente precursoras de un nuevo desembarco, ahora por el Oeste de San Juan, hacia Punta Salinas, dispuso que de nuevo el teniente coronel Isidoro Linares, con otro «cuerpo volante» pasase a Palo Seco, para formar apostaderos en las playas y observar los movimientos de los ingleses. No tardó en dar parte de los reconocimientos: los soldados británicos se dedicaban a saquear los ingenios de particulares de Puerto Nuevo, es decir, los terrenos del Sur de la bahía (55). Una partida de negros de Loysa, habían capturado a dos soldados —que también resultaron ser alemanes— que traídos a la capital dieron importantes noticias; uno de ellos llevaba en su mochila la dirección de un vecino de San Juan, el auditor de guerra Díaz Ynguanzo descubrió una red de espionaje y se mandó el arresto de determinadas personas:

— «... extranjeros transeuntes que se hallaban en la Plaza, principalmente de los de la Nacion Ynglesa é Yrlandesa; y se tubo por conveniente el arresto y seguridad de las Person.⁸ de alguno de ellos...» (56).

(54) Idem, cit. folio 27.

(55) Dice el Diario que «una partida enemiga compuesta de veinte á treinta hombres habia salido de su campo por el sitio de Baña Caballos, y de que habían saqueado los Yngenios inmediatos de d.^a Josefa Giral y d.^a Jayme O'Daly sites en Puerto Nuevo y S.^a Patricio». (cit. folio 28).

(56) Idem, cit.

El «cuerpo volante» de Linares aumentaba considerablemente de efectivos. Por sus informaciones se supo que en Río Piedras, se habían concentrado 400 hombres de las Milicias Urbanas de Toa y de otros partidos; ordenó Castro que por Cataño se vinieran «doscientos cincuenta» para reforzar a la ciudad, y que el resto quedase en defensa del partido de Río Piedras, ya que los ingleses pretenderían su ocupación.

EL DÍA 20 REGISTRA LA INSISTENCIA DE HARVEY SOBRE PUNTA SALINAS
E ISLA DE CABRAS. NUEVAS PARTIDAS VOLANTES

Al amanecer del día 20, vióse que las intenciones del almirante Harvey se fijaban en las playas de Boca Vieja y Punta Salinas. Durante todo el día las dos fragatas bloqueadoras y las chalupas de reconocimiento estuvieron intentando acercarse a estos lugares, molestados por los soldados del teniente coronel Linares. A las nueve de la noche, salió para evitar el desembarco, el capitán del puerto teniente de fragata Juan Hurtado con «cuatro Lanchas Cañoneras á situarse en la Boca de Palo Seco». Los navíos enemigos, amparados por la oscuridad de la noche, realizaron toda suerte de movimientos y pudo apreciarse que un bergantín había fondeado temerariamente al Norte de la Isla de Cabras; pero desde el Morro, las baterías de San Fernando emplazadas a poca distancia del San Felipe y dotadas con artillería de a 36, y desde el mismo castillo del Cañuelo, comenzó a propinarse un nutrido fuego que castigó al osado velero:

— «de cuyas resultas se notó al amanecer, y quando podia asegurarse la punteria, q.º hizo esta toda fuerza de vela y remo para salir, como lo consiguió no sin daño al parecer, dexando el Ancla sobre que se hallaba...» (57).

Nuevas partidas salieron con urgencia para reforzar al teniente coronel Linares, apostado en Punta de Salinas y Bayamón. Fueron los sesenta voluntarios conducidos por los subtenientes de Milicias, los hermanos Vicente y Emigdio Martínez de Andino (58), que pasaron a Bayamón y Palo Seco para unirse a Linares; en tanto que, otra partida de cincuenta hombres de las Milicias, conducidos por el

(57) Idem; cit. cit. folio 29.

(58) Citados por BLANCO, Enrique T. obr. cit. ref. (12); págs. 101 y 102.

U. N.º 139.

Excmo. Señor.

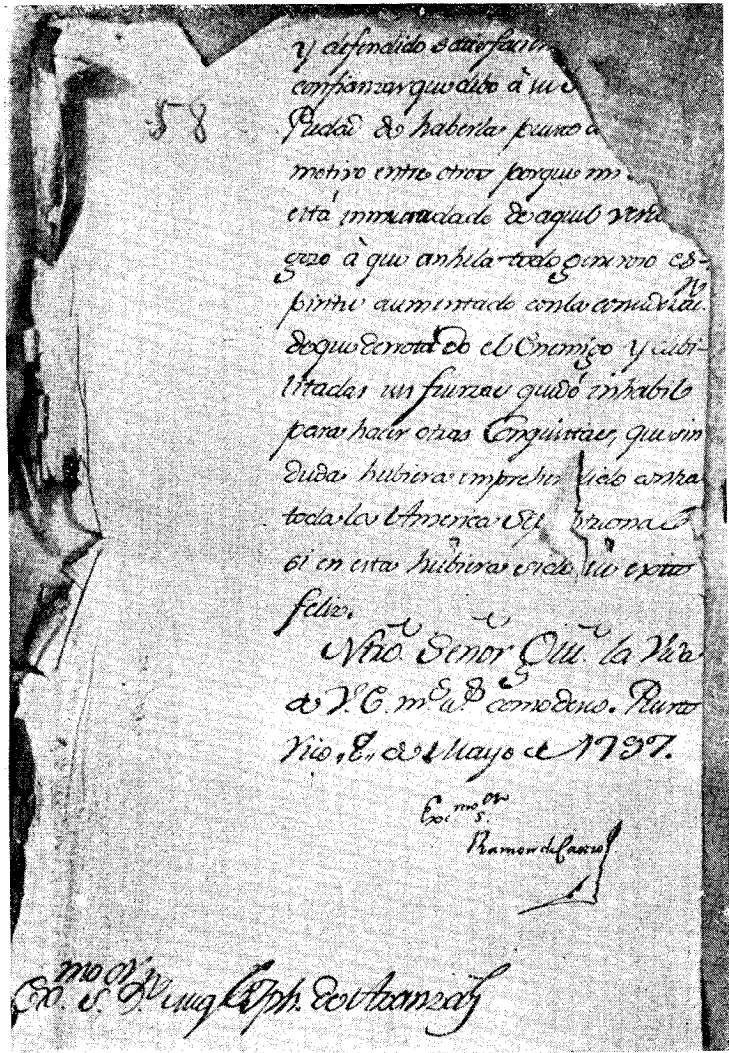
Yo Jodón de Suroño da
 cuenta a S. M. de haber sido
 sitiada la Plaza de un mando
 por los Ingleses y Mohicanos
 en la noche de ayer a una
 hora y media fugar.

Tengo el honor de participar a S. M.
 por medio de D. Excmo. he triunfado
 de los enemigos de un modo que llena
 de gloria a las Armas Españolas como
 de vergüenza de Subalternos Ingleses.

Circulóse los Comandantes
 de las fuerzas terrestres y mariti-
 mas de S. M. Sr. en Jefe Dominica
 Raphael Alencamy y Henry Harvey
 en la conquista de la Isla de Trinidad
 se dirigieron a esta provincia de un la-
 do y de otra millera con todos los
 útiles y armas necesarias para bloquear
 y sitiar en Plaza en una numerosa
 Escuadra procedente de Maracaibo
 compuesto de sesenta y ocho buques,

Facsímil núm. 4. Primer folio del histórico «Escrito N.º 139» por el que, el gobernador y capitán general de Puerto Rico, da cuenta a S. M. Carlos IV por conducto de D. Miguel José de Azanza, del ataque de los ingleses. Llevó la fecha 8 de mayo de 1797.

(Arch. Gen. Mil. de Segovia; legajo 36, Ultramar).



Facsimil núm. 5. Último folio del escrito de la lámina anterior, el cual, junto con los documentos reproducidos, es la primera vez que se publican en la historia, y aunque se conocía su contenido, nos cabe el honor de haberlos descubiertos en el Archivo General Militar de Segovia. Resulta impresionante apreciar en sus líneas la firme expresión de valor, tenacidad y patriotismo que hicieron gala los defensores de Puerto Rico.

(Arch. Gen. Mil. de Segovia; legajo 36, Ultramar).

sargento mayor de Toa, Juan Díez, pasaría a Cataño con el objeto de sostener la infiltración por el Sur, procedente de Cangrejos.

LOS INGLESES INSTALAN SUS BATERÍAS EN EL CERRO DEL CONDADO

Destacaba dominante sobre el término del Condado, el cerro que llevó su nombre —hoy desaparecido con las modernas edificaciones—. Era un magnífico punto de observación, en poder de los ingleses desde la inicial conquista de Cangrejos. Con tan buena posición el general Abercromby atendía a todos los movimientos de sus fuerzas. En el Cerro del Condado instaló las baterías con las que iba a batir los fuertes de San Antonio y San Jerónimo, el Polvorín y la segunda Línea o de las playas en la medianía del sector avanzado de la isleta, entre el Mar del Norte y el Caño de San Antonio:

— «Se advirtió que intentaba el enemigo establecer Bateria en el Cerro del Condado dominante a nuestros puestos por la parte del Este y como á quatrocientas varas de distancia, con cuyo motivo se dirigieron nuestros fuegos acia aquella parte usando de Granadas q.º segun se advirtió produjeron efecto favorable...» (59).

Hoyt, asegura que, aún siendo muy difícil localizar hoy la exacta posición de las baterías inglesas, cuatro de ellas pueden precisarse con seguridad en el Cerro del Condado, del Rodeo, puente de Martín Peña y en Miraflores (60).

(59) «Diario...»; ref. (13); cit. folio 29 doble.

(60) Hoyt, obr. cit. ref. (39); cit. pág. 88, dice: «From the available sources it is difficult to determine exactly how many batteries the British did emplace or in certain cases where they were situated. Four of them may be definitely located. One was placed at the «Cerro del Condado» at about seven hundred and seventy yards distance to the east from the San Antonio bridge, while another was located at El Rodeo, or what is now known as Miramar, at a distance of four hundred and fifty yards to the south of the bridge. A third battery of three guns was placed in the rear of the British position at the Martín Peña bridge, and a fourth was emplaced at Miraflores later on in the siege».

Traducción: «De las fuentes disponibles es difícil determinar exactamente cuántas baterías emplazaron los británicos, o en ciertos casos dónde estuvieron situadas. Cuatro de ellas pueden ser localizadas definitivamente. Una estaba situada en el «Cerro del Condado», a unas setecientas yardas de distancia al Este del puente de San Antonio; otra en El Rodeo, hoy Miramar, a una distancia de cuatrocientas cincuenta yardas al Sur del puente. Un tercera batería de tres ca-

¿CONTRA QUÉ BANDERA HEMOS DE BATIRNOS? —PREGUNTA HARVEY Y ABERCROMBY—. ¡CONTRA LA DEL REY, MI AMO! —RESPONDE EL BRIGADIER CASTRO

El capitán Palatino, pasó en la mañana del 19 en calidad de oficial parlamentario al navío almirante para llevar las contestaciones del gobernador y capitán general Castro. El propio Harvey le hizo saber verbalmente la siguiente notificación para que la transmitiera al gobernador: «Hállome ante San Juan de Puerto Rico, colonia que dicen ser del Rey de España, pero en sus Fuertes veo la bandera de la nación francesa. Pido al gobernador una satisfacción a mi pregunta: ¿contra qué bandera he de luchar?»

Ni corto ni perezoso el brigadier Castro, redactó seguidamente el siguiente escrito, dando al almirante inglés la más clara y correcta de las explicaciones «á fin de que no dude de que ha de luchar contra las Armas de S. M. Católica el Rey, mi amo», y arrió la bandera francesa que con la de España lucía en el Fuerte de San Jerónimo, en virtud de la estrecha alianza que unía a las dos naciones. Decía así la carta que llevó la fecha 20 de abril:

— «Excmo. Señor:

El Oficial Parlamentario D.^o Miguel Palatino, que en la mañana del día de ayer pasó á entregar á V. E. mi contestación al Oficio del día anterior, me ha manifestado haberle V. E. insinuado que, en virtud de la Ynsignia del Pabellon Frances enarbolado en uno de los Castillos de la Plaza de mi mando inmediato á la del Rey mi Amo, no sabía con qual de las dos Naciones debía enterderse V. E.

La estrecha alianza de la Republica Francesa con la nacion Española me hizo condescender á permitir á un corto numero de Ciudadanos Franceses, que sirven voluntariamente á mis Ordenes, el uso de su Pabellon en el Puesto que les he señalado, permaneciendo en su sitio de preferencia el Español que V. E. habra visto en los otros Castillos, pero sin embargo para absolver dudas, que en qualquiera concepto puedan ofender el honor de las Armas Españolas,

fiones, fué emplazada en la retaguardia de la posición británica en el puente de Martín Peña, y posteriormente durante el sitio fué emplazada una cuarta en Miraflores.

mandaré luego que reciba la contestación de V. E. que se arrie el Pabellon Frances á fin de que no dude que con quien se ha de entender es con el Brigadier de los R.^s Ex.^{tos} de S. M. C. D.^a Ramon de Castro, Gobernador y Capitan General de la Plaza é Ysla de Puerto Rico, el mismo que satisfará a V. E. en quanto se le ofrezca, como lo manda su Rey, y le dictan su honor y conocimientos Militares que no ignora la Nacion Britanica.

N.^{tro} Señor Gñe. la vida de V. E. m.^s a.^s como deseo.

Puerto Rico, 20 de Abril de 1797.

Ramon de Castro.

Excmo. Señor D.ⁿ Henry Harvey. Comandante de las fuerzas Navales Britanicas en estos mares» (61).

Por su parte, el almirante Harvey, al recibir el escrito llevado por el mismo edecán, capitán Palatino, le contestó con la siguiente misiva que reproducimos en facsímile núm. 8, dando así la más completa noticia histórica de tan pintoresco suceso. He aquí el texto de la carta de Harvey:

— «Prince of Wales off Porto Rico 20th Abril 1797.

Sir:

I have the honour of your Excellency Letter by Don Miguel Palatino on the Subject of the Colours of the French Republic being flying on the Garrison —of Porto Rico; It was merely a Question of Curiosity to the officers as it has not in General been customary to observe Colours of Two Nations flying at the same time.

It remains with your Excellency to determine what Colours may be worn in addition to those of Spain in your Garrison.

Sir:

Your most obedient humble serv.^t

Hen.^{ry} Harvey.

To His Excellency Don Ramon de Castro Governor & &. Porto Rico» (62).

(61) Es el documento núm. 4 que acompañaba al informe del gobernador Castro, a Azanza ref. (9). (Copia de la carta original, que certifica el secretario, Cangas de Llanos, P. Rico, 8 de mayo de 1797).

(62) Documento núm. 5, folio 52, ref (9). Traduc.: «Príncipe de Gales frente a Puerto Rico, 20 de abril de 1797. Señor, me honro con la carta de V. E. a través de D. Miguel Palatino sobre el asunto de estar izada la bandera de la república francesa en la guarnición de Puerto Rico; era una simple cuestión de curiosidad para los oficiales, ya que no ha sido costumbre en general observar banderas de dos naciones izadas al mismo tiempo. Queda al arbitrio de V. E. el determinar cuál bandera puede usarse en vuestra guarnición además de las de

Terminado el capítulo de correspondencia, las armas y el valor de los soldados que defendían a San Juan de Puerto Rico, darían la oportuna réplica a las pretensiones británicas. El último acto de la prolongada batalla del Caribe iba a comenzar; allí estaban ambos ejércitos frente a frente con una moral excitada de lucha, los días que van a sucederse nos mostrarán todo su desarrollo, que constituye una hermosa lección de honor y de cómo España defendía sus dominios en Ultramar.

ENTRAN EN LA PLAZA: PROVISIONES, PRISIONEROS Y DESERTORES

Todavía aquel día 20 de abril, registraba novedades de importancia; la perfecta organización de las autoridades de San Juan, hizo posible el necesario socorro de víveres. El comandante de la Marina, capitán de fragata Castro, establecía un servicio de canoas que atravesando la bahía pasaban a Bayamón y Punta de Cataño para recoger ganado, víveres y frutas traídas del interior de la Isla. Con estas mismas embarcaciones fueron traídos a la plaza, conducidos por las Compañías Urbanas de Goaynabo y Caguas, los primeros prisioneros y desertores que facilitaron noticias de gran interés, por ejemplo: nos hicieron saber que en la composición del ejército del invasor figuraban regimientos alemanes; un «Cuerpo de 400 á 500 Franceses q.º siendo prisioneros de los Yngleses les incitaron y casi obligaron á tomar las Armas para esta Expedición á que condescendieron por la miseria en q.º estaban» (63). También confirmaron que los efectivos desembarcados hasta esa fecha suponían unos 6.000 hombres, dotados de buena artillería, y que en las primeras operaciones tuvieron numerosos muertos y heridos.

LA ACCIÓN DEL DÍA 21 DE ABRIL, EN EL PUENTE DE MARTÍN PEÑA

Las partidas conducidas por los subtenientes de Milicias, Vicente y Emigdio Martínez de Andino, junto con la que mandaba el también subteniente —de granaderos del Fijo— Luis de Lara y Navarrete,

España. Tengo el honor de ser Señor Vuestro más obediente y humilde servidor Hen.º Harvey. A su Excelencia Don Ramón de Castro. Gobernador & &. Puerto Rico».

(63) «Diario...»; ref. (13); cit. folio 30.

comandante militar del partido de Río Piedras (64), bajo las órdenes del jefe del «cuerpo volante», Linares, emprendieron la valerosa y peligrosísima acción de reconquistar el Puente de Martín Peña, desalojando a los ingleses y enlazando con las fuerzas que acudirían desde Río Piedras. Los hermanos Martínez de Andino tomaron por sorpresa el puente, venciendo la resistencia de 150 hombres «que se hallaban emboscados fuera de su Línea en el Puente de Martín Peña» (65). Reunidos con los hombres del subteniente Lara, y con 48 soldados de Caballería, organizaron un contraataque que obligó a los ingleses a retirarse del puente y a desmontar una batería de tres cañones que tenían establecida. Con esta acción se consiguió atraer la atención del general Abercromby hacia el Sur, distrayéndole de su empeño sobre los fuertes de San Antonio y San Jerónimo, retrasándole en una fecha sus objetivos, consideración de importancia, dado el clima de estas latitudes. «En esta acción hubo bastantes muertos y heridos y se tomaron treinta y dos Prisioneros y un Subteniente que fueron conducidos á esta Capital» (66). Llevó los prisioneros el subteniente Vicente Martínez de Andino y declararon que el general Abercromby había establecido su Cuartel General en la plazuela de San Mateo, alojándose en la Casa del Obispo, y que se dedicaban a los emplazamientos de diversas baterías de cañones y morteros contra el Caño de San Antonio.

SE REFUERZAN LOS FUERTES DE SAN JERÓNIMO Y SAN ANTONIO

Las noticias de las nuevas baterías inglesas, obligó al ingeniero Mascaró a emplazar «dos Cañones de á 8 en la parte inferior de su Puesto y en las aletas de él para rechazar qualquier ataque brusco del contrario por el Puente». Derribó los pretiles para evitar abrigos a los enemigos, y por la noche destacó a una avanzadilla que se infiltró en el Condado con la misión de incendiar unas camisas embreadas que permitiesen descubrir los trabajos, pero descubiertos, hubieron de replegarse, saliendo en su persecución piquetes de fusileros que llegaron hasta las inmediaciones del puente de San Antonio, donde fueron duramente castigados.

(64) Según cit. de BLANCO, obr. cit. (12); cit. págs 97 y 98.

(65) «Diario...»; ref. (13); cit. folio 30 doble.

(66) Idem; cit. folio 30 doble y 31.

También se reforzó el San Jerónimo con dos^o morteros de 9 y 12 pulgadas. En el campo enemigo se observaba la formación de Regimientos con sus banderas y escuadrones de caballería, lo que confirmaba la declaración del subteniente prisionero «que el Almirante estrechaba al General de Tierra á fin de que atacase la plaza» (67), y que los ingleses precisaban con urgencia decidirse al definitivo ataque y plantear la batalla que resolviera la suerte de Puerto Rico.

En la tarde del 22, el brigadier Castro, percatado del inminente riesgo, pasó al San Jerónimo—sin duda primer objetivo de Abercromby—para reconocer la laguna del Condado en su orilla Oeste, que por su bajo fondo, ofrecía facilidad a ser vadeadas sus aguas por los escuadrones de la caballería. Castro dispuso fuese asegurada esta primera línea del siguiente modo:

- a) Colocando caballos de Frisa en las playas de las Salemas y de San Antonio.
- b) Situando «mantas o Tablas con peines de clavos» que formasen una segunda línea de obstáculos.
- c) Instalando «salchichas» cargadas de combustibles y quintales de Pólvara.
- d) Excavación de una trinchera para 400 hombres para impedir el avance de los fusileros.
- e) Formación de unos parapetos en la «gola indefensa del Fuerte de S.^a Geronimo» dotados de una batería de tres cañones: dos de a 12 y uno de a 8 libras.

Se puso en guardia a todos los hombres que defendían la segunda y tercera línea de la isleta. Incluso las fuerzas de caballería recibieron orden de estar preparadas, concentrándose en «los costados—de los fosos del fuerte de Tierra—con el objeto de reforzar el Fuerte de S.^a Antonio y Trinchera citada, según lo exigieren las Circunstancias, y con las ordenes correspondientes para sostener la retirada de aquellos puestos abanzados en un evento funesto» (68). La Marina colocó los ganguiles y lanchas cañoneras con sus correspondientes dotaciones en el Caño de San Antonio, escondidas en los mangles, listas para acudir a un preciso refuerzo del puente.

Así se pasó la noche del 22 al 23, en completa tensión, pero los ingleses no se habían decidido a dar su temido ataque. Esta demora

(67) Idem; cit. folio 32.

(68) Idem; cit. folio 32.

On board his Britannic Majesty's
Ship, the Prince of Wales, the
18th of April 1797

N.º 4

Sir

We, the Commanders in Chief of the
British Forces by Land & Sea in this Quarter of the
world feel it to be our duty previous to the
commencement of Hostilities to Summon you
to Surrender the Colonies of Porto Rico with its
Dependencies to his Britannic Majesty —
We are at this Moment disposed to Grant
to yourself, to the Garrison & to the Inhabitants
the most favourable Conditions, extending to
the Protection & Continuation of the
enjoyment of their Religious Property &
Laws — But if you should unfortunately
refuse to avail yourself of our present offer,
you will be held responsible for the immediate
Consequences, as well as for the alterations
that will be made in the Terms upon
which we shall afterwards treat

To his Excellency
the Governor
and Officer Commanding
in Chief his Catholic
Majesty's Forces at
St. Juan de P. R.

We have the honor to be
Sir
Your most Obedient Servant
Ras. Abercromby
Genl. Harvey

Facsimil núm. 6. Carta original del general Abercromby y del almirante Hurvey, conminando a la capitulación y entrega de Puerto Rico al gobernador y capitán general, brigadier Castro, fechada a bordo del navío «Prince Of Wales» el 18 de abril de 1797.

Constituye el documento núm. 1 que acompañó al Informe del glorioso brigadier Castro a la Corona, dándole cuenta de la ejemplar réplica que «llena de Gloria a las Armas Españolas». Se conserva en el Arch. Gen. Mil. de Segovia, Ultramar, legajo 36.

+
Num. 2.º

E. C. S. S. = He recibido el Pliego de V. V. E. de este día
 intimandome la rendición de la Plaza de Puerto Rico
 que tengo el honor de mandar, y Defenderé como debo a
 mi Rey Carlos Tercero hasta perder la última gota de mi san-
 gre. Esta circunstancia me priva de admitir las ge-
 nerosas ofertas que V. V. E. se me ven haciendo en él,
 particularmente a mí, a la Guarnición, y Habitantes,
 lo quales como su Rey están dispuestos a vered
 caros sin veras, y espero que en su Regencia, obtendré
 la Justicia que he conseguido de la Nación Británica
 en el Puesto del Willage cercano a Panzacola en el
 año pasado de 1781 = Nuevo Señor, que a V. V. E.
 mucho años como Daseo. Puerto Rico 18 de Abril
 de 1797 = Platoon de Castro = E. C. S. S. D^o Ralph
 Abercromby, y D^o Henry Harvey.

Es Copia del Original que queda en la Secretaría de V. V. E.
 a mi cargo, de que Certifico. Puerto Rico, 8 de Mayo de 1797.

Almos de Castro
 S. S. S. S.
 S. S. S. S.

Facsimil núm. 7. Copia certificada de la carta original que el brigadier Castro envió por el edecán, capitán Palatino, al general Abercromby, y almirante Harvey, fechada en San Juan de Puerto Rico el 18 de abril de 1797, negándose a la capitulación de la Isla, y esperando, caso de persistir los ingleses en el ataque, acrecentar «la Gloria que hé conseguido de la Nación Británica en el Puesto del Willage cercano á Panzacola en el año pasado de 1781».

(Arch. Gen. Mil. de Segovia).

iba en contra de sus posibilidades de victoria como lo comprendió el general Abercromby. En el mar, el almirante Harvey se vió obligado durante la noche a retirar sus navíos de las orillas; los vientos del Norte ponían a su escuadra en peligro de ser estrellados contra los arrecifes. Además, las baterías propias no habían cesado durante toda la noche de arrojar bombas sobre las concentraciones enemigas, fuego molesto que les obligó a continuas dispersiones.

DÍA 24: VALEROSA ACTUACIÓN DEL SARGENTO DE MILICIAS, FRANCISCO DÍAZ, EN EL CAÑO DE SAN ANTONIO

Al amanecer del día 24, los dos altos jefes de los respectivos bandos se encontraban sometidos al mismo imperativo estratégico: el Caño de San Antonio. Para Abercromby, la dilación y su falta de iniciativa le ocasionaba grandes precauciones y una situación contraria a sus empeños de conquista. Para Castro suponía una ventaja la pérdida de tiempo de los ingleses, pero precisaba pasar a la acción sorprendiéndolos con un rápido y duro contraataque en el Caño de San Antonio. Indiscutiblemente el Caño se había convertido en un sector de gran importancia y verdadero resorte de ambiciosos logros.

La noche del 23 al 24, la pasó el brigadier Castro en las bóvedas del fuerte de San Jerónimo, reunido con sus oficiales de la Plana Mayor y de la Marina; desde allí proyectó un desembarco en la parte de Cangrejos que da a la bahía. Pero las fuerzas de que disponía eran, aunque valientes y capaces de los mayores sacrificios, soldados bisoños recién reclutados en la Isla. Así lo declara el propio Diario:

— «Conociendo el General la Calidad de Tropas que tenía en su guarnición, siendo el Regimiento fixo el unico veterano que había en ella nuevamente completado con reclutas de la Ysla, y el resto de él casi de la misma Plaza, consideró no sin mucho sentimiento de perder la ocasión, que se hallaba imposibilitado de hacer una salida de la Plaza y dar un ataque brusco al Enemigo para obligarle á levantar el sitio y escarmentarlo...» (69).

Abercromby, más tarde confirmaría esta apreciación que obtuvo de los espías ingleses de San Juan, pero despreciando injustamente

(69) Idem: cit. folio 34.

el valor y clase de unos soldados que, sin embargo, le hicieron conocer el amargor de su gran derrota (70). El historiador puertorriqueño Blanco, sale al paso ofendido por el singular desprecio de Abercromby, y dice con verdad que, aquellos hombres recién incorporados «chenches», habían sabido dar muestras de su valor fuera de las murallas, en el campo abierto y en la espesura del manglar. La ofensa de Abercromby no desvaloriza en ningún momento el alto nivel patriótico y combafivo de aquellos héroes.

Castro no quería perder la oportunidad, y si no podía dar la gran batalla proyectada, sí le era factible una fuerte acción que sorprendiera a los enemigos y destrozarle los emplazamientos de las baterías del Condado, obligando al ejército a inesperados movimientos. A las primeras horas del amanecer, fué embarcada una partida de «setenta hombres bien armados que voluntariamente se prestaron», conducidos por el sargento de Milicias Disciplinadas Francisco Díaz; las piraguas, protegidas por lanchas cañoneras, penetraron sigilosamente por el Caño de San Antonio (71), consiguiendo desembarcar en las proximidades de las trincheras y baterías de los ingleses.

— «La Guardia que las sostenía tomó las Armas y pretendió defenderse; pero Diaz continuó su fuego ganando terreno hasta llegar al Caso de entrar en la Trinchera con sable en mano, acometiendo valerosam.^{te} a los contrarios, matando é hiriendo cada soldado nuestro á quantos se les presentaban delante, de tal modo que los q.^o podían librarse de nrás. Armas se ponian atropellada y vergonzosam.^{te} en precipitada fuga sin embargo de haberse calculado que el número de los enemigos de aquella ocasión llegaria a los trescientos. Quedó solo Diaz con su gente en la trinchera, reconoció una Batería de Cañones muy bien dispuesta dirigida al Puente de S.^a Antonio y Fuerte de S.^a Geronimo capaz de siete Cañones de los quales tenian ya montados dos de á 24 y uno de á 12 con dos Obuses y tres morteros para Granadas Reales, y no pudiendo clavar la Artillería, determinó la retirada trayendose un cap.ⁿ y trece prisioneros vivos, y sintió inmediatam.^{te} el rumor del campo enemigo...» (72).

(70) Según BLANCO, obr. cit. ref. (12) y pág. 72; el general Abercromby en carta a su hijo dice que las tropas eran de la peor clase y que detrás de las murallas no podían menos de cumplir con éxito.

(71) BLANCO, obr. cit., pág. 80, dice «y entrando por el Caño de Martín Peña», pero tal afirmación no responde al hecho; se trata del Caño de San Antonio.

(72) «Diario...»; ref. (13); cit. folio 34 doble y 35

La brillante acción del sargento Díaz fué seguida por el brigadier Castro desde el fuerte de San Jerónimo. Horas después, los hombres de Díaz entraban en la plaza de armas del fuerte y «el Gen.^l lleno de júbilo y contento les dió las gracias en nombre del Rey a toda la Partida y Ordenó se les entregasen quinientos p.^o del R.^l Erario». Los prisioneros fueron llevados a la ciudad; el capitán —posiblemente Dower (73)—manifestó que también estuvo a punto de caer prisionero el general de brigada Hope.

La acción del sargento Díaz excitó a los ingleses. A las ocho de la mañana iniciaron un nutrido fuego de todos los calibres contra los fuertes avanzados, consiguiendo dañar peligrosamente al San Antonio y San Jerónimo. En el primero, el ingeniero Mascaró tuvo que reparar urgentemente «con sacos y barriles de arena y demás auxilios que pudieron franquearse»; con los derrumbes y el fuego perdió la bandera, pero el brigadier Castro con alto espíritu y para evitar nuevas dudas sobre quiénes eran los que defendían los castillos, despachó pronto a una escolta que portaba la bandera de España, con la siguiente misiva:

— «Remito á V. m.^a esa Vandera para que la tremole sobre la Cabeza de ese Puente que tan gloriosamete está defendiendo. Encaro á V. m.^a que la clave fuertemente con su valor y el de su gente que no dudo serán capaces de sostenerla contra todo el impulso y el esfuerzo de esas Tropas Ynglesas, baxo la inteligencia de que al tiempo de fixarla ha de ser saludada por toda la artilleria de los Fuertes y Canguiles, igualmente que por la Fusileria de esos puestos, pues que así deben afirmarse las Vanderas de Ntño Rey Católico...» (74).

Los ingleses arreciaban en su cañoneo, y el puente fortificado de San Antonio se debatía en una lucha que duró toda la noche; entre sus muros maltrechos los heroicos hombres de Mascaró suplían con su valor la debilidad de las obras. Carecían de bóvedas para el resguardo, su airada posición y propia figura le hacían fácil y seguro blanco de las baterías del Condado; sin embargo, y pese a su debili-

(73) El capitán Dower, caído prisionero, y perteneciente al regimiento 53, es citado en el despacho de Abercromby como «extraviado» («Boletín Histórico de Puerto Rico», tomo 5, pág. 317).

(74) Formaba el docum. 8 del Informe núm. 139, de Castro a Azanza. El texto completo radica en la documentación del Arch. Gen. Mil., de Segovia, legajo 36.

dad material, el fuerte de San Antonio guardaba la clave principal de la resolución de la batalla por Puerto Rico.

También el fuerte de San Jerónimo era intensamente batido por la artillería emplazada en el Monte del Rodeo; su comandante Del Toro, igualaba la proeza que a poca distancia llevaba a cabo el capitán Mascaró. Una bomba cayó sobre su plataforma con tan raro acierto, que tras pasándola fué a reventar en la bóveda, cuartel de la tropa, matando e hiriendo a muchos de sus soldados. Exacerbado por este suceso, un singular soldado de las Milicias Disciplinadas, agregado a la artillería, Domingo González (75) «apuntó un Mortero con tanto acierto, que la bomba cayó en un repuesto de municiones y bombas del Enemigo adonde la dirigió por haberle reconocido antes de que resultó volarse el repuesto y seguidamente un incendio con bastante extrago» (76). El brigadier Castro le recompensó con un premio económico. En el fuerte de San Jerónimo estaban luchando con valentía los ciudadanos franceses mandados por «Mr. Varon» (77), que pagarían con su sangre un magnífico tributo a la alianza de las armas franco-españolas.

LOS INGLESES PASAN A LA ISLA DE MIRAFLORES

La isla de Miraflores, situada dentro de la bahía, constituía una posición de ventaja su dominio y ocupación, ya que desde ella podía hacerse saltar por la espalda y el flanco derecho, el duro cerrojo de la primera y segunda líneas de la isleta. En la tarde del 25 de abril, los soldados ingleses pasaron de improviso a Miraflores, apoderándose del Almacén de Pólvora

— «Que se hallaba desocupado en fuerza de las activas disposiciones que se dieron desde que el enemigo se presentó á la vista de este Puerto, dirigidos por el Comandante de la Marina el cap.ⁿ de Fragata d.ⁿ Fran.^o de Paula Castro aten-

(75) Según BLANCO, obr. cit. ref. (12); págs. 90 a 91, el verdadero apellido sería Durán; así lo declara la certificación de su jefe, Del Toro, en 12 de marzo de 1798.

(76) «Diario...»; ref. (13); cit. folio 37.

(77) Mr. Daubon y Dupuy, Antonio. Era capitán de la fragata «L'Espégle», surta en el puerto de San Juan cuando atacaron los ingleses. Nacido en Bayona en 1769, solicitó y obtuvo la ciudadanía española en 1815, falleciendo poco después en San Juan de Puerto Rico.

diendo al riesgo en que se hallaba de caer aquel Puesto en las manos del Enemigo...» (78).

Al amanecer del día 26, intranquilo el gobernador por el peligro que suponía ceder a los ingleses la orilla meridional del Caño de San Antonio, ordenó que una partida de voluntarios negros, conducidos por su comandante Pedro de Córdoba, y como ayudante el sargento de Milicias Rafael García desembarcaran en Miraflores protegidos por lanchas cañoneras. Hicieron la tentativa, pero más de 300 fusileros y 30 de caballería, apoyados por piezas ligeras de campaña les esperaban, obligándoles a reembarcar y causándoles muertos y heridos que con dificultad pudieron ser traídos a la plaza. Desde el castillo de San Cristóbal en su baluarte plano, se siguió el movimiento de Miraflores, y al fuego de protección que se hiciera a los hombres de Córdoba respondieron los ingleses con el suyo, demostrando que podían llegar a batir las obras del Frente de Tierra. En vista de ello, el brigadier Castro dispuso que en la Puntilla de San Lázaro o lengua interior de la bahía de San Juan, se emplazasen con ligereza varias baterías para batir por el Oeste a la isla de Miraflores, en previsión de que rota la resistencia del Puente de San Antonio, pudiesen los enemigos introducir sus cañoneras por el Caño de San Antonio, lo que significaba un gran riesgo para la ciudad.

El 28, se comprobó que nuestras baterías en la Puntilla, batían plenamente a Miraflores, impidiéndoles a los ingleses plantear ninguna operación de asalto a la isleta. Se crea una situación complicada que Abercromby y Harvey quisieron resolver del siguiente modo, para romper la organización del sistema defensivo de Castro:

- 1.º Los navíos, con la máxima potencia de fuegos, bombardearían el sector costero del Norte, comprendido entre San Cristóbal y el Escambrón.
- 2.º Dura insistencia en el Boquerón para romper la defensa de los fuertes, y penetrar en el Caño de San Antonio.
- 3.º Atacar por Miraflores el sector meridional del Caño de San Antonio, obligando a retirarse a las guarniciones de las primeras líneas, castigadas por el Norte y Este.

Con esta maniobra, la resistencia defensiva quedaría muy comprometida, pues deberían atender a los sectores del Norte, Este y Sur

(78) «Diario...»; ref. (13); cit. folio 37.

del frente avanzado de la isleta, batidos por los fuegos de la más potente artillería. Comenzó Harvey moviendo a un navío de setenta cañones y dos fragatas de treinta y seis, que alternativamente propinaban en sus pasadas un duro castigo a los fuertes y apostaderos del Escambrón. «Se arrimaron en lo posible al Castillo de S. Gerónimo y hicieron á la Vela un fuego mui vivo de andanadas corridas, igualm.^{te} q.^o á las obras abanzadas del Castillo de S.^a Cristóbal» (79). Los fuertes de San Antonio y San Jerónimo volvían a repetir sus brillantes páginas del más acendrado heroísmo. Mascaró y Del Toro con sus hombres se cubrían de gloria; herido el primero por tercera vez, negóse a ser retirado y permaneció al frente de sus soldados. También el Caño de San Antonio, batido por las baterías del Condado, Rodeo y Miraflores, era tenazmente defendido por los valientes apostados en las obras del Sur.

— «Entre tres y quatro de la mañana de este día empezó el Enemigo á hacer fuego muy vivo con una Batería de quatro Cañones de á 36, dos morteros y un Obus, situada en el Puesto de Miraflores, arrojando porción de granadas R.^{as} y valas incendiarias que esforzando las Piezas de Artillería caian en la Plaza...» (80).

Pero ningún daño ocasionaron en la ciudad «a quienes preservó el Altísimo», dice el brigadier Castro en su escrito a Azanza (81); tan sólo un almacén de víveres se prendió fuego, pero fué felizmente cortado. Tuvimos numerosas bajas, resultando herido el capitán Quiñones, de las Milicias Disciplinadas, y algunos ciudadanos franceses.

LOS DÍAS 29 Y 30 DE ABRIL, CONTRAOFENSIVA ESPAÑOLA

Los desertores confirmaban las constantes noticias que llegaban al gobernador, de que en el campo enemigo escaseaban los víveres y el agua. Estas informaciones indujeron al brigadier Castro a considerar la oportunidad de un fuerte ataque sobre Abercromby. «Yncitado de estos principios, estudió el General la posibilidad de cargar sobre los Yngleses». Castro conocía el potencial del ejército des-

(79) Idem; cit. folio 40 doble.

(80) Idem; cit. folio 41.

(81) «Escrito», ref. (9); cit. folio 3 doble.



El fuerte de San Jerónimo (San Juan de Puerto Rico).

Viejo castillo avanzado del Sector Este de la «Ysleta de S.ⁿ Juan», de gran valor estratégico por su situación en el reducido acantilado que forma el Boquerón frente a la Punta del Condado. Ante él, la boca o paso que comunica por el Caño de San Antonio a la bahía de San Juan. Acababa de ser restaurado siguiendo los planes del ingeniero militar Juan F. Mestre— aprobados por R. O. de 30 de octubre de 1791—, cuando aconteció el gran ataque inglés de 1797, del que resultaría destrozado.

Lugar sagrado en la defensa de San Juan, aquí se defendió con gran heroísmo el teniente coronel Del Toro, resistiendo la acometida del ejército de Abercromby, y el duro castigo de los navíos de Harvey. Con el fuerte de San Antonio, defendido por el capitán Mascaró, estos baluartes constituyeron los sólidos pilares en los que se confirmaba la fuerza moral de los ejércitos españoles ante los poderosos ataques británicos en el Caribe.

(Fot. cedida por el Dr. Alegría, Director del Inst. de Cult. Puertorriqueña, San Juan de P. R.).

Prin^{ce} of Wales off Porto Rico
20th April 1797

V. 3.
52

Sir

I have the honor of your Excellency's Letter by Don Miguel Palatino on the subject of the Colours of the French Republic being flying on the Garrison of Porto Rico; It was merely a Question of Courtesy to the officers as it has not in General been customary to observe Colours of two Nations flying at the same time.

It remains with your Excellency to determine what Colours may be worn in addition to those of Spain in your Garrison —

I have the honor to be
Sir
Your most Obedient humble Servant

Henry Harvey

To the Excellency
Don Mariano de Castro
Governor &c. &c.
Porto Rico

Facsimil núm. 8. Carta original del almirante inglés sir Henry Harvey, escrita a bordo del navío Príncipe de Gales, frente a Puerto Rico, el día 20 de abril de 1797. Se trata de la contestación al brigadier Castro, enterándose de la comunicación del gobernador respecto a «absolver dudas» sobre con cuál bandera había de luchar: «¡La de S. M. C. el Rey, mi amo!» —le había notificado Castro —.

Constituye el docum. 5, que acompañó al informe «Escrito N.º 139».

(Arch. Gen. Mil. de Segovia; legajo 36, Ultramar).

embarcado; pensó en una gran batalla en Cangrejos, aprovechando la insistencia pertinaz del general inglés sobre el Caño de San Antonio. Consta que planeó la batalla definitiva consistente en atacarles por la retaguardia, por Río Piedras, y obligarles a dividir sus efectivos, sorprendiéndoles por Cangrejos y Miraflores. Cubrirían los movimientos propios todas las baterías de la Plaza; la Marina desembarcaría los efectivos al Oeste de Miraflores y el Cuerpo Armado del partido de Río Piedras alcanzaría el Cabo de Martín Peña por el Sur. El ideal proyecto no podría ser llevado a la práctica en toda su potencia, dada la bisonía calidad de sus fuerzas «viéndose el General con mucho sentimiento imposibilitado de que se hiciera una salida de la Plaza á fin de derrotar de una vez al Enemigo». Pero aquel día 29 sería decisivo, tras la detenida sesión del general con sus primeros jefes en la Real Fortaleza, resolviendo pasar a la decisiva ofensiva con arreglo al siguiente plan:

- 1.º Inquietar y batir al propio Cuartel General inglés, y a su Campamento Principal. Misión encomendada al teniente de Milicias, Miguel Canales, con dos cañones ligeros.
- 2.º Atacar por el Sur, Caño de Martín Peña por el «cuerpo volante» de Río Piedras, conducido por el subteniente de granaderos del Fijo, Luis de Lara.
- 3.º Penetración por las playas de San Antón, cortando la retirada y reembarque, que llevaría a cabo el sargento de Milicias Felipe Cleimpaur.
- 4.º Cegar el paso del Boquerón que separa la Punta del Condado con el acantilado de San Jerónimo, labor asignada al capitán agregado a los Correos Marítimos, Miguel Azaldegui.
- 5.º Protección general de la artillería sobre el Condado y Miraflores.
- 6.º La operación comenzaría al amanecer del día 30. La señal la darían los disparos del teniente Canales. No se avanzaría antes —los de Río Piedras— porque podría encontrarse con todo el grueso del ejército unido, contra el que no podría entablar lucha.

Y llegó el amanecer del 30 tras una larga noche de gran duelo artillero; los ingleses no daban descanso a las baterías. Al rayar el alba los cañones de nuestros fuertes arreciaron el suyo y las partidas iniciaron los movimientos previstos. El estudiado ataque, casi fracasó por falta de contacto entre las fuerzas del teniente Canales y las de Río Piedras, mandadas por el subteniente Lara:

- «...que uno de los Comisionados el Subten.^{te} de Granad.^a d.^o Luis de Lara no comprendió mis Ordenes e Idea, hizo un ataque por su retaguardia con el Cuerpo Volante que causó mucho estrago en el Contrario, y que rehusó la salida á que aquel le provocó; resultó de esto batirse la Generala en el Campo Enemigo, ponerse todo el Ext.^o sobre las Armas y repartirse en dos Columnas para atender á su Vanguardia y retaguardia rezeloso de que como por éste se le atacase tambien por aquella...» (82).

Los ochocientos fusileros, las dos compañías de Caballería y el cañón de batallón del «cuerpo volante» de Río Piedras, de Lara, habían avanzado antes de la señal convenida, topando precipitadamente con las avazadas y baterías enemigas del Caño de Martín Peña que los detuvieron. El ejército de Abercromby se previno y así fué imposible arrojarlo hacia las playas del Norte o de San Antón. El general inglés dividió a su ejército en dos cuerpos: uno al Norte, fijo en el Caño de San Antonio para defenderlo contra un ataque que presumía; el otro al Sur, en el de Martín Peña, para impedir la penetración de las fuerzas del interior de la Isla; esto les obligó a cortar el puente, creyendo se trataba de una «salida grande», según confesarían después los prisioneros.

Los proyectos de gran ataque no pasaron efectivamente de un intento de batalla decisiva —los mejores efectivos iban a entrar en juego para saltar sobre el Caño de San Antonio, cortándoles la retirada y forzarles a la derrota—, pero aún no cumpliéndose los objetivos tácticos señalados, el resultado sería favorable a los españoles.

EL DÍA 1 DE MAYO, EL EJÉRCITO INGLÉS AGOTADO, REEMBARCA
APRESURADAMENTE

El desembarco realizado por Abercromby—en una dilatada zona comprendida entre Cangrejos y la Laguna de los Corozos por la banda cortera, y por la interior hasta la misma bahía de San Juan, con la ocupación de las islas de Cangrejos y Miraflores, limitadas por estrechos y cenagosos caños—, su falta de iniciativa en un ataque supremo que debió realizar tras los duros castigos que inflingió a la primera línea Escambrón-Punta de San Antonio (83), las pésimas

(82) Idem; cit. folio 5, doble.

(83) Los dos fuertes: el San Jerónimo y San Antonio, estaban en pleno sitio,

condiciones del terreno para una prolongada estancia con desventaja de un clima tropical y los audaces ataques de las partidas, junto con el espectáculo de las heroicas defensas de los fuertes San Jerónimo y San Antonio, adelantados de un gigantesco recinto de fortificaciones, obligaron a levantar el campo a un poderoso ejército regular, perfectamente adiestrado, que contaba además de una notable superioridad de efectivos, el apoyo de una fuerte escuadra experimentada, dueña del mar y bloqueadora del puerto de San Juan. Eran consideraciones que unidas a la preocupación de atender una retaguardia imprecisa, distraían la fuerte presión que Abercromby precisaba para ocupar el gran sector del Este de la isleta y librar el definitivo ataque contra los poderosos fuertes del frente de Tierra. Tan duras imposiciones agotaron la moral de un enemigo muchas veces superior, de aquí que la acción del puente y Caño de Martín Peña del subteniente Lara, considerada imperfecta y precipitada por el brigadier Castro, iba, sin embargo, a resultar beneficiosa, pues agudizó de tal modo la intranquila situación inglesa que, Abercromby, temeroso de ser sorprendido por rápidas infiltraciones que lo expusieran a un copo general, dispuso en la misma noche del 30 de abril el urgente reembarque.

— «Resultando, pues, que ningún acto de energía por nuestra parte o ninguna operación combinada por las Armas de Mar y Tierra podía en manera alguna llevarse a cabo, determiné retirarme y embarcar las tropas, lo que se efectuó en la noche del 30 de abril con el mayor orden y regularidad...» (84).

El brigadier Castro por su parte lo interpretó así, en su ya citada comunicación a Azanza, de 8 de mayo de 1797:

— «... dexando á la verdad estampado un borrón indeleble para las Armas Británicas con su cobarde y vergonzosa

materialmente destrozados. Hosros, obr. cit. ref. (34), cit. págs. 70 y 71 dice: «El efecto del fuego de las baterías inglesas del Rodeo y del Condado contra sus dos blancos favoritos, los fuertes de San Antonio y San Jerónimo, hubiera sido decisivo, si se le hubiera aprovechado con la persistencia necesaria. Cuando se levantó el sitio, estos fortines, el puente y su portalón estaban poco menos que destruidos...».

(84) Noticia del Parte Oficial del general Abercromby, a S. M. británica, seg. cit. de Hosros, ref. (34) y cit. pág. 72.

fuga ; el qual hubiera sido mayor si no se hubiera frustrado la salida de otras Partidas que había dispuesto atacasen por el flanco á los Enemigos...»

La noche del 30 de abril a 1 de mayo fué decisiva ; en efecto, se percibió el silencio de las baterías y al amanecer, los prácticos del puerto y los vigías dieron la primera noticia : ¡los ingleses embarcan, y a juzgar por sus movimientos con mucha precipitación!

Castro dispuso que tres compañías de Caballería pasasen a Cangrejos para cargar sobre la retaguardia enemiga, estorbando el reembarque, pero los ingleses habían abandonado ya el campo con increíble diligencia, dejando abandonados por doquier piezas artilleras, municiones, víveres y centenares de cadáveres, cuya pestilencia hacía irrespirable la atmósfera.

El día 2, a las once y media de la mañana, aprovechando la brisa comenzó a moverse con lentitud, la que fuera desafiante y majestuosa escuadra del almirante Harvey. Cuando amaneció el 3, ya se había perdido de vista en el horizonte, dejando tras sí una estela de empeños frustrados y la mueca trágica de los restos de un ejército vencido, abandonados en las playas doradas del Mar del Caribe (85). El profundo sentimiento religioso, católico, sempiterno en las empresas de España, se manifiesta otra vez en la historia de Ultramar :

— «Yo no atribuire Excmo. S.^{or} la retirada del Enemigo, que no puede titularse así sino precipitada y afrontosa fuga como convencen los despojos que dexó abandonados dentro de sus líneas, á las acertadas providencias mías sino á la mano poderosa del Altísimo que además de dictarlas protegio visiblement^e esta Plaza é Ysla...» (86).

El capitán general, sus soldados, el pueblo entero se sumó a la acción de gracias que organiza el Obispo en la Santa Iglesia Catedral, después de un brillante desfile de todas las unidades que combatieron y defendieron a San Juan ; participando los ciudadanos de la república francesa con sus estandartes. Se cantó un *Te Deum*,

(85) Dice el Diario, que el 2 de mayo se dieron instrucciones a los Alcaldes de los Partidos para que pasasen a Cangrejos y enterrasen los muchos cadáveres. Los escritos números 7 y 8, que acompañan la documentación, contienen extensas relaciones del material, víveres y efectos que dejaron los ingleses.

(86) «Escrito núm. 139»; ref. (9); cit. folio 7, doble.

se celebró Misa Mayor y un sermón brillantísimo que corrió a cargo de su eminencia, elogiando el magnífico temple de aquellos hombres que habían suscrito una de las más brillantes páginas de la historia militar de Puerto Rico.

Así terminó para San Juan la temible acometida inglesa. La derrota pesó sobre Abercromby; se habían debatido principalmente incuestionables valores morales y una firme voluntad de vencer. Además, con este memorable suceso se había dibujado con firme trazo el último esquema de una gran batalla por el Caribe, cuya duración extremadamente prolongada, comprendía todo el difícil siglo XVIII, de las más vivas inquietudes para los dominios españoles en las Antillas.

EXPLICACION DEL ATAQUE INGLES A SAN JUAN DE PUERTO RICO (17 DE ABRIL A 1.º DE MAYO DE 1797), HECHA SOBRE UN VALIOSO E INEDITO PLANO DE LA CIUDAD Y TERRENOS DE SUS INMEDIACIONES, LEVANTADO POR VALDELOMAR (Arch. Serv. Hist. Mil.; signatura O-b-7-12)

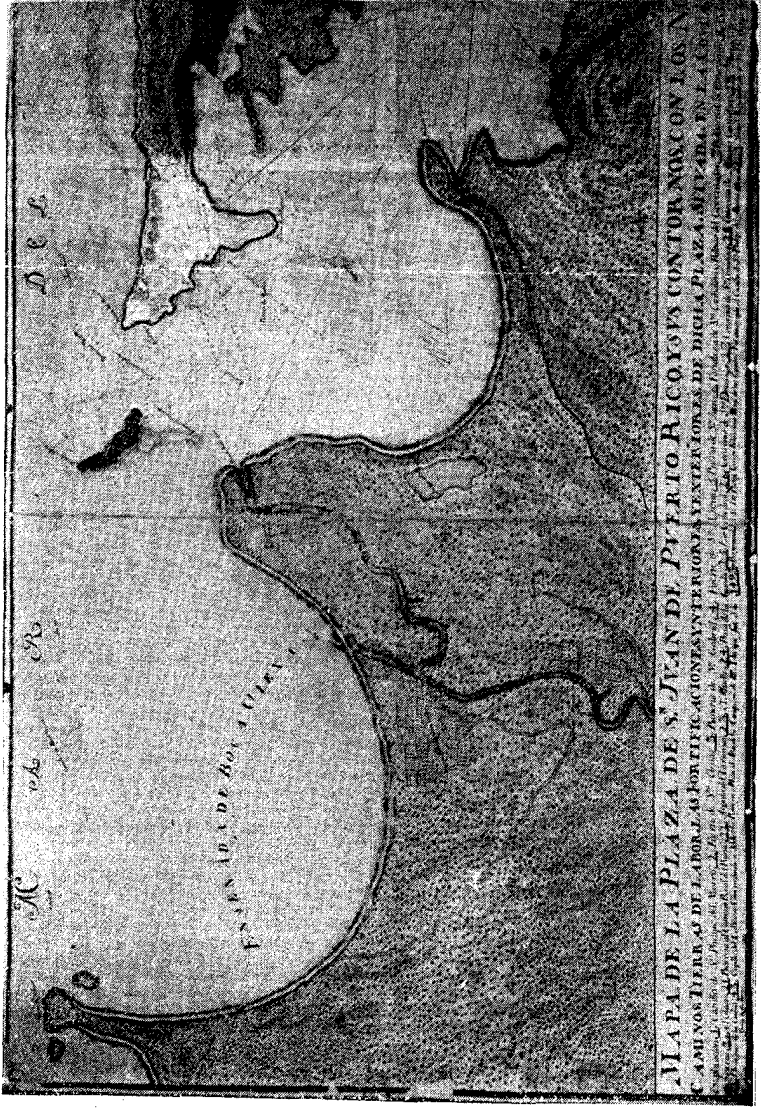
Explicación:

- (1) *Día 17 de abril:* aparece la escuadra de Henry Harvey, de sesenta y ocho buques ante las playas de Loysa, con 11.000 hombres del ejército conducido por Ralph Abercromby.
- (2) Idem; posición de las dos fragatas inglesas bloqueadoras del puerto, ante la boca del Morro.
- (3) Idem; «cuerpo volante» del teniente coronel Linares, apostado en Cangrejos, Condado y Monte del Rodeo, para impedir el desembarco.
- (4) Idem; obstrucción del puente de Martín Peña por el ingeniero ordinario Mascaró, para impedir la penetración por la Laguna de los Corozos a la bahía, a través del Caño de Martín Peña.
- (5) *Día 18:* desembarco de 3.000 soldados en la Torrecilla, que defendía el teniente coronel Del Toro.
- (6) Idem; el «cuerpo volante» de Linares, con los de Vizcarrondo y Del Toro, se retiran a la primera línea.
- (7) Idem; bote parlamentario con los pliegos de Harvey y de Abercromby pidiendo la capitulación de Puerto Rico.
- (8) Idem; Mascaró se retira del puente y Caño de Martín Peña, abandonando el «Seboruco de Barriga». El general Abercromby se apodera de todo Cangrejos y corta la comunicación por tierra con el interior de la Isla.
- (9) *Día 19:* se hacen cargo de los fuertes de San Jerónimo y San Antonio, el teniente coronel Del Toro, y el ingeniero Mascaró, que se cubrirán de gloria en los ataques británicos.
- (10) *Día 20:* los ingleses reconocen Punta Salinas, Isla de Cabras y el Cañuelo. Harvey busca un lugar para efectuar un segundo desembarco en las playas de Boca Vieja.
- (11) Idem; el capitán de fragata Castro, establece un paso de canoas con Bayamón y Cataño para el refuerzo de hombres; provisiones y comunicación con los Partidos del interior.
- (12) *Día 21:* reconquista del puente de Martín Peña, por los subtenientes Martínez de Andino —Vicente y Egmidió—, y el comandante militar de Río Piedras, Lara. Abercromby suspende su inminente ataque sobre la isleta.
- (13) Idem; el general Abercromby establece su Cuartel General en el Condado —Casa del Obispo—, emplaza nuevas baterías para batir los fuertes, apostaderos y el Caño de San Antonio.
- (14) *Día 22:* el brigadier Castro dispone nuevas defensas en el sector Escambrón, Puente de San Antonio, con el refuerzo de los ganguiles y lanchas cañoneras de la Marina Real.

- (15) *Día 23*: el almirante Harvey se ve obligado a retirar sus navios de las proximidades de las playas a causa de los fuertes vientos.
- (16) *Día 24*: brillante acción del sargento de Milicias Disciplinadas Francisco Díaz en el Caño de San Antonio, desembarcando en Cangrejos y castigando a los ingleses; hizo numerosos prisioneros, entre ellos al capitán Dower, y por poco al general de brigada Hope.
- (17) *Día 25*: los ingleses consiguen desembarcar en la isla de Miraflores, dentro de la bahía, ocupándola. Establecen baterías para batir la segunda línea o de las playas, y la tercera o del Frente de Tierra, incluida la propia ciudad de San Juan.
- (18) *Día 26*: desgraciada acción del comandante Córdoba al forzar un desembarco en Miraflores.
- (19) *Días 27 y 28*: el Brigadier Castro ordena se emplacen baterías en la Puntilla de San Lázaro, para batir a los enemigos de Miraflores e impedirles los intentos sobre la isleta.
- (20) *Días 29 y 30*: contraofensiva española; ataque por sorpresa a la retaguardia y flancos del ejército de Abercromby. Por el Sur, Caño de Martín Peña, el «cuerpo volante» de Río Piedras mandado por Lara. Por el Este, playas de Cangrejos, las fuerzas de Canales. Al Noroeste, el cierre del Boquerón para impedir la salida de los enemigos del Condado. Y ataques por las playas de San Antón por las fuerzas de Cleimpaur. El grueso de las fuerzas, bajo el mando del gobernador Castro, dispuesto para saltar sobre Cangrejos y Caño de San Antonio. La precipitación de las fuerzas de Lara impidió el desarrollo de las operaciones, pero obligó al reembarque de los ingleses, vencidos y diezmados por la lucha y las enfermedades.
- (21) *Día 1.º de mayo*: reembarque inglés. En los siguientes días 2 y 3 desaparición del Mar del Caribe la que fuera desafiante y majestuosa escuadra de Sir Harvey; decidida la prolongada disputa del siglo XVIII en Centroamérica y Antillas.

Algunas localizaciones de especial interés en los ataques

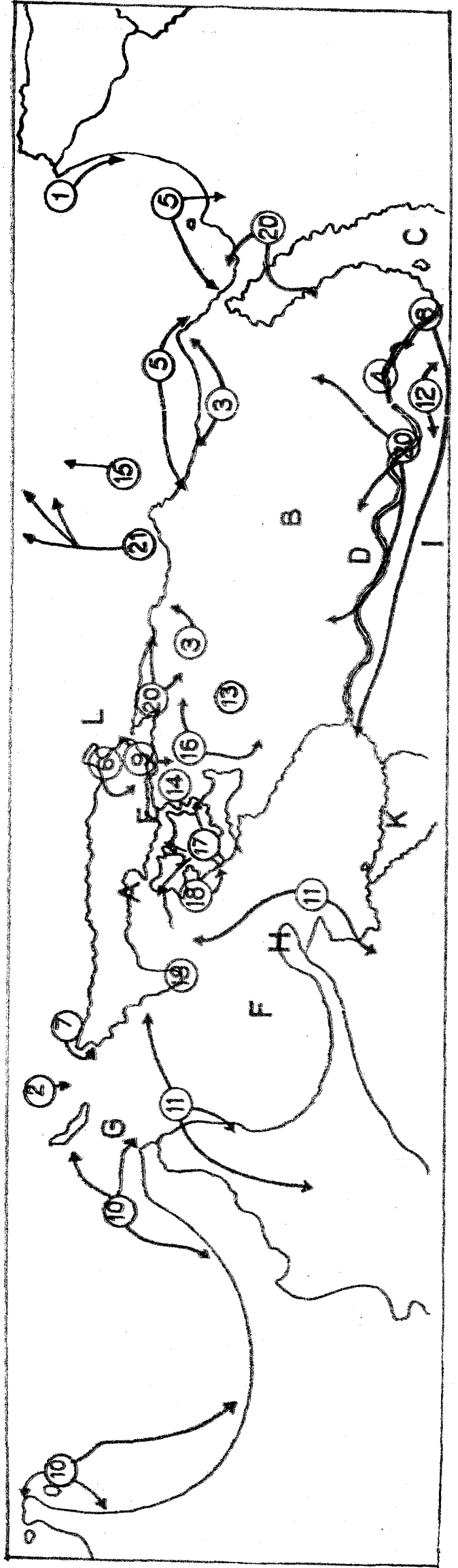
- A. Plaza e isleta de San Juan de Puerto Rico.
- B. Islón de Cangrejos, con sus puentes de San Antonio y de Martín Peña.
- C. Laguna de los Corozos o de Martín Peña, comunica a la bahía por el Caño de su nombre.
- D. Caño de Martín Peña.
- E. Caño de San Antonio, comunica por el Este y el Boquerón, a la bahía, con el Mar del Caribe.
- F. Bahía y puerto de San Juan, abicrta por la boca del Morro, al Noroeste; y por el Caño de San Antonio, al Nordeste.
- G. Islá de Cabras, y fuerte del Cañuelo o de San Juan de la Cruz.
- H. Punta de Cataño.
- I. Hato del Rey.
- J. Isla de Miraflores, cubierta de mangles.
- K. Primitivo lugar de la población de Caparra, fundada por Ponce de León.
- L. El Boquerón, con la primera Línea defensiva: Escambrón, fuerte de San Jerónimo, y puente fortificado de San Antonio.



MAPA DE LA PLAZA DE S. JUAN DE PUERTO RICO Y SUS CONTORNOS CON LOS CAMINOS TIERRAS DE LABOR Y LAS PORTICACIONES Y REGIONES DE DICHA PLAZA. SE TOMO DEL PLAN DE LA PLAZA DE S. JUAN DE PUERTO RICO Y SUS CONTORNOS, DEL AÑO DE 1763, Y SE ADECUO A LA ESCALA DE 1:50,000.



MAPA DE LAS TIERRAS DE LABOR Y LAS PORTICACIONES Y REGIONES DE LA PLAZA DE S. JUAN DE PUERTO RICO, DEL AÑO DE 1763, Y SE ADECUO A LA ESCALA DE 1:50,000.



EL GENERAL FERNANDEZ DE CORDOVA

por LUIS AGUIRRE PRADO

Al aproximarse al hecho histórico, es obligado para el tratadista veraz el abandono de la carga de prejuicios que, inexorablemente, falsean la apreciación de circunstancias y de actuaciones. El historiador necesita independencia para identificarse con los personajes que analiza, valorar circunstancias y ambientes, y sopesar las reacciones, tanto de las figuras principales como de las masas, ese coro de influjo decisivo en ocasiones. Porque aun cuando el historiador no pueda, por imperativo del tiempo, conocer *de visu* la época que estudia, sí está obligado a entreverla, si desea que la proyección no acusé deformaciones. A este bagaje de certeza acompañará el convencimiento de que las acciones de los hombres, fundamento de lo histórico, nacen principalmente de la voluntariedad, pero también del concierto de circunstancias y de la fuerza inexorable de lo fortuito, cuya generación y desarrollo no pueden cronometrarse. De esta forma se hallará el historiador en condiciones de apartar de su investigación cuanto signifique influjo tendencioso.

Frecuentemente, la pantalla de la parcialidad se levanta entre nosotros. La graduación de los hechos, el sereno estudio de las condiciones de los personajes, el influjo ambiental y la obligatoriedad de procedimiento, según las circunstancias, no suelen valorarse con justicia, porque la deducción ya estaba prefijada en aras del partidismo. Y esta perfilada concreción partidista se acusa al tratar de sucesos y actuaciones relacionadas con contiendas internas.

UN MILITAR DE VOCACIÓN

De esa apreciación desenfocada nos ofrece testimonio convincente un personaje que alcanzó preponderancia insuperada en su época, evitó el ruidoso triunfo de quienes soslayaron el cumplimiento de deberes, desempeñó misiones diplomáticas transcendentales, manejó

con seguridad millares de hombres en campos de batalla, fué sostén de situaciones ministeriales, mereció la confianza de monarcas y de grandes sectores sociales, se enfrentó con la acumulación despótica del poder y supo afrontar con alteza el desamparo. Este personaje fué don Luis Fernández de Córdova, el de buen linaje, cuyos antecesores respondieron a la llamada del honor, conscientes de lo que en lances de guerra significaba aquel apellido.

En tanto que existen nombres oreados por la reiterada publicación de libros y trabajos dedicados a ellos y suscitan frecuentes estudios y análisis, don Luis Fernández de Córdova cuenta con escaso aporte bibliográfico, no obstante lo destacado de sus actuaciones, la constancia que de ellas dejó su hermano don Fernando, la pauta dada por él al estudioso con su *Memoria Justificativa*, y los certeros juicios y notas que se deben al buen Intendente, su amigo don Serafín Estébanez Calderón, divulgados por su sobrino don Antonio Cánovas del Castillo.

Oficial imberbe, ya da la primera muestra de su decisión. El atrevimiento de Riego en Las Cabezas, fué incentivo de Quiroga, dueño de San Fernando, para acciones sobre la plaza de Cádiz. La demora en el avance hacia la ciudad, dió renombre a Córdova, que supo apreciar la importancia de La Cortadura para la defensa. Unos artilleros y los milicianos, integrados en el conjunto popularmente conocido por «Regimiento de la Pava», le bastaron para su propósito defensivo. Y no precisó de otro elemento que del fuego de su cigarrillo para lograr que dos cañonazos acabaran con los intentos de una columna en facción.

Conviene precisar el suceso, porque en él se nos presenta Córdova con cualidades de militar de vocación que sabe el modo y la forma de actuar. Alcalá Galiano, que conoció directamente los hechos, nos dice: «Pero Córdova sólo supo que había una rebelión o sedición militar y que faltaban fuerzas para hacerle resistencia, si bien no tanto que algo no pudiese hacerse, y esto poco cubriría de gloria a quien con brío la acometiese, mayormente si, favoreciéndole la fortuna, salía airoso de su empeño. Marchó, pues a La Cortadura, con poquísima gente de la milicia urbana y algunos artilleros; llegó allí por su buena suerte y nuestra desdicha, y la tardanza de Quiroga, como una hora antes de que los que venían a ocupar aquel puesto se presentasen, al sentirlos venir dió voces, armó alboroto, tocó tambores, aparentando tener consigo gran fuerza, mandó hacer disparos con tanta felicidad, que de dos cañonazos uno hizo

estragos en sus enemigos, y con su osadía y habilidad, cuando ya pocos, si acaso algún mal disparo podía hacer, vió retirarse a los que venían a apoderarse del punto de cuya defensa se había encargado, labrando con este hecho la fábrica de su fortuna, que después tuvo su mayor aumento en una causa, si no idéntica, análoga a la de que él había sido ardoroso contrario, y todo ello no con una deserción vergonzosa, sino al revés, sin mengua de su decoro.»

Había hablado ya el cañón, y su lenguaje trazó el porvenir de Córdoba, que en la acción citada, y en posteriores, mostró aquel anhelo de gloria, aquel prurito de distinción que fué su norte en el decurso de su vida, corta en el tiempo, pero dilatada en hechos. El pensamiento que le incitó en esta ocasión, que le costó amenazas, prisiones y destierros, en otras posteriores, entre ellas la que tuvo lugar el 7 de julio, fué la fidelidad al Rey que tanto favor había otorgado a su familia. Luego, cuando consolidó su formación política, el incentivo fué el deseo de que la nación estuviera regida por «un Gobierno representativo y liberal, más en armonía con la Corona y con el estado del país, que cobrara fuerzas propias en mayor y más equilibrada distribución de los poderes políticos y pudiese emanciparse totalmente del despótico capricho de las pasiones y pandillas». Córdoba, el tachado de absolutista por su agradecimiento a Fernando VII, no pretendía el despotismo para su país, sino el asentamiento del orden jurídico que hiciera frente a la ilegalidad.

La síntesis política de Córdoba puede fijarse diciendo que es un anhelo de superación en orden nacional, para que la Patria no sea botín entregado a un partido, ni holocausto a un hombre favorecido por la circunstancia.

SURGE UN GENERAL

En la rápida carrera militar de Fernández de Córdoba apoyaron sus juicios ciertos exégetas, no conformados suficientemente al tema, para restar méritos a su actuación. Más político que militar, afirman unos; quiso aplicar al campo de batalla procedimientos que hubieran estado bien en los salones diplomáticos, aseveran otros. El vencedor en Mendigorria fué, en efecto, un general improvisado. Pero lo fué en cuanto a la designación, no en lo que se adscribe en arte militar al mando de tropas, utilización del terreno y empleo del material. Ni al rápido enjuiciamiento de la maniobra enemiga y del plano en que tenía su desarrollo.

Unánime es la apreciación de las condiciones militares de este militar, que dejó la vida en esa prematura edad en que, afirma San Agustín, comienza el hombre a recorrer el camino de su ruina. Los mismos tratadistas del Carlismo reconocen la superioridad de Fernández de Córdova sobre todos los generales cristinos que tomaron parte en la campaña, entre ellos Espartero, a quien, a pesar de que este no podía sufrir la preponderancia del que fué su jefe, ensalzó en toda ocasión y propuso para sucederle en el mando supremo del ejército.

Bastaría la apreciación del insigne tratadista Villamartín, para el convencimiento de que Fernández de Córdova poseía aquellas cualidades que otro preclaro escritor militar, el Marqués de Santa Cruz, consideraba como necesarias para el generalísimo de país y ejército, y que constan en el tomo primero de sus *Reflexiones Militares*. Villamartín que, como luego veremos, pone sus objeciones a la concepción de las líneas de Córdova, indica al estudiarlas: «De todos los generales eminentes que en ella (en la guerra Carlista) han figurado, de todas las reputaciones devoradas por la audaz ignorancia de los unos, por el fanatismo e imprudencia de los otros; de todas las víctimas de los consejos aúlicos de café, de los diplomáticos y guerreros de la plaza pública, sólo tomaremos aquellos dos en cuya época de mando se elevó la guerra desde el ardid hasta la batalla, desde la partida hasta el ejército; estos son don Luis Fernández de Córdova y don Tomás Zumalacárregui.» Es manifiesta la justicia de esta elección, ya que estos dos caudillos eran infinitamente superiores a los restantes generales de uno y otro bando. El desarrollo de sus planes lo demuestra. Y también la continuidad de las operaciones cuando el uno muere y el otro cesa en el mando de las fuerzas. Entonces la intriga, el soborno y la traición, alcanzan superior efectividad a la estrategia y a las dotes de mando.

Córdova conocía el modo de captar al soldado, y su elocuencia le facilitaba el período emotivo en el justo momento. Después del ataque de Piedra-Millera, ejecutado por su orden y contra la voluntad de Oráa, Córdova dijo a este general en el acto de presentarse a él luego de la acción: «Ya ha visto usted, brigadier Oráa; *Gerona* vence y sube por todas partes, sobre todo cuando usted lo manda.»

Al día siguiente revistió las fuerzas, y con su acierto habitual fué encomiando la intervención de cada unidad. «Soldados —dijo al Regimiento de Soria—, vuestro valor de ayer os hace dignos del cor-

batín colorado que ganó vuestro Regimiento en la Guerra de Sucesión.» A los del «Infante» les reiteró las gracias que les diera el día anterior en pleno combate, por haber atacado de flanco. Al Regimiento de la Guardia se dirigió de esta forma: «Soldados de la Guardia, habéis heredado las glorias de los Guardias españoles de Bailén y de la Albuera, y seréis siempre invencibles.» Cada uno de los cuerpos tuvo su elogio y su evocación para resaltar sus intervenciones. La arenga a la Artillería lleva este colofón: «La Artillería ha hecho siempre lo mismo, y nunca ha hecho menos.»

Y de la misma forma que afluían elogios e incentivos, surgía la fría y enérgica advertencia cuando de las actitudes podían generarse conatos de indisciplina. Avisado por Oráa de haberse comprobado un movimiento insurreccional de la guarnición de Puentelarrá, que podía propagarse a las tropas situadas en Pancorbo, cubre en una hora las tres leguas que le separan de esas fuerzas, y sin temor a los soldados en rebeldía, se mete en medio de ellos, los tranquiliza, les promete la victoria y los emplaza al cumplimiento del deber. «Soldados, les dice, hagamos frente al enemigo para vencerle, y volvamos las espaldas a las disensiones políticas que desgarran las entrañas de la Patria.» Con justicia le decía Martínez de la Rosa en una carta: «Lo que dije entonces, lo veo confirmado cada día y lo repito ahora: el mayor servicio que está prestando ese ejército a la Patria no consiste en contener al partido rebelde y vencerle siempre que se presenta la ocasión; la empresa más ardua, la más difícil, la que más honra a usted, es mantener ese ejército bajo los principios de orden y de disciplina, sin que lo corrompan y disuelvan nuestras disensiones políticas.»

A los jefes soberbios que no logran reprimir eclosiones de violencia, los amordaza con su decisión. Un ejemplo de su firmeza nos lo ofrece su actitud frente a Narváez, su fraternal amigo posteriormente. Al pie de las posiciones de Arlabán, la escena. Inmóvil la división de Rivero y en vanguardia el Regimiento de la Princesa, mandado por el que sus enemigos calificaron de «Espadón de Loja». Sin temer al tiroteo enemigo, Córdova llega hasta esos soldados y les dice: «¡Soldados!: Váis a combatir delante de la Legión extranjera y a mostrar cómo vencen o perecen los soldados españoles.» En tanto el general decía esto, Narváez mostraba con su semblante el mal efecto que le causaba la intervención de Córdova. Al fin no pudo más y en tono destemplado exclamó: «Mi general, perdone V. E., pero ni yo ni mi regimiento necesitamos que se nos

jalée!» Volvióse Córdova hacia él en rápido movimiento, y con la mayor frialdad y mirándole de modo imperativo le dijo: «Usia oirá en silencio y con respeto la palabra de su general.» Rápida fué también la reacción de Narváez al decir: «Y por el general y el amigo sabré morir.» Un fuerte apretón de manos entre ambos firmó la escena, rubricada con la victoriosa ocupación del objetivo designado, y una herida en la cabeza que recibió Narváez, el coronel de los bellos avances.

Para Córdova todos sus soldados merecían el mismo trato, y a todos les mostraba aquella educación, aquellos ademanes selectos encomiados en Cancillerías y en salones. Cuando corrige, no daña ni con el epíteto ni con el gesto; deja que el concepto lleve la fuerza correctiva necesaria. Igualdad continuada. Al extender el parte correspondiente a la batalla de Mendigorria, hace constar que «se abstiene de recomendar a ninguno, por el temor de ofender a todos».

Nos dice Villamartín que «valor en el combate, humanidad en la victoria, nobleza y religiosidad en el cumplimiento de los pactos, deben ser la norma de conducta que se debe seguir con el enemigo». Córdova llega al Norte cuando se ejerce la más bárbara ley de represalias. Como si el mutuo exterminio fuera el estratega único que había de decidir la victoria, se fusila, se alancea sin piedad a los vencidos, a los paisanos, sin barreras de edad, sexo ni condición vital, dejando por los campos centenares de violáceos cadáveres desnudos, que son cebo de las aves.

Córdova frenó el desenfreno, parlamentó cuando lo urgía la cuestión, procuró la realización de canjes, y en cuanto pudo se apartó de los procedimientos anteriores. Con Elliot redactó el famoso Convenio que lleva el nombre de éste, el cual vino a sustituir el máximo empleo de la Ley marcial por un procedimiento humano. A Córdova no se le hubiera ocurrido jamás encabezar una carta a estilo de aquélla de Quesada: «Al jefe de salteadores y bandidos Zumalacárrgui...» Con el marchamo de «¡Es la guerra!», cerraban en uno u otro campo la nueva Caja de Pandora, antes de que llegase el General cristino de los treinta y cinco años de edad.

Córdova poseyó el don de la elocuencia, y durante su mando la prodigó en arengas, proclamas y notas. Ya hemos apuntado cómo su frase enlazaba la concisión a la fuerza. Modelos de bien decir han recogido las antologías, y entre ellos podemos citar las proclamas dadas al día siguiente de la acción de Allo y la correspondiente a la batalla de Mendigorria.

GENERALES ANTECESORES

Fijada ya la personalidad de Córdoba, se impone para el enjuiciamiento revisar la actuación de los generales que le precedieron en el mando supremo, para que resalte el contraste. Esa eslabonada actuación, unida a la de Zumalacárregui, son premisas indispensables al tratar de Córdoba como actor principal en el teatro de la lucha.

Sucesivamente fué consumiendo Zumalacárregui programas, intentos y actividades de los generales cristinos con mando en jefe. El primero de ellos Valdés. La efímera actuación de Sarsfiel no exige que pueda ser considerado este general como hito comparativo en la correlación castrense precisa para la valoración de Córdoba.

Frente a Valdés, el ejército fantasma de don Tomás y la red de confidentes que iba filtrándose por la retaguardia cristiana, descubriendo planes y preparativos, captando las noticias y penetrando en los informes. Exploradores por risqueras, valles y lugares. Los que pertenecían a las fuerzas carlistas llevaban la alarma a determinadas zonas estratégicas, provocando reacciones cristinas en lugares en donde no convenía la operación, pero sí era necesaria la concentración de fuerzas que dejaran libres otros sectores, propicios a la actuación carlista con el máximo de eficacia y el mínimo de pérdidas. La falsa pista era compañera del informe que precisaba la situación de fuerzas de choque nutridas de efectivos, que acampaban en desfiladeros o cubrían las crestas de elevados escarpes. A cambio de estos informes, que no tenían realidad sino en la fantasía, se llevaban del campamento cristino la exactitud de los efectivos, la determinación del armamento, el posible juego de las columnas.

Valdés se convenció pronto de que no era misión fácil, como supuso, el batir al general que tenía enfrente, y agrupó sus hombres en cuatro divisiones. Como imantadas llevó a las fuerzas adversarias el caudillo carlista. Un tanto de importancia se apuntó don Tomás en su labor de desgaste de fuerzas contrarias, única que le era factible con embriones de ejército, penuria de dineros, de armas y de unidades de verdaderos soldados: la ocupación de la Real fábrica y fuerte de Orbaiceta. El éxito fué completado con la acción de los encamisados carlistas en Zubiri. Valdés comprendió que era el momento de dimitir. Había fracasado su plan de encerrar a Zumalacárregui en el Valle de las Amézcoas. La presa que se creyera al alcance al iniciar

su mando, se escabullía, forzaba las salidas, se esquivaba a los intentos contrarios, logrando aprovechar con seguridad la circunstancia.

Quesada, que conoció con fruición el fracaso de Valdés, inició su misión de mando mediante la persuasión.

Ninguna acción de guerra hasta disponer de medios suficientes para la ofensiva, fué el lema de Zumalacárregui frente al ardor bélico de su rival. Pero no inactividad ante el que iba a dejar un «odio renombre», que aumentaba los enemigos a medida que crecían los rigores. La maestría de Zumalacárregui era demostrada sobre la realidad topográfica. Por entre las columnas cristinas maniobraba el ejército fantasma, que con frecuencia pasaba de envuelto a ser envolvente, pese a que sus voluntarios caminaban a veces «profundamente dormidos, sin seguir unos a otros, tropezando con los troncos de los árboles», como en la bajada hacia el pueblo de Contrasta.

Y ni la «Ley de represalias», ni las marchas y contramarchas para atacar las Amézcoas, facilitaron la prueba de que Zumalacárregui calumniaba al decirle a Quesada, en carta que merece ser leída en todo su contexto: «Desgraciado Gobierno aquel que fía hombres a la dirección de un ente tan nulo.»

Ya tenemos a Rodil en campaña, pues en ésta se precisaba una eficacia que no lograba la *Gaceta de Madrid*, buena forjadora de victorias. Llegaba bien provisto de efectivos y de deseos el general, a cuyo mando quedaban sometidos militares de brillante historial, entre ellos don Luis Fernández de Córdova, que mandaba la tercera división.

Con retórica iniciaba su mando Rodil, cuando eran la táctica y el conocimiento del problema lo que urgían.

Doble era el propósito de Rodil: capturar al Pretendiente y deshacer a Zumalacárregui, estrechando el círculo en torno a los personajes y a sus fuerzas. El caudillo carlista no titubeó y se dispuso, al no contar con las fuerzas precisas para atacar a Rodil, a sortear los posibles encuentros con éste, a observar los movimientos de los jefes cristinos, y a caer sobre cualquiera de éstos cuando la ocasión fuese propicia. Su actitud, en orden de circunstancias, fué imitada por Rodil. Que la astucia exige correspondencia de idéntica calidad, y es axiomático que las reglas se sacan de las batallas, en las que terreno y enemigo imponen la decisión.

La acción de Artaza obligó a Rodil a modificar totalmente su plan de campaña primitivo, consistente en extender una red de guar-

niciones que en perfecto enlace pudieran descubrir cualquier movimiento del enemigo, permitiendo, en un momento preciso, realizar ataques concéntricos sobre el núcleo rival, para dislocar sus manobras y destruir sus efectivos. Veamos lo que nos dice Córdova del nuevo propósito de su jefe, dirigido a lograr un golpe de efecto que conformara a la «opinión pública»: «A mediados de agosto me destinó el general Rodil a perseguir al Pretendiente. El bien conocía, lo mismo que yo, que era un trabajo inútil, por improductivo y comparable a la persecución de un cuerpo corriendo en pos de la sombra que proyecta. Pero lo dispuso probablemente así para conformarse con las instrucciones del Gobierno, el cual, por su parte, cedía sin duda también a la necesidad de satisfacer las exigencias del público, necesidad que ha sido frecuentemente costosa en esta guerra y algunas veces funesta a la causa nacional. Gran partido sacó Zumalacárregui del error, que nos hizo emplear en aquella fantástica persecución parte de las fuerzas que deberíamos haber empleado en combatir al grueso de la facción.»

Con desencanto comprobó Rodil el balance negativo de propósitos y el positivo de desgaste de sus soldados. Y descorazonado, esperó a que le sustituyera Mina.

Con Mina llegaba al campo de batalla el símbolo. Pero no era el símbolo lo que en aquella ocasión se precisaba para medirse con el que tantas lecciones prácticas estaba dando. El antiguo guerrillero tampoco ahorra la retórica y se expresaba de esta forma en una Orden encaminada a levantar la moral de sus fuerzas: «Soldados, contadme como el último granadero del ejército que, armado de un fusil, siempre que el caso lo requiera, compartiré gustoso vuestras mismas fatigas, hasta que hayamos conseguido una completa victoria.»

Mina, en unos días de mando, se dió cuenta de la calidad militar de su oponente. Convencido de la realidad, recabó del Gobierno el que se desguarneciesen por algún tiempo los puntos menos expuestos, cargando toda la fuerza al Norte, punto vital y decisivo. Continuidad del tejer y destejer característico, que tantas obras de conjunto ha dificultado en nuestro solar.

La desastrosa retirada de Lorenzo en Arquijas, la toma de Los Arcos y la derrota de Donamaría, dieron la réplica a Mina. Y el convencimiento. Su acción de mando estaba concluida. El que llegó al Norte para «concluir con la facción moribunda del carlismo en obra de unos cuantos días», firmó en Pamplona un escrito dimisio-

nario el mismo día en que el Gobierno acordara sustituirle por el Ministro de la Guerra, don Jerónimo Valdés.

Con lujo de fuerzas aparecía Valdés, el que se dispuso a atacar, en su posición de las Amézcoas, al caudillo carlista. Este, que carecía de artillería, decidió esperarle en los agrestes desfiladeros. Cuando comprobó que las fuerzas de Valdés pernocaban en Contrasta y sus inmediaciones, exclamó:

— ¡Nunca creí que Valdés tuviera tan escaso entendimiento!
¡Está perdido!

Una vez más iba a mandar la topografía.

Culminó el asombro de Zumalacárregui al comprobar cómo todo el ejército de Valdés subía al día siguiente para acampar en la imponente mole de Urbasa. El caudillo carlista nos presenta la situación y el efectivo: «¡Qué contraste! ¡Nosotros con cinco mil hombres, faltos de recursos, alojados con toda comodidad! ¡El enemigo, con veinte mil, situado en posición dominante, y asistido de todo lo necesario al objeto que se proponía, precisado a acampar a la inclemencia y a sufrir los rigores de una noche fría, cual podía haberla en terreno árido, donde ni agua se encuentra!» Artaza, el punto de la lucha. De lo que fué ésta para ambos bandos nos facilita el testimonio otro Córdoba, don Fernando, el hermano, que en sus *Memorias Intimas* tanta luz proyecta sobre aquella primera guerra civil. La retirada hacia Estella, que no ha quedado precisamente como ejemplo de lo que debe ser ese movimiento, cancelaba una batalla en la que, según Pirala, el ejército cristino «además de haber perdido mucho de su espíritu, sufrió en lo material pérdidas considerables...»

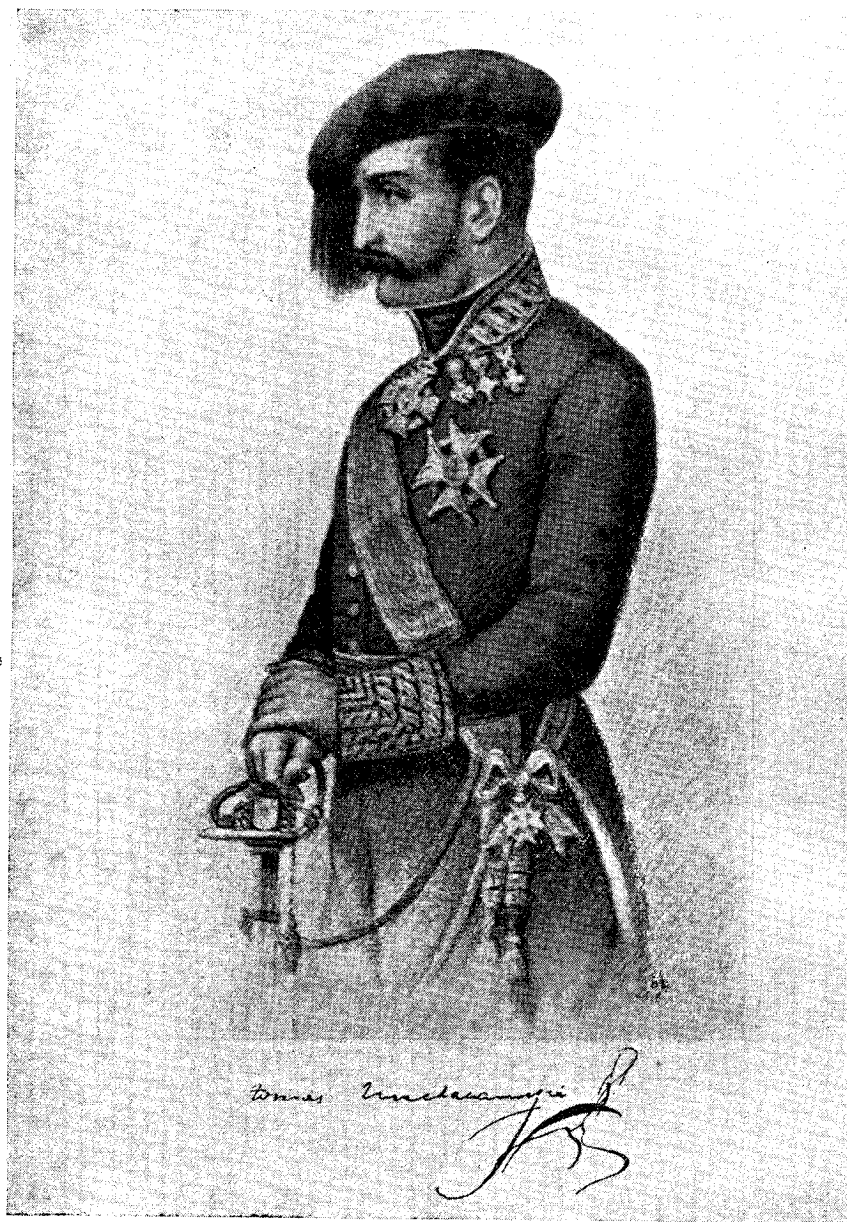
Zumalacárregui continuaba señor de las Amézcoas, en tanto que Valdés seguía personificando la indecisión, con gran enojo de sus generales, sobre todo de Oráa, que quebrantó patrióticamente la disciplina con sus cartas y oficios, en los que reclamaba una modificación a fondo en el sistema y en el procedimiento. Seguía la interferencia de la política y se pretendía la ayuda foránea, que no se despoja jamás de su sentido hipotecario.

Nadie mejor que don Fernando Córdoba para transmitir la realidad de los frutos del mando sucesivo de los generales en jefe cristinos, que hubieron de contender con el caudillo de don Carlos: «A todo esto, Valdés había entregado el mando por falta de salud a Espartero, y éste, como Latre y como otros generales, se daba de baja por enfermo. De sucesión en sucesión, el brigadier Tello, oficial de gran bravura, pero que todavía no era bien conocido, llegó



Luis

El General don Luis Fernández de Córdova. (Grabado que figura en la obra *Mis Memorias Intimas*, de su hermano don Fernando; edición de 1836, tomo I).



El general don Tomás de Zumalacárregui. (Dibujo que figura en el libro *Bibliografía e Iconografía del Carlismo Español*, de Melchor García Moreno).

a gobernar las armas. El conde de Valmaseda, capitán general de Burgos, fué a reclamar y obtuvo con honra propia aquella sucesión del mando en el ejército, hasta que recayó por último en La Hera.»

El desaliento de tanta desdicha llegó a Madrid, en cuyas calles se exteriorizaba la ansiedad, no ocultándose el pánico. En esos momentos se concentraron las esperanzas en el general que en el Norte había demostrado que conocía la estrategia y que estaba mejor dotado de condiciones militares que los otros generales, los que solamente le excedían en edad, y entre los que su elevación y notoriedad no fomentaba emulación sino enojo, que se exteriorizó en algunas acciones, en las que se procuró retardar la aportación de esfuerzos, contrarrestando los planes de conjunto de Córdoba. Entre esos generales supuestos preteridos, se distinguieron Lorenzo y Espartero.

El mando le venía a las manos a don Luis Fernández de Córdoba, que no estaba dispuesto a saltarse todo el escalafón de generales, como afirma un biógrafo algo avieso, sino que conocía la responsabilidad que el mismo entrañaba. Pero caballero de conducta tanto como de linaje, se aprestó al cumplimiento de su deber, dando fé de lo que dijo a su hermano días antes de su designación para el alto puesto: «Veo que el mando del ejército viene a mí, llamado a ese puesto por la opinión y las circunstancias. No lo deseo; tampoco lo rehusaré, porque hay en ello una obligación que me impone la patria y una cuestión de honor para nuestro nombre.»

CÓRDOVA, GENERAL EN JEFE

Cuando fué nombrado para el alto cargo, Córdoba, al contrario que los generales sus antecesores, no se jactó de poseer un plan decisivo, ni de acabar con los carlistas con la perentoriedad de término señalada por alguno de ellos. La noche anterior a su marcha para tomar posesión del mando de las fuerzas, asistió al Consejo de Ministros, y ante el Gobierno declaró que «no había formado por el momento plan alguno sobre las operaciones, pero que estaba resuelto a salvar a Bilbao o perecer».

Iba el general a demostrar que el arte de la guerra permite la utilización de todos los terrenos, si el que posee el mando se atiene a los principios acreditados con su intervención por los generales que se distinguieron en la Historia; que los ataques frontales y con grandes fuerzas en la montaña son siempre desastrosos para el que

los emprende, olvidando la eficacia de los movimientos envolventes, con apoyo en la retaguardia y en los flancos; que es peligroso operar con una retaguardia entregada por completo al enemigo; que las marchas exigen el máximo de seguridades, para que se queden en disposición continuada de servicio los elementos de vida, con el apoyo de las bases sucesivas; que en los cantones o campamentos ha de tomarse el máximo de precauciones, asegurando al soldado las condiciones precisas para su descanso y tranquilidad de espíritu, necesarios a la continuidad de su intervención; que el jefe ha de suscitar el celoso cumplimiento del deber, mediante el cariño y la asidua tutela de sus subordinados.

Córdoba, calificado de «ilustre pero desgraciado general» por uno de los biógrafos de Espartero, salió para el Norte. Ya en Valmaseda, se le mostró lo crítico de la situación al no hallar la escolta que le garantizara. Las fuerzas carlistas interponían con eficacia sus elementos. El general y el grupo de ayudantes y de soldados que logró reunir se enfrentaron a las fuerzas de Castor, que les impedían el paso hacia Portugalete. Uno de los acompañantes de Córdoba, su hermano, nos pinta con colorido la situación: «Luchábamos a la desesperada, con la idea de alcanzar el ejército para salvar al país. Durante cuarenta y ocho horas no cesamos de caminar sino en los pocos momentos en que dábamos de comer a los caballos. Las dos cortas compañías de infantería resistían más las fatigas que aquéllos, y los hombres parecían fantasmas que marchaban durmiendo.»

Alcanzado Portugalete, le llega la noticia que daba un giro imprevisto a la situación: Zumalacárregui había muerto, luego de soportar los excesos de cortesanos, curanderos de la política, y de Petriquillo y Tellería, curanderos de la medicina. Faltaba ya el alma de la causa carlista. Faltaba el hombre de amplia visión, que con rapidez se daba cuenta de las situaciones y con idéntica celeridad hallaba el medio de resolverlas; el que en el respiro de las acciones de guerra organizó un ejército, reclutando los hombres, encuadrándolos, disciplinándolos; el que estableció un servicio de espionaje tan articulado, que comenzaba en los alcaldes y miembros de la justicia y terminaba en la cuitada aldeana perdida en uno de los blancos caseríos que cantara Iparraguirre, el último bardo. Toda la organización, abastecimiento, distribución y mando, en una sola cabeza, que al mismo tiempo ha de resolver los problemas tácticos que le plantea el enemigo. Flexibilidad para hacer frente, adecuando la ré-

plica a la acción del enemigo y utilizando en cada intervención el modo, el *tempo* preciso. Desde el otoño de 1833 se desarrolla la lección, que concluye el 15 de junio de 1835 en Begoña.

MENDIGORRÍA

El nombre de Córdoba confortó a las desorientadas fuerzas que iban a tener como divisa «Isabel y libertad». Córdoba llega a Bilbao, y a poco, como nuncio de la decisión del nuevo caudillo, realiza el coronamiento de la Peña de Orduña. La fuerza carlista estaba sobre Puente la Reina, en cuya localidad la previsión de Córdoba había hecho entrar un convoy de víveres y de municiones, lo que permitió volver a ocupar la ribera del Arga. Vitoria y Logroño contemplaron los aprestos, tuvieron certeza de la decisión del caudillo que iba dispuesto a no seguir sombras, sino a desvanecerlas. Una fecha demostrativa fué la del 16 de julio de 1835, en que tuvo lugar la batalla de Mendigorria.

Dos recientes generales con mando en jefe se enfrentaron en el pueblo citado, Moreno y Córdoba, ambos recibidos con recelos en sus respectivos campos. Moreno ansiaba un triunfo que lo ahincase entre sus mandos, y creyó la ocasión oportuna situándose en ese vértice de un hipotético triángulo, cuyos otros dos vértices eran Estella y Puente la Reina. Dieciocho mil de sus hombres desplegaron, rompiendo así la característica guerra de montaña, que tan fructífera fuera a Zumalacárregui, y disponiéndose a derrotar en batalla campal a los ejércitos de la Reina, acelerando el triunfo definitivo de Don Carlos.

En la noche del 15 de julio, las fuerzas estaban distribuidas. Moreno situó sus tropas delante de Mendigorria, frente a Artajona y Larraga, dejando varios batallones en Obanos, al mando de Eraso, y a la división alavesa que mandaba Villarreal, en el lado opuesto del puente que conduce de Mendigorria a Cirauqui. A lo largo de unos cerros se extendía la línea carlista, la derecha apoyada sobre el río, la izquierda sobre unas colinas aledañas al camino de Obanos. El puente no era ancho, y aunque el río resulta vadeable por varios sitios, la comunicación entre las tropas quedaba reducida a esa sola vía. Además, quedaba muy reducido el campo de maniobra delante del pueblo, y por lo mismo sumamente expuesto al fuego de la única batería de que dispuso Córdoba y aun de la fusilería. Llegaba el

momento de evidenciar el máximo valor que tiene el desarrollo de acciones consecutivas en ambas orillas de un río que corta en sentido longitudinal el campo de operaciones.

El ejército cristino tenía en Artajona, el día 15, su centro y la derecha; al siguiente día actuaría en ese costado en su avance sobre el pueblo eje de la acción. En su centro la división de la Guardia, al mando de D. Santiago Méndez Vigo, y una brigada de línea. La derecha estaba formada por tres batallones y 300 caballos, al mando de Gurrea, y una brigada al de otro Méndez Vigo, D. Froilán. La izquierda, dirigida por Espartero, estaba integrada por su división y la del barón del Solar de Espinosa. La caballería, a las órdenes de D. Narciso López, se mantenía a retaguardia, entre la izquierda y el centro, con la misión de acudir al punto en donde su presencia fuese más necesaria, enlazando todos los sectores. Línea oblicua esta cristina, en la que el orden de batalla era rebasar la derecha, en terreno propicio a la eficaz intervención de la caballería.

Al amanecer del día dedicado a exaltar a la Virgen marinera, Córdova se mostraba alegre y optimista. La posición de las respectivas fuerzas le daba la seguridad del triunfo, y esa confianza ganó la de los jefes a sus órdenes. Estaba convencido del error carlista en relación a la importancia estratégica del río, que constreñía los obligados movimientos en la angostura del campo de maniobra.

Previas las escaramuzas de reconocimiento de la brigada de Gurrea con la izquierda carlista, Córdova ordenó a Espartero, que se hallaba en Larraga, que atacase con tres brigadas la derecha enemiga, la cual se apoyaba en el cerro de la Corona, en la margen izquierda del Arga, dejando la cuarta brigada de reserva; al mismo tiempo, ordenó a Gurrea que atacase para envolver la izquierda por la parte de Obanos. La brigada de D. Froilán Méndez Vigo tenía como misión contener a las fuerzas de Eraso en Obanos, cubriendo con la extrema derecha cristina el pueblo de Artajona, base de las tropas. Agrupada la caballería, dominaba los caminos de Artajona a Larraga y desde este pueblo a Mendigorriá, en terreno propicio para su actuación.

Espartero en su avance envolvió la derecha de la línea carlista, amenazando separarla de las reservas. De las alturas de Corona desalojó al enemigo, al que quebrantó con sus cargas el barón del Solar de Espinosa, ayudado por Tello. Los carlistas descendieron al río, pasando presurosos el puente, sin que pudiera detenerlos la decisión de Villarreal, que con las fuerzas de reserva defendía aquél.

Desorganizado cruzó el enemigo. Entonces, Córdoba ordenó a Narváez que tomase el puente, lo que verificó con decisión el furioso lojeño.

No todo el ejército carlista superviviente pudo utilizar el paso sobre el río. Quedaban en Mendigorria unos cinco mil soldados, que fueron obligados por carga de los soldados de la Guardia y de Extremadura a cruzar el Arga por un vado. Durante esta operación de cruce se presentó López con sus jinetes para atacarlos de flanco, ataque que difirió con débiles pretextos. Repetía su pasividad de Mendaza, olvidando que «no está en las batallas la victoria, sino en las persecuciones, porque el arte de la guerra no consiste solamente en vencer en el campo, sino en sacar partido de los resultados adquiridos allí, eslabonando los triunfos en una serie progresiva, que empiece por una pequeña ventaja y acabe por el aniquilamiento y muerte del contrario».

Gracias a la actitud de López, cinco mil soldados de Moreno quedaban en disposición de proseguir la lucha. Un historiador carlista, Oyarzun, indica: «Los carlistas se retiraron en dirección a Cirauqui, débilmente perseguidos por los cristinos, quienes no se comprende cómo no lanzaron su numerosa caballería en su persecución para hacer más definitivo su triunfo».

Don Luis Córdoba, caballero en todo momento, no empaña en su *Memoria justificativa* el nombre de López; no le culpa directamente, como hace su hermano D. Fernando (1); se limita a la queja, sin dar el nombre del que se detuvo en la partida cuando estaba determinado el movimiento de sus peones. D. Luis sintetiza el resultado del modo demostrativo que en él es habitual: «Después de reanimar, levantar el bloqueo y abastecer la ciudad de Vitoria, entré en Logroño, seguí al socorro de Puente la Reina, y dí la batalla de Mendigorria, que hubiera podido ser el término de la guerra sin la desgraciada fatalidad que nos privó de sacar todo el fruto que la victoria prometía, por lo mucho que en ésta batalla había arriesgado el enemigo, confiando ciegamente en la superioridad que con sus re-

(1) «... cuando se presentó en el flanco el brigadier cubano López para cargarles con la caballería. Esta carga no se ejecutó: López pudo hacerlo, pero lo dificultó con fútiles pretextos, y dejamos de coger miles de prisioneros. Era la segunda vez (la primera en Mendaza) que mi hermano, por faltas de López —y no diré por cobardía, porque aquel desgraciado era valiente, y valiente como pocos— dejaba de coger prisionero la mitad del ejército contrario, y con él el fruto de la victoria.»

cientes ventajas se atribuía. Pero los malos hábitos de guerra que habían contraído nuestras tropas, dispersándose en la victoria como en la derrota, no permitieron dar a nuestro triunfo todo el alcance de que era evidentemente susceptible; y Don Carlos y sus huestes se salvaron por instantes de una situación desesperada.» ¡Cuántos adversos resultados explican las palabras del general «dispersándose en la victoria como en la derrota», que evidencian cómo eran negados prácticamente principios básicos del arte militar!

Con todo, la batalla de Mendigorria tuvo gran importancia moral y fué oportuna en los órdenes cronológico y político. En ella quedaba afirmado un prestigio militar discutido, ahincadas realidades que podían tener una continuidad si eran mantenidas la confianza y disciplina preconizadas, y si se lograban subsanar defectos onerosos en la organización de los cuadros y en el orden de los aprovisionamientos.

Córdoba marchó a Pamplona para ofrecer el mando supremo a Sarsfield, que éste no aceptó alegando su estado de salud y sobre todo los merecimientos del general victorioso en Mendigorria, favorito ahora del ejército y de la opinión. No se equivocaba el veterano militar. En toda España la batalla junto al Arga había causado sensación. El alivio experimentado elevó el nombre de D. Luis Fernández de Córdoba, fijándolo como símbolo de victoria. Militares prestigiosos opinaban que, a partir de Mendigorria, la guerra comenzaba a entenderse; el Gobierno ascendía a teniente general a su artífice y la prensa ensalzaba al que prometió al salir de Madrid camino del Norte «perecer bajo los muros de Bilbao, o salvarla».

PECULIARIDADES DE LA LUCHA

Los laudes recibidos por esa acción, que alteraba las características de los hechos bélicos desarrollados en la faja norteña, no alestargaron al general en jefe, que ya comenzaba a resentirse en su salud. Córdoba conocía el terreno, la población indígena y su identificación con la causa de Don Carlos, y la constitución y funcionamiento de las fuerzas cristinas, y este conocimiento lo presenta con toda claridad en su obra decisiva, la que sitúa su nombre por mérito propio en el reducido núcleo de los grandes escritores militares.

La situación estratégica de las fuerzas contendientes las fija en una síntesis necesaria para todo aquel que desee enjuiciar actuacio-

nes: «Los rebeldes obran, pues, siempre *en ofensa y desde un centro inexpugnable* (que no tienen ningún interés en guardar y que no podemos nosotros *ocupar nunca*, por más que penetremos en él), *sobre una vastísima y débil circunferencia, sembrada de puntos vulnerables*. El ejército de la Reina obra defendiendo estos puntos, defendiendo aquella línea frontera de 93 leguas, y *ofendiendo* cuando puede *los puntos vulnerables del enemigo*. Estas tres obligaciones constantes ha de ejercerlas siempre *defendiendo la circunferencia contra el centro y ofendiendo el centro desde la circunferencia*. Que los militares mediten un poco esta situación respectiva de los dos ejércitos beligerantes, y casi nada más tendré que decir a los que de tales tengan algo más que el uniforme.» El aserto estaba demostrado por el jalonamiento de acciones que llenan el período de mando de Zumalacárregui.

En la obligatoriedad de actuación a que ese planteamiento forzaba, aparecía todo un pueblo colaborando con los que, mediante las armas, respondían a sus sentimientos políticos. El país vasconavarro aportaba sus servicios, contrarrestando en unos casos y deshaciendo en otros la acción cristina. Un famoso escritor, al referirse a la acción de Artaza, nos muestra una situación que puede ser aplicada a cualquier fase de la campaña: «Lo peor de aquella tremenda jornada era que los cristinos no encontraban ningún apoyo en el país; el vecindario huía de los pueblos, poniéndose al amparo de la facción; a ningún precio se encontraban aldeanos ni pastores que quisieran practicar el espionaje; la ignorancia de los movimientos del enemigo y de los puntos en que pernoctaba eran motivo de grande confusión para los generales; nadie sabía nada; había que esperar los hechos, subordinando todo el plan a lo que resultara de los del enemigo, por lo cual el verdadero director de la campaña era Zumalacárregui, como jefe de su ejército, dueño absoluto del país en que operaba y de todo el paisaje navarro.» Aun cuando el director varió con la muerte del caudillo, el pueblo siguió actuando con eficacia.

Esa intervención decisiva, la plantea Córdova sin ambages: «Las noticias dirigen las operaciones como la brújula y la carta a la navegación. El enemigo las tiene todas. Nuestro más pequeño movimiento es notado y comunicado por señales que primero lleva el aire a sus jefes, de altura en altura, y luego corren por partes verbales de puesto en puesto y a cada instante. El telégrafo es menos veloz y seguro que aquellas señales: nada escapa, nada puede escapar de

la vigilancia de las partidas de observación que nos circundan y siguen desde el momento que salimos de nuestro terreno.» En la red del espionaje quedan prendidos desde el general al último mochilero. Millares de hombres iban a la captura de la noticia, causando la incomunicación absoluta entre los puntos cristinos. Y una estadística sin par: «En cuarenta y ocho horas fueron interceptadas trece comunicaciones que dirigí desde Estella a los generales mis compañeros. De veinte mensajeros, diecinueve van a presentar a los rebeldes su mensaje, y el que es fiel raras veces escapa y llega.» La conclusión que de todo ello obtiene Córdova es que «la lucha se puede rigurosamente comparar en todos estos conceptos a la de dos hombres, de los cuales uno tiene vendados los ojos, pues del enemigo no sabemos, entrando en operaciones, nada de cierto, o lo que es peor, no sabemos sino lo que él se encarga que se nos diga».

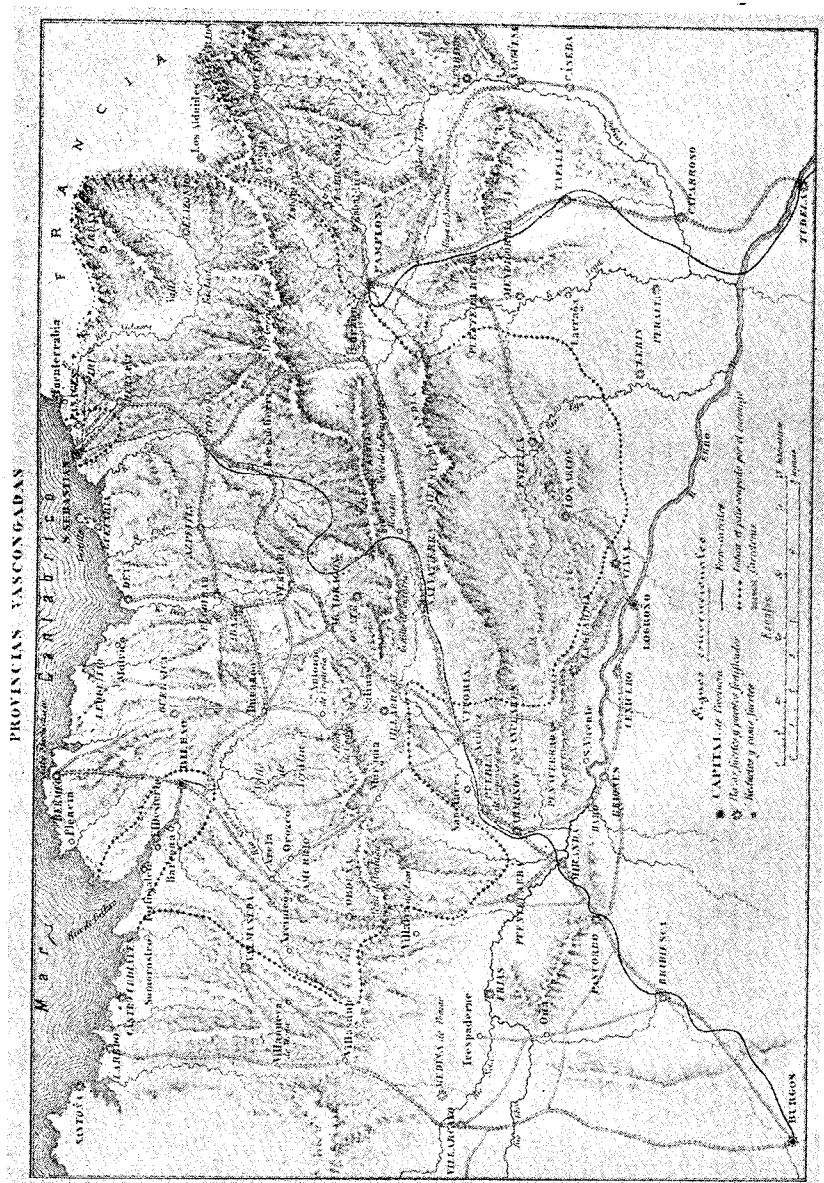
Esta cooperación íntima y continua se muestra en el abastecimiento, decisivo para la integridad del soldado en campaña. También son decisivas las palabras de Córdova: «El enemigo no tiene que llevar consigo sus subsistencias, ni ocuparse jamás en buscarlas. Allí donde llega o se encuentra, el país dirigido por las autoridades civiles le ha puesto, por decirlo así, *la sopa en la mesa.*» En cambio de esta facilidad carlista, aparece la acumulación dificultosa del abastecimiento cristino. Víveres, vestuario y municionamiento, son incentivos en las apelaciones epistolares de Córdova al Gobierno. Porque aun cuando los elementos necesarios a la subsistencia y actuación del soldado lleguen, que muchas veces no llegan, a los límites de los estacionamientos, el llevarlos hasta el teatro de operaciones obliga a la utilización de centenares de acémilas y de servidores, que «obstruyen la marcha a punto de hacerla lentísima y muy peligrosa en los desfiladeros, barrancos, ríos, sendas y demás accidentes continuos por donde se marcha y opera». La premisa es concluyente: «El enemigo encuentra donde quiera que comer, y el ejército, llevando como el caracol la casa a cuestas, no puede asegurar su vida sino por tres días a lo sumo si penetra al interior.» Inconvenientes gravísimos éstos del precario abastecimiento que había de sufrir años después otro general capacitado, el Marqués del Duero, víctima de la guerra irregular característica del país, que ponía el cingulo de sus montañas, demostrando la efectividad del aserto: «Es casi inexpugnable el obstáculo que pone un país ceñido de elevaciones ásperas y accidentadas.»

Si precario fué el aporte de la intendencia, no fué muy excesivo



MARCELINO DE UNCETA
1857

La batalla de Mendigorría, según un dibujo de Marcelino de Unceta. (De obra *Mis Memorias Intimas*, de don Fernando Fernández de Córdova).



El teatro de Operaciones en el pais vasco-navarro. (Croquis que figura en el libro *Noções de Arte Militar* de Francisco Villamartin; edición de 1862).

el de los soldados de que Córdoba pudo disponer en su empresa. Con los efectivos a sus órdenes prosiguió aprovechando la ocasión de batir al enemigo, y las operaciones de liberación en Puente Larrá y Oña, que costaron el mando a Moreno, las acciones de Salvatierra, de Cirauqui y Mañeru, del Montejurra, de Ulibarri-Gamboa, de Arlabán, de Orduña, de Valmaseda y Zubiri, entre otras; las expediciones continuas por las provincias en guerra, el cierre de la frontera con Francia, confirman la actividad de Córdoba. Pero no bastaba esto para los que, sin conocimiento de causa, le calificaban de inactivo y exigían una victoria como la de Mendigorriá cada veinticuatro horas. Uno de los argumentos que manoseaban para ese cómputo de inactividad del general era el gran número de soldados puestos a su disposición.

Al cargo responde con su precisión acostumbrada el culpado: «Pero de esos 120.000 hombres a que se hace ascender la fuerza que tuvo el ejército, contándole los 30.000 de la reserva, que sin embargo siguió empeñada en las atenciones excéntricas de las cuatro provincias que ocupaba, ¿cuántos quedaban hábiles para prestar auxilios directos en las primeras líneas de operaciones? He aquí lo que los críticos no examinaban sin duda, y lo que yo voy a explicarles...» Y lo hace en detalle. De los 120.000 individuos totalizados, 43.700 estaban «estancados en las guarniciones», 20.000 en comisión (en almacenes, oficinas, con licencia, etc.) y 20.000 enfermos, heridos o convalecientes. «Es bien claro —continúa Córdoba— que venimos a parar en que no pasaba de unos 36.000 hombres la fuerza real y efectiva, la fuerza verdaderamente disponible para obrar en campaña en toda la extensión de ocho provincias, con sujeción a las condiciones generales y a las especiales atenciones a un tiempo defensivas, conservadoras y ofensivas...» Tajante es su conclusión, no desmentida: «Pero en cuanto a refuerzos militares, *no los recibí nunca.*» Sólo recibió los refuerzos que la misericordia del cielo juzgó precisos para «tolerar, silencioso y resignado», las incesantes acusaciones de sus detractores, a los que «con pocas palabras» podía confundir (1).

En procedimiento demostrativo fijó el volumen de la aportación militar extranjera, la que, ni en efectividad ni en eficacia, se corres-

(1) Con la determinación cuantitativa, coincide Villamartín diciendo: «De los 130.000 hombres que tenía [el ejército liberal] apenas le quedaban 40.000 para las operaciones...».

pondía a lo propalado por quienes estaban propicios a sobrevalorar lo externo, acaso para quitar méritos intencionadamente a lo propio.

LAS LÍNEAS

Dado el singular tablero de la guerra, las cortas comunicaciones enemigas, que permitían en una hora saber en Bilbao lo que en Vitoria se estaba haciendo, en tanto que los cristinos precisaban de tres días para llevar una comunicación desde Vitoria a Pamplona; dado que eran imposibles las operaciones desde la circunferencia cristina al centro en donde el enemigo se hallaba; dado que este enemigo podía llevar a todos los lugares que lo juzgase preciso las tres armas, en tanto que los cristinos no podían llevar al interior del país ni artillería ni caballería, porque a los accidentes naturales del terreno se unía el estar cortados los caminos con profundas y amplias zanjas; dado el dificultoso servicio sanitario, que retenía diez hombres por cada camilla utilizada; dada la carencia de puntos de apoyo fortificados, el general Córdova estudió un sistema de actuar con eficacia, restando posibilidades al enemigo, reduciendo su área de movimiento y la intervención de los infinitos colaboradores en la causa carlista.

El sistema descansaba en las siguientes proposiciones, que Córdova apoya en extenso razonamiento: 1.^a, las acciones de un cuerpo fuerte hacia el interior del país tienen mil inconvenientes de distinta naturaleza, pero del mismo rigor y alcance; 2.^a, los puntos perdidos no pueden recobrase, pero aunque serían de grandísima utilidad, la guerra no llegaría por esto a su término; 3.^a, no se puede hablar de operaciones combinadas, porque faltando el primer elemento de toda combinación, que es la fuerza, no es posible actuar sino con un cuerpo; 4.^a, dada la movilidad del enemigo, su recuperación tras una derrota sería inmediata, volviendo al punto anterior con la tranquilidad de un ejército en parada; 5.^a, los combates que podemos dar al enemigo son siempre ineficaces como improductivos, pues los que hemos prodigado hasta aquí le han hecho guerrero y han engrandecido la rebelión; luego esos combates no me convienen a mí, que busco el medio de subyugarla.

Como solución estaba el bloqueo, apoyado en líneas bien determinadas, bloqueo y líneas que respondiesen al propósito cardinal que movía al general: «Es preciso, pues, dije para mí, restablecer ante

todo nuestra superioridad en todas las armas, y particularmente en la caballería; dar al ejército los hábitos de combatir en línea que no tiene, y corregirle de los malos que ha contraído en la montaña, combatiendo como tropas ligeras: conseguido esto, es menester dominar exclusivamente las tierras llanas que producen y proveen a las necesidades naturales de la rebelión, y hacer sentir en ellas las ventajas de la paz, al mismo tiempo que en la montaña todos los rigores de la guerra: es, pues, preciso interrumpir las comunicaciones de éstas con aquéllas.»

Córdoba no se proponía con sus líneas levantar una nueva Muralla china, impenetrable y capaz de solucionar la guerra apenas estuviera logrado el conjunto de sus lienzos. Con su demostrada sagacidad salía al paso de tal creencia diciendo: «Línea militar no es lo que con grave error han creído muchos que razonan como si aquella fuese una muralla. Las líneas pueden ser de muchas clases diferentes, que se distinguen con otros tantos nombres. Las que yo construí variaron según los obstáculos, facilidades o exigencias del terreno, pero como todas se encaminaban al mismo objeto, y como se componían de varios sistemas, las designaré con el nombre de líneas de bloqueo.»

La primera de esas líneas fué la del bajo Arga, que afirmó la comunicación con Pamplona, aseguró la Ribera con un solo batallón, cuando antes retenía los servicios de catorce; permitió circular con seguridad los correos y los pequeños destacamentos, e hizo imposible el sitio de Puente la Reina, posición excelente. La línea iba reforzada con otra en el río Aragón. Como ensayo de las otras líneas sucesivas fué proyectada esta primera, cuya utilidad se logró con volar seis puentes y fortificar un pueblo.

La segunda línea aseguró a Vitoria como base de operaciones. La capital de Alava sufría un incesante bloqueo y no podía mantener su tráfico sino con la aportación de Miranda de Ebro. El terreno accidentado, el hallarse la población expuesta a la continua actividad de las partidas, exigía la intervención de grandes unidades en servicio. El Zadorra y los puntos fortificados de Armiñán, Nanclares y Ariñes, aseguraban los propósitos de Córdoba. Las guarniciones de esos puntos alcanzaban sólo a ochocientos hombres, conjunto suficiente para que centenares de acémilas realizasen en seguridad el diario abastecimiento y pudiera Córdoba afirmar que «de Madrid a Leganés no se viajaba más seguro».

La tercera línea la integraban el Ebro, las obras realizadas en

Miranda, Puente Larrá, Haro, Logroño y puestos de observación en los vados, tan numerosos éstos, que en sólo siete leguas de río existían veinticuatro. Esta línea evitó las continuas excursiones enemigas para hostilizar convoyes, destacamentos y mensajeros. El sistema de avisos mediante señales telegráficas completó el dispositivo, manteniendo alerta todos los puestos de observación.

La línea cuarta era la de la Rioja Alavesa, que consistió tan sólo en artillar La Guardia y fortificar San Vicente. Con ella quedó a cubierto toda la feraz provincia, en la que completaban el sistema defensivo los contraaduaneros de Zurbano, de modo que los recursos de la misma quedaron sustraídos al disfrute de las fuerzas carlistas, en la extensa proporción que antes y de modo permanente lo fueran.

La línea quinta era la del Condado de Treviño y la integraban las fortificaciones de Peñacerrada y de la villa de Treviño, en combinación con los fuertes de la Rioja alavesa, el dominio completo del Condado y la línea del Zadorra. Esta línea cerraba a las fuerzas carlistas el tráfico con Castilla; acortaba en seis leguas la comunicación cristiana desde el centro a la derecha de la base y facilitaba un excelente punto de partida para las operaciones futuras sobre el flanco de los valles meridionales de Andía.

La línea sexta era la de Zubiri, continuación de la primera sobre el Arga, y que se prolongaba hasta la frontera en los Alduides. No fué construída según el primitivo plan de Córdoba y no estaba terminada al tiempo de dimitir el mando su proyectista. El enemigo tuvo especial interés en que esta línea no fuese lograda, a lo que contribuyeron las mismas fuerzas cristinas abandonando el puerto de Curuchaga, posición clave en el primitivo proyecto.

Además, se contaba con la línea natural de la ría de Bilbao, en la que también se realizaron obras de mejoramiento.

Completaba el plan general de Córdoba el cierre de la frontera con Francia, bien mediante la vía diplomática, bien cortando las comunicaciones por medio de operaciones combinadas desde Pamplona y San Sebastián. También entraba en ese plan la utilización de tres cuerpos de 20.000 hombres, uno apoyado en Vitoria, otro en Pamplona y otro en San Sebastián; debían operar desde la circunferencia al centro, mediante líneas convergentes, atrayendo al enemigo los dos primeros, lo que permitiría al tercero maniobrar por la retaguardia, o distrayéndole con el primero y cortando los otros la frontera.

Fruto de «detenido estudio» considera Villamartín este plan, que, desde luego, presenta defectos como toda obra humana, pero que responde al afán de articular un sistema que permita alterar las típicas características de una lucha excesivamente prolongada.

El tratadista citado ponía sus objeciones; la primera de ellas consistía en que en las guerras de carácter civil «hay que sacrificar algo a las impacencias de la opinión pública», y que la inactividad a que eran propicias las líneas «chocaba de frente» con el espíritu público, lo que redundaría en menoscabo del ejército y prestigio de su oponente. Pero la fortificación no significa paralización sino afianzamiento defensivo, medio de contrarrestar la eficacia enemiga. Esto lo sabía muy bien Villamartín y de ello trató en el capítulo primero del estudio tercero de su magna obra.

La segunda objeción puesta por éste a las líneas, es que la escasez que se le quería imponer a los carlistas llegaría lentamente y siempre quedarían los recursos propios del país y los del contrabando. Débil es tal objeción, dado el propósito de ir reduciendo el área de utilización del tablero de la lucha, la eficacia de las fuerzas dedicadas a constreñir el contrabando y el propósito de cierre de la frontera francesa, vía principal para la introducción de elementos y de víveres.

La tercera objeción era que los carlistas, ocupando una posición central, podían desde ella lanzarse sobre el punto más débil, logrando su propósito antes de que se concentrasen las tropas de la periferia. A esta se ligaba la cuarta objeción, de que no siendo las fuerzas carlistas molestadas activamente disponían de tiempo para la eficaz preparación. Córdova no se proponía la inactividad. Claramente lo demuestran sus palabras: «Pero sería un error imaginar que el mío excluya o repruebe los combates tan sólo porque, renunciando a los inútiles y reposando sobre el hecho indiscutible de no poderse obligar al enemigo a los que para nosotros sean verdaderamente útiles y productivos, sólo admitiese como convenientes a los que lleven una mira importante y transcendental.» Recuérdense las operaciones durante toda la guerra y se comprenderá la razón de no aferrarse a la esterilidad. El general consciente ha de mostrarse avaro de la sangre de sus soldados. La fórmula de Córdova en acertada concreción es esta: «No combatir con perjuicio evidente; no combatir sin utilidad probable o a lo menos posible; avanzar en la empresa sólidamente por la adquisición, dominio y pacificación de los territorios productores, y reduciendo la rebelión a

sus estériles montañas, y por consiguiente a la imperiosa necesidad de salir de ellas para buscar la vida y encontrar la derrota, la demoralización y la muerte.»

La quinta objeción de Villamartín era que, dada la posición de las fuerzas contendientes en país montañoso, la división en tres cuerpos de ejército, obrando por líneas convergentes desde la circunferencia al centro, daba acción truncada a las operaciones. A Córdova, general que conocía el arte militar, no se le ocultaba ese principio táctico, y de ello daba pruebas a lo largo de su Memoria. En ella habla de los puntos vulnerables, de las características de la guerra de montaña, de lo que es el terreno para los carlistas. Sus proposiciones facilitan elementos de prueba sobre su conocimiento exacto de las circunstancias concurrentes.

La sexta objeción era que el ejército carlista aparecía más fuerte que cada uno de esos cuerpos y estaba en condiciones de batirlos sucesivamente. Al gran tratadista no podía sustraérsele el carácter de actuación combinada que Córdova fijó a las operaciones de esos tres cuerpos. Y él establece en su apartado sobre la teoría del combate que «el último que emplea las reservas es casi siempre el que vence».

Pese a sus reparos, Villamartín no omite su afirmación: «Este plan, a pesar de sus defectos, era producto de un detenido estudio y con algunas variantes fué en el fondo aceptado por los generales que sucedieron a Córdova en el ejército.» El tratadista conocía que a las causas militares concurrentes en el problema se unían máximas dificultades de cariz político, las equívocas actitudes de ciertos mandos, el influjo de una opinión extraviada, la cohesión de cuatro provincias movidas por un mismo deseo de triunfo. Por eso formula sus sagaces interrogantes: «¿Es lo mismo luchar provincia contra provincia, ejército contra ejército, que sostener la guerra en cada una y en todas las ciudades, y en cada una y en todas las familias? ¿Es lo mismo tener al enemigo enfrente, que tenerle sentado a la misma mesa y partiendo el mismo pan?»

Por reducir el número de esas ciudades, limitar el cómputo de familias implicadas en la cooperación y evitar la asistencia conjunta a esa mesa simbólica, luchó Córdova, propuso sus planes, trazó sus líneas. La política partidista y ambiciosa, que sabía actuar en un pueblo sin ciudadanía, al que se le manejaba con tópicos y falacias, se interpuso en su acción para dar desarrollo a su obra. Esa obra que reclama un estudio detenido, exento de prejuicios y podado de par-

cialidad. De guía pueden servir la *Memoria justificativa* de Córdoba, los escritos de tratadistas e historiadores que analizaron las guerras internas de la centuria décimonona. Del estudio saldrá valorada la figura del caudillo, que «sobrellevó con fortaleza la crítica, la injuria y la calumnia, ofreciendo su pecho a las balas, su salud quebrantadísima a las más grandes fatigas, y su honor a las crueles heridas y durísimos golpes que le asestaron sus enemigos personales y sus adversarios políticos; supo, en fin, a los treinta y seis años callar y sufrir, haciendo a su país el más grande y difícil de todos los sacrificios, pues que renunció o difirió la defensa de su honra y reputación para no agravar los males, ni agitar más las pasiones públicas, revelando los inconvenientes de la situación general a que se encontraba la suya propia identificada, y en la cual había de establecerse su defensa y vindicación». De aquel militar nato que, por una promesa del más puro cuño romántico, yace en Osuna la nombrada.

BIBLIOGRAFÍA

- Alcalá Galiano (Antonio): *Recuerdos de un anciano*. Madrid, 1890.
 Barado (Francisco): *Literatura Militar Española*. Madrid, 1890.
 Burgos (F. de) y H. T.: *Espartero: su vida militar, política, descriptiva y anecdótica*. Barcelona, 1858.
 Cánovas del Castillo (Antonio): *El Solitario y su tiempo*. Madrid, 1885.
 Chao (Eduardo): *Galería militar contemporánea, historia de la Guerra civil del Norte*. Madrid, 1847.
 Fernández de Córdoba (Fernando): *Mis Memorias Intimas*. Madrid, 1899.
 Fernández de Córdoba (Luis): *Memoria Justificativa*. París, 1837.
 Flórez (José Segundo): *Espartero; Historia de su vida militar y política*. Madrid, 1844.
 García Tejero (Alfonso): *Historia politicoadministrativa de Mendi-zábal*. Madrid, 1859.
 Henningsen (C. F.): *Zumalacárregui*. Burgos, 1937.
 Jarnés (Benjamín): *Zumalacárregui*. Madrid, 1933.
 Lafuente (Modesto): *Historia general de España desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, 1850-67*, Madrid.
 Marichalar (Antonio): *Riesgo y ventura del Duque de Osuna*. Madrid, 1930.
 Menéndez Pelayo (Marcelino): *Historia de los heterodoxos españoles*. Madrid, 1948.
 Mina (General): *Memorias*. Madrid, 1860.
 Momblach (Francisco de P.): *Carlos V*. Valencia, 1929.

- Ortega y Rubio (Juan): *Historia de España*. Madrid, 1900.
- Oyarzun (Román): *Historia del Carlismo*. Bilbao, 1939.
- Peña e Ibáñez (Juan José): *Las Guerras Carlistas*. San Sebastián, 1940.
- Pérez Galdós (Benito): *Zumalacárregui* (Episodios Nacionales, 3.^a serie).
- — *Mendizábal* (Episodios Nacionales, 3.^a serie).
- — *De Oñate a La Granja* (Episodios Nacionales, 3.^a serie).
- Pirala (Antonio): *Historia de la Guerra civil y de los partidos liberal y carlista*. Madrid, 1878.
- Risco (P. Alberto): *Zumalacárregui en campaña*. Madrid, 1935.
- Romanones (Conde de): *Espartero, el general del pueblo*. Madrid, 1932.
- Sánchez (D. R.): *Historia de Don Carlos y de los principales sucesos de la Guerra civil de España*. Madrid, 1844.
- Santa Cruz de Marcenado (Marqués de): *Reflexiones Militares*. Madrid, 1850.
- Sosa (Luis de): *Martínez de la Rosa, político y poeta*. Madrid, 1930.
- Vigón (Jorge): *Historia de la Artillería española*. Madrid, 1957.
- Villamartín (Francisco): *Nociones de Arte militar*. Madrid, 1890.
- Villa-Urrutia (Marqués de): *Fernando VII constitucional*. Madrid, 1922.
- — *Fernando VII Rey absoluto*. Madrid, 1925.
- — *La Reina Gobernadora, Doña María Cristina de Borbón*, 1925.
- Zaratiegui (Antonio): *Vida de Zumalacárregui*. Madrid. 1870.

LA BATALLA DEL JARAMA

por SANTOS CLEMENTE GARCIA
Teniente de Caballería

ANTECEDENTES

Situación general y Plan del Mando nacional.

En noviembre de 1936, el enemigo había decidido organizar la defensa de Madrid, casa por casa. Bajo la presión comunista, la Junta de Defensa dispuso el 12 de diciembre el encuadramiento de las milicias en una estructura militar —el Ejército Popular— con mando único y fuerte disciplina.

El Mando rojo, con absoluto desprecio de la población civil, no vaciló en someterla a los horrores de la guerra, lanzándose a una desafortunada resistencia.

Pero Madrid era la capital de España, y nunca hubiera podido justificarse su conquista mediante la destrucción. El Alto mando nacional decidió llevar a cabo una maniobra que envolviese a la ciudad por el Este, interceptando sus comunicaciones con el exterior.

Casi todas las vías que ligaban a Madrid con el resto de España estaban cortadas. La guarnición únicamente disponía de la carretera de Valencia y los accesos secundarios de Alcalá de Henares, débil comunicación con Levante.

Para dar comienzo a dicha maniobra de envolvimiento concebida por el Generalísimo, el General Orgaz, jefe de la División Reforzada de Madrid, dictó el 22 enero de 1937, en Navalcarnero, la Orden de Operaciones núm. 9 (croquis número 1). Determinábase en ella forzar la línea defensiva enemiga y atravesar el Jarama entre Viciamadrid y San Martín de la Vega, avanzando las tropas en profundidad al Este del río y apoyando los flancos entre el Tajuña por la derecha y el Jarama y el Henares por la izquierda, hasta coronar las alturas al sur de Alcalá de Henares, para establecerse sobre

la línea Alcalá-Villalbilla-Pozuelo del Rey-Valdilecha-Perales de Tajuña.

La maniobra había de desarrollarse en tres fases:

Primera fase. Ocupación de La Marañosa, Vaciamadrid, Ciempozuelos y Cuesta de la Reina, como puntos de apoyo para el avance y forzamiento de la línea de contacto, hasta llegar al río Jarama.

Segunda fase. Paso del Jarama y formación de una cabeza de puente al Este del mismo, en la que quedara rebasado el pueblo de Arganda.

Tercera fase. Avance hacia Alcalá para ocupar la zona comprendida entre el Henares y la línea Alcalá-Villalbilla-Valdilecha-Tielmes y Perales.

La Orden General preparatoria núm. 3 detallaba las fuerzas de maniobra encargadas de llevar a cabo el ataque: eran cinco Brigadas con un total de 24 unidades tipo batallón, 15 Escuadrones y 25 baterías de diversos calibres, mandadas aquéllas por los coroneles Rada (I Brigada), Sáenz de Buruaga (II), Barrón (III), Asensio (IV) y García Escámez (V). Como fecha para empezar la operación se señalaba la del 24 de enero (1).

(1) La constitución de estas fuerzas era:

I Brigada (RADA)

1.º Regimiento: IV Tabor Tiradores Ifni, VII Tabor Regulares de Alhucemas y I Batallón de Melilla.

2.º Regimiento: VII Bandera de la Legión, Tercio Requetes y I Batallón de Argel.

Artillería: Dos Baterías de 105 y dos de 75.

Carros: Una Compañía (9 unidades).

II Brigada (BURUAGA)

3.º Regimiento: IV Bandera de la Legión, Mehal-la del Rif y III Batallón de San Fernando.

4.º Regimiento: I Tabor de Alhucemas, VII Tabor de Regulares de Tetuán y Falange de Marruecos.

Artillería: Dos Baterías de 105, dos de 75 y una de 65.

Carros: Una Compañía (9 unidades).

«Anti-carros»: Dos Secciones.

Zapadores: Una Compañía.

III Brigada (BARRÓN)

5.º Regimiento: I Bandera de la Legión, I y II Tabor de Tiradores de Ifni y I Batallón de Ceuta.

6.º Regimiento: IV Tabor de Tiradores de Ifni, II Tabor de Regulares de Melilla y VIII Batallón de Valladolid.

Para el desarrollo de la primera fase se formaría una Agrupación compuesto por las brigadas I, II y III al mando del general Varela. Las Brigadas IV y V formarían otra Agrupación a las órdenes del coronel García Escámez.

Para el desarrollo de la segunda fase, las fuerzas de maniobra estarían constituidas por la II, III y IV Brigadas, a las órdenes del general Varela.

En la línea del frente nuestras fuerzas ocupaban de un modo discontinuo el cerro de Los Angeles, Pinto, Valdemoro, Seseña, Borox y Añoover de Tajc.

El terreno.

En la zona en que van a comenzar las operaciones desde los puntos de partida Pinto-Valdemoro hasta el río Jarama, muéstrase el terreno ligeramente ondulado, apto para la maniobra; como cultivo, tierras de labor y algunos olivares.

2.º Regimiento de Caballería: Cuatro Escuadrones de Sables y dos Secciones de Ametralladoras (Regulares Melilla, Villarrobledo y Farnesio).

3.º Regimiento de Caballería: 2.º, 3.º 4.º y 6.º Escuadrones (Regulares de Alhucemas y Calatrava).

Artillería: Dos Baterías de 105, dos de 75 a caballo, una de 75 transportada y una de 65.

Carros: Una Compañía (9 unidades).

«Anti-carros»: Una Sección.

Zapadores: Una Compañía.

IV Brigada (ASENSIO)

7.º Regimiento: I Tabor de Regulares de Tetuán, III Tabor de Regulares de Tetuán y VIII Bandera de la Legión.

8.º Regimiento: VI Bandera de la Legión, VII Tabor de Regulares de Melilla y II Batallón de Tenerife.

1.º Regimiento de Caballería: 3.º Escuadrón de Regulares de Alhucemas, dos Escuadrones de Numancia y dos Secciones de ametralladoras de Villarrobledo y Numancia.

Artillería: Dos Baterías de 105, dos de 75 y una de 65.

«Anti-carros»: Dos Secciones.

Carros: Una Compañía (9 unidades).

Zapadores: Una Compañía.

V Brigada (GARCIA ESCAMEZ)

9.º Regimiento: V Bandera de la Legión y Falange Española de Valladolid.

10.º Regimiento: II Tabor de Regulares de Ceuta y II Batallón de Toledo.

Artillería: Dos Baterías de 105, dos de 75 y una de 65

«Anti-carros»: Una Sección.

Al nordeste de La Marañosa se destaca el llamado espolón de Vaciamadrid, con grandes y torcidos barrancos. El vértice de este espolón termina en el pueblo de aquel nombre y desde él se domina un amplio espacio del valle del Jarama.

Una segunda zona comprende este valle, desde su confluencia con el Manzanares en Vaciamadrid hasta Ciempozuelos. Es un extenso llano de huertas y alfalfares de unos dos kilómetros de ancho. El descenso al mismo por los cantiles de La Marañosa es de rápida caída; al sur de La Boyeriza ese descenso resulta, en cambio, suave. En la orilla Este el acceso a la meseta es más fácil por las lomas que tienen origen en los vértices Pajares y Valdeperdices, y en cambio hacia el Sur, frente a San Martín de la Vega, tal acceso aparece muy difícil, sobre todo ante los vértices Pingarrón y Butarrón.

Dicha meseta está cubierta por una considerable extensión de espeso olivar.

La principal vía de comunicación en la primera zona considerada era la carretera de Pinto a San Martín de la Vega, y los caminos que llevan a La Marañosa. Luego, en el valle del Jarama, la viabilidad se ofrecía muy desfavorable para las fuerzas nacionales, ya que las únicas carreteras que conducían a la meseta situada al Este del río, era la que pasa por Titulcia, en el borde mismo de la zona de ataque, no siendo por ello utilizable, y las que llevaban a Morata de Tajuña, de valor muy discutible.

El enemigo.

El enemigo estaba situado frente a nuestras fuerzas sobre las posiciones de Perales del Río, Casa de la Aldehuela, vértices Cabeza Fuerte, Telégrafo y Valdecabas, Ciempozuelos, Cuesta de la Reina y Aranjuez. (Ver croquis núm. 1).

El frente rojo hasta Villaverde formaba parte del Cuerpo de Ejército de Madrid (quinto sector de las «Fuerzas de la Defensa de Madrid»), y al Sur de aquel pueblo y hasta Aranjuez, las fuerzas se hallaban establecidas en la siguiente forma: tres Batallones de la Brigada XLVIII y XIX en Perales del Río y La Marañosa; dos Batallones de la XXIII Brigada entre Cabeza Fuerte y el pueblo de San Martín de la Vega; en Ciempozuelos la XVIII Brigada Mixta completa; en Aranjuez fuerzas de la 9.^a División; una

Brigada de Carros Vickers entre Vallecas, Perales del Río y Arganda; y como reservas, la XI y XII Brigadas Internacionales.

INTENTO FRUSTRADO DE REALIZACIÓN DE LA OPERACIÓN. OCUPACIÓN DE LA CUESTA DE LA REINA

El día 23 de enero de 1937, las fuerzas nacionales de ataque estaban concentradas en Getafe, Parla, Pinto, Valdemoro, Torrejón de la Calzada, Torrejón de Velasco, Esquivias, Borox y Seseña.

En la madrugada del 24 cayó una lluvia torrencial. Las fuerzas iban situándose en sus puntos de partida para dar comienzo el avance.

La I Brigada (Rada) lo inició hacia La Marañosa. Antes de llegar al Vértice Cabeza Fuerte, donde se hallaban las primeras posiciones enemigas, recibió orden de regresar, en vista de lo encharcado del terreno y de la poca visibilidad existente.

Sin embargo; un destacamento de la V Brigada (García Escámez), que tenía orden de partir de Seseña y ocupar La Cuesta de la Reina, conquistó ésta mediante un golpe de mano dado con éxito por el comandante Sánchez Pérez.

En vista de que el temporal no amainaba, el general Orgaz decidió aquella misma mañana suspender la operación, y las fuerzas se retiraron a sus acantonamientos.

En la madrugada de los días 25 y 26 se concentraron de nuevo las fuerzas en sus puntos de partida. Las persistentes lluvias habían convertido el terreno en un enorme lodazal, y ante estas circunstancias, que impedían el movimiento de las tropas, el general Orgaz suspendió otra vez las operaciones y ordenó que las fuerzas acantonasen a retaguardia del frente.

A partir del día 4 de febrero el cielo presentó mejor aspecto y el 5 lucía ya un espléndido sol. Entonces el Mando acordó que las operaciones se reanudasen el día 6, en la forma que se había determinado en un principio.

LA BATALLA

PRIMERA FASE: AVANCE HASTA EL JARAMA

Idea de la maniobra.

Consistía ésta, según se dijo, en la ocupación de La Marañosa, Vaciamadrid y Ciempozuelos. (Croquis núm. 2).

La coordinación de los movimientos a realizar era la siguiente :

I Brigada (Rada). Concentrada en Pinto, ocuparía La Marañoso-Vaciamadrid.

La misión de estas fuerzas consistía en asegurar sólidamente el flanco izquierdo de las unidades que iban a cruzar el Jarama y batir a las tropas procedentes de Madrid que intentasen marchar en dirección a Arganda por Vaciamadrid.

II Brigada (Buruaga) y Brigada de Caballería (Cebollino). Concentradas en Pinto, ocuparían Góñez de Arriba y las alturas inmediatas al Jarama, desplegando por el centro del dispositivo del ataque, a través de la carretera de Pinto a San Martín de la Vega.

III Brigada (Barrón). Quedaba destacada en Pinto como reserva.

IV Brigada (Asensio). Concentrada entre los kilómetros 26 y 28 de la carretera general de Andalucía, ocuparía los vértices Telégrafo y Valdecabas, avanzando desde Valdemoro.

V Brigada (García Escámez). Concentrada en Valdemoro, ocuparía Ciempozuelos.

La operación. Día 6.

El día 6, la I Brigada, en su marcha hacia La Marañoso, ocupó Cabeza Fuerte sin dificultad, obligando a huir a la escasa guarnición. El coronel Rada siguió progresando hasta adueñarse del poblado de La Marañoso y las trincheras del cruce de los caminos de Perales-San Martín y Pinto-Marañoso, donde el enemigo opuso violenta y tenaz resistencia. En las últimas horas de la tarde, conquistó la Fábrica de Productos Químicos.

La columna García Escámez, que había emprendido la víspera una acción preparatoria, fué reforzada en este día con el 7.º Regimiento de la Brigada Asensio y ocupó Ciempozuelos. La XVIII Brigada roja quedó allí prácticamente deshecha. (2).

(2) El diario de Operaciones refiere, que se contaron más de mil muertos al enemigo tan sólo en el sector donde operaron las fuerzas de la Brigada del coronel Asensio, aún cuando la acción principal fué realizada por la columna García Escámez. Tan vigoroso ataque nacional dió por resultado la casi total destrucción de las fuerzas rojas instaladas en esta zona, a las que se capturó abundante y muy diverso material de guerra.

Por el centro avanzaron la Columna Buruaga con las fuerzas de Caballería. En las alturas que dominan el cruce del camino Valdemoro-Gótzquez de Arriba con la carretera Pinto-San Martín, tropezó la Infantería con la decidida resistencia de un Batallón apostado en unas trincheras próximas, y en pocos minutos sus tenaces defensores fueron completamente aniquilados. Mientras, la Caballería se lanzó hacia Gótzquez de Arriba, desbordándolo pronto.

En definitiva, las fuerzas nacionales habían logrado profundizar unos diez kilómetros, ocupando La Marañoso, Cabeza Fuerte, Gótzquez de Arriba y Ciempozuelos.

Disposiciones del enemigo.

A las 17,30, el jefe del Ejército rojo del Centro dictó desde Alcalá de Henares la Orden de Operaciones núm. 1 que, en líneas generales, reagrupa las fuerzas y ordena conservar sus posiciones a toda costa, particularmente los puentes sobre el Jarama.

En esta Orden se decía (croquis núm. 1 y 2):

«I.—El enemigo ha atacado hoy el sector de Arganda, logrando ocupar las alturas inmediatas al kilómetro 11 de la carretera provincial desde la general de Andalucía a San Martín de la Vega.

»Ha atacado también en dirección a Pinto-San Martín de la Vega, logrando ocupar Gótzquez de Arriba y alturas que dominan a San Martín de la Vega por el Oeste.

»Últimas informaciones recibidas de la 9.^a División (Aranjuez), dan como cierta la evacuación de Ciempozuelos, después de una heroica resistencia.

»II.—Nuestras fuerzas ocupan actualmente la línea orilla norte del Manzanares desde Madrid a Perales del Río, Casa de la Torrecilla, Casa de la Aldehuela, alturas al N.-O. de La Marañoso, Casa Gótzquez de Abajo y San Martín de la Vega.

»III.—El dispositivo de fuerzas que ha de ocupar estas líneas a partir de las cinco horas de la mañana del día 7, será el siguiente:

»La Brigada 41 en las canteras de Vallecas, Casa de las Barranquillas y atricheramientos próximos al Manzanares.

»El Batallón de Carabineros de la Brigada 48 guarnecerá Perales del Río y Casa de la Torrecilla.

»Otros dos Batallones de la 19 Brigada Mixta ocuparán la Casa

de la Aldehuela, alturas al norte de la fábrica de La Marañosá (cota 669), estableciendo contacto con el enemigo.

»La Brigada 23, establecida en San Martín de la Vega, guarnecerá Gózquez de Abajo, el Puente sobre el Jarama en la carretera de San Martín a Morata y el pueblo de San Martín de la Vega.

»La 9.^a División (en Aranjuez), establecerá una reserva para poder reforzar en caso preciso las dos guarniciones de San Martín de la Vega.

»Una Brigada de la División Líster se establecerá en Vallecas.

»Dos Batallones de la 12 Brigada Internacional se situarán en la fábrica de yeso, estación de Montarco y kilómetro 15,800 del ferrocarril de Arganda.

»La Brigada de tanques se establecerá en Vallecas, menos una compañía que se situará en las inmediaciones del puente de San Martín de la Vega.

»Una reserva de dos Brigadas Mixtas, no podrá ser empleada sin orden expresa del Ministerio de la Guerra. Son aquéllas la 5.^a en Vicálvaro y San Fernando y la 66 en Torrejón de Ardoz.

»La misión de todas las Agrupaciones constituidas es la de conservar las posiciones a toda costa.

»Los puentes sobre el Jarama serán, en caso necesario, objeto de una defensa obstinada.

»La Agrupación de fuerzas que se afecta al Cuerpo de Ejército de Madrid, con un efectivo mínimo de una Brigada, preparará un enérgico contraataque para que, en cooperación con la Brigada de tanques, actúe en dirección Casa de las Barranquillas-Casa de la Torrecilla, atacando al enemigo de flanco, si logra pasar el Manzanares.

»Todas las fuerzas organizarán el terreno defensivamente y perfeccionarán las obras ya existentes.»

La operación. Día 7.

Continuó la progresión nacional el día 7 para conseguir los objetivos de la primera fase prevista en la Orden de Operaciones a que se hizo antes referencia.

La IV Brigada (coronel Asensio) inició el avance desde su base de partida situada entre los kilómetros 26 y 28 de la carretera general de Andalucía; un regimiento ocupó sin resistencia los vértices Telégrafo y Mesa y continuó avanzando hasta las alturas que dominan San Martín de la Vega; otro regimiento llegó sin ninguna

dificultad al vértice Valdecabas y siguió su marcha hasta avistar la vega del Jarama.

En el centro, la columna Buruaga y la Caballería de Cebollino progresaron hasta coronar las alturas que dominan el amplio valle del Jarama. Desde los cantiles situados sobre La Boyeriza se dominaba una enorme extensión de dicho valle.

El enemigo, que parecía obstinado en creer que las tropas nacionales pasarían el Manzanares y no el Jarama, reforzó sus posiciones de Coberteras con la XIX Brigada Mixta y tropas de la XLVIII, inmensamente superiores en número a las fuerzas del Coronel Rada, que habían tenido que guarnecer además todo el flanco izquierdo. Dado su extraordinario desgaste, no era posible sobrepasar la resistencia enemiga.

Desde las dos de la tarde se desencadenó un fortísimo aguacero, y el general Orgaz decidió el regreso a Valdemoro de toda la Brigada Asensio, excepto un Tabor, que se quedó guarneciendo el Vértice Mesa.

La Columna Barrón, situada como reserva en Pinto, recibió orden de trasladarse a La Marañososa para reforzar a la I Brigada.

Reorganización de las fuerzas enemigas.

La Prensa roja no hizo ningún comentario acerca de la ofensiva nacional en el Jarama, limitándose el parte de guerra a dar la noticia de «escasa actividad en este sector».

Sin embargo, el general Pozas, había dictado a las ocho de la noche en Alcalá de Henares la Orden de Operaciones núm. 2, en la que se creaba la «Agrupación de Arganda», al mando del coronel Mena; unidad que más tarde había de constituirse en «Agrupación del Jarama».

A esta Agrupación se encomendó la defensa del sector comprendido entre Perales del Río y, siguiendo hacia el Sur, Casa de la Torrecilla hasta el Vértice Butarrón, al suroeste de San Martín de la Vega.

Al Cuerpo de Ejército rojo de Madrid se asignaba como límite de su sector con la Agrupación de Arganda, la localidad de Perales del Río.

La zona de acción de la 9.ª División abarcaba todo el valle del Jarama, al sur de la Agrupación de Arganda hasta Aranjuez.

Final de la primera fase.

El día 8, las unidades disponibles de la I Brigada (reforzada con algunas de la columna Barrón, que había llegado a La Marañosa en las últimas horas de la tarde anterior, según se indicó), después de un violento bombardeo de artillería contra las posiciones rojas, se lanzaron al asalto. Rota la resistencia, el enemigo abandonó sus posiciones, dejando en la huida gran cantidad de armamento y equipo.

Nuestras fuerzas continuaron avanzando, y en explotación del éxito llegaron hasta el «Espolón de Vaciamadrid», próximo a la desembocadura del Manzanares, batiéndose con fuego la carretera de Valencia y lográndose cortar el paso.

Disposición de las fuerzas nacionales y rojas al terminar esta fase.

La disposición a que nos referimos era la siguiente:

I Brigada (Rada). Cubriendo todo el flanco izquierdo, con posiciones en Cabeza Fuerte y alturas al oeste de La Marañosa hasta Vaciamadrid.

II Brigada (Buruaga). En Casa Gótzquez de Arriba.

III Brigada (Barrón). En La Marañosa.

IV Brigada (Asensio). En Valdemoro, teniendo guarnecido el Vértice Mesa con una Bandera del Tercio.

V Brigada (García Escámez). En Ciempozuelos.

Brigada de Caballería (Cebollino). Vigilando con un Regimiento desde las alturas sobre La Boyeriza, todo el valle del Jarama.

Se observaban perfectamente, desde estas alturas ocupadas por la Caballería, todos los movimientos del enemigo en el valle, en la carretera del llamado Puente de Arganda a Colmenar, y en la de Morata de Tajuña a San Martín de la Vega (3).

(3) En las primeras horas de la tarde fueron vistos dos jinetes enemigos que bordearon la orilla del Jarama, pasaron bajo nuestros observatorios y llegaron al puente de Pindoque. Pie a tierra, reconocieron las proximidades del puente como si buscasen algún objeto perdido. Rápidamente el comandante Balmori destacó una patrulla para apresar a la pareja de jinetes rojos, que no ofrecieron resistencia, y resultaron ser dos oficiales de nacionalidad francesa.

Por lo que respecta a las unidades rojas diremos que la 4.^a División del Cuerpo de Ejército de Madrid, con su puesto de Mando en Vallecas, tenía encomendada la defensa del Manzanares, al norte de la zona de acción de la Agrupación de Arganda. A esta División se le agregó un Batallón de la I Brigada de la División Lister, que, sobre camiones, se situó en el kilómetro 14 de la carretera de Valencia.

La «Agrupación de Arganda» tenía su Plana Mayor en esta localidad.

Las fuerzas con las que se constituyó la Agrupación adoptaron el siguiente dispositivo: La XIX Brigada Mixta se situó en las alturas al norte de La Marañosa, con un Batallón de Carabineros de la XLVIII Brigada: dos Batallones de la XII Brigada Internacional, sobre camiones, quedaron en Arganda; dos Batallones de la XVII Brigada Mixta, en las alturas al sur de Pajares y al Este del Jarama; un grupo de infantería de Asalto de la 9.^a División, con una compañía de carros, en las inmediaciones de San Martín de la Vega; un escuadrón de Caballería en Arganda.

La 9.^a División tenía su Plana Mayor en Aranjuez, disponiendo además de dos batallones de la XVII Brigada Mixta, situados en Titulcia, con la Plana Mayor de dicha Brigada.

La XVIII Brigada Mixta quedó acantonada en Titulcia y Aranjuez, para reorganizarse.

Descubierta sobre el Puente Pindoque.

El día 10 fué de completa inactividad. La Caballería seguía observando al enemigo desde las alturas sobre La Boyeriza. A media tarde el general Varela recorrió a caballo todo el frente, desde las alturas que dominan el valle del Jarama. Por orden suya fué destacada una escuadra a caballo para acercarse hasta las proximidades del Puente de Pindoque. Descendieron estos jinetes rápidamente por las barrancadas, atravesaron el canal del Jarama y al llegar a la orilla del río, junto al Puente, fueron recibidos con fuego de fusil. Esto revelaba que el enemigo contaba aquí con defensas organizadas. Se comprobó al mismo tiempo, que el río no era vadeable por esta parte.

SEGUNDA FASE.—PASO DEL JARAMA

Idea táctica (croquis núm. 3).

Para el paso del río Jarama el general Orgaz había dado el día 10, desde Navalcarnero, la orden de operaciones número 10, en la que se determinaba, entre otras cosas:

«Se constituye la Agrupación de Brigadas con la II, III y IV, y los tres Regimientos de Caballería, colocados por este orden de Norte a Sur.

»La Caballería en vanguardia e inicialmente toda ella en el ala izquierda, con dos Regimientos en primera línea y uno en segunda.»

La zona de acción señalada para estas zonas era:

I Brigada (Barrón).

Límite Norte: Puente de Arganda-Vértice Campillo.

Límite Sur: Fábrica de La Marañosa-Casas de Pajares.

II Brigada (Buruaga).

Límite Norte: El Sur de la Brigada anterior.

Límite Sur: Kilómetro 30 de la carretera del Puente de Arganda a Colmenar de Oreja.

IV Brigada (Asensio).

Límite Norte: El Sur de la Brigada anterior.

Límite Sur: Vértice Mesa-Casa del Vértice Pingarrón y kilómetro 34 de la carretera del Puente de Arganda a Colmenar de Oreja.

Una vez asegurado el flanco izquierdo, se fijaría al enemigo con la II y IV Brigada, pasando rápidamente el río la Columna de Caballería, y a continuación la Brigada Barrón.

Cruzado el río, la Caballería se lanzaría a ocupar el Vértice Pajares, debiendo extender su acción por la derecha, para desbordar las resistencias enemigas de San Martín de la Vega, facilitando así el avance de las Brigadas Buruaga y Asensio.

El general Orgaz, dispuso que en esta fase de operaciones la Caballería quedase bajo el mando directo del general Varela y que después fuese relevada por la Infantería, en la línea alcanzada, quedando los Regimientos 2.º y 3.º a las órdenes del coronel Barrón e

incorporándose el 1.º a la Columna Asensio. La I Brigada (Rada), que ocupaba el Espolón de Vaciamadrid, barrería con sus fuegos la carretera de Valencia, impidiendo la circulación de toda clase de vehículos.

La operación habría de llevarse a cabo de este modo:

Un Tabor de Tiradores de Ifni (4), ocuparía de noche, mediante un golpe de mano, el Puente de Pindoque y las Casas de Pajares, situadas poco más de un kilómetro al nordeste del Puente. En estas casas organizaría un centro de resistencia, dejando en el puente un destacamento. Las casas de Pajares debían quedar ocupadas a las cuatro de la madrugada.

Con el jefe del Tabor se ordenó marchase la Compañía de Zapadores. Una sección seguiría hasta las casas de Pajares para fortificarlas, y el resto quedaría en el Puente, que debería habilitar para permitir el rápido paso de la Caballería.

Desarrollo de la operación.

En las primeras horas de la madrugada se deslizaron sigilosamente por las barrancadas de la Boyeriza los tiradores de Ifni.

Sin ser vistos, lograron pasar el puente de Pindoque, sorprendiendo a los centinelas semidormidos, a los que redujeron en el acto. Los Tiradores de Ifni se lanzaron seguidamente al asalto, con bombas de mano, sobre las enmascaradas defensas que ocupaba en la orilla del río la Compañía encargada de la protección del puente. Al oír las explosiones de las granadas, los rojos, que fueron sorprendidos cuando dormían, salieron despavoridos de sus escondites e intentaban defenderse, pero en pocos minutos fué arrollada su débil resistencia. Al amanecer se contaron 86 cadáveres enemigos.

Cuando el jefe del Tabor se disponía a marchar sobre las Casas de Pajares, su objetivo siguiente, se oyó una violentísima explosión y esto hizo suponer en un primer momento que se había malogrado el golpe de mano de los Tiradores de Ifni. Pero lo que realmente ocurrió fué que el individuo que estuviese encargado del explosor eléctrico situado en las Casas de Pajares, accionó el artificio de la voladura, al darse cuenta de que tropas nacionales combatían con los defensores del puente. Los cables pasaron involunta-

(4) Lo mandaba el comandante Molero.

riamente desapercibidos a nuestros Zapadores, pero afortunadamente sólo fué volado el tramo de la orilla izquierda.

A pesar de la voladura y de haber quedado aislados los Tiradores de Ifni, éstos se lanzaron con ímpetu a la conquista de las Casas de Pajares. Aquí los rojos ya estaban bien dispuestos para la defensa y los recibieron con nutrido fuego; sin embargo, en poco tiempo quedó eliminada la resistencia enemiga. El jefe del Tabor comunicó seguidamente que había cumplido su misión.

Entonces el general Varela ordenó que la Caballería comenzase a cruzar el río por el puente de Pindoque, que se encontraba parcialmente cortado. Era un puentecillo de un ferrocarril de vía estrecha destinado al transporte de la remolacha con pequeñas vagonetas. Para el paso de peatones, sólo existían unas estrechas planchas de hierro, por las que resultaba prácticamente imposible la marcha de los caballos, dado lo resbaladizo de estas planchas. Fueron colocados unos tablones por los Zapadores, y en seguida comenzó a pasar un Regimiento de Caballería (5).

Cuando apenas lo habían hecho tres escuadrones, la artillería roja comenzó a batir el puente con nutrido fuego, apareciendo más tarde por el llano, procedentes de Vaciamadrid, a las diez de la mañana, cinco carros de combate rusos, situándose a quinientos metros del puente y batiéndole con sus cañones y ametralladoras. El general Varela ordenó suspender la marcha de la Caballería —pues el movimiento del ganado imponía más lentitud—, y que en su lugar lo hicieran algunas unidades de Infantería de la Columna Barrón, para fijar la cabeza de puente. Mientras, la artillería nacional asentada en La Marañosá, concentró sus fuegos sobre los carros de combate rusos, de los cuales quedaron inutilizados dos, huyendo los otros tres.

Cuando aún no había terminado de pasar toda la Caballería, los escuadrones que lo hicieron montaron a caballo y al aire de carga se lanzaron en soberbia galopada sobre los macizos de Pajares, alturas situadas a dos kilómetros.

El fuego de todas clases que el enemigo concentró sobre los escuadrones dejó tendidos en el campo algunos jinetes. Pero la galopada tuvo tanto brío, que en poco más de dos minutos se salvó el llano, remontándose las peladas pendientes y, a través de las vagua-

(5) Pasó en cabeza el 4.º Escuadrón de Calatrava al mando del Capitán Millana.

das, rebasáronse las posiciones enemigas. Luego echaron pie a tierra los jinetes y entablaron combate cuerpo a cuerpo con la infantería roja. Algún enemigo huyó, pero otros muchos se defendieron con fiereza en islotes de resistencia aislada. Se les notaba sorprendidos, como si fuese una visión fantástica la audacia de la Caballería. Pronto fueron eliminados estos focos de resistencia, y el enemigo huyó despavorido de sus posiciones de Pajares, abandonando 4 ametralladoras, más de 120 fusiles rusos y otros tantos cadáveres (6).

En intrépida persecución, un escuadrón pie a tierra (7), llegó hasta la Casa del Guarda, que se conquistó a bombazos de mano, quedando de este modo dominada la carretera del Puente de Arganda a Colmenar.

A media tarde, toda la infantería había pasado ya el puente y, cruzando el valle, se dirigía a los Altos de Pajares, donde con la Caballería se encontraban ya algunas unidades de la Brigada Barrón. La vega del Jarama parecía un hormiguero de hombres.

Por la derecha, la IV Brigada (Asensio) había iniciado el avance a las siete de la mañana, alcanzando sin resistencia el Canal del Jarama y el Ferrocarril de la Azucarera. A las ocho cuarenta y cinco ocupaba sin dificultad San Martín de la Vega.

A la una de la tarde, el coronel Asensio ordenó a un regimiento que avanzase hacia el Jarama. Su jefe destacó un batallón para reconocer el Puente de Piedra del camino de San Martín a Morata. Cuando esta unidad llegó a las inmediaciones del mismo, fué recibida con nutrido fuego de fusil y ametralladoras desde unas trincheras situadas al otro lado del río. En este momento se oyeron unas explosiones en el puente, pero no parecía que hubiese sido volado. Para comprobarlo, el coronel Asensio destacó a varios carros, ordenándoles un reconocimiento; los carros informaron que el puente sólo presentaba un embudo en el último tablero y que al parecer no lo inutilizaba; habían fallado las cargas que los rojos tenían dispuestas.

Cayó la noche, y el coronel Asensio dispuso que las fuerzas vivaqueasen sobre las posiciones alcanzadas.

(6) Por los documentos y cartas recogidos se comprobó que estas fuerzas pertenecían al Batallón «André Marty» de la Brigada Internacional.

(7) El 1.º de Farnesio. Por la izquierda se lanzó el grupo de Escuadrones con el comandante Jurado. Por la derecha dos Escuadrones de Farnesio con los comandantes Vivas y Arévalo en cabeza.

Reacción del enemigo sobre las posiciones de la Brigada Rada.

El jefe del Ejército rojo del Centro reforzó con nuevas unidades la «Agrupación de Arganda», que se llamaba ya «Agrupación de Fuerzas de Morata».

A las cinco de la tarde la artillería enemiga comenzó a bombardear intensamente el «Espolón de Vaciamadrid», con dos baterías de 124 y una de 105. Como nuestras posiciones aquí se habían ocupado tres días antes, estaban aún débilmente fortificadas y, debido a esto, el fuego ocasionó sensibles pérdidas.

Poco antes de las siete de la tarde cesó sus tiros la artillería, avanzando cuatro carros de combate rusos, que parándose a intervalos, no dejaban de hacer fuego. Luego, tres batallones se lanzaron al ataque. Mas las fuerzas de Rada no cedieron ni un palmo de terreno, rechazando con tal heroísmo al enemigo, que éste se vió obligado a retirarse precipitadamente, dejando abandonados numerosos cadáveres.

La jornada del día 12.—Ocupación del Pingarrón.

La Columna Barrón se estableció con sus dos regimientos en las alturas de Pajares, próximas a la Casa del Guarda. Dos regimientos de la Brigada de Caballería quedaron afectos a la III Brigada (Barrón) y otro pasó a depender de la Columna del coronel Asensio.

La Columna Buruaga terminó de pasar el río por el puente de Pindoque, marchando a situarse a las alturas de Pajares, a la derecha de la Brigada Barrón, e iniciando ese mismo día el avance en dirección a la Casa Blanca.

El coronel Asensio, que operaba por la derecha, había dispuesto que un Tabor ocupase, mediante un golpe de mano, las trincheras que defendían el puente de Piedra. A las cuatro de la madrugada se emprendió esta acción y varios soldados se deslizaron sigilosamente, sorprendiendo a los primeros centinelas, que inmediatamente quedaron reducidos, sin tener tiempo para hacer uso de sus armas. Entonces cruzó el puente el resto del Tabor y describiendo un pequeño arco por la izquierda, se situó a retaguardia de las trincheras enemigas, contra las que se lanzó en rápido ataque con bombas de mano. El enemigo, que dormía confiado en su guardia de centinelas avan-

zados, al verse sorprendido, huyó en alucinante fuga, dejando numerosos muertos.

Al amanecer pasaron el río las restantes fuerzas de la Brigada y continuando el avance a las doce treinta, tras de asombrosa escalada, ocuparon el vértice Pingarrón.

Dadas las dificultades del terreno, que estaba profusamente cubierto de olivares, no se logró establecer enlace con las fuerzas de Buruaga.

Durante la noche pasó el río la artillería de la columna y se estableció en posición.

Como el ataque de esta Brigada fué tan enérgico y tan rápido su avance sobre el macizo del Pingarrón, el adversario dejó abandonado numeroso botín, entre el que figuraban tres piezas de artillería de 115, ocho ametralladoras rusas, numerosos fusiles y un carro blindado con cañón de 45.

Reacción enemiga.

A las nueve de la mañana habían surgido en el llano 19 carros rusos, que, rebasando el Puente de Pindoque, situáronse a retaguardia de las Brigadas de Barrón y Buruaga, cuyas fuerzas hostilizaron con el fuego de sus cañones y ametralladoras. Nuestras baterías de La Marañosa, los cañones ligeros de 65 y las piezas «anticarros» de 37 mm. de las columnas, concentraron sus disparos sobre los carros, que fueron eficazmente batidos. En un momento, cinco quedaron fuera de combate, huyendo el resto en dirección a Vaciamadrid.

En el sector en que operaban las fuerzas de García Escámez se apreció al amanecer que tres Batallones enemigos se habían infiltrado entre Ciempozuelos y Cuesta de la Reina, estableciéndose en posición defensiva y limitándose tan sólo a hacer fuego de fusil sobre el pueblo.

Este día llegaron al frente rojo importantes reservas. De refresco y perfectamente equipada, entró en acción la XV Brigada Internacional, que se había organizado, como las demás, en Albacete.

Al terminar la jornada, quedaba delimitada así la línea alcanzada por nuestra fuerzas: Puente Pindoque, Casas y alturas de Pajares, proximidades de la Casa Blanca, borde de la meseta, Vértice Pingarrón hasta el río, frente a San Martín de la Vega.

TERCERA FASE: AVANCE HACIA ARGANDA Y MORATA DE TAJUÑA

Consideraciones previas. Decisión nacional.

En un informe cursado al Gobierno rojo por el Comisario Inspector del Ejército del Centro se comunicaba:

«Los combates que se han efectuado en el valle del Jarama, a partir del día 11 sufrieron una agravación extraordinaria, por la presión tan insistente del enemigo.

»A partir de este momento los objetivos del enemigo se perfilaron con mucha claridad. Se orientaba a tomar en primer lugar Arganda y Morata de Tajuña.

»La finalidad concreta es clara, puesto que al cortar la carretera de Madrid a Valencia y las vías subalternas como las de Loeches y Alcalá de Henares, aislaban a Madrid, y, por consiguiente, por este motivo esperaban rendirlo por el hambre.»

Evidentemente, el mando rojo acertaba en sus consideraciones sobre la gravedad de la situación con que se enfrentaba su ejército ante la inminencia de completarse el cerco, puesto que, de coronarse con éxito la maniobra concebida por el Mando nacional, no sólo quedaría estrangulada la línea de abastecimiento y comunicaciones con Levante, sino que también sus masas de fuerzas serían arrolladas y Madrid quedaría liberado.

Para evitar semejante descalabro, el enemigo se apresuró a concentrar sobre el sector del Jarama sus mejores reservas y puso en línea cuatro Brigadas Internacionales que acababan de llegar al Ejército del Centro como importante refuerzo. Perfectamente equipadas y encuadradas, contaban estas Unidades con mandos extranjeros prácticos en la guerra, que habían cuidado del entrenamiento y férrea disciplina de sus tropas, sostenida a tiros de pistola. Otras varias Brigadas de refresco se hallaban en Arganda, Morata de Tajuña y Titulcia, y, además de tan abundantes efectivos, disponían los rojos de una magnífica artillería y de excelentes unidades de carros de combate rusos. Por otra parte, los audaces avances de las columnas nacionales sobre las cercanías de Madrid no podían ya apoyarse en la sorpresa táctica, puesto que los propósitos de nuestro Mando habían dejado de constituir secreto para el enemigo.

Frente a la acumulación de elementos de combate por parte de las fuerzas rojas, se acusaba un extraordinario desgaste en los efec-

tivos de nuestras Brigadas, desgaste que se incrementaría en progresión geométrica, dados los medios que ponía en juego el adversario. A su superioridad numérica en tierra tenía que añadirse la supremacía que alcanzaba en el aire su aviación.

En una palabra: inopinadamente habían surgido tan extraordinarias dificultades, que iban a tener seria repercusión sobre el cuadro general de las operaciones. Este azar de la campaña, modificaba radicalmente la situación, y el Mando nacional no vaciló en afrontar las nuevas circunstancias.

Era capital el problema del debilitamiento de nuestros efectivos, sin solución inmediata, puesto que carecíamos de fuerzas de reserva. A pesar de las numerosas bajas sufridas por las Brigadas, no podía pensarse en su reemplazo. Muestra de ello fué que el general Orgaz tan sólo pudo ofrecer por el momento al general Valera un Tabor de Regulares y una Bandera de Falange.

Entre las disposiciones que acordaron tomar los generales Orgaz y Varela para afrontar la nueva fase que adoptaba la lucha en el sector del Jarama, figuraban las siguientes:

La defensa del flanco izquierdo en nuestras líneas, que era la parte más intensamente hostilizada por la artillería enemiga, se encomendó a la Brigada del coronel Rada, por medio de sus guarniciones de Cabeza Fuerte y La Marañosa.

El grupo integrado por las Brigadas II, III y IV recibió la orden de continuar el avance en la mañana del día 13, señalándose los siguientes objetivos:

Para la Brigada Barrón, alcanzar Arganda y establecerse con sus fuerzas en las alturas Norte, Sur y Este del pueblo, encomendándose a los regimientos 5.º y 6.º la misión de forzar la línea defensiva enemiga, y una vez vencidas las resistencias, abrir paso a nuestra Caballería para que ocupase Arganda en explotación del éxito.

A la Brigada Asensio se le señaló el avance hacia Morata de Tajuña, con el establecimiento de un centro de resistencia en el Pingarrón.

Finalmente, la columna Buruaga recibía la misión de progresar por el centro de nuestro dispositivo, cruzando la carretera del Puente a Colmenar, entre los kilómetros 30 y 31, así como asegurar el enlace con la columna Asensio.

Actuación de las fuerzas propias (croquis número 4).

A las once de la mañana del día 13 la artillería de la Brigada Barrón inició un vigoroso fuego de preparación sobre las posiciones rojas, que se mantuvo hasta las doce y cuarto. Inmediatamente comenzó el ataque, avanzando simultáneamente por la izquierda el 6.º Regimiento de Infantería y el 3.º de Caballería, mientras que el 5.º de Infantería y el 2.º de Caballería iniciaban su avance desde la «Casa del Guarda», por la derecha. El enemigo respondió desde sus posiciones con violentísimo fuego de fusilería y el de una gran masa de armas automáticas, oponiendo fuerte resistencia.

Arrollada esta resistencia por la infantería de la III Brigada nacional, con gran quebranto de las fuerzas rojas, los restos de la XII Brigada Internacional emprendieron la fuga hacia Arganda. El coronel Barrón destacó entonces a vanguardia a sus dos regimientos de Caballería en persecución de la maltrecha infantería enemiga (8).

Esta, sintiéndose perseguida de cerca por la Caballería nacional, abandonó gran cantidad de armamento y municiones, teléfonos de campaña y material diverso. Acosados por los escuadrones, se entregaban sin resistencia los combatientes rojos que no lograron alcanzar sus líneas (9).

(8) Me resulta imposible describir las sensaciones que viví, como oscuro combatiente, en aquellos grandiosos instantes. Acababan de ser arrolladas las posiciones rojas y el enemigo se replegaba precipitadamente, desliziéndose por las lomas cercanas a los olivares de Arganda. El teniente coronel Alvarez Entrena mandó hacer alto a los legionarios de la I Bandera, ordenándoles situarse a la derecha de la carretera para ceder el paso al 2.º Regimiento de Caballería que se acercaba. El comandante Balmori mandó hacer alto a sus escuadrones, para saludar al teniente coronel Alvarez Entrena. Este sin apenas atender al saludo exclamó con enérgica y emocionada voz: «¡Comandante de la Caballería! Continúe su avance hasta que encuentre resistencia!» y, cargando aún más el acento, concluyó: «¡¡Las tropas de la Legión le siguen!!».

Esta brevísima arenga de Alvarez Entrena electrizó los ánimos de casi todos los jinetes, que le oyeron claramente. El comandante Balmori no precisó dar ninguna voz de mando, limitándose a espolear su caballo. Instantáneamente todos los escuadrones del 2.º Regimiento de Caballería se lanzaron a la más frenética galopada.

Resultaba un espectáculo imponente ver cómo avanzaban en vertiginoso galope todos los escuadrones, perfectamente formados en línea de a cuatro y pisando casi los talones a los milicianos internacionales, que huían llenos de espanto.

(9) Dice el diario de operaciones que uno de los hechos más importantes «fue la elección del momento en que se dió paso a la Caballería cuando, vencida la

Cuando la Caballería llegó al sur de Valdeperdices, recibió orden de detenerse.

El general Varela, que seguía minuto a minuto el avance de sus tres Brigadas, consideró arriesgado el pronunciado saliente con ambos flancos al descubierto que la columna Barrón iba creando en su marcha contra Arganda, puesto que la columna Buruaga, situada a la derecha, no había podido progresar con la misma profundidad que la de Barrón.

En efecto, la II Brigada por el centro, sostuvo todo el día ininterrumpido combate y el enemigo, establecidas sus defensas en el olivar, consiguió detenerla en su avance (10).

El coronel Asensio, tras de establecer un centro de resistencia en el Pingarrón, progresó por la derecha y, después de dura lucha, logró alcanzar una línea de olivares, pero al intentar un nuevo avance para lograr el deseado enlace por la izquierda con las fuerzas de Buruaga, vióse detenido. Se combatió intensamente para vencer la extraordinaria resistencia que oponía el enemigo, y a la caída de la tarde, el coronel Asensio ordenó a sus fuerzas fortificarse en las posiciones alcanzadas.

Reacción del enemigo.

El general Pozas visitó el sector del Jarama y en la tarde de ese mismo día 13 afluyeron al frente rojo importantes reservas.

Con Brigadas de refresco se cubrieron rápidamente las bajas de las unidades que habían sufrido mayor quebranto. También se taponaron

resistencia enemiga, ordenó a ésta lanzarse a explotar el éxito logrado por la Infantería. Este momento fué tan oportuno, que permitió a la Caballería y a la I Bandera de la Legión, que seguía a ésta, llegar casi sin interrupción y casi sin fuego enemigo, a ocupar las alturas próximas a Valdeperdices, donde se recibió orden de detener el avance». (Del Diario de operaciones del 5.º Regimiento, mandado por el teniente coronel Alvarez Entrena).

(10) «El fuego de ametralladoras y fusilería es intensísimo. El enemigo, al abrigo de los olivares, lucha con tenacidad hasta entonces desconocida; algunos de sus tiradores, encaramados en los árboles y ocultos entre las ramas, fusilan impunemente a nuestros soldados, que tardan en descubrir de dónde proceden los tiros. Las guerrillas avanzan penosamente, manteniendo difícilmente el enlace entre sí. (López Muñiz. *La Batalla de Madrid*, Editorial Gloria, Madrid, 1943, página 98).

ron los huecos producidos en la línea con fuerzas de más confianza (11).

El 14, al rayar el día, observóse desde las líneas nacionales la concentración de grandes efectivos frente al terreno ocupado por la Brigada Barrón, que se encontraba en situación de espera, tratando aquél de construir a toda prisa una línea de trincheras en torno a nuestro saliente hacia Arganda.

El coronel Asensio con su columna siguió avanzando. El enemigo no era demasiado numeroso pero oponía fuerte resistencia. Venciéndola las tropas de Asensio, lograron llegar a la parte más elevada de los olivares, y de este modo enlazarse por la izquierda con la columna central y avanzar lentamente para dar apoyo al flanco derecho de Buruaga.

Por el centro, esta Columna Buruaga tropezó con fuerte resistencia. El avance fué lento y muy penoso a través del olivar, que vomitaba fuego; las bajas en las Unidades eran numerosísimas. El coronel Buruaga mandó avanzar a su artillería de acompañamiento y, gracias a su ayuda, fué posible llegar a las dos de la tarde hasta la carretera del Puente de Arganda a Colmenar, cerca del kilómetro 30. Aquí la resistencia del adversario se mostraba mucho más tenaz.

Las unidades estaban ya muy quebrantadas por el incesante combate de toda la mañana entre el laberinto de olivos. En aquel momento se advirtió que fuertes contingentes enemigos, protegidos por los carros rusos, se disponían a atacar nuestras primeras líneas. Ante la imposibilidad de que la artillería propia, por falta de observatorios, pudiese batir estas concentraciones del contrario e impedir su contraataque, la aviación nacional intentó bombardear el olivar, en los puntos ocupados por la infantería roja. Desgraciadamente no fué posible a nuestra aviación lanzar una sola bomba, a pesar

(11) Bien elocuente era el informe dirigido al Gobierno por el Comisario Político del Centro, que decía:

«La intensidad de los ataques del enemigo fué extraordinaria. La masa de fuego empleada contra nuestras posiciones y nuestras fuerzas es la más fuerte que hemos podido presenciar en el curso de la guerra. Debido a ello, como también a que algunas de las Brigadas nuestras estaban sin foguear y eran de nueva formación, estos ataques del enemigo produjeron algunas desbandadas en nuestras fuerzas. Así podemos apreciar retirada injustificada en algunas Brigadas, especialmente en la 17 y en la 23.»

Posteriormente, varias de estas unidades fueron englobadas al núcleo de Brigadas de Líster, que las empleó en sucesivos ataques al Pingarrón.

de los repetidos intentos, pues la caza enemiga, muy activa y numerosa, apareció en el cielo cuando los Junkers cruzaban el valle del Jarama.

Tan pronto como nuestra aviación inició el regreso a sus bases, las tropas rojas, muy superiores en número a las nuestras, animadas además por la victoria de su aviación de caza, se lanzaron a un feroz contraataque. Por entre los olivos, nuestros observadores divisaban a los carros de combate rusos, y tras ellos enormes masas de infantes de la XXIV Brigada Mixta con otras fuerzas de la «Agrupación Morata», todas ellas al mando del comunista Walter.

El olivar se convirtió en un verdadero infierno. El fuego de las ametralladoras, el trepidar de la fusilería, las explosiones de las granadas de mano, los disparos de los carros rusos a boca de jarro sobre nuestras tropas, produjeron espantosa confusión. Llegó un momento de singular peligro cuando nuestras líneas quedaron rotas y fué arrollada la Infantería. Los rojos continuaron su avance, intentando llegar hasta el valle del Jarama.

Si Walter hubiese logrado pisar el río, habrían quedado inevitablemente aislados, la Brigada de Barrón por la izquierda, puesto que no tenía más comunicación con retaguardia que por el puente de Pindoque, y Asensio por la derecha, ya que sólo tenía acceso a retaguardia por el puente de San Martín de la Vega. Las consecuencias hubieran sido incalculables para las fuerzas nacionales.

Entonces el general Varela, que no pierde el contacto con sus tres Brigadas, dispone una vigorosa concentración de fuegos de las baterías de 155 de La Marañosa. Asensio y Barrón trasladan sus reservas al flanco amenazado y su artillería concentra sus fuegos sobre el adversario.

El coronel Buruaga reúne rápidamente un puñado de hombres de su Plana Mayor, y al frente de ellos se lanza en vigoroso contraataque. Los rojos se retiran precipitadamente, perseguidos por los tiros de nuestra artillería de acción de conjunto, y la situación se establece.

El mando enemigo suponía que los propósitos del mando nacional consistían en ocupar Arganda y Morata de Tajuña, fortificar después sólidamente Arganda, como principal nudo de comunicaciones y, conseguido esto, cruzar la carretera de Valencia por Coberteras, y seguidamente avanzar en dirección a Vicálvaro para cortar la carretera de Aragón.

A la una de la madrugada, el jefe del Ejército rojo del Centro disponía, entre otras cosas, lo siguiente:

«La Agrupación de Arganda conservará las posiciones que ocupa, preparará activamente la voladura de los puentes sobre el Jarama, de la carretera y del ferrocarril inmediatos a Arganda.

»La 19 Brigada Mixta pasa a depender del Cuerpo de Ejército de Madrid, que dará las órdenes oportunas para que en unión de la Brigada del Campesino, ocupen y defiendan el macizo de Piul.

»El Puente de Arganda será defendido a todo trance por la Agrupación de fuerzas de Arganda.»

Por otras disposiciones se ordenaba también que las fuerzas al mando del general Walter iniciasen reconocimientos ofensivos en el sector de Morata.

Este mismo día el Gobierno rojo decretó la movilización general, que comprendía la militarización de todos los hombres comprendidos entre los 20 y 45 años.

Las jornadas del 15 y 16. Forcejeo muy intenso.

El día 15 la Columna de Buruaga continuó encontrando enorme resistencia, pero la moral de las fuerzas nacionales seguía siendo magnífica, a pesar del duro quebranto sufrido en la jornada anterior, combatiéndose todo el día con intensidad. En las últimas horas de la mañana se incorporó a esta Brigada una Bandera de Falange. No se lograba salvar aquel olivar interminable y cruel, dentro del cual el moverse en cualquier dirección era perder la vida. Se tenía la impresión de que nuestros movimientos eran observados desde lo alto y que el menor cambio de postura era cortado con ráfagas de ametralladoras, las cuales no se sabía si estaban en los mismos olivos o eran las de los carros de combate rusos. Estos, al abrigo del arbolado, se acercaban impunemente a las propias fuerzas en grupos de seis o siete, disparando a placer sus cañones de 45.

Durante todo el día 16 fueron intensamente hostilizadas por el fuego de la artillería enemiga las posiciones de la Brigada Barrón. La Columna Buruaga, por el centro, trató de pasar al Este de la carretera del Puente de Arganda a Colmenar. Había puesto en línea una Bandera de Falange que, unida a otra de la Legión, inició el avance. Cuando estas tropas atacaron la Casa Blanca fué tan terrible la lucha, que la conquista de este objetivo se realizó a costa de ser

heridos o muertos la casi totalidad de sus mandos y la mayor parte de sus efectivos.

Nuestros carros de combate, armados con dos ametralladoras, que prestaban apoyo a estas unidades, hubieron de retroceder apenas pasada la Casa Blanca, a causa del terrible fuego de cañón que les hacían los carros rusos, ocultos en el olivar.

La Columna Asensio, por la derecha, consiguió nuevas rectificaciones a vanguardia, ocupando al asalto la cota 700.

Así termina esta jornada y con ella se cerró el capítulo de la ofensiva nacional en el sector del Jarama. Nuestro mando se vió obligado a abandonar sus propósitos.

CUARTA FASE: CONTRAOFENSIVA ENEMIGA

Disposiciones del adversario.

Al comenzar las operaciones el 6 de febrero, el 5.º sector rojo madrileño, a cargo de Burillo (que comprendía desde Perales del Río a un poco más al sur de San Martín de la Vega), quedó automáticamente convertido, el día 7, en «Agrupación de Fuerzas de Arganda» y más tarde en «Agrupación del Jarama», creándose también la «Agrupación de Fuerzas de Morata».

Fueron trasladados a este frente las mejores reservas, masas de artillería y muy buenas compañías de carros de combate rusos. Con todos estos elementos, Miaja se dispuso a iniciar la ofensiva, para lo cual decidió constituir dos núcleos de brigadas. El primero a las órdenes de Modesto, jefe de la 4.ª División, al que se encomendó la misión de desalojar a los nacionales de Coberteras y Vaciamadrid y reconquistar La Marañosa; el segundo núcleo de brigadas quedó al mando de Líster, jefe de la 11 División, el cual operaría desde Titulcia, para ocupar el vértice del Pingarrón y caer después sobre el puente de San Martín.

Al mismo tiempo, las fuerzas de Walter, desde Morata de Tajuña, continuarían presionando sobre los olivares, y las de Burillo, desde Arganda, iniciaría también nuevos reconocimientos ofensivos.

Simultáneamente, el Estado Mayor de Miaja ordenó que en los diferentes sectores del frente de Madrid se llevasen a efecto golpes de mano en serie. De esta forma, aspiraba a cortar nuestras comunicaciones del frente con retaguardia y arrojarnos al otro lado del río.

Veamos el desarrollo de la ofensiva roja en las sucesivas jornadas, que suscitaron momentos de crítica gravedad, aunque no impidieron que nuestras posiciones fueran conservadas íntegramente, constituyendo sólidos bastiones hasta que terminó la guerra.

La contraofensiva.

El día 17, y tras intensa preparación artillera, iniciada al amanecer sobre nuestras posiciones de La Marañosa y del espolón de Vaciamadrid, el enemigo se lanzó a un vigoroso ataque; pero nuestras baterías, situadas al oeste del Jarama, con buenos observatorios, batieron tan eficazmente y con tal rapidez a aquél, que huyó precipitadamente.

Otra columna roja se lanzó al asalto contra las posiciones nacionales del espolón de Vaciamadrid, asalto que fué rechazado en brillante contraataque. Por la tarde, con el apoyo de varios carros de combate rusos, el enemigo realizó una nueva embestida sobre La Marañosa.

Sobre las posiciones del Pingarrón, intentó también llevar a cabo un contraataque después de intenso cañoneo, que fué rechazado con facilidad. Daba la sensación de que se trataba de acciones demostrativas, para sondear la capacidad de resistencia de las líneas nacionales (12).

El día 18, poco después del mediodía, el adversario inició un intenso tiroteo de preparación con piezas de gran calibre sobre las posiciones de nuestra columna central. Cesó el fuego una hora después, advirtiéndose que importantes formaciones de la infantería roja, precedidas de carros, se dirigían contra las líneas propias. El ataque se mantuvo por espacio de hora y media, siendo vigorosamente rechazado por las tropas del coronel Buruaga, sin que nuestra línea sufriese la menor variación.

A las cinco de la tarde, el enemigo dirigió otro potentísimo ataque sobre el Pingarrón, tratando de romper el despliegue nacional

(12) El General Miaja, en una conferencia de prensa dijo a los periodistas: «Se ha iniciado la ofensiva. Nuestras fuerzas han atacado por el sector del Jarama y por La Marañosa; nuestro avance se efectúa lentamente, pues, naturalmente, el enemigo hace una seria resistencia y no tira precisamente con confites. Da una idea de la dureza de estas operaciones el hecho de que ayer nuestras fuerzas hayan resistido tres ataques del enemigo, ataques durísimos.»

por el centro. En un principio fué rechazado, mas la lucha se prolongó con encono hasta bien entrada la noche, y en las últimas horas aumentó la presión en tal forma, que los rojos lograron apoderarse de las avanzadillas.

Hacia la una de la madrugada del día 19, aumentó notablemente la presión adversaria. El coronel Asensio decidió que el comandante Zamalloa marchase con dos compañías del II Tabor de Ceuta a la posición del Pingarrón, con la orden de recuperar a toda costa la avanzadilla que se había perdido. El comandante Gómez Zamalloa, una vez llegado a dicha posición, adoptó las medidas adecuadas, y tras vigoroso contraataque con una compañía, que se lanzó por tres veces al asalto, y un escuadrón de caballería, combatiendo pie a tierra, logró recuperar el escaso terreno perdido. Dichas unidades sufrieron en esta acción un 80 por 100 de bajas.

Alrededor de las seis de la mañana del día 21, la aviación roja bombardeó intensamente las posiciones de Valdeperdices, ocupadas por la Brigada del coronel Barrón. Inmediatamente después rompió el fuego la artillería enemiga. Tras esta fuerte preparación, que duró hasta las diez de la mañana aproximadamente, los servicios avanzados de nuestras líneas pudieron observar el movimiento de una nutrida masa de infantería que se dirigía contra las posiciones propias, con 13 carros de combate rusos en vanguardia. El coronel Barrón ordenó que la artillería de apoyo directo de la Brigada hostilizase los objetivos previamente fijados por las piezas de acompañamiento de 65, que nuestra infantería tenía en primera línea. Ante la vigorosísima defensa, mantenida con fuego de todas clases por los soldados nacionales, se estrellaron inútilmente los intentos de asalto del enemigo, que sufrió gran número de bajas. Tan maltrechas quedaron las fuerzas atacantes, que los restos de sus formaciones desarticuladas se fijaron al terreno, sin atrever a moverse, hasta que acudieron en su auxilio nuevas unidades de refuerzo. Gracias a estas ayudas y a la presencia de cinco carros más de combate, intentaron lanzar nuevos asaltos, que resultaron igualmente estériles, obteniendo por resultado un extraordinario desgaste. El combate se sostuvo hasta el anochecer, en que el enemigo emprendió la retirada.

Nuestras posiciones de La Marañosa y del espolón de Vaciamadrid también fueron atacadas duramente. Todos estos intentos fueron asimismo rechazados, sin que el adversario lograra apuntarse ningún éxito.

Acción del Pingarrón.

El día 23, poco antes de las ocho y media de la mañana, el enemigo inició una potentísima preparación artillera sobre el Pingarrón. Las obras de fortificación de las avanzadillas, guarnecidas por un Tabor de Regulares y un grupo de escuadrones de Caballería pie a tierra, quedaron totalmente destruidas. Media hora después, una enorme masa de infantería roja, apoyada por carros de combate rusos, se lanzó al asalto. Nuestras fuerzas fueron diezgadas por el intenso bombardeo de la artillería. El jefe de la posición, comandante Zamalloa, sufrió también heridas graves. A pesar de todo, se entabló violenta lucha con los numerosos atacantes, que llegaron hasta las posiciones nacionales. Tanto los Regulares de Ceuta como los escuadrones a pie, resistieron espartanamente la presión de las avalanchas enemigas, clavados materialmente a sus trincheras. La extraordinaria potencia del fuego de los rojos resultó tan mortífera sobre nuestras fuerzas, que fueron baja la totalidad de los oficiales y los efectivos de las unidades que guarnecían el Pingarrón quedando reducidos a la cuarta parte. El coronel Asensio envió como refuerzo una compañía del I Tabor de Tetuán, destacada de la posición de reserva del Pingarrón. El comandante Zamalloa, a pesar de la gravedad de sus heridas, se negó a ser evacuado, siguiendo al frente de la defensa. A las nueve y media de la mañana, cuando dicha compañía de refuerzo estaba subiendo a la posición, halló al enemigo asaltando la avanzadilla de la izquierda y llegando cerca de unas casas próximas; lanzada impetuosamente contra aquél, entabló feroz lucha cuerpo a cuerpo, mientras nuestra artillería sostenía una vigorosísima concentración de fuegos sobre las posiciones que habían logrado ocupar los rojos. El coronel Asensio, en vista de la situación, decidió que el resto del Tabor de Tetuán subiese al Pingarrón, y que el Batallón Gallego fuese a guarnecer la posición de reserva. Las fuerzas se lanzaron con tal acometividad contra el enemigo, que éste tuvo que ceder parte de las posiciones que acababa de ocupar.

A las once, los rojos lanzaron nuevo ataque contra el Pingarrón. El comandante Zamalloa había sido por fin evacuado, sufriendo nueve heridas, una de ellas gravísima. Nuestra artillería arreció su fuego sobre la masa atacante, causándola enormes estragos, pero el enemigo también era bravo, entablándose terrible lucha. El Batallón Gallego, que se encontraba en reserva, subió al Pingarrón, a cuya

posición llegó en el crítico momento en que parecía inminente su caída en poder del enemigo. La 2.^a y 4.^a Compañías se lanzaron contra los rojos, y después de sostener violenta lucha cuerpo a cuerpo, les obligaron a desalojar los puntos que habían ocupado.

El general Orgaz envió como refuerzo un Tabor de Regulares, que llegó a las cinco de la tarde. Rápidamente marchó a la posición de reserva del Pingarrón, donde las unidades que realizaban su defensa se hallaban considerablemente mermadas a consecuencia del incesante combate. La Caballería del comandante Velasco estaba reducida a unos pocos hombres y sus escuadrones habían quedado en cuadro, con todos los oficiales muertos o heridos de gravedad. A pesar de esto y del terrible número de bajas, los escasos supervivientes seguían pegados a las trincheras, dispuestos a defenderlas hasta el fin. Eran jinetes que sentían el honor de combatir codo a codo con la gloriosa infantería, como las circunstancias exigían y su reglamento determinaba.

A las cinco y media de la tarde, creció otra vez la presión del enemigo sobre el Pingarrón. También precedido de carros, lanzó aquél un nuevo ataque e intentó asaltar nuestras posiciones. Los restos de las unidades nacionales que aún se sostenían en las trincheras rechazaron a los asaltantes con increíble valor. El coronel Asensio ordenó que una compañía del II Tabor de Alhucemas, en reserva, subiese al vértice tan disputado, siendo empleada en los puntos donde más fuerte era la presión roja. Con la llegada de la noche fué cediendo la lucha. Se había combatido sin descanso a lo largo de toda la jornada, y al final de ella todas las posiciones continuaban en nuestro poder (13).

(13) El corresponsal de *Ahora* describió así la lucha del Pingarrón:

«En la madrugada de ayer las tropas leales comenzaron el ataque. El monte, en poder de los facciosos, iba a ser atacado para intentar tomarlo definitivamente. Hace días había sido bordeado para seguir el avance. Ayer iba a ser el único objetivo. Interesaba arrebatarlo, pues para el enemigo tenía extraordinaria importancia en relación con las futuras operaciones. El combate fué durísimo. La artillería batía con intensidad la zona, y en el vértice topográfico del monte la lucha adquiría caracteres de extraordinaria violencia. Las tropas leales, poco a poco y a costa de su sangre, ganaron la cresta de El Pingarrón. A primera hora de la tarde, después de más de diez horas de lucha, nuestros soldados combatían ya en la cima del monte; la lucha tuvo el flujo y el reflujo correspondiente, pues el enemigo se batía desesperadamente. Durante toda la tarde se combatió duramente por la posesión total del monte. El enemigo conservaba una casa situada en él, desde la que se defendía. La casa fué batida por nuestra artillería y la

Con la acción sobre el Pingarrón, el enemigo dió por terminada su ofensiva en el Jarama. Su prensa de aquellos días apenas ocultó el fracaso.

En definitiva: los propósitos y finalidades del contraataque rojo se estrellaron contra la inquebrantable resistencia de las fuerzas nacionales, a pesar de la extraordinaria acumulación de efectivos y elementos de combate. Como contrapartida, la gran maniobra quedó neutralizada y, por imperativo de las circunstancias, la concepción dinámica de las operaciones dejó paso a la concepción estática en este sector. Entre tanto, se había desplazado a otras zonas el centro de gravedad de la campaña. Verdaderamente la batalla del Jarama había terminado.

FIJACIÓN DE LA LÍNEA DEFENSIVA PROPIA Y ESTABILIZACIÓN DEL FRENTE

A partir del día 24 de febrero, las fuerzas nacionales de la cabeza de puente del Jarama sólo realizaron pequeños movimientos para rectificar las líneas en este frente, con el fin de hacer más sólida la defensa, mediante el perfeccionamiento de nuestras fortificaciones.

El enemigo, que se hallaba muy quebrantado, no mostró intenciones de atacar, aunque castigó a nuestras posiciones con su artillería. Declinaba visiblemente la actividad en este sector.

El día 9 de marzo se observaron movimientos de fuerzas en las líneas enemigas, ocasionados por el precipitado traslado de algunas unidades al sector de Guadalajara. Así se debilitaban los efectivos rojos del Jarama.

Por nuestra parte, el mando decidió también retirar de primera línea a los escuadrones de la Brigada de Caballería, que habían sido empleados pie a tierra, con objeto de reorganizar esta gran unidad para seguir con sus cometidos específicos. Las unidades de infantería que habían sufrido mayor quebranto en los recientes combates, fueron igualmente llevadas a retaguardia para su reorganización.

lucha continuó hasta caer la tarde. Por la noche aún se luchaba por la posesión total del monte. Nuestros soldados dominan sus crestas. El enemigo conserva una pequeña casa en él. Ha sido la de ayer una jornada muy fuerte. La lucha no ha terminado; después de veinte horas ha sido el combate de ayer el más importante que hasta el momento puede describirse de la historia de esta guerra.»

A partir del 13 de marzo, se cubrieron con batallones de infantería las posiciones del sector de Jarama, para llevar a las unidades de choque a otros frentes. Nuestro mando había lanzado una ofensiva sobre el de Guadalajara, lo que obligó a los rojos a trasladar sus reservas al nuevo campo de lucha. Consecuencia de ello fué que el sector del Jarama se convirtiera en un frente estabilizado.

Hasta el final de la guerra, las posiciones propias y enemigas fueron conservadas sin alteración.

TRIBUTO DE SANGRE EN EL JARAMA

El teniente coronel López Muñiz, refiriéndose a nuestras bajas, dice en su obra *La batalla de Madrid* (Editorial Gloria; Madrid 1943): «Apenas veinte mil hombres pasan el Jarama y más de diez mil quinientos vuelven a cruzar los puentes muertos o heridos.»

Según los rojos, que hacían unos cálculos desorbitados sobre las fuerzas que habíamos acumulado en el Jarama, el número de bajas fué mayor que el número de hombres de las cinco columnas. Véase el comentario que *A B C* del 6 de marzo hace sobre este punto: «Esta fracasada operación lleva costadas al enemigo muchísimas bajas. No es gratuita esta información. El técnico militar norteamericano Willans Brien asegura que el número de bajas sufridas por los nacionales desde el mes de febrero, en que él llegó, es de treinta mil.»

Las fuerzas rojas intervinieron en estas operaciones con más de 64 batallones, unos 40.000 hombres en total, y aunque no se dispone de documentación para precisar exactamente la masa de artillería que participó en la batalla, a través de los partes y de algunas órdenes de operaciones, puede estimarse, sin temor a caer en una apreciación excesiva, que sobre las líneas del Jarama actuaron con sus fuegos alrededor de 42 baterías enemigas de diversos calibres.

Tan sólo hemos podido hallar algunos datos aislados, y por tanto incompletos, en lo tocante a las bajas sufridas por el adversario. En un informe del Comisario Inspector del Centro, se decía a finales de febrero de 1937, refiriéndose a las bajas: «La intensidad de la lucha en estos días, tanto por los ataques del enemigo como por los contraataques efectuados por nuestra parte por orden de los mandos, han determinado que hoy nuestras fuerzas se hallen bastante quebrantadas. Por ejemplo, podemos citar que el número de bajas producidas en las Brigadas Internacionales, alcanzan la cifra

de 2.800; que en la Brigada de «El Campesino», las bajas alcanzan un millar; que en la Brigada núm. 17, de cuatro batallones que tenía en línea de fuego el día 6, el día 19 con todas las fuerzas sólo se puede reconstruir un batallón; que en la Brigada núm. 66 hubo batallones que perdieron un 50 por 100 de sus fuerzas.»

Es decir, un total de 6.800 bajas, tan sólo referidas a dichas unidades. Sin embargo, no se citan en el informe las bajas de las otras brigadas, tales como la XVIII, que quedó casi totalmente destruída en Ciempozuelos; ni tampoco se mencionan las bajas de los batallones que defendían La Marañosa, Casa Gózquez y Puente de Pindoque, pertenecientes a la XIX Brigada Mixta y a la XLVIII de Carabineros. Es sabido que todas estas unidades sufrieron bajas de más del 60 por 100 de sus efectivos. Los ataques al Pingarrón costaron a los rojos más de 5.000 bajas.

Estableciendo un cálculo ponderado, con base en los datos concretos de las bajas atribuídas a la Brigada del Campesino, XVII y LXVI Brigadas Mixtas, que más arriba se citan, se obtiene un promedio de 1.333 bajas por brigada, y este módulo discrecional, en función de las dieciséis brigadas adversarias que combatieron en las operaciones del Jarama, arroja un total de bajas estimado en la cifra de 21.328 hombres, entre muertos y heridos, cálculo en hipótesis que no debió diferir con exceso de la realidad.

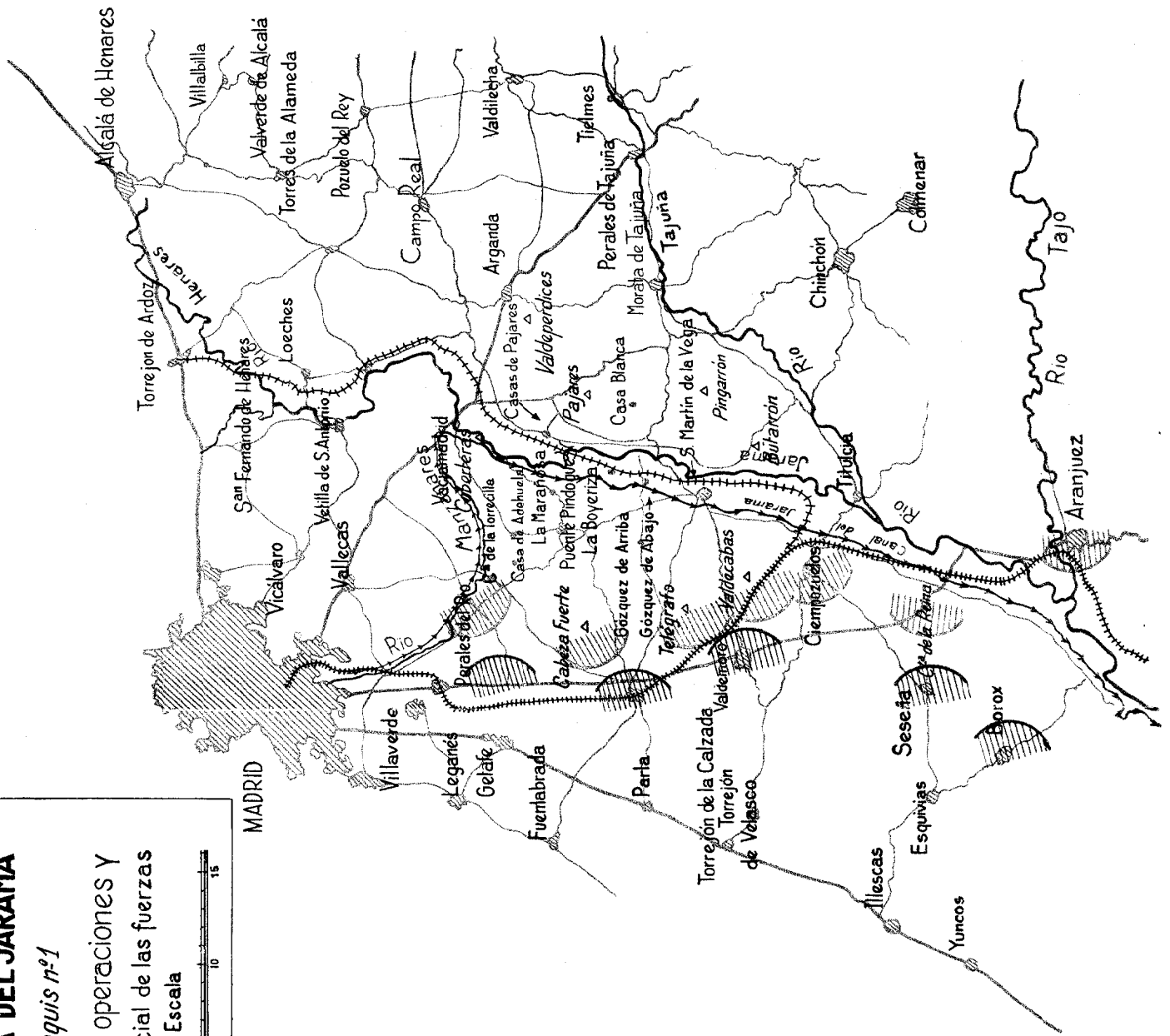
Comparativamente, se equilibró el porcentaje de las bajas sufridas por ambos bandos combatientes, excediendo un poco en contra de los rojos, ya que fueron del orden del 52,50 y del 53,30 por 100, respectivamente, las bajas enemigas y nacionales. El tributo de sangre pagado en la lucha del Jarama fué, por tanto, enorme.

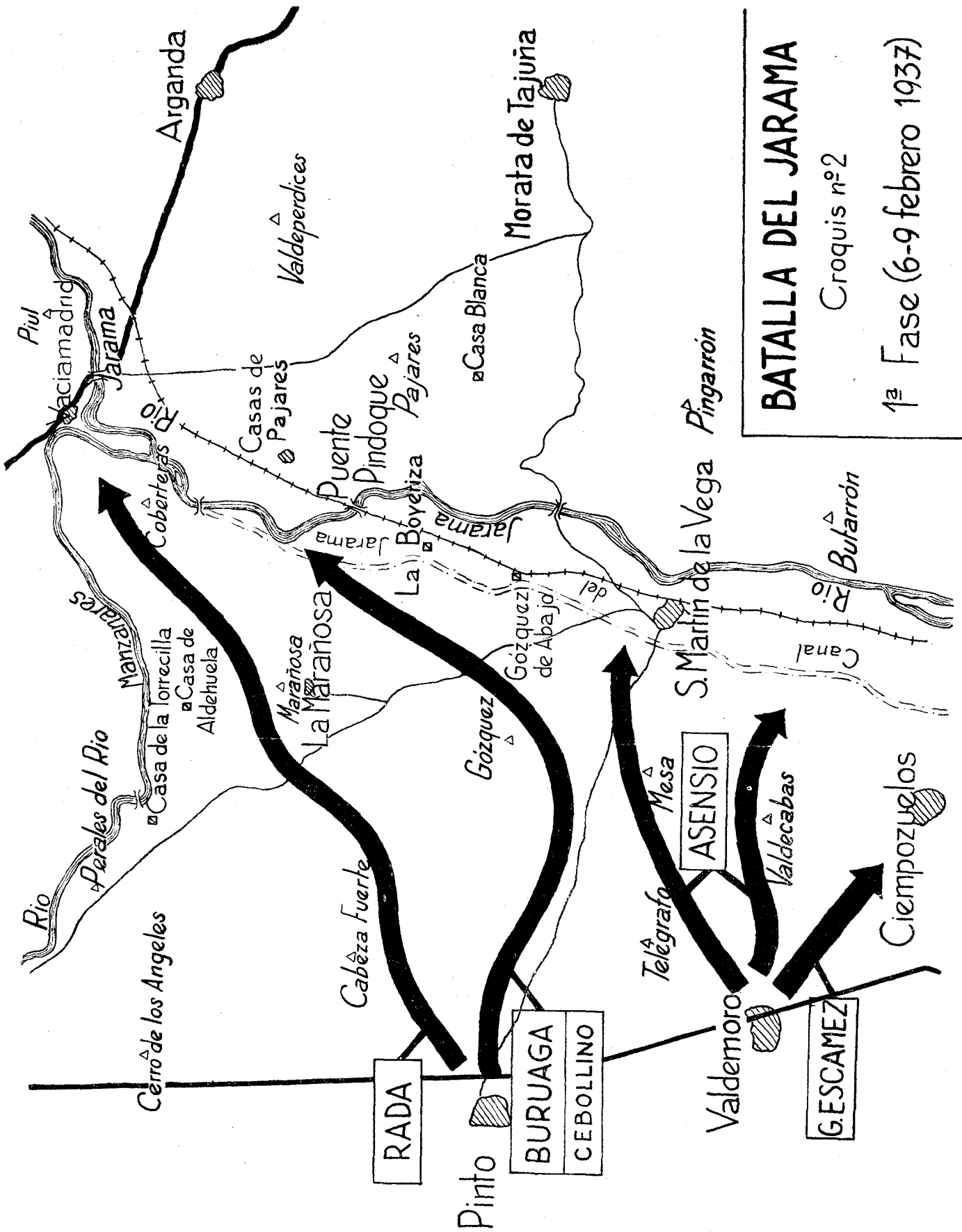
BATALLA DEL JARAMA

Croquis n.º 1

Teatro de operaciones y
situación inicial de las fuerzas

Escala





BATAJIA DEL JARAMA
 Croquis nº2
 1ª Fase (6-9 febrero 1937)

RADA

Pinto

BURUAGA
 CEBOLLINO

Valdemoro

GESCAMEZ

ASENSIO

Ciempozuelos

Cerro de los Angeles

Cabêza Fuerte

Rio Perales del Rio

Rio Manzanares

Casa de la Torrejilla
 Casa de Aldehuela

La Marañosa

Gózquez

Gózquez de Abajo

Telegrafo

Mesa

Valdecabras

Rio Jarama

Cobreros

Arganda

Valdeperdices

Casas de Pajares

Puente

Pandoque

Pajares

Casa Blanca

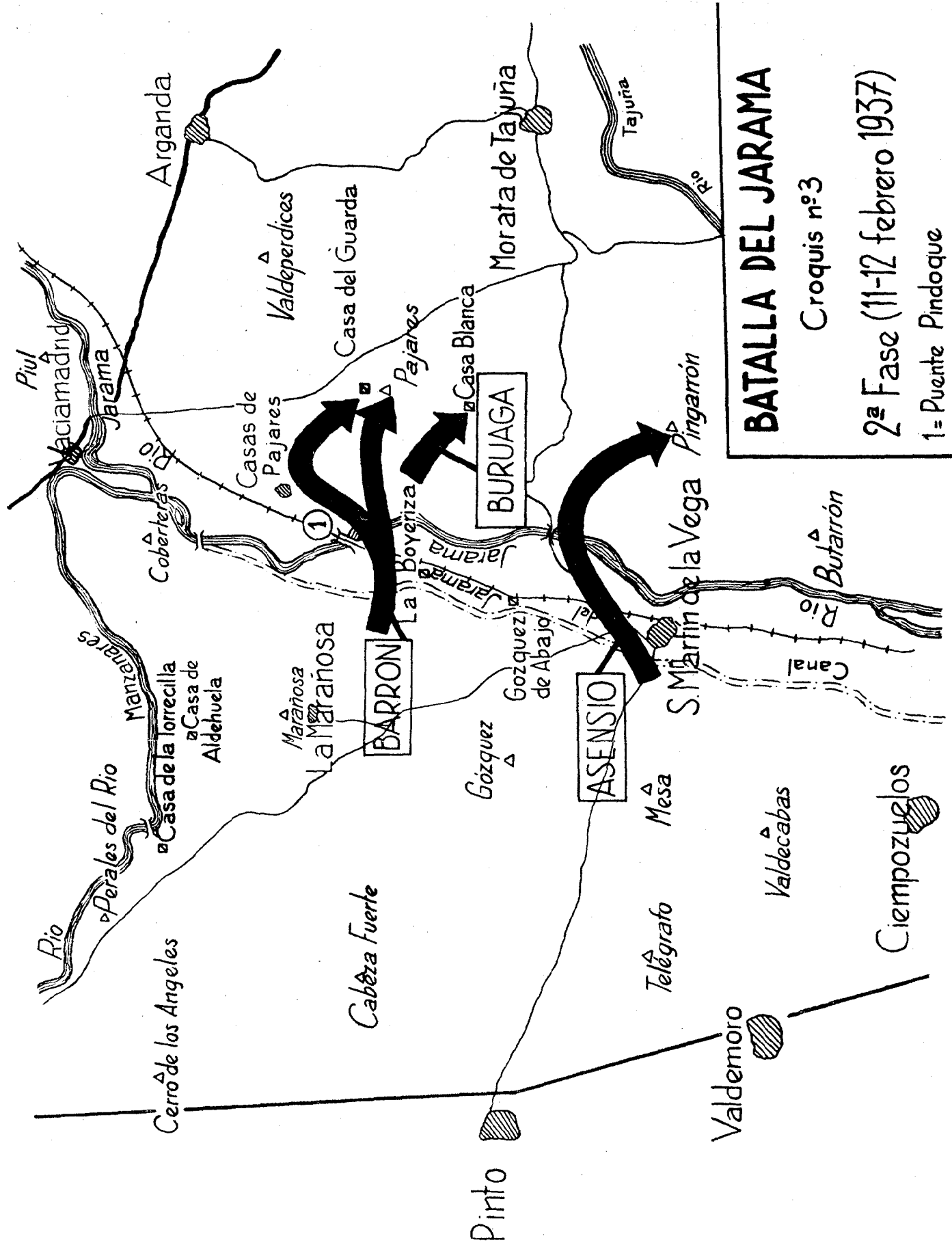
Morata de Tajuria

S. Martin de la Vega

Canal

Rio Bularrón

Pingarron

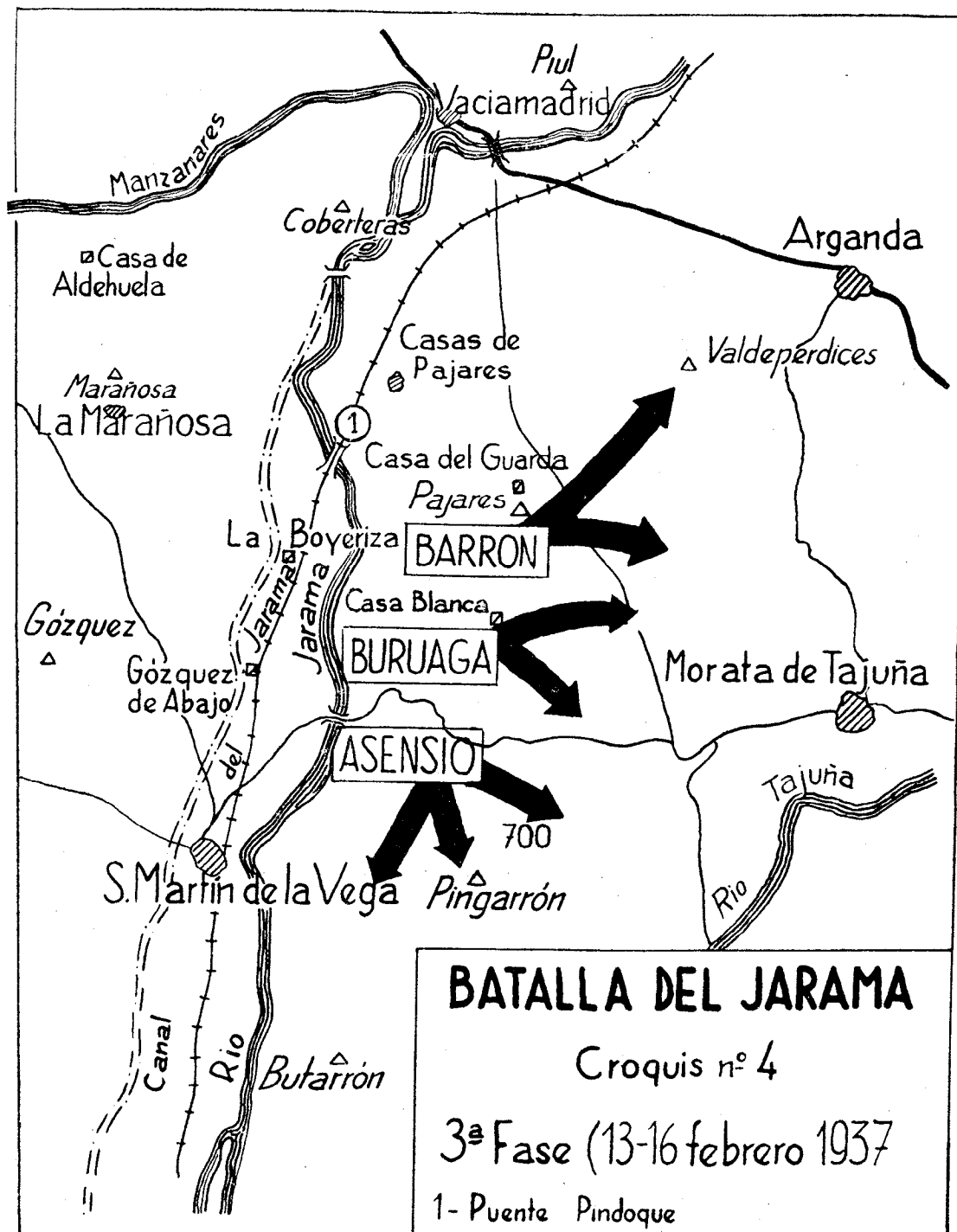


BATALLA DEL JARAMA

Croquis nº3

2ª Fase (11-12 febrero 1937)

1= Puente Pindoque



EL II CONGRESO HISTORICO INTERNACIONAL DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA Y SU EPOCA

por JUAN PRIEGO LOPEZ

Coronel de Estado Mayor, del Servicio Histórico Militar

Acaba de celebrarse en Zaragoza el *II Congreso Histórico Internacional de la Guerra de la Independencia y su Época*, convocado por la Institución «Fernando el Católico», con ocasión del CL aniversario de los dos memorables sitios que sufrió aquella ciudad en 1808 y 1809.

Aparte de su finalidad conmemorativa, se proponía dicho Congreso contribuir al esclarecimiento historiográfico del tema de su convocatoria. Tarea que, en realidad, se iba haciendo ya inaplazable, pues nuestra Guerra de la Independencia ha adquirido un nuevo significado a la luz de los trascendentales acontecimientos que en el último medio siglo se han producido tanto en España como en el mundo entero.

En efecto, no resulta difícil rastrear en aquella lucha los orígenes remotos de nuestra última contienda civil, ni en las guerras de la Revolución y del Imperio —de las que la citada lucha constituye un mero episodio— el antecedente de que se han derivado como necesaria consecuencia los conflictos mundiales del siglo actual. Se luchó entonces por instaurar unos sistemas políticos y económicos que luego han ido perdiendo vigencia, y frente a los cuales se alzan hoy tendencias antagónicas que se esfuerzan en resolver de un modo u otro los problemas nacionales e internacionales que aquéllos no pudieron solventar.

Actualmente podemos, pues, considerar cerrado el ciclo que se inició en aquella época, tanto en la historia universal como en nuestra propia historia. Lo que nos proporciona, sobre los acontecimientos desarrollados en España de 1808 a 1814, una perspectiva más amplia

de la que se ofrecía a los congresistas que para tratar del mismo tema se reunieron también en Zaragoza hace más de cincuenta años. Si a ello se añade la gran cantidad de documentación y de bibliografía española y extranjera que sobre nuestra gran epopeya decimonónica ha ido apareciendo desde entonces —debido en gran parte al estímulo de aquel fructífero primer Congreso—, se comprenderá la necesidad y oportunidad de esta nueva asamblea de historiadores que acaba de tener lugar en la inmortal ciudad de los Sitios.

Dicha Asamblea ha sido concienzudamente preparada por una Comisión organizadora, presidida por el profesor don Fernando Solano Costa, director de la Institución «Fernando el Católico» y catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Zaragoza, y en la que actuaba de secretario el de la citada institución, don Antonio Serrano Montalvo, gracias a cuyos desvelos la reunión ha podido celebrarse y desenvolverse con la mayor brillantez y eficacia.

El Congreso fué inaugurado el 30 de marzo, con la asistencia de más de doscientos congresistas nacionales y extranjeros: figurando entre estos últimos: los profesores Sir Charles Petrie, de la *Royal Historical Society of England*; S. H. F. Johnston, de la Universidad de Gales; Richard Konetzke, de la Universidad de Colonia, y Jacques Godechot, de la Universidad de Toulouse; así como el teniente coronel Bernard Druéne, del Consejo de administración del Museo de los Inválidos, de París.

El acto de apertura se celebró en el salón del Palacio Provincial de Zaragoza, bajo la presidencia del excelentísimo señor Capitán General de la 5.ª Región, don Manuel Baturone Colombo. Al terminar dicho acto fué también inaugurada en el citado palacio y en la Facultad de Filosofía y Letras una interesante exposición documental, bibliográfica y numismática, a la que han contribuido con valiosas aportaciones, entre otras entidades colaboradoras: las Diputaciones provinciales de Zaragoza, Teruel, Tarragona, Vizcaya, Asturias y Madrid; el Archivo Histórico Nacional, el General de Navarra y el del Palacio de Peralada; el Servicio Histórico Militar, y la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre.

Seguidamente se iniciaron las sesiones del Congreso, en el curso de las cuales fueron expuestas y discutidas ponencias y comunicaciones de gran interés.

Entre las ponencias, merecen destacarse por la importancia de sus temas y su mayor relación con el aspecto político-militar de la contienda, las que a continuación resumimos y comentamos:

El Teniente General don Santiago Amado Lóriga, en su ponencia

titulada *Aspectos militares de la Guerra de la Independencia*, hace una breve reseña de la bibliografía española y extranjera aparecida hasta hoy sobre aquella lucha, dedicando una atención especial y merecidos elogios a la monumental obra del ilustre General Gómez de Arce. Señala, sin embargo, una serie de detalles que aún quedan por aclarar respecto a la organización, reclutamiento, táctica, instrucción y armamento de nuestros ejércitos de la época, así como sobre la formación profesional y moral de sus mandos, proponiendo a los investigadores militares el estudio y elucidación de tales problemas.

El profesor don Fernando Solano Costa se ocupa, en su ponencia *El guerrillero y su trascendencia*, de las cuestiones que plantea ese género de guerra irregular, que sin ser nuevo en nuestra patria ni en el mundo, ejerció por entonces una influencia, si no decisiva, al menos muy importante en el desenlace de la lucha contra la invasión napoleónica. Para justipreciar debidamente tal influencia, considera el ponente necesario completar, revisar y analizar las fuentes de conocimiento histórico de las guerrillas; llegando, incluso, a la formación de un censo que nos permita apreciar el número y la procedencia social de los individuos que las integraban, y a la confección de un mapa en que se refleje gráficamente la actuación de cada una de ellas, o al menos, de las más importantes.

El profesor don Carlos Corona Baratech plantea en su ponencia *Precedentes ideológicos de la Guerra de la Independencia*, el interesante problema de la «espontaneidad» de nuestro alzamiento de 1808 contra la invasión napoleónica; poniendo en duda la tesis reiteradamente mantenida por nuestros historiadores del pasado siglo de que el «pueblo» y sólo el «pueblo», indignado al recibir la noticia del secuestro de Fernando VII por Napoleón, se alzó de una manera irreflexiva o impremeditada contra la tiranía extranjera que pretendían imponerle. Al profesor Corona le basta espigar en las obras de los más calificados de tales historiadores (especialmente, en las de Muñoz Maldonado, Conde de Toreno y Pérez de Guzmán), para encontrar en ellas abundantes pruebas que contradicen la tesis que con notoria inconsecuencia sostienen, tal vez por un prurito demagógico que no deja de observarse aun en los personajes más ecuanímenes de nuestra época liberal. Por nuestra parte creemos que la casi simultaneidad de levantamiento en las provincias más distantes y el procedimiento poco menos que uniforme usado en todas ellas para alzarse en armas contra los franceses, sólo pueden explicarse como resultado de una conspiración previa. Y realmente son muchos y valiosos los testi-

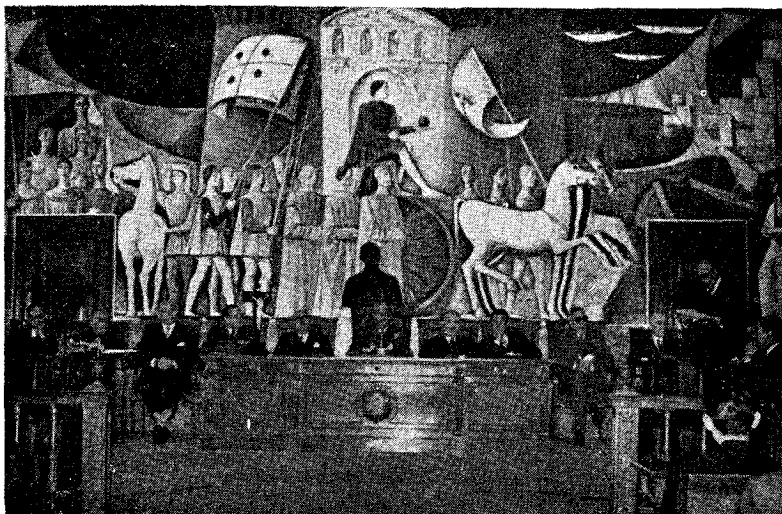
monios que demuestran la intervención en los preparativos del alzamiento de la parte más exaltada e intransigente del bando fernandino. Pero si tal alzamiento no fué impremeditado, no dejó por ello de ser espontáneo (en el sentido de *natural*, de no artificioso), porque la excitación a la revuelta encontró ya el pueblo dispuesto a ella, al verse ofendido por el invasor en sus arraigados sentimientos religiosos, patrióticos y dinásticos.

No menor interés ofrece la ponencia del profesor don Federico Suárez Verdeguer sobre *Las tendencias políticas durante la Guerra de la Independencia*. Rechaza el docto profesor la división demasiado simplista de tales tendencias, establecida por la historiografía decimonónica en dos únicos bandos, el *liberal* y el *absolutista*; el primero de los cuales preconizaba una amplia y profunda reforma de la constitución política de la Monarquía; oponiéndose tenazmente el segundo a toda transformación. Entre ambas tendencias extremas, que Suárez Verdeguer prefiere llamar *innovadora* y *conservadora*, debe situarse, según él, un grupo *renovador*, que aspiraba a reformar las instituciones dentro del marco de la tradición española, y cuya profesión de fe se halla consignada en el célebre *Manifiesto de los Persas*, que un grupo de diputados de las Cortes dirigió a Fernando VII a su regreso a España. Este manifiesto constituye para Suárez Verdeguer el germen doctrinal del tradicionalismo español.

En la ponencia del profesor don Antonio Serrano Montalvo sobre *Aragón en la Guerra de la Independencia. Sitios de Zaragoza*, se estudia de una manera sistemática la influencia de los factores geográficos, demográficos, sociológicos y económicos en los acontecimientos gloriosos de que fué teatro dicha ciudad, así como la convivencia de los aragoneses y franceses durante la ocupación; analizándose a propósito de este último período la actuación y personalidad del mariscal Suchet, sin duda el mejor general y gobernante que tuvieron las invasores en España.

Entre las ponencias presentadas por congresistas extranjeros merecen mencionarse especialmente la del profesor alemán Richard Konetzke, que lleva el sugestivo título *La Guerra de la Independencia y el despertar del nacionalismo europeo*, y la de Sir Charles Petrie, denominada *Great Britain and the war of independence*.

En la primera de dichas ponencias, el profesor Konetzke pone de relieve la gran impresión que sobre el pueblo alemán produjo la heroica resistencia de España contra la invasión napoleónica, despertando la conciencia nacional de dicho pueblo y estimulándole también a sacudir el yugo de la opresión francesa que desde hacía



Sesión de apertura del II Congreso Histórico Internacional de la Guerra de la Independencia y su Epoca, bajo la presidencia del Capitán General de la 5.^a Región, Excmo. Sr. Don Manuel Baturone Colombo.



Inauguración de la Exposición documental, bibliográfica y numismática de la Guerra de la Independencia, con asistencia del Capitán General de la 5.^a Región, General Baturone, don José Navarro de la Torre, en representación del Ministerio de Educación Nacional, don Antonio Beltrán Martínez, que lo hacía en nombre del presidente de la Diputación de Zaragoza.

Con fecha de 23 de Febrero último me dice el Sr. D.^o Fr. de Lyria lo siguiente.

„Exmo Señor= Deciendo el supremo Consejo de Regencia tener una noticia exacta del estado y fuerza de los cuerpos de Infantería, milicias Provinciales y falange que se hallan en los Distritos de Operacion, Llamada de guerra, de comunicaciones, y demas destinos de la Peninsula, para poder tomar con el debido conocimiento las providencias convenientes a su progreso completo y organizacion; paso a S. E. de orden del Sr. D. los adjuntos formularios impresos a fin de que disponga se forme con arreglo a ellos los cuadros que manifiesten el que tengan todos los cuerpos que existen en el Distrito y destino de su mando, y me los remita S. E. a la mayor brevedad posible: siendo la voluntad del Sr. D. que S. E. continúe dirigiéndolos igualmente en los propios terminos cada quince dias.“

Se le traslado S. E. con inclusion de los adjuntos formularios para que pasadoslos a los cuerpos de la Division de su mando llene con brevedad siempre los cuadros de cada uno, y me los pase para dirigirlas con la puntualidad que S. E. previene, encargando muy particularmente a los jefes procedan con la debida exactitud en la formacion de ellos.

Dios guarde a S. E. en su Real Palacio de Madrid de 1810.

WM. de la Romana

Exmo. Sr. D. Nicolás Mahy

tiempo venía soportando. Especialmente el ejemplo de nuestro levantamiento se hizo sentir en la reforma del ejército prusiano, realizada bajo la dirección de Scharnhorst y Gneisenau, quienes se esforzaron en imbuir en dicho ejército el espíritu nacional, con el fin de que el alzamiento que preparaban contra Napoleón revistiera, como el nuestro, los caracteres de una verdadera guerra santa. De la admiración provocada entre los alemanes por nuestros gloriosos hechos, se hizo particularmente intérprete el exaltado poeta germano Heinrich von Kleist, que dedicó un poema a la defensa de Zaragoza por Palafox, a quien compara con Arminio, príncipe de los queruscos, vencedor de las legiones romanas en la selva de Teuteburgo.

Por su parte, Sir Charles Petrie hace en su ponencia un detenido estudio de la intervención inglesa en España; describiendo las diferentes vicisitudes porque atravesó y estableciendo interesantes paralelos entre la retirada de La Coruña y la de Dunkerque, y entre la actuación de nuestros guerrilleros y los movimientos de resistencia contra Alemania en la segunda guerra mundial. Sir Charles Petrie reconoce que las operaciones de Lord Wellington fueron extraordinariamente favorecidas por la actividad de tales guerrillas, y declara que la victoria final sobre las huestes napoleónicas sólo fué posible merced a la eficaz cooperación angloespañola.

Las comunicaciones presentadas al Congreso pasan de un centenar, pudiendo clasificarse en tres categorías principales: *anecdóticas, episódicas y bibliográficas*. En la imposibilidad de dar cuenta de todas ellas, nos limitaremos a mencionar, únicamente a título de ejemplo, algunas de las más representativas de cada género.

Dentro del género anecdótico debemos incluir las comunicaciones presentadas por don Eugenio Sarrablo Aguares, sobre *La vida en Madrid durante la ocupación francesa de 1808 a 1813*, y don José Montero Alonso, acerca de *El bando del alcalde de Móstoles*; entre las del género episódico merece especial mención la presentada por el capitán de fragata don Carlos Martínez-Valverde, con el título *Consideraciones estratégicas y tácticas sobre el ataque a Cádiz en 1810*, y al género bibliográfico pertenecen las del profesor S.-H. F. Johnston: *The Contribution of British Historians to the Study of the Peninsular War*; la de don Florencio Idoate: *La Guerra de la Independencia a través de la Sección de Guerra del Archivo General de Navarra*, y la del autor del presente artículo: *El Servicio Histórico Militar español y la Guerra de la Independencia: trabajos realizados y planes para el futuro*.

Esta abundancia de trabajos sobre temas tan diversos, y en su mayor parte inexplorados, basados con frecuencia en documentación

todavía inédita, revela lo mucho que todavía queda por aclarar sobre nuestra gran epopeya del pasado siglo y lo muy dispersas que se hallan las abundantísimas fuentes que aún faltan por consultar.

Por otra parte, como ya dijimos al principio, nuestros puntos de vista sobre aquella contienda se han modificado no poco al ampliarse nuestra perspectiva histórica. Si para los historiadores del siglo XIX y principios del actual se trataba, ante todo, de glorificar las hazañas realizadas de 1808 a 1814 por nuestros antepasados, hoy, sin dejar de admirarnos y enorgullecernos de las mismas, se trata más bien de extraer las grandes enseñanzas políticas y militares que de aquellos acontecimientos se derivan, con el fin de que nuestra patria no se vea obligada a luchar por su existencia en las difíciles condiciones en que entonces tuvo que hacerlo.

A tal propósito, se hace cada vez más necesaria la redacción y publicación de una obra de conjunto, donde se examinen y expongan de un modo objetivo los antecedentes remotos y próximos de aquella contienda; sus vicisitudes favorables y adversas; la influencia que en ella ejercieron los acontecimientos que simultáneamente se producían fuera de la Península, y las consecuencias que de la misma se derivaron para el porvenir de nuestra patria.

Entre nuestra copiosísima producción historiográfica sobre la citada guerra, escasean particularmente las obras de este tipo. Y de las pocas que existen, únicamente la publicada por el ilustre General don José Gómez de Arteche, de 1868 a 1902, con el título *Guerra de la Independencia. Historia Militar de España de 1808 a 1814*, puede considerarse como una exposición completa y autorizada de aquella contienda, desde el punto de vista español.

Pero desde que vió la luz el último volumen de la obra de Arteche, han aparecido en el extranjero otros trabajos de capital importancia sobre el mismo tema, entre los que destacan los del Comandante Balagny (*Campagnes de l'Empereur Napoléon en Espagne*, París, 1902-1906), Charles Oman (*A History of the Peninsular War*, Oxford, 1902-1915), Geoffroy de Grandmaison (*L'Espagne et Napoléon*, París, 1908, 1925 y 1931), y A. Grasset (*La guerre d'Espagne*, París, 1914, 1925 y 1932), que es necesario tener en cuenta para enjuiciar la actuación de nuestros aliados y nuestros adversarios durante la guerra.

Además, la gran extensión de la obra de Arteche (14 volúmenes en cuarto), constituye un grave inconveniente para su difusión entre el gran público, que, en realidad, la conoce sólo de oídas, y aún muchos investigadores se han limitado a consultarla de modo fragmentario.

Por todo ello, el autor del presente artículo hizo constar en su comunicación anteriormente mencionada, la conveniencia de revisar la monumental obra del General Arteché a la luz de la más reciente bibliografía española y extranjera sobre la materia, y de compendiarla, al mismo tiempo, con el fin de hacerla más accesible al conocimiento del gran público; labor que podría ser encomendada al Servicio Histórico Militar, con la colaboración de acreditados especialistas civiles sobre la materia.

Tal sugerencia fué recogida por la Comisión de Trabajo del Congreso en su escrito de conclusiones, que fué leído en la sesión de clausura de aquél, celebrada el 4 de abril en el salón de sesiones del Palacio Provincial de Zaragoza, bajo la presidencia del Excmo. Sr. General Jefe de la Región Aérea, D. José Lacalle Larraga.

A continuación reproducimos las más salientes de tales conclusiones:

— Crear un Comité Permanente de Enlace, radicado en Zaragoza, para preparar las tareas científicas o historiográficas de futuras reuniones o Congresos de la Guerra de la Independencia.

— La reunión periódica de catedráticos e investigadores de Historia Moderna y Contemporánea, para coordinar trabajos y resolver problemas historiográficos de carácter general y definido.

— Intensificar el contacto con los investigadores franceses, ingleses y portugueses, así como con los Centros y Sociedades históricas de dichos países, designando a tal efecto representantes del Comité de Enlace para Gran Bretaña a Sir Charles Petrie, y para Francia al profesor Jacques Godechot.

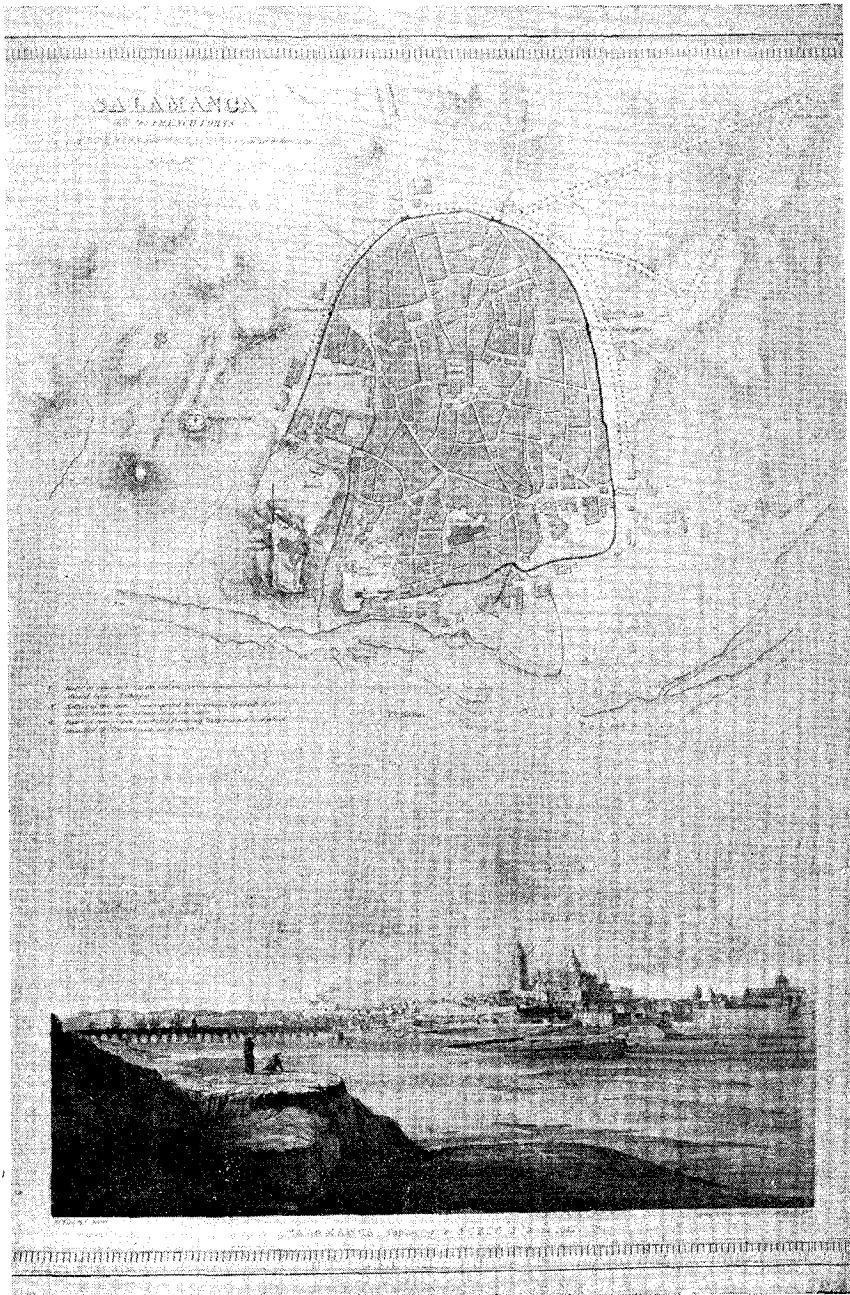
— Solicitar la colaboración muy especial del Servicio Histórico Militar y del Instituto Histórico de la Marina, para los futuros estudios sobre la Guerra de la Independencia.

— Considerar de la mayor importancia el inventario de series documentales o fondos dispersos sobre la Guerra de la Independencia, así como la realización de una Bibliografía dedicada a recoger todo lo publicado desde 1908 sobre tal época.

— Considerar la necesidad de una Historia general de la Guerra de la Independencia y su época, para un público medio.

Todas estas conclusiones tienden, como se ve, a coordinar la labor de los investigadores que en España y fuera de ella se vienen

ocupando de las cuestiones relacionadas con la Guerra de la Independencia y su época, y facilitar la consulta de los fondos documentales y bibliográficos sobre tales cuestiones, existentes en las bibliotecas y archivos nacionales y extranjeros. Si tales objetivos se logran, no hay duda que el reciente Congreso de Zaragoza habrá constituido una etapa importantísima en el esclarecimiento de tan atrayente tema.



Plano de Salamanca y vista de la Ciudad.

De la colección de Mapas y dibujos de James Wild, publicados en Londres en 1840 realizados según croquis originales de varios jefes y oficiales británicos que tomaron parte en la Guerra de la Independencia y presentados por el Servicio Histórico Militar en la Exposición celebrada en Zaragoza, de que se habla en este trabajo.



BIBLIOGRAFIA

VARIOS: *La Guerra de la Independencia española y los Sitios de Zaragoza*.—Publicaciones de la Cátedra «General Palafox» de la Universidad de Zaragoza; Zaragoza, 1958; 638 páginas + 4 fotos; 21 centímetros; rústica.

La cátedra «General Palafox», de la Universidad de Zaragoza, celebró primero cinco cursos sobre la «La Guerra moderna» (uno en 1955, dos en 1956, uno en 1957, y otro, finalmente, en 1958) y comenzó en 1958 un nuevo ciclo, este sobre «Historia de la Guerra». La ocasión era bien oportuna, pues en el pasado año se celebró el CL aniversario de nuestra epopeya de la Independencia y de los Sitios de Zaragoza. Como en otras ocasiones, el curso se compuso de una serie de conferencias, a cargo de distinguidas personalidades militares y civiles, y estas conferencias fueron siempre de tono mayor y, en ocasiones, de interés grandísimo. Luego han sido editadas.

Estuvo la primera a cargo del General Amado, que discurrió sobre la figura de Palafox. Curioso el caso del defensor de Zaragoza, a donde fué a parar en mayo de 1808, un poco casualmente. En la ciudad no había prácticamente ningún Cuerpo, y la guarnición se reducía a dos compañías de veteranos miñones, encargados de mantener el orden público, pero Zaragoza se defendería asombrando al mundo y aupando la fama de Palafox hasta las nubes. Tan es así, que cuando luego fuera cautivo a Vincennes, no se le permitiría usar su propio nombre, y sería imposible su canje, pese a ofrecer por su libertad la de buen número de figuras francesas de la más alta categoría; así valoraría Napoleón la fama de Palafox y la influencia que podría tener en la guerra peninsular su vuelta a la libertad. Esa aureola le acompañaría ya hasta su muerte, ocurrida en Madrid en medio de la consternación de todos, sin distinción.

«La guerra de la Independencia española en el marco de las guerras europeas de liberación», fué el tema desarrollado por el catedrático señor Jover Zamora. Nuestra epopeya, se considera aquí, ha sido generalmente estimada como algo particular y casticista

frente a Europa: un orgulloso «nosotros somos otra cosa» ha sido esgrimido. «Es evidente —dice el señor Jover— que este sentimiento se acuñó entonces, principalmente entre los años 1808 y 1813, cuando los españoles pudimos paladear la soberbia certidumbre de que, de Pirineos abajo, la historia marchaba en forma distinta a la seguida en las tierras del Norte de los Pirineos»; frente al tirano, España luchaba sola, afirmándose frente a la Europa que él construía, apoyado en su espada. La afirmación es discutible, y en la conferencia se considera los factores históricos que cooperaron a montar la etapa definida por las luchas napoleónicas.

¿Cómo era el Ejército español que vio llegar la guerra, el que nació de esta guerra, y el que conoció la paz? El General Fuentes Cervera exployó el tema en la tercera conferencia. La organización militar existente en mayo de 1808 fué enjuiciada con encomio por historiadores de la altura de Gómez Arteché y San Román; y de modo muy distinto por Lord Wellington y Oman. Este Ejército —dice el General Fuentes— poseía muy alta calidad, era disciplinado y contaba con elevado espíritu; pero la continuidad —nota indispensable de toda organización armada— venía faltando, particularmente durante el reinado de Carlos IV, época desdichada. El favoritismo en la elección de los mandos, el sistema de reclutamiento, arbitrario e injusto, eran enormemente impopulares; y en cuanto a la instrucción, imperaba la rutina. La guerra planteó, con la crudeza de la realidad imperiosa, la solución de muchos problemas. En primer lugar, el del Mando, el del Mando único, que sólo puede resolverse, tras dilatorias rencillas, entregándose a Lord Wellington. Otro problema fué el de cubrir los enormes vacíos de la oficialidad, sobre lo cual la Regencia dictó disposiciones que aseguraron, en condiciones relativamente satisfactorias, el número y la calidad precisa de aquella.

El Catedrático señor Corona Baratech se refirió, en su disertación, a las relaciones hispano-francesas. Para él Napoleón no tuvo una política propiamente española, pese a que fué español el pivote sobre el que giró al hundirse. Incurrió con nosotros en tres errores fundamentales: el religioso, el nacional, y el monárquico, errores que permitieron que un día confesara en su destierro: «Esa desgraciada guerra me perdió». Desconocía a España y carecía aquí de buenos elementos de información. Pero las relaciones hispano-francesas en los días de la guerra de la Independencia eran consecuencia de un largo proceso, lleno de vaivenes, de pugnas, de luchas de partido, de conspiraciones. Arranca, en realidad, de aquellos tiempos en los que España y Francia se aliaban, por oposición particular de cada una, a Inglaterra, basando su política en la razón de Estado.

Al estudiar «La táctica en los tiempos de Napoleón», el General Alonso parte de la existente en el siglo XVIII. Los ejércitos de las naciones europeas se mantenían a expensas del tesoro, que los Reyes

y gobernantes consideraban suyos; las guerras eran asunto de su política particular, y aquellos ejércitos resultaban caros y reducidos; desaparecidos, vencidos, nada quedaba atrás. Pero con la revolución francesa surge una fuerza inmensa, al participar en la guerra toda la nación, con enorme entusiasmo y moral. Napoleón, dueño de esta arma colosal y nueva, busca, no eludir los combates, como antes, sino destruir el ejército enemigo, maniobrando, reuniendo todas sus fuerzas en un punto decisivo, cortando líneas de comunicaciones y actuando con suma rapidez. En el combate, llegando casi a prescindir del fuego, para confiarlo todo en el choque. Y, sin embargo, en España la táctica napoleónica fracasa: en realidad su derrota fué el declararnos la guerra. Pensaba aquél que si la lucha aquí le iba a costar 80.000 hombres, no la llevaría a cabo; «pero no costará ni 12.000», dijo; en realidad el precio de aquella fué la mitad del Gran Ejército y la caída del Imperio. El general Alonso piensa: «El principal error de Napoleón fué no comprender ni darse cuenta de estos dos sentimientos, *nacional* y *religioso*, que tenía el pueblo español». Era un hombre de su tiempo, volteriano.

Enlazamos así el tema con este otro, tratado por el catedrático don Luciano de la Calzada: «La ideología política de la guerra de la Independencia», ¿Cuál es la que predominaba en España al estallar aquella? «Indudablemente, se ha exagerado, en busca de un sencillo esquema histórico, la influencia de la Enciclopedia y de la Ilustración sobre el proceso revolucionario que se inicia en España a los comienzos del XIX y que, por mucho que se insista en lo contrario, no alcanza realidad, efectiva y operante, hasta bien entrado el siglo». No puede olvidarse aquí la raíz profundamente religiosa, hundida en la conciencia de los españoles de aquel 1808, y su sentimiento monárquico y tradicional. Los espíritus revolucionarios eran contados y los partidarios de reformas dejaban siempre a salvo la integridad del régimen. La guerra de la Independencia fué una terca y heroica resistencia a los soldados invasores, pero también a las ideas que traían. Por lo demás, «el pueblo español que combatía fué, una vez más, traicionado por quienes en su ausencia se designaron sus representantes y hablaron por él».

El general Méndez Parada disertó ampliamente sobre el armamento de la época, español y francés, señalando armas, empleo de las mismas, métodos de fabricación, municiones, artificios, industria militar, etc., etc., todo con profusión de detalles.

Excelente puede considerarse la conferencia del catedrático señor Solano Costa sobre los guerrilleros, perfilando exactamente una figura en general mal dibujada. Para el señor Solano los guerrilleros tienen un antecedente remoto muy claro en las guerras celtibéricas frente al invasor de Roma: ambas eran levantamientos populares, principalmente campesinos, violentos hasta el límite. Era lo espontáneo hispánico que reacciona siempre ante circunstancias similares. Sobre un resentimiento general se alzaba un particular resentimiento: el

hombre se echaba al campo y ya todo era una lucha cruel y sin cuartel. Pero la iniciación de la crueldad no fué española. El señor Solano resucita, al efecto, documentos franceses: el bando de Murat tras el 2 de mayo, en primer lugar. La muerte se escondió así en todas partes y este clima impidió la consolidación efectiva en España del poder napoleónico. No obstante lo cual, la silueta del guerrillero ha sido poco estudiada. Faltaron siempre datos, documentación, que seguramente no existió nunca; de aquí que cuanto señala el conferenciante sobre el particular tenga el mayor interés.

Tema de la conferencia del general Pérez-Chao fué «La Artillería de los Sitios», en la que aquella tiene lugar tan destacado. En realidad «toda la guerra está plagada de hechos donde toma parte la artillería»: Cabezón, Río seco, Alcañiz, Talavera; pero en donde llega a constituirse en personaje principal es en los Sitios: Zaragoza, Gerona, Tarragona, Ciudad Rodrigo, Badajoz. En Zaragoza habían de sonar nombres insignes: López Pascual, Cónsul, Tara, Gonzaga de Villava. El material era escaso y la acción en masa no podía ejercerse; las unidades, combatiendo siempre en primera línea, aisladas, mantenían el fuego hasta el aniquilamiento de hombres y piezas, frente a una artillería enemiga, superior siempre en cantidad y calidad.

Sobre «La resistencia de las ciudades» discurrió el catedrático señor Serrano Montalvo, quien señaló que hacia ellas, principalmente las que tenían mayor interés estratégico o estaban en lugares defendidos por fortificaciones habituales, se canalizó la acción del enemigo; también en las ciudades se reagruparon las unidades militares españolas para resistir, en muchas ocasiones hasta el exterminio de la guarnición. Las que estaban en la periferia de la Península atrajeron la atención francesa. «Así como la resistencia en los medios rurales estuvo a cargo de los guerrilleros, con su peculiar y singular manera de hacer la guerra, la lucha en las ciudades fué obra de militares profesionales que encuadraron el paisanaje en unidades regulares». Hay que distinguir, además, los casos de ciudades ocupadas antes de declararse la guerra, las que, sin interés estratégico especial, fueron ya españolas, ya francesas —Huesca y Teruel— las ocupadas tras terribles cercos —Zaragoza, Gerona— y aún aquellas que no conocieron las plantas del invasor: Alicante. En cada caso la resistencia tomó un aspecto distinto, que muchas veces consistió en la marcha de sus habitantes a las partidas de guerrilleros.

La última conferencia fué pronunciada por el general Marín de Bernardos, acerca de la participación de los ingenieros militares en los Sitios de Zaragoza. Precisamente el Cuerpo de Ingenieros nace en 1711 en la ciudad del Ebro, y ese cuerpo sería el que primero se rebelara contra los franceses, colectivamente, en unidades constituidas, con banderas desplegadas y a tambor batiente; varios de sus componentes marcharían a Zaragoza, entre ellos el insigne Sangenis, aragonés, que dirigiría los trabajos defensivos frente a los franceses,

muriendo en el último sitio. Hombre profundamente estudioso y con una preparación sólida, encontróse ante una ciudad ausente de toda fortificación. La labor de los ingenieros militares fué, pues, en Zaragoza, difícil y peritísima, y a ellos se debe buena parte de la tenaz defensa. Su labor se orientó primero a la construcción de parapetos, fosos, aspilleras y baterías; luego a la construcción de minas. La lucha, al final sería preferentemente una lucha de ingenieros.

El libro representa, en su conjunto, una serie de meritísimas aportaciones a la bibliografía de los Sitios de Zaragoza y aún a la general sobre lucha por la Independencia frente a los franceses.—J. M. M. B.

ALAN MOOREHEAD: *Dardanelles* (Traducción al francés de la obra inglesa *Gallipoli*, por R. Jouan).—Ediciones Presses de la Cité; París, 1958; 313 págs. + 7 láms. + 3 mapas intercalados + 1 hoja; 21,5 centímetros; tela.

Este es posiblemente el estudio más objetivo e imparcial sobre el intento de forzamiento del Estrecho de Dardanelos y subsiguiente desembarco en la pequeña península de Gallipoli que se llevaron a cabo por las fuerzas aliadas durante la primera Guerra Mundial.

En esta obra se nos dan suficientes elementos de base para enjuiciar de modo completo la acción que buscaba apartar de Alemania y sus aliados a la Turquía de los Jóvenes Turcos, recién entrada en guerra al lado de las potencias centrales. Se estudia aquí con detalle el planeo y desarrollo de aquellas operaciones en la que bajo el influjo de Churchill, entonces primer lord del Almirantazgo, Inglaterra y Francia pusieron en común sus fuerzas de mar y tierra en frustrados intentos de arrollar la resistencia turca y presentarse ante Constantinopla. En estilo sencillo y ameno pasan ante nosotros los personajes de aquella epopeya: políticos, generales y combatientes, la elaboración de los planes de operaciones, los esfuerzos sin fortuna de las escuadras y unidades terrestres frente a una resistencia eficazmente dirigida, la dureza excepcional del clima y escenario guerrero, y hasta inevitables egoísmos y desfallecimientos humanos.

Al militar y al marino les interesa la campaña de los Dardanelos; a éste, por la magnitud del esfuerzo realizado, que constituye una de las mayores batallas navales que han tenido lugar contra defensas terrestres; aquél, porque con el desembarco en la península de Gallipoli, se puso el inicio a la técnica moderna en el desarrollo de acciones anfibas del ejército y marina, e incluso con la cooperación de una embrionaria aviación de reconocimiento. No se debe olvidar que nuestras disposiciones para el desembarco de Alhucemas en la Campaña de 1925 en Marruecos, se inspiraron en la técnica elaborada por los anglo-franceses en Gallipoli, y que incluso allí utilizamos parte del material de desembarco procedente de dicha península.

Se lee todavía la obra con vivísimo interés por su amenidad y

porque nos sitúa a vista de pájaro sobre la verdad oficial, sobre la verdad que había prevalecido en los relatos de postguerra. En *Dardanelos*, de Alan Moorehead, cuando se ha leído la última página después de todo el libro, se obtiene la impresión de haber asimilado una enseñanza positiva para el estudioso del Arte Militar: de que las acciones marítima y terrestre pudieron y debieron tener éxito, y que si al final se cerraron con doble fracaso, se debió a que por todos los que tuvieron un papel en la dirección, se cometieron grandes errores y se violaron todos los principios reguladores de las acciones guerreras.

La sanción de todos estos errores fué la derrota, la pérdida de muchas unidades navales, la destrucción de la mitad de los efectivos empleados, esto es, unos 250.000 hombres, y en último término la exigencia ineludible de evacuar la península reconociendo la derrota antes que los efectivos fuesen totalmente aniquilados por el enemigo; la falta de higiene, las enfermedades y las difíciles condiciones de alojamientos, alimentación y vida. Puede decirse que el único éxito de la Campaña de los Dardanelos fué la perfección con que se efectuó el reembarque de 250.000 combatientes hasta el último hombre, sin que los turcos se dieran cuenta de ello, no obstante que las respectivas líneas se encontraban en muchos puntos a distancias de diez a quince metros.

Se recomienda la lectura de esta obra al oficial profesional que quiera formarse cabal concepto de las faltas que pueden cometerse al planear una operación, al elegir los mandos, al emplear las tropas, al situar el centro de gravedad de la batalla, y al permitir que se manifiesten desfallecimientos o faltas de continuidad y energía en mandos y tropas. En tal concepto la obra de Alan Moorehead debe ser saludada como una «obra maestra», según la califica el crítico militar inglés Linddell Hart.—F. F. V.

CORONEL JOSÉ GOMÀ: *La guerra en el Aire (Vista, suerte y al toro)*. Editorial A. H. R. (Colección «La epopeya y sus héroes»); Barcelona, 1958; 392 págs. + 5 fotos + 22 croquis; 19 centímetros; tela.

Una muy escasa utilización de la Aviación durante la primera guerra mundial, permitió que haya podido ser considerada la nuestra de Liberación como la primera contienda en la que el arma del aire se aplicó de una manera regular, intensa y amplia. La caza, la observación, el bombardeo, el apoyo a las fuerzas de tierra y la actuación sobre objetivos estratégicos, fueron aquí, en España, misiones normales, y todos recordamos los grandes bombardeos aéreos en la roturas de frente, la actuación de la «cadena», las luchas entre los cazas, el paso solitario de un aparato que buscaba informar... No deben quedar en el olvido; por justicia y patriotismo en primer lugar; por imperativo histórico después.

El coronel Gomâ, del Ejército del Aire, siente verdadero amor a su arma, que, según declara con disculpable orgullo, fué la que en muchas ocasiones decidió la situación. «Ahí tenemos un ejército vencido por la aviación», dice al referirse a las jornadas de Vizcaya; de igual modo atribuye a la misma —en la batalla de Brunete—, primero la contención del ataque enemigo, luego su desmoralización final. Con respecto a otros momentos de la guerra, sus opiniones son similares. Y aunque estos juicios, extremos seguramente, estén necesitados de una mayor mesura, no puede, sin embargo, desconocerse el papel fundamental desempeñado en nuestra guerra por la sostenida en el aire y desde el aire.

Un ejército nació así, casi de la nada. La propaganda roja, la acción política enemiga había sido muy eficaz aquí antes del 18 de julio. En los días iniciales del Alzamiento apenas si se contaba con hombres y aparatos. Los primeros capítulos del libro del coronel Gomâ —tras uno preliminar más bien histórico y político—, se refieren a la suerte de las diferentes bases aéreas y a los más significativos vuelos de la Cruzada: el de Franco, de Canarias a Tetuán —del que figuran interesantes detalles— y el del general Sanjurjo que le costaría la vida. Luego aparecen los primeros envíos de material francés para la España roja; concretamente, dos trenes con 20.000 bombas salidas para Marsella el 24 de julio; y en seguida varios aparatos. Tres fechas anteriores a la citada tenía lugar en Moscú la primera reunión para crear un Cuerpo de voluntarios de cinco mil hombres; en él figuraba una nutrida representación de aviadores. La lucha se hizo así pronto internacional en los cielos españoles.

El libro entra ya decididamente en las operaciones de guerra: el primer «puente aéreo» sobre el estrecho de Gibraltar, la protección al convoy del 5 de agosto. Y en seguida el apoyo a las tropas de tierra en todos los frentes, sin descanso. He aquí unas palabras del coronel Gomâ: «¿Quién puede establecer un orden cronológico explicando lo ocurrido en los aeródromos de Logroño, Zaragoza y Burgos en los primeros días del Alzamiento? Resultaría difícil, en rigor, pues lo que allí se hace está inspirado en realizar vuelos y servicios a ritmo de locura. Si se reciben noticias del paso de camiones por determinado lugar, inmediatamente despegan un avión. ¿Cuál? Cualquiera, el primero que se encuentra preparado. Otro avión se dirige a bombardear un objetivo; otro a reconocer un lugar ordenado por el Mando. Se prestan servicios de transporte y de alarma por presencia de la aviación enemiga. La actividad es inenarrable... Todas las acciones se superponen, y para cumplirlas es necesario conocer a los combatientes y dejarlos actuar con arreglo a lo que les dicta su personal esfuerzo e iniciativa».

Estas primeras jornadas pasaron pronto. La guerra se hacía larga y dura, y precisaba organización ante todo. El general Kindelán asumía la jefatura de las Fuerzas Aéreas, que se dividían en Aviación de maniobra y Aviación afecta a los frentes secundarios. Comenza-

ban a sonar nombres, muchas veces unidos ya para siempre a determinados lugares: García Morato al Jaramá, Haya a Santa María de la Cabeza... Las dificultades eran constantes. «Los grupos, de dos escuadrillas, se iban formando al ritmo de llegada de los aviones, que se recibían como con cuentagotas... La adquisición de material era un problema acuciante, dada su inferioridad sobre la cantidad y calidad del enemigo». También los rojos se organizaban, a la sombra de una intensa ayuda extranjera, en hombres y material: Misión militar soviética, «general» Douglas, Berzin, Escuadra Aérea «Andrée Malrau»...

Página tras página vamos asistiendo a las diferentes campañas, a la actuación de la aviación en los distintos teatros de guerra. Luchas en inferioridad de condiciones al principio, que se van superando hasta alcanzar —por una mejor disciplina, superior heroísmo, mejor empleo del material y neta capacidad técnica— el pleno dominio del aire. Quizá la batalla del Jarama puede servir aquí de línea divisoria. Duras jornadas las que siguen al 13 de febrero, que se resuelven pronto con la incorporación de la Escuadrilla Azul de Morato al frente de Madrid. La campaña del Norte y la Batalla de Brunete significarían ya constantes triunfos. Y con el final de aquella campaña, vendría la 1.ª Brigada del Aire, la primera Gran Unidad de la Aviación española. (Ya existían, desde hacía tiempo, la Legión Cóndor y la Aviación Legionaria.

1938 y 1939 serían una serie de triunfos: Teruel, la marcha hacia el Mediterráneo. «Jamás en la historia de la Aviación ha obtenido éxitos tan palpables, tan indiscutibles». Se crean tres Brigadas más. Son constantes las declaraciones enemigas sobre los terribles efectos que los vuelos nacionales producen en sus tropas. Y así termina la guerra.

Echamos de menos en el libro una documentación fotográfica que hubiera podido ser interesantísima, revalorizando más aún la lectura, que se hace de un tirón, por el estilo ágil, brillante. No es un estudio frío, doctrinal, pero esto no obsta a la abundancia de detalles, de nombres, de cifras, lo que supone para el autor una labor penosa de rebusca por los archivos. En conjunto, representa la obra una aportación más al estudio de nuestra Cruzada.—J. M. M. B.

TELFORD TAYLOR: *The March of Conquest*.—Editora Simon and Schuster; Nueva York, 1958; XIV páginas + 8 láminas + 460 páginas, con croquis + 1 hoja; 23,5 centímetros; tela.

En esta obra se estudia el desarrollo de las sucesivas ofensivas alemanas en el Oeste en el año 1940, a través de Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica y Francia, hasta terminar en la costa la marcha de las conquistas, que puso al III Reich en condiciones de intentarlo todo, incluso el dominio mundial.

Concurren en Telford Taylor razones especiales para conocer bien la materia que trata, por haber tomado parte en la Segunda Guerra Mundial como oficial o jefe en el Servicio de Inteligencia y haber figurado después como jefe consejero, con el empleo de brigadier general, en los juicios celebrados en Nuremberg por crímenes de guerra. Ha tenido en cuenta además toda la bibliografía publicada en la postguerra acerca de las Campañas en el Oeste. Es por ello esta obra un estudio completo que debe ser consultado por quien quiera tener un conocimiento cabal, objetivo e imparcial de la guerra relámpago en el Oeste.

Por virtud de una detallada descripción, pasan ante nosotros con relieve los elementos con que se constituye el ejército alemán de 1940; su organización, Grandes Unidades, Mandos, planes de Campaña, desarrollo de operaciones, éxitos y errores cometidos. Una máquina magnífica que actuó tácticamente como un mecanismo de relojería, pero que falló en definitiva, porque, según demuestra el autor, faltó en las filas alemanas la idea estratégica capaz de anudar la Campaña de Occidente con otros objetivos vitales para Alemania en aquel momento.

Telford Taylor se muestra admirado de la capacidad táctica de la Wehrmacht, que se mostró como el mejor instrumento para alcanzar los objetivos que la política de guerra alemana podía señalar a su ejército. Pero nos dice también que por falta de grandes capitanes, la estrategia del III Reich fué detestable, y trata de probarlo a la vista de lo acontecido en esta marcha de conquista de las costas del Oeste de Europa. Dice, en efecto, que la ocupación de Noruega no era necesaria, y que allí perdió Alemania la mitad de su flota naval, que luego le faltó para atacar a Inglaterra; que se batió a los franceses e ingleses, pero con una orden inoportuna se detuvo a las Unidades de carros y no se destruyó a los vencidos, con lo cual se cometió un error estratégico al dejar reembarcar en Dunkerque a más de 350.000 soldados, que permitieron rehacer las fuerzas armadas inglesas; que la rápida victoria de 1940 sorprendió a los alemanes sin tener preparado un plan para desembarcar en Inglaterra, no estando tampoco dispuestos para realizar operaciones anfibias.

Al margen del desarrollo de las operaciones, que se detalla de modo circunstanciado e instructivo, resulta curioso ir pasando revista a diferentes aspectos hasta ahora nebulosos de las campañas alemanas de 1940, y que empalidecen algo las proezas realizadas por el mejor ejército del Mundo: la fantasía desbordada del Führer, las rencillas entre los generales y altos mandos, los roces entre el Alto Mando de la Wehrmacht y la Jefatura del Ejército de Operaciones; la falta de una total movilización económica alemana, mientras se esquilmba a los países ocupados, creando odios innecesarios; y el haberse dejado ganar en velocidad por los aliados en la construcción de aviones, carros y cañones.

Se completa el estudio de las operaciones con unas adecuadas

consideraciones sobre la dirección política de la guerra, y sobre la forma en que pudo desarrollarse con más provecho en consonancia con los intereses germanos. El autor emite con tal motivo unas opiniones que resultan igualmente interesantes, por su seriedad y fundamentación.

Por todas las expuestas razones, el libro merece ser leído con interés por los profesionales dedicados a seguir de cerca la evolución del Arte Militar, y pudiera en su día merecer los honores de la traducción a nuestro idioma.—F. F. V.

JOSÉ LUIS COMELLAS: *Los primeros pronunciamientos en España* (Premio Menéndez Pelayo 1954).—Publicación de la Escuela de Historia Moderna, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas; Madrid, 1958.

Esta obra que acaba de publicar la Escuela de Historia Moderna, viene a llenar una laguna de seis años —de 1814 a 1820— en la historiografía del siglo XIX, correspondiente al reinado de Fernando VII «el Deseado», período sobre el cual la historiografía existente se mostraba escasa y contradictoria en numerosos aspectos. La narración objetiva de José Luis Comellas nos permite precisar el concepto sobre ese sexenio en que van paralelos la incompetencia gubernamental, la ferocidad absolutista del rey y la proliferación nefasta de la Masonería. Pero también nos permite ver el origen y causas íntimas de ese fenómeno peculiar del siglo XIX, que es un pronunciamiento militar.

Nos dice José Luis Comellas que la Guerra de la Independencia puso en el ejército español frente a frente los Mandos profesionales de antes de la guerra, apegados a la más pura tradición realista y con acendrados sentimientos de disciplina y obediencia, y los mandos formados durante la guerra por las juventudes universitarias, de los que muchas individualidades se destacaron rápidamente por su heroísmo y escalaron en plena guerra los primeros empleos del ejército. Estas últimas sorbieron el mal del siglo —el liberalismo— y se afiliaron a la Masonería. Cuando llega la paz y se cubren los Mandos territoriales, algunas de esas individualidades se creen postergadas, por no haber recibido mandos, y comienzan a conspirar para derribar el sistema de gobierno absoluto y establecer la libertad, cuya forma más concreta de expresión, según ellos, es la Constitución de 1812. Así se inaugura una serie inacabable de conspiraciones masónico-liberales, a cargo de todos aquellos jóvenes y heroicos militares que se estiman preteridos, y que desembocan en los pronunciamientos de Mina en Pamplona, Porlier en La Coruña y Lacy en Barcelona.

Se ha dicho que España combatió a los ejércitos napoleónicos hasta verlos traspasar la frontera, pero no tuvo la misma decisión

para defenderse contra las ideas revolucionarias que aquellos ejércitos aportaron, de las cuales resultaron saturados los Mandos jóvenes del ejército español y las clases populares más ilustradas, mientras que los oficiales prisioneros que regresaban, volvían todos masonizados de su cautiverio. El resultado es que en los primeros pronunciamientos, los pronunciados se valen de la organización masónica y de los brotes liberales civiles del país para tratar de lograr sus fines particulares, prebendas, cargos o destinos. Este es su carácter típico. En cambio, en el resto del siglo el pronunciamiento se pone en marcha cuando un hombre civil político, para encaramarse al Poder o hacer triunfar su ideología, requiere el apoyo de una figura militar y de las fuerzas militares por ésta acaudilladas.

El autor del trabajo nos explica cómo el descontento producido por gobiernos torpes se va extendiendo entre la clase media, ganada por las ideas liberales, y entre los cuadros militares, al par que la red masónica va alcanzando los cuartos de banderas y se erige en directora de la Revolución en marcha con la Conspiración del Triángulo, las Conjuras de 1817 y 1818 y, finalmente, con los pronunciamientos de Vidal en Valencia en 1819 y de Quiroga y Riego en 1820.

Con éste se consuma la enorme traición de aquel ejército a sus más nobles tradiciones de fidelidad, honor y disciplina. El último pronunciamiento, cuyo cerebro era Quiroga y su corazón Riego, tiene un raro éxito a favor de un conjunto de hechos inesperados, entre los cuales los más importantes son la inercia del Gobierno y la adhesión de las tropas y oficiales a la rebeldía de sus jefes, hecho general que se da por primera vez en todo el período que va de 1814 a 1820. Esta revolución gloriosa, según la mentalidad liberal, fué desde el punto de vista patriótico y militar la mancha más infamante que echó sobre sí el ejército nacido de la Independencia. Aquel ejército claudicó con los ambiciosos, levantiscos, liberaloides y masones, por cobardía, porque dispuesto a embarcar para América con el fin de contener las rebeldías, surgidas en las provincias americanas, estimó más cómodo rehuir la lucha gloriosa que le esperaba, para sumarse a las ridículas hazañas de Quiroga y de Riego.

Hacemos nuestras las palabras de Comín Colomer que cita el autor del trabajo cuando transcribe: «Tan asqueroso motín militar hizo perder a la Nación más tierra que jamás tuvo imperio alguno, deshonorándola, rebajándola y llenándola de oprobio y de vergüenza... Los que se llamaron patriotas se vendieron... Acto tan asqueroso será consignado como padrón de ignominia. A los cuatro héroes de la Isla (Riego, Quiroga, Arco Agüero y López Baños) debieron ahorcarlos con las fajas que se ciñeron».

Se recomienda la lectura del trabajo que estamos comentando, por resultar altamente interesante e instructiva su lectura, aun a trueque de sumirnos en la tristeza que siempre produce ver la verdad escarneada y premiada la sinrazón, olvidadas las prendas morales del ejército y entronizada la picaresca liberal y masónica donde antes

no se habían aposentado más que el honor de las armas, la fidelidad a la nación, la lealtad y disciplina.—F. F. V.

CORONEL GENERAL LOTHAR RENDULIC: *Luchas, Victorias y Derrotas*.—Círculo Militar (Biblioteca del Oficial); Buenos Aires, 1957; 576 páginas + 18 mapas + 48 fotografías; 19 centímetros; rústica.

El general Lothar Rendulic es el militar austriaco que más se distinguió en la última gran guerra.

Comandante primero de División de Infantería, fué luego jefe de un Cuerpo de Ejército, dos Ejércitos y tres Grupos de Ejército, en el espacio entre la frontera griega y el mar Báltico. Caído prisionero en 1945, quedó condenado por el Tribunal de Nüremberg; pero conmutada primero la mitad de la pena, fué, al fin, puesto en libertad. Más tarde escribió un libro para el que, según declara, no contó con más documentación que sus propios recuerdos; pero las misiones y las situaciones, dice, «se graban a la vez, profundamente en la memoria, y aparecen siempre de nuevo ante la mente tal como fueron vividas», máxime si aquellas misiones fueron difíciles y las situaciones críticas, como ocurrió frecuentemente a los alemanes en la última guerra. El general Rendulic se acredita así como un hombre de extraordinaria memoria, siendo su libro más descriptivo de situaciones personales que de estudio frío de militares operaciones. Debemos pensar, empero, que las actitudes propias del hombre ante el hecho bélico, son siempre profundamente interesantes.

En junio de 1941, el general, con su 54 División, fué trasladado de Francia al Este, tomando parte en la gran marcha apenas comenzada. Así se encontró con el gran espacio ruso y con lo que más poderosamente le impresionó: el alto grado de la preparación militar soviética. «Tuvimos la impresión y la convicción de haber irrumpido en el último momento de ese proceso de aumento de la potencialidad militar»; de haberse retrasado la ofensiva alemana, ésta quizá ya no hubiera sido posible, pues los rusos habrían ganado la delantera. Es decir —y esto es lo interesante— pese al pacto de amistad, Rusia se preparaba con intensidad para lanzarse sobre Alemania; y para una guerra ofensiva, precisamente.

El general toca el tema de si debía haber sido Moscú o Ucrania el objetivo final de la gran marcha alemana: y en la discusión sobre él parece dar la razón a Hitler, que buscó aquí, ante todo, el gran granero ucraniano. Había un defecto capital, fuese cual fuese el objetivo elegido: la escasa densidad de las fuerzas germanas. «Un avance sobre Moscú sin una conquista previa o simultánea de la Ucrania y la eliminación de las fuerzas enemigas situadas allí, habrían conducido al aniquilamiento de una gran parte del Ejército alemán en el invierno 1941-42».

En la lectura de este libro se ve como el soldado alemán se va hundiendo en el gran espacio ruso, sin relevos, sin nuevos hombres que fueran a cubrir las constantes bajas. «La fuerza del Ejército alemán continuó, empero, siendo succionada imperturbablemente por todas esas autoridades que emplearon de preferencia el potencial humano en una errónea dirección, lo que contribuyó esencialmente a la pérdida de la guerra». El autor del libro acusa aquí, concretamente, a Goering y Himmler, como jefes de masas que sustraían del frente y nada necesario hacían en la retaguardia.

Luego vino el período del barro, comenzando la época de las grandes desilusiones, y la batalla del invierno. Las descripciones son muy patéticas, pero quizá fuese superfluo que aquí transcribiésemos ningún fragmento de ellas. Para el autor, la táctica alemana empleada en este invierno 1941-42 impidió una catástrofe. «Fue así una resolución de la máxima trascendencia la que tomó Hitler, contraria a la propuesta de las personas decisivas de su *entourage*, cuando ordenó que siempre debería mantenerse una posición, mientras la situación de alguna manera lo permitiera, y que entonces sólo podría realizarse la retirada paso a paso. No puede haber la menor duda de que por esa resolución se salvó el Ejército y se conservó la potencia de combate en la medida que las circunstancias lo permitían».

Después de un largo período de permanencia en un frente estabilizado, el general Rendulic fué nombrado para el mando de un Cuerpo de Ejército en la zona de Orel: era ya octubre de 1942 y la superioridad enemiga aparecía aplastante sobre las mermadísimas Divisiones germanas. Goering había organizado veintidós Divisiones de campaña de la Luftwaffe, con lo que se desaprovechaba la experiencia probada de las unidades del Ejército; lo propio podía decirse de las nuevas Divisiones de Himmler «*Armás S. S.*».

Esta primera parte del libro termina con la gran batalla de Orel, del mes de julio, acción en la que la superioridad numérica y de material rusa, fué contrarrestada ampliamente con la calidad del soldado alemán.

Después, el general Rendulic pasó a los Balcanes; luego a Laponia, Noruega, Prusia Oriental y Curlandia, para terminar en su tierra natal, en Austria. Cada escenario de guerra trajo muy distintas impresiones, pero vale la pena de conocer, ante todo, lo referente a los días que supieron del final de la lucha: lo poco que dice Rendulic de su entrevista con Hitler en el refugio de la Cancillería del Reich, sus últimas acciones en suelo austriaco, su capitulación ante Patton y Walker.

Es raro encontrar en una narración de guerra las finas descripciones que salpican este libro. El paisaje ruso, por ejemplo, está así comprendido: «No es exacta la afirmación de que el paisaje de Rusia es monótono. Le falta, sin duda, intimidad; tampoco presenta cuadros que cambien rápidamente. Es más bien una creación formada a grandes trazos, que debemos interpretar en sus propias escalas.

Raras veces presenta en pequeños sectores, un cuadro de encanto o gracia; obra casi siempre en forma grandiosa». Las impresiones sobre los pueblos y las gentes son siempre interesantes.

El libro es, más que nada, una crónica de guerra, pero una crónica —podríamos decir— verdaderamente seria y sin concesiones a lo fácil.—J. M. M. B.

REVISTAS

EJÉRCITO: número 225; octubre, 1958.

Los antecedentes históricos de la actual cartografía del Africa Española están tratados por el Comandante De Audicana Rupilanchas en el artículo *Cartografía del A. O. E. (Mapa del Sahara)*.

EJÉRCITO número 227; diciembre, 1958.

En el trabajo *Los carros en el Ejército norteamericano (Pasado y presente)*, del capitán Buigas, existe una breve alusión al pasado de estos ingenios y las teorías nacidas al calor de la Primera Guerra Mundial sobre su empleo.

Por su parte el comandante Moreno González y el teniente Busquets hacen un poco de historia en torno a los *Zapadores subacuáticos del Arma de Ingenieros*, en el estudio de este título.

EJÉRCITO: número 228; enero, 1959.

Las fortalezas militares de Belmonte son consideradas por el teniente coronel López Castro, especialmente el castillo de aquella localidad, su pasado y su estado actual.

La guerra y su renovación en la baja Edad Media es estudiada por el comandante De Moxo, reflexionando sobre la evolución de las armas —así el «long bow», de origen galés —de la táctica— con la reciente preponderancia de la Infantería—y de la organización de los Ejércitos—transición de la antigua hueste feudal a la milicia de oficio.

Un trabajo del capitán Orbe Machado, titulado *De lo que nadie hace caso. Los Convenios de Ginebra*, se refiere a los principios humanitarios en que se inspiraron aquéllos, suscritos el último de ellos el 12 de agosto de 1949.

EJÉRCITO: número 230; marzo, 1959.

En *Carros de Combate en nuestra guerra*, el capitán Zafra Valverde hace unas breves alusiones al empleo de aquellos ingenios en la Cruzada española.

REVISTA GENERAL DE LA MARINA: octubre, 1958.

Este número está dedicado, en su mayor parte, a rememorar la figura del Emperador Carlos V en sus relaciones con la Marina española. Así aparece en primer lugar el discurso leído en la Real Academia Española, en la sesión del Instituto de España conmemorativa del IV Centenario de la muerte del Emperador, por el capitán de navío don Julio F. Guillén, con el título de *Por la mar de Carlos V*; siguiendo luego los trabajos del capitán de fragata Manera, *La importancia del dominio del mar durante el reinado de Carlos V*; del coronel García Franco, *La náutica en tiempos del Emperador*; del coronel Clavijo, *La Sanidad Naval al Servicio del Emperador*; del teniente de navío Barreiro Meiro, *La Cartografía en tiempos del Emperador*; del alférez de navío Castiñeiras, *La artillería naval en la época del Emperador*; de don Diego Valera, *Las navegaciones de Carlos V*; del capitán de fragata Yusty Pita, *Túnez*; del capitán de navío O. F. G. T., *Los libros de Náutica en los años del Emperador*, y del señor Robert, *El Crucero «Carlos V» (1835-1932)*.

REVISTA GENERAL DE LA MARINA: noviembre, 1958.

En *Sitios de Zaragoza y participación que en ellos tuvo la Marina*, el coronel Rivas Fabal estudia este interesante aspecto de aquellos Sitios, aspecto poco conocido.

En *Evolución de los métodos de ataque antisubmarino*, el capitán de fragata González Fernández considera las diversas etapas por las que aquellos pasaron.

REVISTA GENERAL DE LA MARINA: enero, 1959.

Don Rafael González Echegaray recuerda, en *Todavía quedan «Hilffkreuzer»*, los únicos supervivientes de la flota de 17 cruceros auxiliares puesta en servicio por los alemanes entre 1939 y 1945: el *Hansa*, el *Coronel* y el *Widder*.

El capitán de corbeta don Alfonso de Eguía trata, en *Heroínas del Mar*, de varias de estas mujeres excepcionales, destacadas por diversos motivos.

REVISTA GENERAL DE LA MARINA: febrero, 1959.

En *Semblanzas Históricas*, el coronel Rivas Fabal estudia la figura insigne del laureado coronel de Infantería de Marina don Ambrosio Ristori Granados.

REVISTA DE AERONÁUTICA: número 216; noviembre, 1958

El comandante Cruzate Espiel recuerda en su trabajo *Cogido al vuelo*, sus actividades en el frente del Este durante la Segunda Guerra Mundial.

REVISTA DE AERONÁUTICA: número 217; diciembre, 1958.

Paracaidismo deportivo, del teniente Martínez de Morentín, contiene interesantes alusiones al desarrollo de este deporte fuera y dentro de España.

REVISTA DE AERONÁUTICA: número 218; enero, 1959.

El comandante Lostau Ferrán trata, en *El Concepto Jurídico de Aeronave*, de la evolución del mismo en los últimos años.

«*Pylon*», de William Faulkner, es un trabajo del teniente Sáenz Sagaseta de Ilurdoz, sobre la novela de aquel título, del novelista y aviador Faulkner, uno de los grandes escritores norteamericanos contemporáneos.

REVISTA DE AERONÁUTICA: número 219; febrero, 1959.

El comandante Cruzate Espiel continúa estudiando aquí sus actividades como aviador en Rusia, en el segundo artículo de la serie *Cogido al vuelo*, tan interesante como el primero.

ASINTO: número 21; enero-marzo, 1959.

El período de esplendor en las fortificaciones de San Juan de Puerto Rico, fué el título de la interesantísima conferencia pronunciada por el capitán Zapatero en los locales de la Asociación de Ingenieros de Construcción y Electricidad y del Arma de Ingenieros, conferencia ahora transcrita íntegramente en esta revista. Su lectura pone de manifiesto el valor concedido de siempre por España a la defensa de la isla, y la importancia de las obras allí levantadas.

ALTAMIRA: números 1, 2 y 3; 1958.

Destacamos aquí tres trabajos de relieve: el de don Tomás Maza Solano, *Santander en la guerra de la Independencia. Nuevos documentos para su historia*; el de don Leoncio Cabrero Fernández, *Planes de Defensa y fortificación del puerto de Santoña en el siglo XIX*, y el de don Lorenzo Correa Ruiz, *Un episodio de la guerra de la Independencia en la villa de Comillas, relatado por su protagonista*.

AFRICA: número 206; febrero, 1959.

El teniente coronel Yaque publica un curioso trabajo sobre *El Infante don Enrique de Portugal y las exploraciones africanas, 1440-1460*, en el que se estudian las referidas exploraciones, llevadas a cabo como consecuencia de la donación perpetua hecha por el Papa Martín V a Portugal, de todas las tierras que se descubrieran desde el cabo Bojador hasta las Indias.

REVUE HISTORIQUE DE L'ARMÉE: año 14, número 4; 1958.

El sumario de este número, de características análogas a los anteriores, abarca entre otros los siguientes trabajos: *Une colonisation militaire, la Provence romaine*, de Monique Michaux; *Marseille assiégée, 1524*, por Gilbert Erlande; *L'Arsenal des galères à Marseille au XVII et au XVIII siècle*, por André Bouyala; *En Valteigne avec le marquis de Cœuvres (1624-1627)*, por el general Humbert; *Les Anglais à Toulon, 1793*, por el comandante H. Lachouque; *Résistance et Libération de la Corse*, por el coronel Pavelet; *Aspects Militaires de la Libération de la Corse*, por el general Henry Martín; *Le débarquement de Provence*, por el teniente coronel Calmon, y *Comment furent libérés Toulon et Marseille*, por el coronel P. Lyet.

REVUE HISTORIQUE DE L'ARMÉE: año 15, número 1; 1959.

En la primera parte de este número, dedicada a Historia militar, destacan los trabajos: *Le comte de Fermor, adversaire heureux de Frédéric II*, por M. de Pradel; *A Propos du bicentenaire du maréchal Masséna; la sanglante mêlée d'Essling*, por R. Brunon; *Bentinck et Murat, 1813-1815*, por el capitán Tonnelé; *Guerre Subversive et conflit conventionnel: la campagne d'Ethiopie, 1940-1941*, por el teniente coronel Merglen.

La segunda parte, referida a Transportes Militares, contiene, en-

tres otros, los artículos del general Bondel sobre *Les Transports militaires dans l'Histoire*; del general Chapelle acerca de *Les Transports militaires pendant la guerre d'Indochine*, y del general Bondel sobre *Le Chemin de fer: 1871-1914 et guerre 1914-1918*.

REVUE MILITAIRE D'INFORMATION: número 301; enero, 1959.

En *François de la Noue, 1531-1591*, Jean Vial se ocupa con gran amplitud de la figura de este escritor-soldado, quizá algo olvidado dentro del país vecino.

REVUE MILITAIRE D'INFORMATION: número 302; marzo, 1959.

Le dixième anniversaire du Pacte Atlantique, de Claude Delmas, considera la historia política y militar del mismo a través de estos diez últimos años.

El primer artículo de G. Alexinsky, *Genere de la doctrine soviétique de «guerre révolutionnaire»*, es de gran interés y enseña la línea seguida por el comunismo en su doctrina subversiva, según la evolución histórica.

REVUE MILITAIRE SUISSE: año 103, número 10; octubre, 1958.

En *Le développement des ponts militaires dans l'Armée suisse*, el capitán Ziegler hace un breve esarceo histórico sobre los puentes militares antes de 1800, entre 1820 y 1920, y desde 1920 a 1950.

REVUE MILITAIRE SUISSE: año 103, número 11; noviembre, 1958.

En este número comienza un largo e interesantísimo estudio del coronel E. Léderrey sobre *Importance stratégique de la Suisse; des origines à l'ère atomique*, parándose al llegar a las guerras napoleónicas.

Da al fin el capitán R. Ziegler a su trabajo sobre los puentes militares en el Ejército suizo, considerando el período 1950 a 1958.

REVUE MILITAIRE SUISSE: año 103, número 12; diciembre, 1958.

Continúase aquí el examen antes aludido acerca de la importancia estratégica de Suiza a través de la Historia, según el coronel Léderrey, fijándose ahora en la primera guerra mundial.

El teniente coronel J. Perret-Gentil estudia *L'activité de l'Otan et du Shape* en estos últimos años.

REVUE MILITAIRE SUISSE: año 104, número 1; enero, 1959.

Síguese aquí el trabajo del coronel Léderrey sobre *Importance stratégique de la Suisse*, centrándose ahora la atención en la segunda guerra mundial.

REVUE MILITAIRE SUISSE: año 104, número 2; febrero, 1959.

En *La vie fantastique des nageurs de combat*, el mayor Willy Ch. Brou se refiere históricamente al campo de Gibraltar, Algeciras y las aguas circundantes, que guardan para nosotros especial interés.

Continúa el estudio del coronel Léderrey a que repetidamente se ha hecho mención.

REVUE MILITAIRE SUISSE: año 104, número 3; marzo, 1959.

Termina la serie de artículos del coronel Léderrey, con unas interesantes conclusiones finales.

MILITARY REVIEW: tomo XXXVIII, número 5; agosto, 1958.

En *La Apresiasión y el Duque de Wellington*, el Mayor E. C. Camp se refiere a la actuación de aquél en la batalla de Waterlío. como consecuencia de una frase suya pronunciada antes de su comienzo.

MILITARY REVIEW: tomo XXXVIII, número 8; noviembre, 1958.

Sobre Guillermo de Normandía y su actuación en la batalla de Hastings (octubre, 1066), escribe el coronel V. J. Gregory *La esencia del tiempo*; allí se ve cuál distinta fué la apreciación del mismo para los dos jefes rivales de aquella acción de guerra.

MILITARY REVIEW: tomo XXXVIII, número 11; febrero, 1959.

Nuestro primer asalto anfibio, del doctor C. C. Smith, hijo, se refiere al desembarco de 12.000 hombres, realizado el 9 de marzo de 1847 por la Armada de los Estados Unidos, en Veracruz. «La operación —dice el autor—, marcó la primera vez en la Historia en que tropas norteamericanas invadieron un territorio extranjero por mar, con el propósito de ocuparlo y sostenerlo.»

OBRAS PUBLICADAS

POR EL

SERVICIO HISTORICO MILITAR

Acción de España en Africa.

Tomo I: *Iberos y bereberes*. Páginas, 296. Precio, 16,55 pesetas.

Tomo II: *Cristianos y musulmanes de Occidente*. Páginas, 295. Precio, 27 pesetas.

Tomo III: *El reparto político de Africa*. Páginas, 162. Precio, 20,35 pesetas.

Ilustrados todos con grabados, fotografías, mapas y planos.

El tomo I fué publicado, en 1935, por la Comisión Histórica de las Campañas de Marruecos, ya suprimida. Toda la obra se vende, únicamente, en el Servicio Geográfico del Ejército, calle Prim, núm. 21.

Acción de España en Perú.

Un tomo, con ilustraciones y 557 páginas, 67 pesetas.

Armamento de los ejércitos de Carlos V en la guerra de Alemania.

Un volumen ilustrado con grabados y fotografías, 56 páginas, 10,05 pesetas.

Boletín de la Biblioteca Central Militar.

Tomos I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX, X, XI y XII, para formación de los Catálogos. No están a la venta.

Campañas en los Pirineos, a finales del siglo XVIII (1793-95).

Tomo I: *Antecedentes*. Ilustrado con grabados y fotografías, 341 páginas, 66 pesetas.

- Tomo II: *Campaña del Rosellón y la Cerdaña*, ídem, ídem., 682 páginas, 100 pesetas.
 Tomo III: *La campaña de Cataluña*, ídem, ídem., en dos volúmenes, 384 y 380 páginas, 172 pesetas.
 Tomo IV: *Campaña en los Pirineos Occidentales y Centrales*, ídem, ídem., 752 páginas, 300 pesetas.

Cartografía y Relaciones Históricas de Ultramar.

- Tomo I y Carpeta de mapas: *América en general*.
 El tomo, de 495 páginas, tamaño folio mayor, 427,60 pesetas.
 Tomo II y Carpeta de mapas: *Estados Unidos y Canadá*.
 El tomo, de 598 páginas, en folio mayor, 641,33 pesetas.
 Tomo III y Carpeta de mapas: *Méjico*.
 El tomo, de 399 páginas, en folio mayor, 747,45 pesetas.
 Tomo IV y Carpeta de mapas: *América Central*.
 El tomo, de 286 páginas, en folio mayor, 656,35 pesetas.

Colección histórica documental del Fraile. (Guerra de la Independencia.)

- Tomo I: Letras A a la C, 253 páginas, 20 pesetas.
 Tomo II: Letras CH a la K, 266 páginas, 20 pesetas.
 Tomo III: Letras L a la Q, 215 páginas, 20 pesetas.
 Tomo IV: Letras R a la Z, 228 páginas, 20 pesetas.

Cronología episódica de la Segunda Guerra Mundial.

- Tomo I: Primer período. 310 páginas, 34,50 pesetas.
 Tomo II: Segundo y último período. 349 páginas, 64 pesetas.
 Ilustrados los dos con mapas y planos.

Curso de conferencias sobre Historia, Geografía y Filosofía de la guerra, en el Servicio Histórico Militar.

Un volumen, 343 páginas, ilustrado con grabados, fotografías, mapas y planos. No está a la venta.

Cursos de Metodología y Crítica Históricas, para formación técnica del moderno historiador, en el Servicio Histórico Militar.

- Tomo I: *Curso Elemental (1947-48)*. 200 páginas.
 Tomo II: *Curso Superior (1949)*. 359 páginas.
 No están a la venta.

Diccionario Bibliográfico de la Guerra de la Independencia Española (1808-1814).

Tomo I: Letras A a la H, 345 páginas, 20 pesetas.

Tomo II: Letras I a la O, 270 páginas, 20 pesetas.

Tomo III: Letras P a la Z, 341 páginas, 20 pesetas.

Ilustrados los tres con grabados y fotografías, en color y en negro.

Dos expediciones españolas contra Argel (1541-1775).

Un volumen, 151 páginas, con ilustraciones, 18 pesetas.

Europa y Africa entre las dos grandes guerras.

Un tomo, 317 páginas, con mapas y fotografías, 14,85 pesetas.

Sólo se vende en el Servicio Geográfico del Ejército, calle Prim, núm. 21.

Galería militar contemporánea.

Tomo I: *La Real y Militar Orden de San Fernando*. Con fotografía de los condecorados. 387 páginas, 85 pesetas.

Geografía de Marruecos, Protectorado y Posesiones de España en Africa.

Tomo III: *La vida social y política*, 659 páginas, con grabados, fotografías, mapas y planos, 75 pesetas.

Los tomos I y II de esta obra, titulados, respectivamente, *Marruecos en general* y *Zona de nuestro Protectorado en Marruecos y Estudio particular de las regiones naturales de la zona, plazas de soberanía española y vida económica*, fueron publicadas, en 1935 y 1936, por la suprimida Comisión Histórica de las Campañas de Marruecos. El primero se agotó, y el segundo únicamente está a la venta en el citado Servicio Geográfico, al precio de 24,30 pesetas.

Historia de las armas de fuego y su uso en España.

Un tomo ilustrado, con grabados en color y en sepia, 332 páginas, 85 pesetas.

Historia de las Campañas de Marruecos.

Tomo I: (Comprende hasta el año 1900), 608 páginas, con grabados, fotografías, mapas y planos, 59,75 pesetas.

Tomo II: (1900 a 1918), 944 páginas, con ídem, íd., íd., 138 pesetas.

La guerra de minas en España.

Un volumen de 134 páginas, con fotografías y planos, 50 pesetas.

Nomenclátor histórico militar.

Tomo único: Diccionario de voces antiguas de carácter militar, 372 páginas. No está a la venta.

Tratado de Heráldica Militar.

Tomo I: 288 páginas, en papel registro, con grabados y fotografías, algunos en color, encuadernado en imitación pergamino, 225 pesetas.

Tomo II: 390 páginas, ídem, íd., íd., 196 pesetas (120 pesetas para los miembros y organismos del Ejército).

NOTA.—Los miembros y organismos del Ejército y los centros civiles gozan, en casi todas estas obras, de una rebaja del 10 al 25 por 100.

SERVICIO HISTORICO MILITAR

BIBLIOTECA CENTRAL MILITAR

Relación de los libros adquiridos por esta Biblioteca desde el 1.º de diciembre de 1958.

- ISIDORO RUBIO SANJUÁN: «Compendio de resistencia de materiales».
CARLOS DE SALAS: «Fundamentos de la Electrotécnica», tomos I-II.
KARL KNEIP: «La Escuela del Técnico Mecánico», tomo III.
ENRIQUE BOSSINI: «La Esgrima Moderna».
J. LUIS MATAIX: «Mii problemas del cálculo infinitesimal».
CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ: «España, un Enigma Histórico», tomos I y II.
J. VICENS VIVES: «Historia Social y Económica de España y América», tomo IV.
JUAN MACHIMBARRENA: «El Atomo y sus conquistas».
P. EUGENIO AGACINO: «Don Alvaro de Bazán».
JOHN W. WHEELER: «La Nemesi del Potere».
JOHNS: «The Clay Pigeans of St. Lo.».
JACQUES PIRENNE: «Historia Universal».
GERHARD RITTER: «The Schlieffen Plan».
SALVADOR DE MADARIAGA: «Le Declin de l'Empire Espagnol d'Amérique».
MARECHAL VON MANSTEIN: «Victories Perdues».
JUAN B. SOTO: «Causas y consecuencias».
M. MIGNET: «Antonio Pérez y Felipe II. María Stuart».
BENALÚA: «Memorias del Conde de Benalúa. Duque de San Pedro de Galatino».
ESTADO MAYOR CENTRAL: «Marchas, transporte y reposo de las tropas en terreno montañoso».
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES: «Archivo del Brigadier General Juan Facundo Quiroga, 1815 al 1821», tomo I.
F. JAVIER RODRÍGUEZ: «Geometría Descriptiva».
FREDERICH H. LAHEE: «Geología Práctica».
ERICH SCHNEIDER: «Teoría económica», tomo I.
ANTONIO BLANCO: «Pirología. Utilización racional de los explosivos».
F. J. WRIGHT: «La Evolución de la organización industrial moderna».
THIERRY MAULNIER: «Comunismo y miedo».
OSCAR HALECHKI: «Límites y divisiones de la Historia Europea».

- A. TUÑÓN CRUZ: «Política Económica de la Inflación».
- THE UNITED STATES: «The Tank Comandes Guide».
- LUIS DE LA SIERRA: «Buques suicidas».
- TELFORD TAYLOR: «The march of conquest».
- GENEROSO NOVO ROMEO: «Extracto de conocimientos militares para el recluta».
- KAY G. BREWSTER: «Química Orgánica».
- JUAN CABRERA: «Introducción a la Física teórica. I: Mecánica y terminología».
- CARLOS MATAIX: «Mecánica Racional».
- LINUS PAULING: «Química General».
- WALTER SCHELLEMBERG: «Los secretos del servicio secreto alemán».
- OROQUIETA-GARCÍA SÁNCHEZ: «De Leningrado a Odesa».
- JUAN CABRERA Y FELIE: «Introducción a la Física Teórica», tomo II.
- JOSÉ A. MARAVALL: «Teoría del saber histórico».
- CELSO R. ARANGO: «Psicología Industrial».
- PERRIER: «Cuarto curso de Lengua Francesa».
- FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL: «Anuario Católico Español», tomo III.
- RENÉ H. THIERRY: «Método de Francés».
- ANTONIO J. ONIEVA: «El Gran Capitán».
- BORIS L. PASTERNAK: «El Doctor Jivago».
- LAÍN ENTRALGO: «Historia de la Medicina».
- LORENZO VELÁZQUEZ: «Terapéutica con sus fundamentos de Farmacología experimental» (2 tomos).
- ARMANDO OTERINO CERVELLO: «Guía teórico práctica del Comandante de puesto».
- ELENA F. S. DE STUDER: «La trata de los negros en el Río de la Plata durante el siglo XVIII».
- ALBERTO FALCIONELLI: «Historia de la Rusia Soviética, 1917 a 1957».
- A. J. FORREST: «Interpol (Policía Internacional)».
- ERICH RAEDOR: «Mi vida».
- GEORGE F. KENNAN: «Rusia The Atom and the vest».
- FRANCISCO J. ESCUDERO: «Electroacústica».
- A. FERNÁNDEZ CID: «Panorama de la Música en España».
- RICHARD ERNST: «Wortedbuch der Industrialien Technik».
- REY PASTOR y GALLEGRO DÍAZ: «Norte de problemas».
- MARQUÉS DE LEMA: «El Rhin en llamas».
- VARIOS: «Breve Historia de la Ingeniería Española».
- ANTONIO PARELLADA: «Gráficas y Monogramas».
- SCHROTER-KLEEN y DIELS: «La Electrónica y la Guerra».
- MAZZOCCHI: «Memorial técnico».
- C. B. COLBY: «Army Engineers».
- JESÚS HERNÁNDEZ TOMÁS: «Yo, Ministro de Stalin en España».
- ANGEL B. SANZ: «Psicología del Dinero».
- ARNOLD TOYNBEE: «La Guerra y los Neutrales».
- JAMEZ A. VAN ALLEN: «Scientific Uses Ofearth Satellites».
- M. J. ZUCROW: «Aircraft and Missile Propulsion».

- UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA: «La Guerra de la Independencia Española y los Sitios de Zaragoza».
- S. WOODBURN KIRBY: «History of the second world War».
- GASTON BOUTHOU: «Les Guerres».
- DON WHITEHEAD: «The F. B. I. Story».
- VAINO TANMER: «The Winter War».
- ARNOLD J. TOYNBEE: «El Historiador y la Religión».
- SAMUEL NOAH KRAMER: «La Historia empieza en Sumer».
- MURICE BELL: «Centauros, Héroes, Druidas».
- HANS HABE: «En el nombre de Satanás».
- HANS BERND GISEVIUS: «Amargo final».
- GENERAL BRADLEY: «Memorias».
- GENERAL WEIGAND: «Memorias».
- ANDRÉ AYMARD y JEANNINE AUROYER: «Oriente y Grecia antigua».
- ROLAND MOUSNIER y ERNEST LABROUSSE: «El siglo XVIII».
- CATASOL-CORTEGADA: «Diccionario Geográfico de España».
- SCHREIBER: «Mistagogos, Masones y Mormones».
- GENERAL ARLABOSSE: «La Division de Fer dans la Bataille de France».
- ALBERT LETELLIER: «Les causes des Guerres avec l'Allemagne».
- GEORGES FERRÉ: «Le Defaut de L'Armure».
- GILBERT GUILLE-MIMAULT: «Le roman vrai de la III Republique».
- ROBERT J. DONOVAN: «Eisenhower».
- M. LERECOUVREUX: «Huit Mois D'Attente un Mois de Guerre».
- GENERAL DE LA LAURENCIE: «Les Operations du III Corps D' Armée».
- ALBERT C. WEDEMAYER: «Wefemeyer Reporst».
- MAURICIO CARLAVILLA: «Biografía del Reinado de Alfonso XIII».
- VARIOS: «Littérature Française».
- MARÍA VALENZUELA DE MULERO: «Método de Arabe Vulgar».
- ESTADO MAYOR CENTRAL: «Manual de Normalización Militar».
- — «La División de Infantería. F-M. 7-100 de octubre de 1958».
- — «Normas provisionales para el combate de pelotón, Sección y Grupo de Combate, de las Unidades de Infantería, integradas en las Divisiones de Infantería Experimentales».
- BERNARD LEWIS: «Les Arabes dans l'Histoire».
- G. E. VILLAR: «Energía Atómica».
- PASTOR: «Historia de los Papas».
- ABENIA: «Memorias sobre el Riff».
- AMICIS: «Marruecos».
- JAIME I: «Crónica Histórica».
- LICHNOWSKY: «Recuerdos de la Guerra Carlista».
- QUEROL: «Las Milicias Valencianas».
- VARIOS: «Atlas Internacional Larousse».
- F. MARTÍNEZ: «Tratado Iberoamericano de la Medicina Interna».
- VARIO7: «Allied Intellingence Bureau».
- BRANSON-TARR-KALLER: «Elementos de Geología».
- G. ROTON: «Annés Cruciales».
- CORONEL GAUTART: «Le Corp Expéditionnaire Français».

- JOSEPH RESTANY: «Une entreprise Clandestine sous l'Occupation. Allemande».
- PIERRE KELLER: «La División de Metz (42.º D. I.)».
- GÖSTA MOBERGH «La Legión Etrangère».
- P. JOUFFRAULT: «Les Sapehís au Feu».
- PIA LAVIOSA: «Origen y Difusión de la Civilización».
- HUGO HASSINGER: «Fundamentos Geográficos de la Historia».
- JOSÉ LUIS COMELLAS: «Los primeros Pronunciamientos en España».
- JOSÉ M.ª OTS CAPDEQUI: «Historia de América».
- MELCHOR FERRER: «Historia del Tradicionalismo Español».
- ROBERT S. QUIMBY: «The Background of Napoleonic Warfare».
- R. MENÉNDEZ PIDAL: «La Chanson de Roland».
- ROBERT JUNGK: «Más brillante que mil soles».
- ANDRÉ BARBAULT: «Defensa e Ilustración de la Astrología».
- GLUBB PACHÁ: «Un soldado con los árabes».
- CARLO MARÍA FRANCERO: «Memorias de Poncio Pilatos».
- HART: «El ejército soviético».
- GEORGE F. KENNAN: «Rusia, el Atomo y el Occidente».
- GEORGE N. HALM: «Economía del dinero y la Banca».
- MARISCAL MONTGOMERY: «Mémoires».
- ROYALL TYLER: «El Emperador Carlos V».
- H. E. FROEDALENDER y J. OSER: «Historia de la Europa Moderna».
- ALMIRANTE FRANCISCO MORENO: «La Guerra en el Mar».
- OFICINA INFORMATIVA ESPAÑOLA: «La legalidad de la República española».
- — «El Frente Popular en España».
- — «Saqueo del Tesoro Religioso de España».
- — «El Orden en la República española».
- — «Las Brigadas Internacionales».
- JOSÉ M.ª ARDERÍUS VARELA DE SEIJAS: «Contabilidad interior de los Cuerpos y nociones de contabilidad general».
- ESTADO MAYOR CENTRAL: «Reglamentos de los Servicios Veterinarios en Campaña».
- — «Reglamento para la Instrucción de Tiro con subfusil «Star» Z-45 de 9 mm.».
- — «Reglamento para la Instrucción de Tiro con mosquetón Mauser de 7,92 mm. modelo 1943».
- E. DE MOREAU, S. J.: «Historia de la Iglesia».
- EDGAR O'BALLANCE: «La Guerra Arabe-Israelí».
- DIEGO SEVILLA ANDRÉS: «Canalejas».
- VARIOS: «Energía Atómica (presente y futuro)».
- KARL SCHUTTE: «La Astronáutica en Marcha».
- ANGELOS ANGELOPOULOS: «¿Unirá el átomo al Mundo?».
- BROCKHAUS: «Diccionario Técnico».
- FULTON J. SHEEN: «Vida de Cristo».
- JOSÉ M.ª BARRIOPEDRO: «De Estudiante a Oficial».

MELCHOR FERRER: «Historia del Tradicionalismo Español» (tomos XXII al XXVI).

JOSÉ A. LORENS BORRÁS: «Crímenes de Guerra».

EMIL LUDWIG: «Bismarck».

MINISTERIO DE INFORMACIÓN Y TURISMO: «España 1959».

ANDRÉ MARCHAL y RAYMOND BARRE: «Economie Politique».

JOSÉ LUIS L. ARANGUREN: «Ética».

VARIOS: «Geografía de las Grandes Potencias».

TTE. GRAL. JAMES M. GAVIN: «Guerra y Paz en la Era del Espacio».

JACQUES CHEVALIER: «Historia del Pensamiento».

F. CORREA CALDERÓN: «Teoría de la Atlántida».

J. ORTEGA Y GASSET: «Velázquez».

La batalla de San Quintín, por Nicolás Horta Rodríguez	7
La acción política y militar de España en la guerra con la revolución francesa (1793-95): Sus especiales características, por Eduardo Escartín Lartiga	61
De la batalla del caribe: El último ataque inglés a Puerto Rico, por Juan Manuel Zapatero	91
El general Fernández de Córdova, por Luis Aguirre Prado	135
La batalla del Jarama, por Santos Clemente García	161
El II Congreso Histórico Internacional de la guerra de la Independencia y su época, por Juan Priego López	193
Bibliografía	201